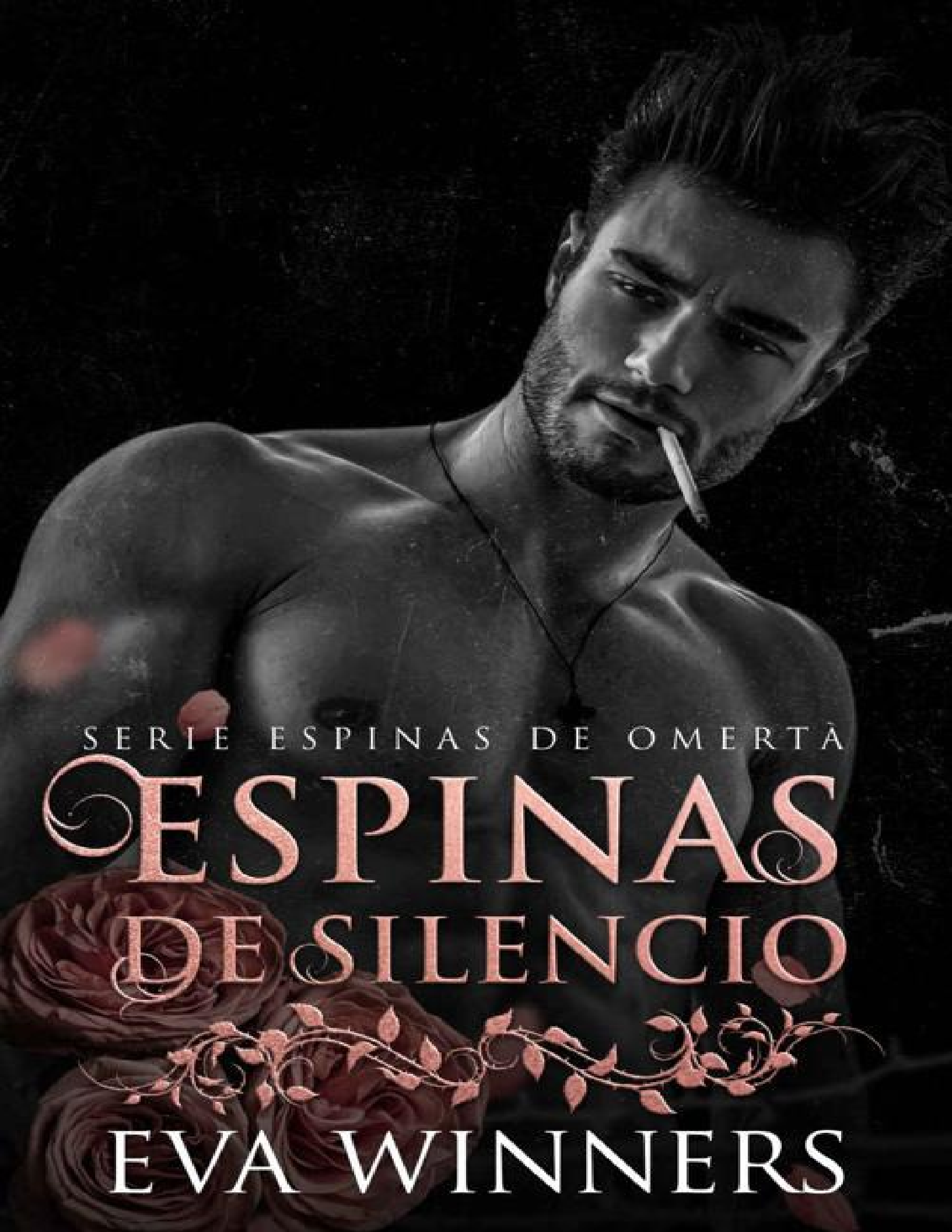

SERIE ESPINAS DE OMERTÀ
ESPINAS
DE SILENCIO
EVA WINNERS

# ESPINAS DE SILENCIO

SERIE ESPINAS DE OMERTÀ

# EVA WINNERS

Copyright © 2023 por Winners Publishing LLC y Eva Winners

Modelo: Amadeo Leandro

Fotógrafo: Wong Sim

Diseñador de la imagen de portada: Eve Graphic Design LLC

Traducción, edición y corrección al español: Sirena Audiobooks, LLC

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.
Grupo FB: https://bit.ly/3gHEe0e
Página FB: https://bit.ly/30DzP8Q
Insta: http://Instagram.com/evawinners
BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners
Amazon: http://amazon.com/author/evawinners
Goodreads: http://goodreads.com/evawinners
TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/

# ÍNDICE

Serie Espinas De Omertà
Lista De Reproducción
Nota De La Autora
Sinopsis

Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta Y Uno
Capítulo Treinta Y Dos
Capítulo Treinta Y Tres
Capítulo Treinta Y Cuatro
Capítulo Treinta Y Cinco
Capítulo Treinta Y Seis
Capítulo Treinta Y Siete
Capítulo Treinta Y Ocho

Capítulo Treinta Y Nueve
Capítulo Cuarenta
Capítulo Cuarenta Y Uno
Capítulo Cuarenta Y Dos
Capítulo Cuarenta Y Tres
Capítulo Cuarenta Y Cuatro
Capítulo Cuarenta Y Cinco
Capítulo Cuarenta Y Seis
Capítulo Cuarenta Y Siete
Capítulo Cuarenta Y Ocho
Capítulo Cuarenta Y Nueve
Capítulo Cincuenta
Capítulo Cincuenta Y Uno
Capítulo Cincuenta Y Tres
Capítulo Cincuenta Y Cuatro
Capítulo Cincuenta Y Cinco
Capítulo Cincuenta Y Seis
Capítulo Cincuenta Y Siete
Capítulo Cincuenta Y Ocho
Capítulo Cincuenta Y Nueve
Capítulo Sesenta
Epílogo

Avance de la trilogía Imperio Robado
¿Qué Sigue?
Sobre La Autora

# SERIE ESPINAS DE OMERTÀ

*Cada libro de la serie Espinas de Omertà puede leerse por separado, a excepción de Espinas de Lujuria y Espinas de Amor, la historia de Tatiana Nikolaev.*
*La cronología y los acontecimientos de Espinas de Silencio coinciden con los de la trilogía Imperio Robado.*
*Sean conscientes de los posibles spoilers.*

# LISTA DE REPRODUCCIÓN

https://spotify.link/rTpdwhe7ADb

# NOTA DE LA AUTORA

Hola, lectores.

Tengan en cuenta que este libro contiene algunos elementos oscuros y escenas perturbadoras. Procedan con cautela. No es para los débiles de corazón.

No olviden suscribirse al boletín de Eva Winners (www.evawinners.com) para recibir noticias sobre futuros lanzamientos.

*Para mi madre y mi padre:*
*Nunca entenderé del todo su silencio,*
*pero al final comprendí cuánto costó.*

# SINOPSIS

Me dijo que me amaba y luego me abandonó.
Mi hermana fue su primera opción. Lástima para él, me negué a ser su segunda.
Dante Leone era una mala noticia con un exterior hermoso y una mente peligrosa.
Emocionalmente inasequible y ligeramente trastornado, era un desamor a punto de ocurrir. Otra vez.
Huí. Me persiguió y mi destino quedó sellado.
Recorriendo el mundo, buscaba una parte vital de mí. No habría un nuevo comienzo hasta que encontrara mis respuestas. El sabor de mi libertad era dulce, pero solitario. Y, tan fugaz.
Debería haber sabido que me atraparía. Después de todo, él disfrutaba de la caza. Lo aprendí por las malas.
Pero ¿adivina qué?
Yo ya no era la mujer que él sedujo hacía tantos años. Ya no creía las bonitas mentiras que salían de sus labios ni las falsas promesas de sus ojos engañosos.
Me llamo Phoenix Romero, y esta vez yo pondría las reglas.
Como mi nombre, había resurgido de las cenizas y esta vez sería yo quien lo haría arder en llamas.

*Ahora pienso, que el amor es más bien*
*sordo, que ciego,*
*porque si no, no podría ser,*
*que ella,*
*a quien tanto adoro,*
*debería despreciarme,*
*y dejar atrás mi amor.*

Ben Jonson

# PRÓLOGO

## PHOENIX, 18 AÑOS



El amor es ciego y sordo.

Nunca entendí las palabras de *Mamma* hasta que experimenté mi primer desamor. No fue inocente. No fue gentil.

Me rompió en pedacitos y cambió cada parte de mí, haciendo imposible volver a encajar todos mis pedazos fracturados. Fue brutal por la forma en que borró mi felicidad y solo me dejó amargura.

Estaba acostada en la cama del hospital de una clínica privada en algún lugar del norte del estado de New York, la vista de las montañas nevadas a lo lejos me cortaba la respiración, sin embargo, lo único en lo que podía concentrarme era en este dolor.

Contemplando la figura envuelta, extendí los brazos y alcancé a mi bebé, a pesar del cansancio que pesaba en mis huesos. Aparté de mi mente las visiones de Reina y yo cuando éramos niñas, arrullando suavemente mientras envolvíamos sus muñecas apretadas como burritos. No podía pensar en mi hermana ahora. *«Respira hondo, Phoenix»*.

—Puedo... sostener... —Mis labios se movieron alrededor de las palabras, pero por supuesto no salió ningún sonido. Intenté hacer señas, sin embargo, tenía los dedos entumecidos. No sabía si era un él o ella, pero quería ver a mi bebé. Necesitaba memorizar sus rasgos para poder reproducirlos el resto de mi vida. Junté las manos, incapaz de señar otra palabra—. Por favor.

Me estaba congelando, las manos me temblaban, me crujían los huesos. Tenía demasiado frío y el entumecimiento se expandía rápidamente por mí. El dolor en el pecho que había sido una constante durante los últimos nueve meses amenazaba de repente con tragarme entera.

Mi mente se nubló y fui vagamente consciente de que alguien se movía, mas mi atención se centró en aquel pequeño cuerpo envuelto. Me negué a apartar la mirada.

—Por favor. —Una palabra sin sonido. Un sollozo desesperado. Un temblor de mi labio.

Luché por mantener las manos extendidas, el peso de ellas me abrumaba a cada segundo que pasaba. No sentía el cuerpo como si fuera mío, y sabía que se debía a la extraña neblina de las drogas que silenciaba mis sentidos.

De repente, me vi rodeada con enfermeras y médicos bloqueándome la vista y apartando la cama de mi camino. Se me cayeron las manos a los lados, pero luché por llevarlas a la cadena que me rodeaba el cuello, por agarrar el rectángulo negro que colgaba justo al lado del anillo de promesa. Solo necesitaba sentir el frío metal bajo las yemas de mis dedos... ahí.

Tanteé el dispositivo y, con la esperanza atenuada, pulsé el botón. Una y otra vez. *Clic. Clic. Clic.*

Alguien se cernía sobre mí, aunque no era la persona que necesitaba ver. Los ojos de la abuela me miraron a la cara, cansados y llenos de miedo.

*Clic*... *Clic*... El nudo en mi garganta creció junto con mis temblores. *Clic*.
Fue la última vez que pulsé ese botón.
Nunca vino. La oscuridad me tragó sabiendo que había vuelto a romper su promesa.
Fue la última vez que me fallaría. Nunca le daría la oportunidad de hacerlo de nuevo.

# CAPÍTULO UNO

## DANTE, 23 AÑOS



*Dos años después*

*Tap... tap... tap... tap... tap.*

Observé cómo el bolígrafo de la doctora Freud golpeaba suavemente la carpeta, sus ojos entrecerrados sobre mí, casi como si pudiera sentir la tensión que se cocía a fuego lento bajo mi piel.

Su mirada se cruzó con la mía, con determinación. Estaba poniendo a prueba mi control a pesar de que mi potencial para causar daño la ponía de nervios. Cuando una lenta sonrisa apareció en mis labios, volvió a ver el expediente que tenía sobre el regazo. No es que hubiera mucho.

Por fin rompió el silencio.

—Hablemos de lo que pasó hace dos años.

Me senté, apoyando un codo en el reposabrazos. Esta habitación estaba destinada a inspirar calma y comodidad, a servir de refugio seguro para derramar tus secretos. Por desgracia, tenía suficientes como para teñir la habitación de negro. Y eso sin contar los que no recordaba.

—Ya hemos hablado de esto, Doc. No sé qué más espera que le diga. Teniendo en cuenta que no me acuerdo, debería ser una conversación corta —dije con pereza.

Inhaló, con la frustración marcando su rostro perfectamente proporcionado, y se lanzó directo a la yugular.

—Recuerdas *algo*.

—No mucho.

Tenía razón, recordaba algunas cosas, sin embargo, nunca podía estar seguro de si eran reales o imaginarias, y la incertidumbre me hacía sentir débil. Las cosas surgían entre la niebla y se desvanecían antes de que pudiera agarrarlas, dejándome agitado y listo para hacer llover furia sobre los que me rodeaban.

*Quemar. Cortar. Rascar.* Me picaba la piel, pero me negaba a rascármela, no fuera a ser que garabateara la observación en su libretita como si fuera un animal al que había que estudiar. En lugar de eso, golpeaba con los dedos el reposabrazos mientras la doctora Freud observaba el movimiento. Siempre estaba observando.

Esa misma determinación entró en su postura y enderezó los hombros.

—Cuéntame lo *que* recuerdas.

Me reí entre dientes y repliqué:

—Quizá no sea apropiado para sus oídos. —Haciéndolo sonar sugerente a propósito. No es

que la mujer me atrajera. Sí, era hermosa, mas no me atraía nada de ella.

Tiró del amuleto de su collar, un símbolo inusual que no pude distinguir, y enarcó una ceja.

—Pruébame. —La vacilación apareció en su expresión, un rubor manchó sus mejillas, pero luego se lanzó—. Y nada de tonterías, Dante.

Eso era todo lo que obtendría de mí. No podía decirle que mi secuestro tenía algo que ver con las actividades mafiosas de mi padre. Angelo Leone era un desgraciado cruel, y hacía negocios con hombres aún peores que él.

Me pasé un pulgar por el labio inferior.

—Ya que insiste, doctora. —Esperó con la respiración contenida mis siguientes palabras —. A veces sueño con ellos.

—¿Quiénes?

—Los hombres y mujeres que estuvieron allí —respondí, observando el reloj.

Aceptó mi respuesta, no obstante, siguió indagando.

—¿Por qué crees que estos hombres y mujeres aparecen en tus recuerdos? O, mejor dicho, ¿por qué crees que aparecen en tus recuerdos de aquella época?

—Porque hay monstruos de todas las formas y tamaños. —La impaciencia me picaba por dentro, como las cicatrices de mi torso. Hacía más de una semana que no torturaba ni mataba, y la necesidad de atacar me latía con tanta fuerza que casi podía saborearla. Si no veía algo de acción pronto, temía que me tragarían mis propios demonios.

Dos cosas desencadenaban mis lagunas mentales que aterrorizaban a todos los que me rodeaban. El alcohol, excluida la cerveza, y el exceso de energía.

Soñaba con vengarme. Planeé cómo me vengaría, pero el único problema era que mis monstruos eran invisibles. Hombres y mujeres sin rostro. Mis sueños y recuerdos confusos se burlaban de mí, susurrándome cosas que no podía entender.

Así que me centré en lo único que podía controlar: la venganza contra mi padre. Se había negado a pagar el rescate, dejándome a merced de mis secuestradores. El resultado final era una mente rota y un cuerpo lleno de cicatrices, y eso simplemente no serviría.

—¿Sabes lo que te hicieron? —preguntó, desviando la vista y centrándose en mi expediente prácticamente vacío. Sabía lo que estaba insinuando: abusos sexuales, mentales o físicos. Si ella tan solo supiera, porque mis abusos físicos y mentales empezaron con mi propio padre, cuando era un niño.

—No —mentí. Bueno, técnicamente no. Sabía que me habían torturado, porque me había despertado en el hospital con un expediente médico tan espeso que tuvieron que llamar a médicos de todo el país para que me ayudaran con el tratamiento. El indulto consistía en no recordar, y sinceramente lo prefería así.

—Tus recuerdos podrían volver —insinuó.

Me encogí de hombros, sin darle importancia. Me sentí más ligero cuando descubrí que se me habían borrado los recuerdos. En las semanas que siguieron a mi estancia en el hospital, empezaron a llegarme poco a poco, borrosos y distorsionados. Recordaba mi infancia, la mierda por la que nos hizo pasar mi padre, el vínculo con mi hermano. Eran los recuerdos relacionados con el secuestro, los meses anteriores, durante y posteriores, los que aún no había recuperado. Lo acepté cuando me di cuenta de que no habría una forma segura de revertirlo. Lo que sí podía controlar era quién conocía esta... *debilidad*. No quería que nadie, aparte de mi familia más cercana, lo supiera. No necesitaba compasión; no necesitaba preocuparme que mi posición en la *Omertà* se viera comprometida. Estaba listo para dejarlo todo atrás.

—Estoy bien si no lo hacen.

Sus ojos parpadeaban con un abanico de emociones. Su interés por mí nació de la curiosidad. La tesis doctoral de la doctora Freud sobre las mentes criminales le valió varios premios y su doctorado. No conocía mi profesión, sin embargo, sabía que lo sospechaba.

Casi perdió el agarre del bolígrafo mientras anotaba algo.

—Creo que en este momento estás bloqueando el progreso de tu mente. —Puse los ojos en blanco, aunque tuve que admitir que tenía razón—. ¿Cómo va tu vida amorosa?

Me reí.

—¿Me está invitando a salir, doctora?

Levantó la vista, nerviosa.

—Eso sería muy poco profesional.

Sonreí.

—No le diré a nadie.

Se sonrojó un tono de rojo más oscuro.

—Pero yo lo sabré. —La doctora Freud tenía un innegable sentido de la integridad, aunque creía que ella misma ocultaba algo. No es que me importara lo suficiente como para investigarlo —. ¿Ha cambiado tu vida amorosa desde tu secuestro?

*Sí. No. No lo sé.*

En mi mente destellaron imágenes de dientes de león y sonrisas en un rostro que se escondía en la oscuridad, pero desaparecieron antes de que pudiera pausar las imágenes. *Como siempre*.

—Odio las citas —agregué en su lugar.

La comprensión, o tal vez incluso realización, brilló en sus ojos, y probablemente pensó que había descubierto algo, una pieza del rompecabezas. En realidad, podría haberlo hecho, y si tiraba del hilo con suficiente fuerza, llegaríamos a algún lugar desagradable.

Sin embargo, había terminado con esta conversación. La puerta invisible de mi mente se cerró de golpe y volví a mirar el reloj. Se nos había acabado el tiempo. *Gracias Dios.*

La única razón por la que volvía semana tras semana era para cumplir las condiciones de mi libertad condicional después de destrozar un maldito bar completo. Podría haber hecho desaparecer el asunto, pero algún imbécil había decidido transmitirlo en vivo.

Me levanté y me abroché la chaqueta, contento de haber terminado la sesión de hoy.

—Hasta la próxima, doctora Freud.

# CAPÍTULO DOS

## DANTE, 23 AÑOS



Cesar, mi mano derecha, irrumpió en la oficina de mi club en París. No necesitaba tener el don de la clarividencia para saber que se avecinaban problemas. Simplemente no pensé que alteraría irrevocablemente mi vida. Ni siquiera la amnesia podría curarlo.

Esta vez no.

—Tenemos un problema en el bar —anunció Cesar, con tono cauteloso—. Alguien ha drogado a una chica, y su hermana sorda está furiosa.

*Hermana sorda.*

—Las chicas Romero —siseamos mi hermano y yo al mismo tiempo. Amon se incorporó bruscamente, apartó la computadora portátil de su camino y se restregó una mano por la cara. Amon y yo teníamos la esperanza de atraer a mucha gente cuando abrimos juntos este club. Era una forma perfecta de lavar dinero: mujeres, alcohol, drogas. ¿Qué podría no gustar de eso? Y, aunque seguía siendo una forma fácil de lavar dinero, se estaba volviendo cada vez más... tedioso.

Reina, la joven rubia de cabello rizado con actitud alegre, podía hacerte vomitar rayos de sol. Su hermana, Phoenix, en cambio, parecía mantenerse para sí misma y a sus propias sombras. No había visto a Phoenix desde que tenía... ¿Qué? ¿Dieciséis o así? No sabía mucho de las hijas de Romero, aparte del hecho de que se parecían entre sí, una era rubia y la otra morena y sorda. Nunca hubo motivo ni interés por saber más de ellas.

Aunque, gracias al acecho de mi hermano, pude ver muchas veces a Reina.

—¿Quién?

—No la tocó. Su hermana y sus amigas estaban allí y sobre él. —Cesar respiraba con dificultad.

La forma en que mi hermano mayor, de apenas unas semanas, pero que nunca parecía dejarme olvidarlo, se puso en pie de un salto y salió corriendo por la puerta debió haber sido mi primera pista de que estaba más que obsesionado cuando se trataba de Reina Romero.

Reconocí las señales incluso antes de que él mismo lo hiciera.

—¿Estás seguro de que fue drogada?

Cesar me lanzó una mirada irónica.

—Sí, está bastante claro. Y sus amigas fueron detrás de Roberto para patearle el trasero.

Ladeé una ceja. No sabía que las chicas Romero se rodeaban de luchadoras.

Mientras avanzábamos por el salón y luego entrábamos en el club, con la música sonando como si estuviéramos en 1999, en el momento en que mis ojos se posaron en ella, mi corazón se paró y volvió a latir como si me hubieran dado una descarga eléctrica.

Cabello castaño oscuro. El cuerpo más dulce que jamás había visto. Piel que parecía más

suave que la mantequilla incluso bajo las luces poco profundas del club.

Las imágenes me golpearon, quemándome el cráneo y haciéndome perder casi un paso. Una chica despreocupada con ojos azul zafiro, bailando seductoramente a mi alrededor, justo fuera de mi alcance. Una tentadora con labios suaves que rozaban los míos. Sonrisas capaces de derretir *icebergs*. Una risa melodiosa que tenía el poder de detener mi maldito corazón.

¿Por qué parecía tan real?

Sacudí la cabeza, ahuyentando las imágenes. Nunca había oído reír a Phoenix Romero. La última vez que vi a esta chica, era una adolescente asustadiza. Estaba claro que era un sueño, porque no habría bailado a mi alrededor de forma seductora.

De hecho, esta chica parecía tan dulce que podría causar un dolor de muelas. Era bastante inocente, y probablemente igual de aburrida. Excepto que mi polla no parecía entender eso, su atención estaba en su dulce culo.

*Abajo, muchacho.* Esta no era la chica para nosotros. Romeros y Leones simplemente no encajaban.

Amon se abrió paso entre la multitud hacia las hermanas, mientras Phoenix luchaba por sostener a su hermana pequeña.

—Déjame. —Amon le arrebató a Reina mientras Phoenix le lanzaba dagas.

Golpeé a Phoenix en su delgado hombro, la electricidad zumbó entre mis dedos como un maldito rayo. «*Estática*», me dije. A lo mejor la chica no usaba hojas suavizantes para la secadora.

Su mirada se encontró con la mía y el oxígeno abandonó mis pulmones cuando más imágenes de ella se agolparon en mi mente.

Retorciéndose bajo mi cuerpo.

Gimiendo contra mis labios.

Bailando en un campo de dientes de león.

Riendo bajo la luz de la luna.

¿Qué *demonios* estaba pasando? Tal vez por fin estaba perdiendo la cabeza. Dios sabía que se veía venir desde hace mucho tiempo.

¡Joder!

No necesitaba esta mierda ahora. Mis episodios ya no eran tan frecuentes con la cantidad de sesiones de tortura que daba y a las que me sometía. Las cosas estaban bajo control; *yo* estaba bajo control.

Volviendo a centrar mi atención en Phoenix Romero, la vi luchar por mantener a su hermana en pie, negándose a soltarla mientras Amon intentaba apartar a Reina.

—Deja que Amon la lleve. La mantendrá a salvo —hablé despacio y con claridad, sus ojos bajaron hasta mis labios para leerlos, y demonios si eso no hizo que mi miembro se tensara. Me clavé las uñas en las manos, luchando contra el impulso de tocar su piel. Seguro que era suave y olía a lluvia primaveral.

Entonces sus ojos se entrecerraron y me mostró el dedo medio.

Sorprendido por su respuesta, me preocupó que la chica hubiera malinterpretado mis labios. Aunque los estaba observando con bastante intensidad.

Saqué mi teléfono del bolsillo y se lo entregué.

—Aquí. Teclea. —No estaba preparado para revelarle que sabía algo de ASL.

Sus ojos se desviaron hacia el teléfono y luego volvieron a mí, con una mueca aun marcando su rostro. Se giró para mirar a su hermana en brazos de Amon, pero Reina eligió ese momento para tener arcadas, incitándolo a actuar.

—Ustedes resuélvanlo. La llevaré a la oficina.

Los vi desaparecer entre la multitud antes de volver mi atención a Phoenix. Me estremecí al ver su expresión. Una mirada azul gélida llena de odio, la barbilla levantada. La chica me miraba como si hubiera matado a su mascota favorita.

Por desgracia, a mi polla le gustaba. Le gustaba *ella*. Mucho.

Y eso era mucho decir, porque a mi verga no le agradaba casi nada últimamente. Qué... *interesante*.

Rodeé lentamente su rígido cuerpo, recorriendo con mis ojos la tersa piel de su escote y sus brazos. Maldición, era exquisita, pero también fuerte. Suave y dura.

*Dandelion. Mi diente de León.*

No tenía ni idea de dónde venía ese apodo, sin embargo, encajaba perfectamente con ella. Mi madre decía que la flor simbolizaba la esperanza, la curación y la resistencia, pero había una leyenda que decía que, si podías soplar todas las semillas de un diente de león con un solo soplo, la persona a la que amabas te devolvería el amor. Madre nunca se había separado de ese lado romántico de sí misma a pesar de los horrores a los que se había enfrentado en la vida. Algo de eso se quedó.

Y luego estaba su nombre. Phoenix. Resurgida de las cenizas. Salvaje y hermosa. ¿Podría ser domesticada? Sacudí la cabeza, ahuyentando esos ridículos pensamientos.

La cara de Phoenix seguía vuelta hacia mí, su expresión contorsionada por la ira. Jesucristo, ¿qué le había hecho a esa chica para acabar en su lista negra?

—Teclea —exigí, lo que solo pareció enfadarla más. La chispa de sus ojos azules se encendió cuando pregunté—: ¿Cuál es tu problema?

Me arrancó el teléfono de la mano y golpeó la pantalla. Menos mal que tenía un protector de pantalla o me la habría roto de un puñetazo.

> ¿POR DÓNDE EMPIEZO? LA LISTA ES TAN LARGA QUE ME LLEVARÍA UN DÍA ENTERO ESCRIBIRLA.

Me reí y luego hablé claramente para que pudiera leerme los labios.

—Entonces dame el primer problema de la lista.

La música seguía retumbando a nuestro alrededor, pero de algún modo parecía como si el mundo no existiera. Solo ella.

> TÚ

Me sorprendió su franqueza y el odio en sus ojos. ¿Qué. Demonios? Apenas la conocía, ¿y ya no me soportaba?

—¿Por qué? —demandé. No podía tener un problema conmigo sin ofrecer una explicación. *Especialmente* cuando mi polla se había negado a ablandarse desde que la había visto—. Si no te ofende explicarlo, *oh gran Nix*.

No sabía de dónde había salido aquel apodo, pero se me había escapado de la lengua. No pude evitar pensar que *Nix* le quedaba como un guante. Significaba *noche* en griego y, de algún modo, sentí que esta chica abrazaba su oscuridad.

Un relámpago azul brilló en sus ojos, furiosos y fríos, antes de empezar a teclear de nuevo como si tuviera una venganza contra mi teléfono. Mientras lo hacía, admiré las líneas de su elegante cuello. Era frágil y delicado, quebradizo. Podría matarla y, al pensarlo, sentí un nudo en la garganta.

Me dio el teléfono, interrumpiendo mis pensamientos, y se marchó dando pisotones. Atónito, bajé los ojos para leer el mensaje.

**Mantente alejado de mí o te haré pasar un infierno. No me detendré en asesinato, y no lo haré placentero.**

Levanté la cabeza y vi cómo movía las caderas y agitaba su espesa melena antes de desaparecer de mi vista.

Si estuviera cuerdo, mantendría la distancia. Sin embargo, no lo estaba.

Así que, como el diablo que era, empecé a alimentar el destello de fuego que se había despertado en mí. Ardería con esta chica, y juntos crearíamos el infierno más magnífico.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—El infierno es mi hogar, *Dandelion.* Adelante.

Quería mi atención, y ahora la tenía.

# CAPÍTULO TRES

## PHOENIX, 20 AÑOS



Nix.

Se comportó como si no tuviéramos historia y luego se atrevió a llamarme Nix. *¿Cómo se atreve?*

Quería gritar y rabiar, dejar que se oyera mi voz, que era algo que nunca hacía. Estaba demasiado acomplejada por el sonido de mi voz desde que ya no podía oírla por mí misma. De hecho, podía contar con los dedos de una mano el número de personas que habían escuchado alguna vez mi voz, y este monstruo era una de ellas.

Dante era el único que había abreviado el nombre y, aunque me había entusiasmado en otro tiempo, ahora quería matarlo por ello. Hacer que se arrepintiera de habérmelo dado.

Y si alguna vez se atrevía a mencionar un diente de león, podría perder la cabeza. Los recuerdos eran demasiado dolorosos y prefería no pensar en ellos. Sin embargo, sus palabras se abrieron paso.

*Eres luz y oscuridad en perfecto equilibrio, Nix.* Eran las mismas palabras que había dicho dos años atrás. Entonces, cuando más lo necesitaba, no estuvo ahí.

Nunca me puse el collar que me regaló con el anillo de promesa y el dispositivo de emergencia. Nunca más. Borré todo rastro suyo de mi vida cuando di a luz. Porque, en realidad, ¿qué sentido tenía?

No quería ningún recuerdo de él. Me falló. *Nos* falló.

Tras el incidente en el club, Amon Leone insistió en llevarnos a todas a casa. Así que aquí estaba yo, atrapada en el coche de Dante. Si tan solo hubiera podido evitar este tortuoso viaje.

Los veinte minutos en el vehículo con Dante Leone me parecieron toda una maldita eternidad, y estaba segura de que me habían hecho perder algunos buenos años.

¿Por qué no insistí en ir con Amon, Isla y Reina? Debería haberlo exigido. Al fin y al cabo, era su hermana. En lugar de eso, me quedé atrapada en el asiento trasero del impecable Audi de Dante, sofocada por la intensidad que irradiaba de él.

Afortunadamente, evité el asiento delantero. La pobre Raven no tuvo tanta suerte.

En cuanto intentó deslizarse hasta aquí detrás de Athena, él le gritó para que se sentara adelante. Athena tuvo la amabilidad de traducir, aunque no fue difícil leerle los labios ni percibir su enfado.

—No soy su puto conductor de Uber —reviro.

La mirada exasperada que me lanzó Raven casi me hizo ahorrarle aquella tortura. *Casi.* Aunque no era tan valiente y prevaleció el instinto de conservación. Volví apretarme contra el fresco cuero, tratando de alejarme de él todo lo que pudiera, rezando para que el viaje fuera corto.

¡Cómo habían cambiado las cosas! Hace dos años, lo único que deseaba eran viajes más largos y más tiempo con él. No tenía suficiente.

*—¿A qué velocidad puede ir esta cosa?*

*—Tan rápido como quieras. —Me miró cuando pronunció las palabras para que pudiera leerlas, e imaginé que su voz se sentiría como la caricia más suave contra mi piel acalorada. La puesta de sol a lo lejos mientras avanzábamos por la Pacific Coast Highway era impresionante, pero no se comparaba con él.*

*—Quiero que vayas rápido, pero también quiero más tiempo contigo. —Mis mejillas se encendieron ante la admisión, sin embargo, la verdad era que los chicos no habían mostrado interés en mí. Solo había experimentado un casto beso en la mejilla aquí y allá, nada más. Me sentía la virgen más vieja del planeta. Hasta que me crucé con Dante hace unas semanas en una fiesta de Noche Buena en Los Angeles. Ahora, para mi deleite,* castidad *y* virginidad *eran palabras que volaban por la ventana.*

*Castidad y Dante Leone en el mismo país, en la misma la frase, no iban de la mano. Tampoco nuestras familias. Los Romero y los Leone eran socios a regañadientes, mas no era difícil deducir que a Papà no le agradaban.*

*Mi edad no ayudaba. Aún no había cumplido los dieciocho, aunque gracias a mi identificación falsa, Dante creía que era mayor de edad.*

*—Podemos seguir toda la noche, Nix. —Dios, cuando decía cosas así, mi cuerpo se encendía de lujuria. Dolía por él, mi deseo cada día era más fuerte—. ¿Qué tan rápido quieres ir?*

*—Rápido. —Articulé con la boca y señé por costumbre. Me había dado cuenta de que se había descargado una aplicación de ASL, aunque no había dicho nada, así que tampoco lo hice. Con la capota bajada de su Audi negro convertible, el aire me acarició las mejillas y me revolvió el cabello por los hombros cuando pisó el acelerador—. Quiero tocarte.*

*La mirada que me lanzó no era más que calor. Me temblaba el pulso y la presión entre las piernas aumentaba con cada kilómetro que dejábamos detrás.*

*Al instante, el coche aceleró y me empujó contra el asiento. Una chispa pasó por sus ojos cuando me observó de nuevo, y luego volvió a centrar su atención en la carretera. Iba rápido, su velocímetro marcaba 80... 90... 100 kmph.*

*La adrenalina corría por mis venas en anticipación. Quizá me deseaba tanto como yo a él. Las últimas semanas desde que nos habíamos cruzado habían sido magníficas. Estaba extasiada por las emociones que me arrancaba. Estaba extasiada por él.*

*Se sentía bien, como la parte de mí que me faltaba y que había estado buscando. Respirar su aire y tocarlo era como tocar el piano. En realidad, no, era incluso mejor. Las teclas estaban frías y bajo mi control; él era cualquier cosa menos eso. Su piel estaba caliente y la oscuridad de su alma hablaba a la mía, pero era su vehemencia lo que me embriagaba.*

*Ante mis ojos, él era perfecto.*

*El coche aminoró la marcha, no obstante, la adrenalina y la lujuria no disminuyeron. Una vez que se detuvo, apagó el vehículo y el suave crepitar del motor reflejó los chispazos que recorrían mi cuerpo. La fuerte tensión. El cielo del atardecer. El aire caliente.*

*Respiraba con dificultad mientras esperaba. Deseaba a este hombre con todas mis fuerzas y, cada vez que estaba cerca de él, mi control y mi guardia se desvanecían, rindiéndome a él. Quería que lo tuviera todo.*

*Nuestras miradas se encontraron, la suya oscura y posesiva. La mía sumisa. Quería*

*complacerlo, sentirme poseída por él.*

*Su atención bajó por mi cuerpo mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad y se acercaba para desabrocharme el mío. Sin vacilar, trepé por la consola para sentarme a horcajadas sobre él, deleitándome con la presión de sus manos en mis caderas mientras me agarraba la piel y me marcaba.*

*Sus manos me subieron el vestido por los muslos mientras me observaba perezosamente, con la cabeza echada hacia atrás para apoyarse en el reposacabezas. Exploré su pecho, su cuello, mis dedos se hundieron en su espeso cabello oscuro y se posaron detrás de su nuca.*

*—Me gustas con vestido. —Siempre se aseguraba de verme a los ojos cuando hablaba, pero fue su siguiente acción la que me hizo caer en picada. Sus manos abandonaron mis muslos y señó—: Te amo, Nix. Dandelion. Mi diente de león. —Sus fuertes dedos se movieron con gracia al pronunciar las palabras que parecía haber ensayado.*

*Mi corazón se tambaleó antes de elevarse por los aires solo para volver a bajar e irse con él, abandonándome definitivamente.*

*Me incliné hacia delante, llenándole de besos la boca, la mandíbula y el cuello, y luego volví a abrirme camino hasta sus labios y solté un suspiro. Su mano se extendió por mi garganta, empujándome hacia atrás mientras me pasaba el pulgar por mi pulso. Su expresión era oscura y posesiva.*

*—Quiero tu "para siempre".*

*No sabía que ya tenía mi pasado, presente y futuro. Todo. Me pusieron en esta tierra para él y solo para él.*

*—Lo tienes. —Señé, pronunciando las palabras al mismo tiempo—. También te amo.*

*Entonces acercó su boca a la mía. Me besó, perezoso y dulce, pero no duró mucho antes de volverse áspero y posesivo. Su lengua se deslizó en mi boca, chupando y mordisqueando. Cuando se retiró con un lametazo largo y profundo, me recorrieron escalofríos.*

*Vi cómo sus ásperas manos recorrían mis pechos, la piel que se levantaba bajo el vestido, la curva de mi cintura. Manoseó el cordón de mi tanga antes de arrancarlo por completo, exponiéndome a su ardiente mirada.*

*Acarició mi sexo con una mano y con la otra me agarró la barbilla, me levantó la cara y me miró a los ojos.*

*—Mío.*

*Mi respiración se volvió superficial, mas no tenía miedo. De hecho, lo amaba así. Era mi dueño, y algo en su reclamo hizo que aflorara una oleada de sentimientos en carne viva. A veces deseaba tener voz y oído, pero en estos momentos, con Dante, no me sentía menos que nadie. Me sentía bien, suficiente.*

*—Siempre. —Articulé silenciosamente.*

*Un gemido vibró bajo mis dedos cuando me besó con ardiente pasión. Deslizó su lengua en mi boca, tiró de mi labio inferior entre sus dientes... Me hizo sentir viva.*

*Tiré de su camiseta y deslicé la mano por su musculoso vientre, recorriendo con los dedos los surcos de sus abdominales y los planos de su pecho. Mis dedos recorrieron su piel, que siempre parecía estar más caliente que cualquier otra cosa que hubiera tocado, y el torrente de lujuria se acumuló en mi vientre bajo, haciendo que mi punto dulce palpitara con una necesidad dolorosa.*

*Me moví y rocé contra su erección, balanceando las caderas en la danza que se bailaba desde hacía miles de años. Me quemaba por dentro y, con cada toque contra su bulto bajo sus jeans, el fuego se hacía más ardiente y brillante.*

*Cerré los ojos, tan cerca de deshacerme que temblé de la intensidad.*

*Tiró de mi cabeza hacia atrás, agarró mi cabellera y volvió apretar su boca contra la mía antes de mirarme a los ojos.*

*—Sácame y méteme dentro de ti. —Se me escapó un suspiro temblorosa, con los ojos entrecerrados mientras me cernía sobre él, palpitante. Dante tenía una boca sucia. Nunca pensé que sería tan excitante que un hombre me diera órdenes de esa manera, pero jadeaba, me retorcía y gemía cada vez que lo hacía—. Joder, cuando haces esos ruidos —agregó, observándome. Me agarró el cabello con más fuerza—. Date prisa, Dandelion, o tendré que castigarte.*

*Dios, pero sus castigos no eran castigos en absoluto. Me excitaban y nunca dejaban de provocar los más estremecedores orgasmos.*

*Trabajé en la hebilla de su cinturón, sacándola. Estaba caliente y pesado, suave y duro en mi mano mientras lo bombeaba en mi puño una, dos veces. Sentí su gruñido cuando me senté a horcajadas sobre él.*

*Sus dedos se clavaron en mis caderas y sentí su punta en mi entrada. Su calor contra mi centro palpitante hizo que mis entrañas se apretaran con avidez.*

*Me balanceé lentamente, dejando que la parte superior de su excitación se deslizara dentro de mi resbaladizo cuerpo, solo para volver a levantar las caderas. Luego repetí el movimiento, una, dos, tres veces, con bombeos superficiales que hacían temblar mis músculos. Dios se sentía delicioso.*

*Pasó un dedo por mi clavícula, me quitó un tirante de los hombros, luego el otro, y me bajó el vestido hasta los pechos. Su mirada era posesiva cuando apartó las copas del sujetador para dejarme los senos al descubierto y se llevó un pezón a la boca.*

*Bajé hasta su cuerpo, hundiéndome hasta la mitad. Su mano me soltó el cabello para apretarme el otro pecho mientras seguía lamiendo, mordisqueando y chupando. Mis ojos rodaron hasta la parte trasera de mi cabeza y el pulso me temblaba alrededor de él.*

*Jadeaba, mis muslos se apretaban mientras seguía haciendo pequeños círculos. Era tan grande que cada vez que entraba en mí parecía la primera vez.*

*Su agarre se tensó sobre mis caderas y apoyé mis manos sobre las suyas, agarrando sus dedos. Por fuerza o para detenerlo, no lo sabía.*

*Vi cómo echaba la cabeza hacia atrás, el cuero bajo él arrugándose, y la emoción de sus ojos me llegó al corazón.*

*—Toma el resto de mi polla —me ordenó mientras miraba fijamente su boca, intentando leer sus labios y procesar las palabras—. Los dos sabemos que tu coño quiere ser follado. Puedo sentir tu excitación goteando por tus piernas. Lo aguantarás todo y luego gritarás para mí.*

*Me estremecí y un gemido brotó de mis labios. Las cosas que me hacían sus sucias palabras.*

*Una de sus manos se zafó de mi agarre y se introdujo entre nuestros cuerpos, encontrando mi clítoris. Lo rodeó y mi excitación empapó sus dedos.*

*Los dos vimos hacia abajo, donde estábamos conectados, y me deslicé, metiéndomela hasta el fondo mientras me estremecía. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso. El zumbido caliente se disparó por mis venas, sintiendo las vibraciones de Dante ondulando a través de mí. Sabía que solo él podía controlar mi cuerpo y mi placer. Para siempre. Todos mis orgasmos le pertenecían.*

*Nuestros latidos se aceleraron al unísono. Sus caderas se movían para que mi clítoris chocara contra él, haciéndome estremecer por la intensidad. Sus manos estaban por todos lados, me tocaba, me poseía, me agarraba del cabello para inclinarme la cabeza mientras me besaba, y*

*con la otra mano me agarraba de la cadera para apretarme más contra él.*

*Apenas tardé en explotar. Sentí que el calor me subía por la garganta. Tenía que ser mi voz. Tuve un orgasmo tan fuerte que me salieron manchas detrás de los párpados. El fuego se extendió por mí como un hormigueo cálido.*

*Un áspero pellizco en el lóbulo de mi oreja me hizo abrir los párpados para encontrarme con los ojos llenos de deseo de mi amante. Parecía complacido y me derretí por él.*

*—¡Dame otro! —exigió como si mis orgasmos fueran su recompensa.*

*—Cógeme, Dante. —Articulé, echándome hacia atrás para apoyar ambas manos en sus rodillas.*

*Su mirada se convirtió en una llama azul líquida mientras me agarraba por las caderas y empezaba a hacerme rebotar sobre su erección. Rudo. Rápido. Con fuerza. Sus ojos recorrieron mi piel desnuda, mis pechos rebotando, mi vientre, hasta donde se deslizaba dentro y fuera de mí.*

*Mi excitación brillaba, la evidencia de mi deseo cubriendo su piel. El placer zumbaba bajo mi piel.*

*Me detuvo de repente y llevó sus dedos a mi clítoris. Recorrió la excitación y observé sin pudor cómo se los llevaba a la boca y los chupaba, cerrando los párpados por un momento con expresión de felicidad.*

*Sus profundos ojos azules se abrieron y repitió el movimiento, pero esta vez frotó la humedad sobre mi labio inferior. Saqué la lengua, lamí la punta de su dedo y me saboreé.*

*Su control se rompió. Me agarró de las caderas, tirando de nosotros pecho con pecho, y me hizo rebotar sobre su erección. Fuerte. Rápido. Mis manos llegaron a sus hombros, mis dedos arañaron su piel y se aferraron a él mientras me consumía.*

*Arriba y abajo. Cada embestida era devastadora y prometía un placer que me destrozaría de la mejor manera posible. No aflojó, me dio todo mientras me sostenía sobre él y me penetraba.*

*Me temblaba la garganta, sus gruñidos vibraban bajo mis palmas.*

*Llegué al clímax por segunda vez mientras Dante me tomaba la boca, tragándose todos mis jadeos y mis respiraciones agitadas. Mis paredes se cerraron en torno a su longitud mientras empujaba una y otra vez hasta que se estremeció, terminando dentro de mí.*

*Apoyé la cara en el pliegue de su cuello, con una sonrisa fácil en los labios.*

*Nuestras respiraciones calientes. Su boca en mi piel. Lánguida felicidad postcoital.*

Me encantaba conducir con él. Me había enamorado profunda e irrevocablemente de él. Nunca olvidé un solo momento que compartimos ni una palabra que me dijo. Sin embargo, cuando sus ojos se posaron en mí en el club, me miró como si fuera una extraña para él. Casi como si me hubiera olvidado por completo. Mientras tanto, hubo un tiempo en que él lo había sido *todo* para mí.

Me destruyó, y tuve que vivir con las consecuencias y los recuerdos que me perseguían cada hora de vigilia y de sueño.

Me burlé en voz baja, recordando todas sus dulces promesas, sus *mentiras*. Fui la tonta que le creyó todo. Fui la tonta que había tenido esperanzas, y él había alimentado mis sueños, hasta que los hizo pedazos.

Los ojos de todos se desviaron hacia mí y me di cuenta de que debía de haber hecho más ruido del que pretendía.

—¿Todo bien? —preguntó Athena, mirándome con suspicacia.

Asentí a pesar de que nada estaba *bien*, maldición. El desgraciado ni siquiera me reconocía. Me había estado muriendo un poco cada día desde que se había ido, y ni siquiera podía darme la cortesía de reconocerme.

Había tenido cuidado de no cruzarme con él durante dos años enteros, evitando estar en su presencia a toda costa. No obstante, era imposible negar lo diferente que era ahora, por mucho tiempo que hubiera pasado. Tenía un carácter volátil que ni siquiera intentaba ocultar. Una ira latente se desprendía de él, poniendo nerviosa incluso a Raven.

Dante podría haber cambiado, pero su efecto no. El aroma a madera y el cuero emanaban de él, asfixiándome con su calor mientras miraba por la ventana las luces de la ciudad. El hombre era de sangre caliente en más de un sentido.

Nuestros ojos se cruzaron por un instante en el retrovisor y luché contra el impulso de apartar los míos. En lugar de eso, me mantuve firme. Quería que viera mi odio. Podía ser que la ira fuera lo que movía a Dante estos días, pero no era rival para *mi* maldita furia.

Mi corazón latía con fuerza, pero no le presté atención, era solo un órgano. Se negaba a sentir, amar y, lo que era más grave, a seguir adelante. Me arrebataron la única parte que podía salvar, junto con mi bebé.

Dante me sedujo con su tortuoso comportamiento y luego me dejó sola para que soportara las consecuencias. Lo odiaba. *«Aún lo amas»*, susurró mi corazón roto. *No*. No quería reconocerlo, *no* podía reconocerlo. Mi corazón fue lo que me metió en este lío en primer lugar. Bueno... mi corazón y la ausencia de preservativo, pero no tenía sentido perderse en los detalles.

Mis ojos vislumbraron sus manos grandes y venosas sobre el volante. Las mismas que me habían tocado, que me habían poseído. La forma en que solía dejar que su mirada cruda viajara sobre mí y creara una fricción deliciosa era una cosa, ¿pero cuando finalmente ponía esas manos destructivas sobre mí? Mi cuerpo detonaba. Se había convertido en una adicción y en algo que no había sido capaz de reproducir. No es que tuviera ningún interés en hacerlo.

Volvió los ojos a la carretera, pero seguía sintiendo su atención puesta en mí en todos los demás sentidos.

Exhalando suavemente, cerré los ojos, ahuyentando nuestras imágenes. Si tuviera la oportunidad, las borraría de mi mente.

*«Recuerda el dolor, la agonía en la que te dejó»*, me dije a mí misma. Me utilizó, y nunca he creído en las segundas oportunidades. La historia no se repetiría. Había terminado con ser utilizada. Tenía amigas y familia que me querían y me aceptaban. Ya no lo necesitaba.

El momento en que lo necesité había pasado.

El coche se detuvo y las tres chicas saltamos de él como si nos persiguieran fantasmas.

Corrí hacia Amon, que tenía a Reina en brazos, con la cabeza suelta y la boca ligeramente entreabierta.

—*¿Le has tomado el pulso?* —Señé urgentemente a Isla. Raven y Athena ya estaban en el edificio, llamando al ascensor—. *¿Se ha despertado?*

—Estaba consciente por segundos, pero mayormente no —contestó Isla. Sus ojos se desviaron por encima de mi hombro y me di cuenta de que Dante estaba fuera de su auto, apoyado en él y observando nuestro intercambio con interés. Le entrecerré los ojos como diciendo *¿Qué demonios quieres?*, pero el muy imbécil no captó el mensaje—. De todos modos, estará bien. Solo necesita dormir un poco y dejar que esa mierda salga de su sistema.

Sus ojos se desviaron hacia Dante, luego de nuevo a mí, y salió corriendo hacia el interior, casi como si pudiera sentir la inminente erupción volcánica.

—*No puedes subir.* —Señé, mi terquedad me impedía pronunciar las palabras. ¿Por qué iba a

ponérselo fácil?

—Como si pudieras detenerme.

Me quedé boquiabierta al ver cómo sus manos señaban las palabras. ¿Había aprendido ASL? Era lo último que esperaba, y la sonrisa en su maldita cara me expresó que estaba contento con mi reacción. Ya me había hecho teclear en su teléfono antes... ¿Por qué no había usado ASL para empezar?

Aparte de la probabilidad de que fuera un idiota, por supuesto. Era exasperante.

Me tomé un momento para repasar con ojos nuevos la impresionante complexión de Dante. Hacía dos años, siempre optaba por *jeans* y una chaqueta de cuero. Hoy vestía un traje italiano hecho a medida que abrazaba sus músculos y prometía unos abdominales que hacían agua la boca. La oscuridad que se escondía bajo su piel ahora estaba al descubierto, en cada mirada, cada sonrisa, cada movimiento. Estaba orgulloso de ello, y daba mucho miedo.

Sin embargo, me negué a acobardarme.

Apreté la mandíbula, regañándome por haberme fijado en su cuerpo. Me daba igual que lo proclamaran santo, para mí siempre sería el diablo.

—*Pon un solo pie en mi apartamento y te mataré.* —Señé.

Le di la espalda por segunda vez aquella noche y me alejé sin mirarlo. Dejé que probara una cucharada de su propia medicina.

Empecé a subir las escaleras hacia nuestro apartamento, necesitando quemar algo de esta ira, cuando me topé con Amon. Su paso vaciló, su atención puesta en mí.

—La puse en el sofá. Tendrá que beber mucha agua —habló despacio, incluso hizo un seña de ASL para beber y agua para asegurarse de que lo entendía. Estaría impresionada si no fuera por su relación con Dante Leone.

Asentí con la cabeza y pasé junto a él para llegar hasta mi hermana.

# CAPÍTULO CUATRO

# PHOENIX



Me senté en el sofá con mi hermana durmiendo a mi lado y mis amigas desparramadas por el suelo de la sala de nuestro pequeño apartamento parisino. Estaba... perturbada. Mi piel zumbaba con una electricidad que no había sentido en dos años.

Desde la última vez que sentí su toque.

No podía borrar de mi mente la mirada que Dante me dirigió en el club. Vehemente y lujuriosa, pero también había algo más.

Actuó como si ni siquiera me conociera. Casi como si estuviera perturbado de verme.

¡Cómo se atrevía a elegir la salida fácil y fingir que lo que tuvimos podía ser desechado tan fácilmente! Me ahogué en mi furia, luchando contra el impulso de estirar la mano y darle un puñetazo. Golpearlo. Arañarlo. Quería hacerle daño. Quería hacerlo sentir lo que yo había sentido hacía dos años.

Un rayo de luz de la farola se coló por la ventana y dejé que mi mente vagara hacia el pasado, hacia aquella chica ingenua que se enamoró ciegamente de Dante Leone.

*No estaba sola.*

*De algún modo, de alguna manera, mi corazón insistía en que él haría lo necesario. Dijo que seríamos nosotros tres, bailando juntos por la vida. ¿Verdad que sí?*

*Excepto que la duda era una perra. Lentamente, día tras maldito día, empecé a cuestionarlo todo. Cada beso. Cada promesa. Cada maldita cosa.*

*Se me oprimió el pecho mientras me limpiaba la cara manchada de lágrimas con el dorso de la mano.*

*Hacía meses, siete meses, una semana y cinco días para ser exactos, que no lo veía ni sabía nada de él.*

*Mi corazón seguía susurrando «ya viene. Aguanta, ya viene. Prometió que siempre vendría».*

*Entonces, ¿dónde estaba?*

*Lo llamé. Le envié un mensaje de texto. Lo llamé usando nuestro código 911.*

*Clic. Clic. Clic.*

*Volví a comprobar mi teléfono. Solo un mensaje de mi hermana y mis amigas. Reina me echaba de menos; estaba preocupada por mí. No paraba de interrogarme sobre lo que decían los médicos, y no me gustaba mentirle.*

*Mi teléfono volvió a vibrar.*

**Reina: ¿Podemos hacer FaceTime? Te extraño.**

*Había hecho video llamada con Reina justo antes de tomarme una siesta, pero aún no quería volver a hablar con ella. También la echaba de menos, pero mentirle a través de la cámara era más difícil que a través de un mensaje de texto. Así que cerré el mensaje y empecé a dar vueltas por la habitación.*

*No había mucho que hacer. Hacía demasiado frío para salir, las temperaturas de diciembre aquí eran tan bajas que te helaban hasta los huesos. Mientras crecíamos en California, la única vez que nevaba era cuando la buscábamos, lo que no ocurría muy a menudo.*

*Llevaba solo un mes en la universidad en París cuando tuve que incapacitarme por enfermedad. La abuela aprovechó su fama en Hollywood y su influencia con el decano para evitar que me echaran. Incluso consiguió que el rector me autorizara tomar clases por Internet.*

*Desde que la abuela me trajo a la clínica, después de inventarse una historia que requería reclusión, he pasado los días enviando mensajes de texto y haciendo videollamada con mi hermana y mis amigas, y trabajando en mis estudios.*

*Fue tan convincente que todos se lo creyeron, incluso Papà.*

*Me habría vuelto loca sin los módulos del curso. Cuando volviera, tendría que ponerme al día, pero la abuela me dejó claro que no me iría con un bebé en brazos.*

*Pero, aun así, tenía esperanzas. Y, aun así, deseé.*

*Seguí mencionando mi deseo de quedarme con el bebé, aunque estaba aterrorizada. Nunca había tenido un bebé en brazos, ni siquiera había cambiado un pañal. No sabía nada de ellos.*

*—Eres demasiado irresponsable. Te deshonraste a ti misma y a nuestra familia. —La abuela lo repetía una y otra vez. Sus verdaderas palabras fueron que me dejaría sin un centavo para que probara la vida real. Era cruel, mas ella lo llamaba amor duro.*

*Si eso ocurriera, mi bebé se moriría de hambre. No podría hacerle eso a mi hijo. Sería cruel y egoísta.*

*Me bajé lentamente de la cama del hospital, agarrándome la espalda con una mano y frotándome la barriga con la otra. Me coloqué las pantuflas del hospital y me acerqué a la ventana, contemplando la misma vista que había tenido durante los últimos tres meses. En cuanto se me notó demasiado el bulto para disimularlo, la abuela me trajo a este centro sin mediar palabra.*

*Excepto que, ahora, la nieve cubría el terreno haciendo casi doloroso al mirarlo, ocultando cualquier atisbo de color hasta donde alcanzaba la vista. Recordándome el cambio de las estaciones sin mí.*

*¿Por qué no venía?*

*El dolor de mi corazón era como si alguien me lo hubieran abierto junto con el alma y luego me hubiera dejado desangrarme. El dolor me consumía como lo había hecho Dante hacía tantos meses.*

*Con la mano en el estómago, sentí que la vida se movía dentro de mí. Sería cualquier día de estos.*

*Busqué el dispositivo de emergencia en el bolsillo de mi vestido de maternidad. Sin duda era el momento adecuado para utilizarlo.*

*La abuela se negó a ceder; me quitarían el bebé. Nadie más sabía lo del bebé, y no podía meter a mi hermana y a mis amigas en esto. Así que me guardé el secreto, aunque me ardían los labios de contárselo al mundo. Lo único que conté fueron mentiras.*

*Bajé la mirada hacia el pequeño aparato, lo giré entre las manos y lo estudié. Estaba destinado a rescatarme. ¿Por qué estaba fallando?*

*Clic. Respira.*

*Clic. Vendrá por nosotros.*

*Clic. Se acababa el tiempo.*

*Me froté el vientre, el dolor era insoportable. Quería que nuestro bebé fuera feliz, que naciera rodeado de amor, no de vergüenza.*

*—Vendrá por nosotros. —Articulé, mi aliento empañando el cristal, la esperanza de mi corazón apagándose—. Los tres estaremos juntos.*

*Mis pulmones se apretaron, contrayéndome el pecho.*

*«Si Reina estuviera aquí», pensé por millonésima vez. La abuela me amenazó con retirarme los fondos para la universidad si se lo decía. No quería que mi hermana de dieciséis años se viera manchada por mi promiscuidad. La única razón por la que accedí fue porque no quería ver a mi hermanita disgustada. Se había matado trabajando y lo último que quería era que la abuela le quitara los fondos para la universidad.*

*—Demasiado joven. Demasiado estúpida. Demasiado ciega. —Las palabras de antes de la abuela llenaron mi cráneo y odié que tuviera razón. Maldición. Lo. Odiaba—. ¡Se supone que Reina y tú deben romper el ciclo! —espetó, con la frustración coloreando su rostro—. ¿Acabaremos alguna vez con este ciclo de hijos fuera del matrimonio?*

*No paró de despotricar durante todo el vuelo sobre el Atlántico. Me hizo recordar a mamá y sus discusiones. Se me escapó un balbuceo estrangulado de protesta y volví a tener cinco años.*

*—Inútil. Una desgracia. —Aún recordaba el modo en que la mirada de Mamma parpadeaba ante las duras palabras de la abuela. Cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. Esas fueron algunas de las últimas palabras que escuché antes de que mi enfermedad se apoderara de mí.*

*Antes de que el mundo enmudeciera.*

Me desperté sobresaltada con sudor en la frente, un dolor en el corazón y un cuerpo acurrucado cerca de mí.

Reina dormía profundamente en mis brazos, mientras las drogas abandonaban su organismo. Todavía no podía creer que la hubieran drogado. Podría haber acabado mucho peor de lo que lo hizo y, aunque sabía que no era justo por mi parte, culpé a los hermanos Leone por ello.

Deberían controlar mejor a su gente. Deberían tener más porteros en el club para que las mujeres no corrieran el riesgo de que se aprovecharan de ellas. Sonreí por primera vez desde la noche anterior solo de pensar en cómo Raven dejó en evidencia a ese desgraciado. Le rompió el cráneo con su botella de cerveza y probablemente no podrá funcionar correctamente en un futuro próximo.

Suponiendo que Amon Leone no lo hubiera matado.

No me quejaba. Deberíamos dejar que el hijo de puta muriera.

Reina se revolvió en mis brazos, sus rizos se esparcieron por mis piernas y mi brazo, y me centré en lo que tenía.

Familia. Amigas. Música.

Eso era todo lo que necesitaba. Por el momento. Sabía que *faltaba* algo, alguien, y algún día iría a buscarlo. Por la pequeña vida que creció bajo mi corazón y que me fue arrebatada sin siquiera un hola o un adiós.

# CAPÍTULO CINCO

# DANTE

La gente me fastidiaba.

Solo había algunas raras excepciones: Amón, madre y... bueno, eso era todo. Aunque sospechaba que Phoenix, la fogosa Nix, también podría formar parte de ese grupo. A pesar de su actitud grosera y malhumorada. Debía ser un recuerdo de su hogar en California. Optó por el desierto del Death Valley, mientras que su hermana se fue por el sol, prosperando con la luz y el arco iris.

Dame un cactus cuando quieras. Eran duros. Resistentes. Y demonios, siempre estaba listo para un desafío.

Había pasado una semana desde que vi a Phoenix Romero en el club, y cuanto más la observaba desde las sombras, más me intrigaba. Su hermana era sencilla, pero Nix no. Tenía capas de sí misma que le ocultaba al mundo. Quería desenvolverla y averiguar qué la movía. Me cautivó como nadie lo había hecho antes.

Entré en el estacionamiento, me desmonté de la moto y colgué el casco en el timón. Me paré frente al viejo castillo situado en la campiña francesa, a las afueras de París. La única luz que había era la de la luna, ya que era una de mis propiedades aún por remodelar. Lo había comprado hacía poco y pronto empezarían las renovaciones antes de convertirlo en un casino.

—¡Mira a quién encontré! —*Ghost* emergió de entre los árboles, arrastrando a un tipo rubio y guapo que forcejeaba y se tambaleaba como una sanguijuela resbaladiza y viscosa. Iba vestido con *jeans* y chaqueta de cuero—. Ya le he sacado el diente también.

*Ghost* tenía una seria fijación con los dientes. No conocía la historia que había detrás, pero ¿qué clase de amigo sería si no lo apoyaba?

Sonreí.

—Estoy deseando ver tu colección algún día.

Me lanzó una mirada irónica.

—Sigue soñando.

—Totalmente. —Vi más allá de él, buscando su vehículo—. ¿Cómo llegaste aquí?

Levantó el hombro.

—Me estacioné en la carretera principal. Tenía ganas de arrastrarlo un poco.

Se me escapó un suspiro incrédulo. Podía admitir que no estaba del todo bien de la cabeza, pero no tenía nada contra *Ghost*. Quizá por eso nos llevábamos tan bien.

Los ojos del rubio se desviaron entre nosotros, la sangre le corría por la barbilla, cuando *Ghost* lo tiró al suelo delante de mí como un saco de papas.

—¡Están locos!

—*Ahhh*, es tan agradable. —Apenas había tenido un anticipo. El bailarín de *ballet* era parte

de la asamblea que se unió a la orquesta de Phoenix. Al parecer, era un requisito de su clase de la universidad.

*Ghost* se encogió de hombros.

—Podría esforzarse un poco más.

Observé al rubio a los ojos. Para ser bailarín de *ballet*, tenía unos músculos voluminosos. Lástima que su actitud siguiera siendo pésima. Me había estado familiarizando con los patrones de Phoenix. De acuerdo, de acuerdo, la estaba acosando en la ópera durante sus ensayos, cuando atrapé a ese desgraciado empujándola, tocándola de manera inapropiada. Luego, él y sus amigos hicieron bromas a su costa, despreciando la música que ella producía con sus elegantes dedos. A mí no me gustaban mucho Beethoven, Mozart o la música clásica en general, pero sus notas me llegaban a lo más profundo. El mundo, incluido este maldito tipo, apreciaría su música... o habría consecuencias.

Ni que decir, el idiota tenía que pagar por su falta de respeto.

Una vez que Phoenix se perdió de vista, fui tras él, pero nos interrumpió un grupo de transeúntes y, como un gato asustado, este inútil salió corriendo. Entonces, solicité las habilidades de *Ghost* que rivalizaban con las de un sabueso. Podía encontrar y rastrear a cualquiera. *A quien fuera.*

Intentó arañar a *Ghost*, luego a mí, y se me escapó una carcajada.

—¿Cómo te llamas?

Su cuerpo se estremeció, pero, a su favor, me miró a los ojos.

—Erik Costa.

—¿Sabes por qué estás aquí, *Erik Costa*? —Empezó a forcejear de nuevo y le di un puñetazo en la cara, agotándose mi paciencia. Su rostro golpeó el suelo, haciendo que literalmente comiera tierra—. He oído que eres bailarín, así que a menos que quieras que te rompa las piernas, deja de hacerme enfadar.

*Ghost* se sentó en sus espaldas, hundiéndole la cara en la tierra

—¡No tengo toda la noche! —escupió *Ghost*.

—No tengo ni una maldita idea de por qué estoy aquí. Este tipo me acorraló y me sacó un diente, amenazando con cortarme la lengua sin motivo.

Le di una patada en las costillas.

—Hay una motivo —pronuncié entre dientes—. Todo lo que hago es por una razón, y a ti, desgraciado, te han visto burlarte de una chica sorda.

No cuestioné mi desdén ante esto ni cómo se me oprimió el pecho al ver la cara que puso Phoenix cuando se dio cuenta de que los chicos se burlaban de ella.

Por eso, le di otra patada. Estaría fuera de servicio una vez que hubiera terminado con él.

—Bastardo. —Tosió.

Así que lo golpeé una y otra vez.

La ira me recorría las venas. No debería estar al borde del abismo, no después de matar a Roberto, el tipo que drogó a Reina. No obstante, estaba a punto de estallar, y no dudaba de que hacer que la cara de este desgraciado quedara irreconocible me quitaría eso.

*Ghost* se levantó de la espalda del tipo y se recostó contra el árbol, cruzándose de brazos, mientras yo *enloquecía*. Se tocó el bolsillo y sacó un cigarrillo.

—Déjame intentar ayudarte. —*Ghost*, quien observaba toda la escena con descarada excitación, tiró las cenizas de su cigarrillo al suelo—. Nunca deberías enfadar a Dante. Deberías mostrar un poco de educación y disculparte por ser un imbécil con su chica.

*Mi chica.*

En el rincón oscuro de mi mente, las sombras susurraban. «*Tómala. Hazla tuya. Es tuya*».

Joder, tenía que mantener la calma. Nunca era bueno para nadie cuando estaba agitado o estresado. Tenía que controlar mi rabia antes de que las cosas se pusieran peor.

Como si sintiera la rabia que desprendía, Erik levantó la cabeza y me miró con recelo. Se puso a cuatro patas, con la cara y los ojos hinchados. Soltó un gemido ahogado y murmuró algo que tuve que inclinarme para oír.

—Jódete... y tu chica… muda... sorda... estúpida...

Le di una patada en las costillas, saboreando su gruñido lleno de dolor.

—No es muda, imbécil. Ha perdido el oído. Son dos cosas distintas.

¿Cómo lo sabía? Lo busqué, y este desgraciado también debería.

Escupió sangre.

—Lo que sea.

—Eres muy osado. —*Ghost* se rio.

—Pero no muy inteligente y ciertamente no agradable. ¿No te enseñó mamá que intimidar está mal? —Levanté la mano y lo golpeé en la mejilla. Cayó al suelo, inmóvil, con el cuerpo en un ángulo incómodo—. Quizá podamos arrancarle todos los dientes y quemarle los globos oculares —afirmé pensativo, lanzándole un vistazo sombrío a *Ghost*—. ¿Te apuntas a dejar sin dientes a este tipo?

Algo salvaje pasó por la expresión de *Ghost*, pero antes de que pudiera responder, nuestro rubio amigo gimoteó, con los ojos muy abiertos por el miedo.

—No, no. Por favor.

Compartí una mirada con *Ghost*, dejando que mis labios se curvaran en una sonrisa amenazadora.

—Qué tal si me explicas por qué te burlaste de mi chica y me dices cómo vas a compensarla, y consideraré dejarte vivir para ver otro día.

—Yo... ella... —Se esforzó por hablar, pero no me importó una mierda—. No sabía que tenía novio.

Phoenix Romero no tenía novio. Si lo tuviera, estaría muerto. ¿Por qué? Porque ella se sentía como mía. Porque mi polla respondía a ella y a nadie más. Eso tenía que contar para algo. Era una maldita señal.

—Aún no lo sabe, pero está... —Me quedé a medias, con las comisuras de los labios levantadas—. Pero no está disponible para nadie más.

El asombro apareció en su rostro.

—Estás... estás loco.

No tenía ni maldita idea.

Le di una patada antes de agarrar mi propio cigarrillo, encenderlo, metérmelo en la boca y dejarlo colgar. Nunca había fumado, no hasta hacía dos años, y desde entonces se había convertido en un hábito.

—Mi tiempo es valioso. —Corrección: Quería ir a ver a mi mujer antes de irme a dormir —. Déjanos escucharlo.

—¿Es-cuuchar qué? —tartamudeó.

—No es muy listo —comenté con ironía.

*Ghost* sonrió, expulsando una nube de humo.

—Tal vez quiera hacerse algún trabajo dental.

—Eso parece —expresé con toda naturalidad, dando un paso, dispuesto a partirle la boca.

—¡Me rechazó! —gritó Erik, desesperado ahora.

Me puse rígido, seguro de haberlo escuchado mal.

—¿Qué has dicho?

No bromeaba, empezó a llorar.

—No quiso tener una cita —gruñó, con la voz apagada.

Esa era *mi* chica. ¿Quién era este desgraciado para pensar que consideraría tener una cita con él?

—¿Me estás diciendo que le pediste una cita y te rechazó, así que empezaste a burlarte de ella? —La voz de *Ghost* era inquietantemente calmada mientras un tsunami me azotaba, golpeando palabras en mi cráneo. «*Matar*, *matar*, *matar*».

Asintió, llorando aún más fuerte, como una niña pequeña que acaba de ver al *Coco*. No tenía ni maldita idea de lo que lo había desatado.

—Lo siento.

—Creo que voy a matarlo —agregué lentamente, con la furia hirviéndome en la sangre. El rubio me miró con los ojos desorbitados, pero no estaba tan asustado como debería.

Me ardían los nudillos con cada puñetazo en su bonita cara. Coincidía con el ardor de mis pulmones, que no tenía nada que ver con el hábito de fumar que había desarrollado. Desde mi... secuestro, mi temperamento había sido más volátil y difícil de controlar. Mi hermano me ayudaba, controlando mis arrebatos violentos al reconocer cuándo necesitaba liberarme y reprimiéndome cuando él lo necesitaba.

Si me hubiera abandonado a mi suerte en aquellos primeros días, estaría condenado a muerte o directamente muerto.

—Dante. —La voz de *Ghost* apenas se registró a través del zumbido en mi cerebro—. ¡Dante! —Parpadeé y me encontré con *Ghost* observándome fijamente, mi propio reflejo devolviéndome la mirada en sus ojos oscuros. Desquiciados. Hambrientos de violencia. Perturbados—. ¿Estás bien?

—Sí. —*En realidad, no*. Pero no importaba. Nix era lo único que importaba aquí. Impediría que este tipo y sus amigos la acosaran.

—Si tú lo dices. —*Ghost* no me creyó. No me sorprendía. Reconocería a una persona jodida a kilómetros de distancia. Después de todo, se necesitaba ser uno para conocer a otro.

A veces me preguntaba si alguna cantidad de violencia saciaría mi sed. Cuando adquirí estos nuevos hábitos tras el secuestro, hice prometer a Amon que no me dejaría perder el control. Cada vez que la sangre saturaba mi visión, perdía la cabeza, y entonces llegaban la muerte y destrucción.

Me centré en el idiota rubio que tenía a mis pies. Tenía la cara amoratada, la sangre manchaba sus rasgos que ya no eran tan bonitos.

—Ya no usarás métodos sórdidos para manejar el rechazo de una mujer. Sé un hombre y acepta que no te quiere. —Asintió con tanto entusiasmo que pensé que se daría un latigazo cervical—. No. Te. Burles. De. Ella. De. Nuevo.

—No lo haré. Y no volveré a tocarla.

—Y mañana, te disculparás con Nix... —Me miró sin comprender—. A *Phoenix*, y le dirás a todo el mundo que te acompañó en intimidarla que eres un maldito imbécil y un idiota. Les dirás que es una musa, mi musa, y que nadie puede tocarla. Si alguien la mira mal, iré por ellos. *¿Capisce*?

Parpadeó, confuso. No hubo respuesta. Solo silencio.

*Ghost* se acercó y le dio una patada en las costillas.

—Ahora es el momento de decir que *sí* y no volver a cagarla.

—No hay segundas oportunidades, Erik. —Lo levanté de un tirón, agarrándolo por la camisa —. Usa palabras. No soy un maldito lector de mentes.

—De acuerdo. Lo prometo, lo arreglaré.

—Por supuesto que lo harás. —Que me diera una negativa nunca fue una opción—. Ahora piérdete.

—De… de a-acuerdo —tartamudeó Erik. Se puso en pie y sus ojos se desviaron de mí a *Ghost* y luego de nuevo a mí.

—¿Qué? —solté, molesto de que siguiera aquí—. ¿Quieres morir después de todo?

—¿Quién me va a llevar de vuelta?

*Ghost* se rio.

—Vas a caminar, hijo de puta.

A Erik no le gustó, no obstante, se alejó tambaleándose y sujetándose el brazo en un ángulo extraño. Era probable que no pudiera bailar al día siguiente ni la semana próxima, pero si seguía adelante y se mantenía alejado de Phoenix, algún día podría hacerlo.

—¿Sabe tu padre que estás jugando al acosador? —preguntó *Ghost*, atrayendo mi atención hacia él.

Una furia abrasadora me recorrió las venas. La ira era tan fuerte que tuve que ahogarla. Ardía en mi garganta, en mi pecho, empañando mi visión con una niebla roja. *Padre*. El desgraciado solo era un donante de esperma. Un padre no abandonaba a su hijo cuando lo necesitaba, dejándoselo a su enemigo. Un padre no golpeaba a sus hijos para hacerlos *más fuertes*. Un padre no destruía a sus hijos.

Sacudí la cabeza y me obligué a inspirar hondo antes de exhalar lentamente. Era imprescindible tener la cabeza despejada.

—No, y no lo sabrá —contesté, apagando el cigarrillo y agarrando el casco de la moto.

Ladeó la cabeza, estudiándome durante unos instantes, antes de sacudirla sutilmente.

—Empiezo a preguntarme si eres un adicto a la adrenalina o simplemente estás loco.

—Un poco de las dos —repliqué mientras me colocaba el casco—. Gracias por encontrar al desgraciado.

—Te mandaré la factura.

*Ghost* valía cada centavo. Cuando alguien era capaz de rastrear a una persona sin siquiera un nombre, como él, aprendí que era más valioso que nadie.

El motor de mi motocicleta rugió y me puse en marcha. Tenía que hacer una parada más.

# CAPÍTULO SEIS

# DANTE



Aceleré por las carreteras secundarias, dirigiéndome al corazón de París, donde Phoenix y las chicas alquilaban un apartamento. La ubicación no estaba mal, pero la compañía... Prefería recibir un balazo en el cráneo que compartir apartamento con cuatro chicas.

Eso tenía que conllevar mucho drama.

La observé ayer. Y el día anterior. Llevaba una semana siguiéndola. Me enteré de que adoraba su rutina, su piano y sus publicaciones en Instagram. No era muy aficionado a ninguna de las tres cosas, pero en la última semana, había tenido más rutina que nunca.

La noche después de que su hermana fue drogada, hackeé el teléfono de Phoenix. A pesar de lo estructurada que parecía su vida por fuera, sus publicaciones en Instagram, las aplicaciones y los sitios que visitaba parecían mucho más erráticos.

Llevaba seis años conmemorando en Instagram todos sus metas logradas, con su hermana y sus amigas a menudo en ellos. Primer concierto. Primer cumpleaños en París. Primera noche de borrachera. Primer desengaño amoroso.

Cuando vi la foto, no pude evitar detenerme. De un collar colgaban un dispositivo negro y un anillo de diamantes. El aparato casi se parecía al busca personas que usábamos en el bajo mundo. Era extraño que lo tuviera. No podía ser de su padre. Mantenía a sus hijas fuera del bajo mundo.

Me desplacé por la publicación. Había cientos de comentarios preguntando qué era, sin embargo, no contestó a ninguno. Sí, de hecho, revisé los seiscientos treinta y cinco comentarios. Ninguno de ellos me dio información adicional sobre ninguno de los dos objetos.

Quería saber quién le había dado ese anillo. *Necesitaba* el nombre del desgraciado para localizarlo y darle una buena paliza. Debió de hacerle mucho daño. Podía verlo en sus conmovedores ojos azules, sobre todo cuando creía que nadie la miraba.

Le daría una paliza. Por supuesto, nunca le permitiría recuperarla. Perdió su oportunidad.

*Ahora es mía.*

Imaginé el modo en que sus ojos brillarían de ira si supiera lo que estaba haciendo, y me pregunté si también brillarían de la misma forma de deseo.

Sacudí la cabeza mientras aumentaba la velocidad, frustrado por algo que no podía determinar. La chica no tenía sentido. *Yo no tenía sentido* alrededor de ella. Mi reacción ante ella despertó mi curiosidad y no pude mantenerme alejado.

Así que seguí hackeando sus dispositivos, su teléfono, su iPad y su *laptop*, interesado en aprender todo lo que había que saber sobre Phoenix Romero. Era una persona complicada. Las páginas de piano y música clásica que visitaba no me sorprendieron, como tampoco lo hicieron los *blogs* de moda, gastronomía y viajes.

No esperaba encontrar una lista de agencias de adopción en el norte del estado de New York

en el historial de su navegador. ¿Estaba Nix pensando en adoptar? No tenía sentido. Entonces me llamó la atención una carpeta con candado. Estaba en su aplicación de notas y la había titulado *Orgasmo.* Sorpresa, sorpresa. Nix había guardado varios artículos sobre orgasmos, con el acertado título de "Qué hacer si te cuesta llegar al orgasmo", e incluía notas sobre cómo la psicoterapia podía ayudar a abordar las necesidades sexuales. Y parecía dispuesta a todo, a juzgar por los artículos que guardó.

Mi instinto me advirtió de que no sería mansa en el dormitorio, y descubrí que mis labios se curvaban de satisfacción ante ese pensamiento. La niña buena no era tan inocente después de todo.

Reduje la velocidad cuando vi el edificio y busqué un sitio para estacionar la motocicleta. *¡Bingo!* Había uno justo debajo del balcón. No tardé nada en subir por la escalera de incendios y encontrarme al otro lado de la puerta de cristal. Había estudiado minuciosamente la distribución de los apartamentos hasta el punto de que me la sabía de memoria y podía recorrerla con los ojos vendados.

Pasé por delante del dormitorio de Reina, impecable y muy rosa, manteniendo mis pasos ligeros mientras seguía caminando a lo largo del balcón. Luego estaba *su* habitación.

Phoenix Romero. Nix. La perdición de mi existencia. La chica que se había convertido en el centro de mi mundo.

Excepto que no estaba en su habitación.

La puerta de cristal estaba abierta de par en par, y en el aire flotaba el aroma de la lluvia primaveral y de algo más.

Mi mirada recorrió cada uno de sus rincones. Su armario estaba abierto, con vestidos de todos los colores y estilos colgados. Había notas adhesivas en superficies aleatorias, la cómoda, la mesilla de noche, incluso el espejo, con notas musicales dibujadas en ellas.

La puerta se abrió y me retiré a las sombras justo cuando apareció, vestida con unos *shorts* rojos y una camiseta blanca de tirantes. La puerta se cerró tras ella en silencio y, por un momento, permaneció inmóvil, con los ojos clavados en el lugar donde estuve frente a su ventana.

Se me endurecieron los hombros y me quedé quieto. No se movió durante un latido, quizá tres, casi como si pudiera sentirme.

Pero entonces se acercó a su cama. Se bajó los *shorts* por sus muslos suaves y bronceados. Le siguió la camiseta de tirantes, y se me cortó la respiración al observar su glorioso cuerpo sin más ropa que las bragas y el sujetador. Curvas. Piel suave y pálida.

Un recuerdo parpadeó. Demasiado lejano. Demasiado borroso. *Atrápame.*

Sacudí la cabeza ante las imágenes que pasaban por mi mente. En lugar de eso, me centré en la mujer que tenía delante. La mujer que quería.

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, sus ojos azules y líquidos parpadearon hacia donde estaba. Levantó las sábanas y se recostó con su elegante espalda sobre el colchón.

La gente no me sorprendía a menudo. Mas esta chica, se las arregló para hacerlo en todo momento.

Había pasado una semana desde nuestro pequeño encuentro en el club, pero desde entonces, formaba parte de cada uno de mis pensamientos y de cada respiración. Como un viejo recuerdo que se incrustaba en mis neuronas y se negaba a abandonarme.

Mis ojos volvieron a posarse en su esbelta figura, con el cabello oscuro esparcido sobre la almohada como una corona oscura alrededor de su cabeza. Tenía los labios entreabiertos, los ojos cerrados y las mejillas sonrojadas.

Vi cómo aquellos elegantes dedos se dirigían a sus pechos, rozándolos, mientras dejaba que una mano siguiera el camino sobre su vientre plano y con la otra se pellizcaba el pezón, haciendo que su espalda se arqueara y sus labios se separaran.

Un pequeño gemido me llegó a través de la brecha y mi corazón tropezó con su propio latido. Era el sonido más hermoso que jamás había oído. Era como una sinfonía que te poseía el alma.

Su otra mano se deslizó entre sus piernas y me incliné más cerca, con las manos agarrando los lados de la ventana para obligarme a permanecer en las sombras mientras la veía masturbarse. *Jesucristo.* Era hermosa.

Ocultaba una fiereza bajo su fría apariencia.

Y lo más importante, era *mía,* le gustara o no. A partir de ese momento, haría esto para mí y solo para mí. Incluso si me mataba.

Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, me recordó a un sacrificio virginal por un pecador. El interior de sus muslos brillaba al separarse las piernas y su mano se introducía en las bragas, y mi mente evocaba todo tipo de imágenes pornográficas de su coño rosado. La cortina se movía con la ligera brisa, impidiéndome verla con demasiada frecuencia.

Pero no podía agarrar el material por miedo a que me notara. Así que dejé que fluyera de un lado a otro, llevando el aroma de su excitación por el aire y haciéndome agua la boca.

Su espalda se arqueó y un mechón de pelo le cayó por la cara. Jadeaba y el sudor se acumuló sobre sus labios, que suplicaban ser besados.

Dios, era imposible no mirarla. ¿Cómo se podía esperar que me le resistiera?

Su cuerpo se estremeció. Sus caderas se movían desesperadamente, sus pechos rebotaban mientras abría aún más las piernas. Suplicaba que la cogiera con la boca y, maldita sea, quería probarla. Me pasé la lengua por detrás de los dientes, muriéndome por probarla. Apostaría mi vida y todo lo que poseía a que sabía al olvido más dulce.

La expresión de éxtasis de su cara se parecía a la que ponía cuando tocaba música. Como si le encantara, como si se dejara llevar por el placer. Echó la cabeza hacia atrás y gimió mientras su placer subía más y más hasta llegar al orgasmo. El suave sonido de sus gemidos era tan dulce que me hizo estremecer.

Bajé los ojos por su cuerpo. El vientre tenso, los muslos tonificados, los senos en aquel sujetador transparente con los pezones asomando que estaban hechos para ser chupados. Dios, parecía una diosa con el cuerpo más dulce que jamás había visto. Mis dedos zumbaban con la energía y algo más que no podía ubicar. Casi como si mis manos recordaran haberla tocado, pero nunca lo había hecho.

Entonces, para mi sorpresa, me di cuenta de que mi pene estaba duro. ¿Cuándo fue la última vez que mi maldita verga respondió así? Y nada menos que por Phoenix Romero. Demonios, tenía que ser ella.

Mi polla estaba tan dura que palpitaba contra mis *jeans*. Me imaginé caminando hacia allá y deslizándome dentro de ella. Estaría tan mojada. Necesitaba saber en quién pensaba cuando se tocaba.

*«Hazlo otra vez»*, canturreé en mi cabeza, listo para una repetición. Quería verla deshacerse de nuevo. Era el espectáculo más hermoso.

Levanté de nuevo los ojos hacia su rostro, observando sus cejas marcadas por el placer y el dolor. Nunca me habían gustado los besos, pero en aquel momento daría mi alma por besarla solo para poder saborear la prueba de su esfuerzo.

Se relajó sobre un costado, subiéndose las sábanas hasta la barbilla y arrimando las rodillas al pecho, cerrando los ojos mientras su respiración se calmaba. Con las sienes palpitantes, intenté

traer a mi mente las imágenes más borrosas de antes, pero de repente desaparecieron.

Los ojos de Phoenix se abrieron y retrocedí aún más en la oscuridad. Se quedó mirando a la nada mientras yo permanecía allí, con el fuego de mi cuerpo consumiéndome como un volcán en erupción.

Inhalé profundamente, sintiendo el silencio de la noche. No me moví, observándola hasta que se durmió.

# CAPÍTULO SIETE

# PHOENIX



Había sentido que me acechaba desde aquella noche en su club.

Justo cuando empezaba a preguntarme si todo estaba en mi cabeza, lo vi entre las sombras de la puerta de mi balcón al entrar en mi dormitorio. Se estaba volviendo descuidado. Así que decidí darle una lección.

Al menos eso era lo que me decía a mí misma.

Temía examinar más a fondo el razonamiento de por qué hice lo que hice. Lo achacaba a un ataque temporal de locura. O tal vez solo anhelaba sentirme *viva*. Y lo hice, por un momento. Se me erizó la piel al saber que me observaba.

Los orgasmos siempre me resultaron difíciles de alcanzar, no obstante, con sus ojos clavados en mí, no tardé en lograrlo. Sentí su presencia como si realmente me estuviera tocando. Gemí con cada roce de dedos contra mi piel, provocando mis pliegues hinchados. Me retorcí en la cama, con el corazón latiendo tan fuerte que estaba segura de que él podía escucharlo.

En algún momento, dejó de ser un espectáculo para él y empezó a ser una cruda necesidad para mí.

Debería haber sabido que solo estaba avivando el fuego. Aun así, continué acariciándome el clítoris y metiéndome un dedo en mi sexo hasta que me quedé completamente agotada.

No me sorprendió que se quedara. Al fin y al cabo, siempre le habían gustado los retos. Casi podía imaginarme sus rasgos afilados y su presencia oscura, que lo hacían parecer un demonio listo para saltar.

Ignorando mi instinto de acobardarme, me giré hacia un lado, asegurándome de que mi respiración se estabilizara. Esperé. Dejé que el desgraciado pensara que estaba dormida. Con suerte, el asqueroso no me vería dormir toda la noche, porque tenía muchas ganas de joderlo.

Observándolo a través de mis pestañas, vi que la sombra oscura se movía, dándome la espalda. Sin perder tiempo, tomé la pistola que guardaba en la mesita de noche y me puse en pie de un salto, esperando ser tan silenciosa como mi hermana siempre decía. En un santiamén estaba en la puerta de mi balcón, abriéndola de un tirón.

Tenía la mano en la barandilla y estaba listo para saltar. Demasiado tarde. Tenía mi arma apuntando a su sien.

—¿Qué demonios? —Le miré la boca mientras giraba lentamente la cabeza hacia mí.

Sonreí maliciosamente, arqueando una ceja.

—*¿Listo para volar?* —Señé, luchando un poco ya que solo tenía una mano libre. Pero no había nada en este maldito mundo que me hiciera bajar el arma—. *¿O quieres morir?*

Me observaba atentamente, con la mano acariciando el balcón a un ritmo lento. Se soltó de la barandilla y se giró para mirarme de frente y, de repente, sentí que yo era la presa. No importaba

que tuviera la pistola, no había duda de que era la vulnerable.

—*Fue un buen espectáculo el que me diste.* —Señó, con una sonrisa en sus labios—. *¿Cómo sabías que estaba mirando?*

Ignoré su pregunta.

—*¿Por qué me estás siguiendo*?

Levantó una ceja.

—*¿Quién dice que lo estoy haciendo?*

Su ASL era bastante bueno. Demasiado bueno. Probablemente otro truco. Apreté con más fuerza el cañón de la pistola contra su sien.

—*Deja de meterte conmigo*.

Sus labios se extendieron en una sonrisa perezosa, la que solía amar. La que ahora odiaba.

—*No lo hacía, pero si esto es una invitación, Dandelion, me apunto.*

Era el apodo más estúpido en esta maldita tierra. Por supuesto, de alguna manera se me daría a mí. *Maldito sea.* Me recordaba a sus gruñidos, a su cuerpo apretado contra el mío, a la forma en que su presencia llenaba mis venas de suficiente calor y tensión como para provocar fuegos artificiales. *Él* era la razón por la que me costaba llegar al orgasmo.

—*Prefiero ser torturada que tocarte.*

Me agarró la mano libre y se la llevó a la cara, con la pistola aún pegada a la sien. Se metió los dedos en su boca, aún empapados de mi excitación. Su lengua se arremolinó entre ellos, lamiendo, chupando, y estaba a punto de explotar de nuevo.

Sentí la vibración de su gruñido o gemido, no estaba segura. Sus dientes rozaron mi piel cuando los sacó bruscamente de su boca.

—Creo que te gustaría que te tocara, Nix. —Tragué saliva, leyendo sus labios, mi cerebro enviando tantas señales contradictorias. *«Siente sus manos en la piel. Retrocede. Deja que te coja. Empújalo del balcón»*.

Tuve que alejarme de su proximidad antes de cometer una estupidez.

*Clic.* Nunca volvió. *Clic.* Nos abandonó. *Clic.* Me rompió el corazón.

Tiré de mi mano hacia atrás, mirándolo fijamente mientras me ardían las mejillas. Fue el último recuerdo lo que me hizo dar un paso atrás, la vieja amargura y el dolor serpenteando por mis venas.

Dante Leone era un mentiroso y la reencarnación del diablo, con una moral gris, tal vez incluso negra, y una personalidad peligrosa. Ya no quería su atención. Lo odiaba, y me odiaba a mí misma, por tener que preguntarme siempre por qué se fue y nunca volvió.

Así que sí, había terminado con él. Aprendí la lección, y mi curiosidad por aquel hombre oscuro y peligroso se había saciado, casi destruyéndome en el proceso.

—*La próxima vez que te vea acechándome, te pegaré un tiro. Mantente alejado de mí y de mi hermana.* —Señé, y luego entré en mi habitación sin mirar atrás, cerré la puerta con llave y acomodé las gruesas cortinas.

Estaba poniendo fin a su perversión acosadora a pesar del anhelo que sentía en lo más profundo de mí.

# CAPÍTULO OCHO

# DANTE



No supe cuánto tiempo permanecí de pie junto a su cama, observándola mientras dormía, con sus largas pestañas proyectando sombras sobre sus mejillas.

Era hermosa cuando se enfadaba. Incluso más hermosa cuando me amenazaba. Pero cuando dormía, parecía completamente incorrupta. Un ángel de inocencia que había caído en desgracia y luchaba contra sus propios demonios internos y tentaba a los simples mortales.

Y monstruos como yo.

Había todo tipo de locos y pecadores que se morirían por verla así, durmiendo con el muslo desnudo colgando de la cama. La camiseta de tirantes le rodeaba la cintura y me ofrecía una tortuosa visión de sus pechos.

Era tan tentador inclinarse y morder la curva de su trasero, pero al parecer tuve la decencia suficiente para no hacerlo estando aquí, en su habitación, sin invitación.

Pensó que podía darme órdenes. *Tan tierna*. En cuanto se durmió, volví a subir al balcón y, como un Romeo un poco loco, entré en su habitación.

Le aparté su melena oscura de la cara. Pequeña, suave y vulnerable, aunque también feroz. Fuerte. *Como los dientes de león.* ¿Por qué siempre volvía a los dientes de león con ella?

Sacudí la cabeza sutilmente mientras la observaba dormir. Demonios, cómo me gustaría masturbarme sobre ella. Marcar su piel cremosa. *No*. Cuando eso ocurriera, ella me lo suplicaría. Y *entonces* reclamaría su coño. Mi instinto me decía que seríamos la pareja perfecta y ella no me decepcionaría.

Mi índice se deslizó por su cuello, acariciando su suave piel. Separó los labios y exhaló, su aliento me calentó la mano mientras se inclinaba hacia mi toque. Jadeé y retiré la mano con una sacudida, como si me hubiera quemado. Los recuerdos volvieron a inundar mi cerebro, pero eran borrosos, distantes, difíciles de distinguir.

Di un paso atrás, rompiendo el contacto, mientras por mi cráneo pasaban imágenes distorsionadas de ella desnuda en mi cama, con el trasero levantado, la cabeza agachada, los dedos agarrados a las sábanas y suplicándome *más* con aquellos ojos sumisos.

*Dante.* El sonido de su voz. ¿Cuándo la había oído decir mi nombre?

Sacudí la cabeza, con el dolor atravesándome las neuronas. No podía ser. Esta chica no tenía voz. *Dante, Dante, Dante.*

*Lo canturreaba como una plegaria mientras mi polla se hundía en su ardiente y apretado calor. Era mi paraíso personal, mi redención y mi salvación.*

*Giró la cara hacia un lado, con su cabellera cayendo en cascada sobre su hombro. Su perfil era perfecto en todos los sentidos de la palabra, pero no era suficiente. Necesitaba verla entera.*

*Agarré sus suaves caderas y le di la vuelta.*

*En ese momento, su cara cambió. Me eché hacia atrás. No, no, no. No quería ver* eso**.** *Cualquier cosa menos eso.*

*—Se pone dura cuando hago eso. Eso significa que te gusta. —La mueca en esa cara. La bilis en mi garganta.*

El recuerdo de aquellas palabras me hizo un nudo en los intestinos y puse otro metro de distancia entre la mujer dormida y yo.

Mis sucias manos no deberían tocar su pureza. Mancharían su pálida y suave piel con mis pecados y la arruinarían. Se me trabó la mandíbula. Me tembló el pecho y apreté los puños una y otra vez. Necesitaba hacerle daño a alguien, o que alguien me hiciera daño a mí, que me diera una paliza. Si podía concentrarme en el dolor físico, no tendría que pensar en el mental.

Mis ojos se posaron de nuevo en Phoenix.

*Irme o no irme.*

Temía que hubiera pasado ese punto. A su alrededor, había una sensación de paz. A pesar de sus miradas. A pesar de su desagrado. Se sentía bien estar cerca de ella.

La había estado observando desde lejos, siguiéndola. Su privacidad ya no existía. Pero todo lo que aprendí solo había fomentado mi necesidad de saber más.

Por eso trepé a su balcón, dos veces en la misma noche, y luego entré sigilosamente para observarla como si ya fuera mía. *«¡Es mía!»*, gritaba mi mente.

Con Phoenix profundamente dormida, me tomé mi tiempo para echar un vistazo a su habitación. Sus paredes estaban cubiertas de hojas con notas musicales: Beethoven, Tchaikovsky, Bach.

Su habitación era sencilla pero elegante. A diferencia de su hermana, Phoenix prefería la comodidad. Su armario estaba lleno de camisetas y pantalones cortos informales, mas también había vestidos y faldas femeninas para sus salidas con las chicas. Su mesa de maquillaje tenía una pequeña cantidad de productos, no es que necesitara nada. La chica era impresionante con la cara desnuda, algo más y provocaría infartos donde fuera.

Mis ojos se posaron en un elegante frasco de perfume. Lo rocié y luego lo inhalé profundamente en mis pulmones. Lluvia primaveral. *Como ella*. Se convirtió en mi aroma favorito.

Un suave gemido atrajo de nuevo mi atención hacia la cama y ladeé la cabeza, observándola como un asqueroso. Se puso boca arriba, con las rodillas abiertas, y mi verga se puso rígida.

*«¿Me está jodiendo otra vez?»* Pero sus ojos permanecían cerrados y su respiración uniforme.

El enfado y la decepción se encendieron en mi pecho. Soltó otro suave suspiro y se movió ligeramente. Sus mejillas sonrojadas indicaban que estaba teniendo sueños interesantes.

—¿Estás soñando conmigo? —pronuncié con voz áspera—. Más te vale, o tendré que meterme en tu cabeza y asesinar al hombre de tus sueños.

Otro gemido suave resonó en la habitación, el sonido adictivo y hermoso. Tomaría eso como un sí o no podría hacerme responsable de lo que siguiera.

Estaba a punto de irme cuando su teléfono vibró en la mesita de noche. Me acerqué a él y me detuve al ver un nombre en la pantalla. El nombre de un hombre. Baptiste. El puto *Baptiste* sería

hombre muerto, fuera quien fuera.

Desbloqueé el teléfono sin esfuerzo, años de hackear resultaron útiles para variar.

—Veamos qué tiene que decir el maldito Baptiste —susurré en voz baja.

**Baptiste: Nos conseguí un lugar en Sphere. 20:00. ¿Nos vemos allí?**

Sphere era un lugar romántico de la ciudad, conocido por su atención a los enamorados que celebraban aniversarios y ocasiones especiales. Agarré con fuerza el teléfono, que crujió en señal de protesta. *Hijo de puta.* No habría romance entre esos dos si yo tuviera algo que ver.

Joder, ¿qué día era? Revisé sus mensajes con Baptiste, que pronto moriría, pero no había ninguna mención a una cita. ¡Maldita sea! Tal vez debería instalar un chip o un rastreador en su teléfono que rastreara todos sus mensajes. ¿Demasiado? No.

Tal vez debería enviar un mensaje diciendo que surgió algo. Las mujeres cambian de opinión sobre sus citas todo el tiempo, ¿verdad? Pero maldición, si hiciera eso, podrían cambiar la fecha.

A la mierda. Iría, y estaría justo detrás de ella. Así que volví a escribir, golpeando la pantalla con demasiada fuerza.

**Phoenix: No puedo esperar.**

—Oh, puede esperar —murmuré, borrando su mensaje y "su" respuesta. No habría pruebas de la correspondencia—. Y estarás esperando en esa fecha por una eternidad, Baptiste.

Ya estaba maquinando cómo desbaratar su pequeña cita y decidiendo el lugar de su entierro. Una vez que confirmé que no había burbujas indicando otro mensaje entrante, devolví el teléfono a su mesita de noche.

Metí la mano en el bolsillo de mis *jeans* y saqué un diente de león ligeramente aplastado, luego lo puse en su mesita de noche junto con una nota.

—Tendremos una bonita cita, ¿verdad? —Sonreí, apartándole el cabello del cuello, y luego me incliné para presionar mi boca contra su piel sensible y chuparla. Primero suavemente, luego con más fuerza. Gimió, aunque no se despertó. Me enderecé, viendo mi hermosa obra. No podía confundirse con otra cosa que no fuera un chupetón—. Veamos si a Baptiste le gusta esto.



—¿Alguna vez has deseado algo tanto que te da malditos escalofríos? —le pregunté a mi hermano.

Después de esa pequeña actuación por parte de Nix, busqué a Amon. Por supuesto, estaba en la oficina de nuestro club, sentado detrás del escritorio, con la atención puesta en su *laptop*. Era un adicto al trabajo, sobre todo cuando tenía algo en mente.

Bueno, algo estaba en mi mente también. Nix tumbada en su cama, gimiendo y jadeando.

Casi podía imaginarme cómo me miraría con ojos sumisos. La agitación rodó por mis hombros, odiando no poder tomar lo que quería. Y nunca había deseado eso con una mujer. No desde el secuestro.

—¿Qué quieres ahora? —inquirió Amon, manteniendo la atención en la pantalla.

Dejé escapar un suspiro sardónico, incapaz de admitirlo en voz alta. No hasta que la asegurara como mía.

—Nada.

Eso atrajo la atención de mi hermano hacia mí.

—Dudo mucho que no haya *nada* que quieras.

—Quiero darte un puñetazo —dije, sonriendo, queriendo cambiar de tema—. ¿Quieres ayudarme a hacerlo realidad?

Se pasó un pulgar por la mandíbula, contemplando mis palabras. Como si nada. Nos gustaba boxear en el cuadrilátero para desahogarnos, aunque casi nunca dábamos golpes. Los dos éramos demasiado buenos para dejar que nuestro oponente nos diera un golpe.

—Es un poco tarde para una ronda —contestó inexpresivo, pero me observó con mirada penetrante—. ¿Sientes que lo necesitas?

Así mantenía la cordura. Mi rabia y mis episodios, como él los llamaba, solo se controlaban si me desahogaba peleando o torturando. El sexo, por desgracia, no era una de las formas de aliviar el estrés, ya que mi polla se negaba a ponerse dura. *Hasta ahora.*

Nix Romero parecía ser la mujer para mí.

Solo tenía que tener cuidado de no dejar que viera todo lo que estaba mal en mí. Toda mi vida, luché para escapar de la mierda que estaba mal conmigo. Empezó cuando mi padre me llevó a su prostíbulo más caro cuando tenía quince años e insistió en que perdiera mi virginidad. Quería que me convirtiera en un hombre. Amon lo había evitado con éxito desde que optó por cogerse a una mujer mayor en nuestro instituto y acabar con eso de una vez.

Me vino a la memoria aquella época.

*Los dedos de mi padre se clavaron en mis omóplatos mientras miraba a las putas alinearse frente a nosotros.*

*No quería hacer esto.*

*—Escoge a la que te quieras follar —exigió.*

*Me sonrojé y observé a las mujeres. No estaba bien hacer esto. Había visto lo que mi padre le hizo a mi madre y había escuchado sus gritos. No quería ser como él. Los nervios me retorcían el estómago mientras las estudiaba, queriendo negarme.*

*Pero mi madre me advirtió que si me negaba tendría graves consecuencias.*

*Me pegaría a mí y luego a ella, y no podía permitirlo. Así que señalé a una mujer de cabello castaño oscuro y ojos marrones.*

*La mujer asintió a mi padre y me tomó de la mano, llevándome al fondo del salón. Una vez solos en la habitación, las puertas se cerraron tras de mí. La mujer me ofreció una sonrisa falsa y se colocó en la cama.*

*—No quiero cogerte —solté. Se quedó paralizada y el miedo se reflejó en su expresión. Se me retorcieron los intestinos de aversión. Odiaba esto. Odiaba a mi padre por obligarme a hacer esto, y aún más por obligar a estas mujeres a hacerlo.*

*—¿Q… Quieres hacerme daño? —Su cuerpo empezó a temblar y mis ojos se abrieron de par en par. Debía de pensar yo que era como él.*

*Sacudí la cabeza.*

*—No, es solo que no quiero cogerte así. ¿Tal vez podamos hablar? —Dios, si mi padre se enterara de esto, me azotaría—. Será nuestro secreto o... o te haré daño. —Me estremecí, arrepintiéndome inmediatamente de haber amenazado a la mujer.*

*Sin embargo, no me disculpé. No podía permitir que me delatara porque no podía soportar que mamá pagara por mi desobediencia. O mi hermano.*

*—¿Entonces qué quieres?*

*Me quedé pensando un momento. Había visto porno y oído a muchos chicos hablar de sexo, pero nadie hablaba de cómo hacer sentir bien a una mujer. Me gustaba conocer detalles concretos y necesitaba sentir que tenía el control. Así que fui por ello. No era como si esta mujer estuviera haciendo que mi miembro se endureciera.*

*—¿Puedes decirme...? —Me aclaré la garganta, con las mejillas encendidas—. ¿Puedes enseñarme cómo hacer que una mujer se sienta bien?*

*Y lo hizo.*

—¿Dante? —La voz de Amon me devolvió al presente.

Me miró expectante y enarqué una ceja.

—¿Qué?

Amon se levantó y se apoyó en el escritorio.

—¿Te pregunté si necesitas desahogarte? —repitió—. No quiero que arrases con París.

Puse los ojos en blanco.

—Me haces sonar como si fuera una especie de Jack el Destripador.

—Menos matar a las mujeres —expresó simplemente—. No digo que los hombres que elijas para matar no se lo merezcan, mas no necesitamos la atención en nosotros.

—¿Por Reina Romero?

—No, pero tampoco quiero que se involucre.

Jesucristo, estaba desesperado por ella, y eso hizo que Nix relampagueara en mi mente. ¿Follármela liberaría mi tensión y necesidad de matar? ¿Podría eliminar la rabia que sentía rebosar en mi interior en todo momento?

—Bien —le dije.

—Así que no necesitas...

—No, no necesito hacer nada. Antes me divertí dándole una paliza a alguien con *Ghost*. —Mi hermano me miraba, con la mano restregándose por la cara—. Nada de lo que tengas que preocuparte.

Se frotó la mandíbula como si estuviera debatiéndose entre creerme o no, y una seca diversión me invadió. Solo era unas semanas mayor que yo, pero a veces actuaba como si tuviera muchos más años.

—¿Por qué eso me preocupa más?

Observé su rostro.

—Ya tienes bastante en tus manos con Reina Romero.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿También tengo que preocuparme por Phoenix Romero?

—No te preocupes por ella, maldición. —La amenaza calmada y mortal se me escapó, aquietando el aire. Tenía que preocuparse por Reina. Phoenix era mía.

Amon me miró a la cara y soltó un suspiro divertido.

—Bueno, que me jodan.
Salí por la puerta, mostrándole una seña obscena con la mano por encima del hombro.

# CAPÍTULO NUEVE

# PHOENIX



Moví los labios, pero por supuesto no salió ningún sonido. Me pesaban los párpados y tenía el cerebro confuso mientras agarraba las sábanas que me rodeaban. ¿Por qué estaban tan calientes, tan sedosas?

Un aliento cálido me rozó el cuello y me sobresalté. El aroma de la rica madera y el cuero pareció esparcirse como una nube a mi alrededor. Piel desnuda contra la mía. Dedos entrando y saliendo de mí. Un cuerpo cálido y duro contra el mío.

Mis ojos se abrieron de golpe y una sombra oscura se cernió sobre mí. El pecho musculoso de Dante se apretaba contra el mío, parecía un dios romano en la oscuridad.

La barba incipiente le cubría la cara. Jadeé, pero antes de que pudiera protestar, su boca cubrió la mía. Me arañó la suave piel mientras sus largos dedos se introducían en mis bragas.

Una oleada de energía recorrió mis venas, su mera presencia y su calor abrumador consumían cada gramo de oxígeno. Su firme contacto me produjo placer y dolor cuando separé la boca de la suya, jadeando.

La intensidad de sus ojos me dejó sin aliento, y mi respiración ronca resonó en el pequeño espacio de mi dormitorio.

Mis caderas se agitaron contra mi voluntad, moviéndose contra su dura longitud, y mis labios se entreabrieron. Me encontré con su mirada, la profundidad de sus azules me arrastró a los océanos más profundos y oscuros.

Me tomó de las muñecas y las arrastró por encima de mi cabeza, apretando su longitud contra mi entrada.

Vi cómo su boca se movía en torno a una orden.

—Abre más las piernas para mí, *Dandelion.*

Mis rodillas se abrieron y se arrodilló entre mis muslos, deslizando sus nudillos contra mi sexo empapado.

Mi respiración entrecortada flotaba en el aire, mis pechos subían y bajaban mientras él me metía la mano por debajo y me desabrochaba el sujetador, dejándome semidesnuda.

—*Dante...* —Articulé. No podía escuchar mi voz, no obstante, algo brilló en sus ojos. Metió dos dedos dentro de mí y mis paredes se cerraron en torno a ellos. Su otra mano recorrió mi cuerpo con avidez. Bajó mis *boy shorts* por las piernas y me penetró de una sola vez.

Sin darme tiempo a adaptarme, empujó más rápido y con más fuerza. Había algo tan hermoso en la fuerza animal de sus embestidas, que me inmovilizaban contra la cama acolchada y me prohibían moverme.

Mis dedos se clavaron en sus bíceps y me aferré. Volvió a clavarse dentro de mí y pude sentir sus gruñidos con el roce de su pecho contra el mío. Mi cabeza se echó hacia atrás, sus embestidas

me desgarraban.

Me pellizcó los pezones, torturándome y apretándome. Temblando bajo él, mis entrañas palpitaban alrededor de su miembro.

Tomó, tomó y tomó. Lo agarró todo y, a cambio, me dio mucho placer. Me penetró con fuerza, cogiéndome salvajemente.

Metió la mano entre nuestros cuerpos y me acarició el clítoris en círculos hasta que me agité, estirándome y arqueando la espalda sobre la cama. Sus labios estaban de nuevo sobre los míos, besándome y consumiéndome mientras mi sexo ordeñaba su polla.

Observé su rostro mientras se introducía en mí, las venas de su cuello tensas por la excitación. Aquella boca hermosa y besable a escasos centímetros de la mía.

—Mío. —*Empuje*—. Tuyo. —*Empuje*—. Nuestro.

Mi corazón retumbó mientras un placer sin límites estallaba en mi interior. Mi garganta vibró y los ojos de Dante se clavaron en los míos mientras me penetraba como un loco.

—Hermosa. —Me pareció verle decir, pero entonces sus labios estaban en mi cuello, mordiendo, lamiendo, chupando. Mi orgasmo fue como una violenta tormenta, persiguiéndolo todo a su paso. Dante siguió follándome con implacable rudeza.

Me temblaban mis extremidades. Me dolían los músculos.

Sollocé, mi cuerpo vibraba mientras su mano me rodeaba el cuello. Estaba a punto de sentir otra oleada de placer cuando sentí que el suelo cedía. Estaba cayendo, con la boca abierta en un *Oh* silencioso, y...

Jadeé, despertándome sobresaltada, mientras miraba alrededor de la habitación y buscaba al hombre que habría jurado que estaba a punto de arrancarme otra liberación.

Sin embargo, no había nada, ni nadie, excepto oscuridad. El cabello húmedo se me pegaba a las sienes y el corazón me latía de forma errática.

Retiré la mano de mi coño empapado, la vergüenza coloreando mis mejillas.

Todo era culpa de Dante.

¡Maldito fuera!

Me incorporé y me quedé estupefacta al ver los jugos que cubrían mis dedos. Mi cuerpo palpitaba con un dolor sordo que gritaba placer insatisfecho. Me eché hacia atrás para sentarme contra la cabecera cuando algo en mi mesita de noche llamó mi atención.

Me temblaban los dedos al tomar el diente de león y apartarlo para leer la nota que había debajo.

*¿Tuviste dulces sueños? Las puertas y ventanas cerradas no me mantendrán afuera*.

No había firma, pero no importaba.

El maldito acosador estuvo en mi habitación mientras dormía.

# CAPÍTULO DIEZ

# DANTE



El tictac del reloj llenó el silencio. La habitación era cálida y acogedora y tenía asientos cómodos, cosa que odiaba, demonios. No quería holgazanear aquí. Quería encontrar una solución a mis problemas y seguir adelante.

Estaba harto del constante *bla, bla, maldito bla*. Las sesiones de terapia de la doctora Freud eran un gran inconveniente. Ojalá la doctora no fuera tan buena en su trabajo. La treintañera era probablemente el sueño de todo hombre: inteligente, guapa, lista, con clase.

Simplemente no era *mi* sueño.

—Cuéntame cómo te va con los arrebatos. —El diploma de la carrera de la doctora Freud en Harvard colgaba detrás de ella, la evidencia de sus logros era innegable. Sabía que provenía de la alta sociedad y, sin embargo, aquí estaba, tratando a un mafioso en Italia. Te hacía pensar.

Me pasé una mano por la mandíbula, reflexivo, y respondí con toda la sinceridad que pude:

—He estado lidiando. —No podía decirle exactamente *cómo* me había *desahogado*. Sí, existía la confidencialidad médico-paciente, pero no estaba dispuesto a probar hasta dónde llegaba—. Conocí a una mujer. Pronto será mía.

Sus ojos se posaron en su regazo y luego volvieron a los míos.

—Eso es un progreso —afirmó crípticamente—. ¿Sabe que es tuya?

—Todavía no, pero lo sabrá. —*Eventualmente.*

Sacudió la cabeza.

—Volveremos a tu mujer en un momento. —Hizo una pausa y se llevó el bolígrafo a la boca, sonriendo—. ¿Cómo manejas tus arrebatos, Dante? ¿Siguen... presentes?

Asentí, aunque no me ocurrían con tanta frecuencia desde que había conocido a Phoenix. *Interesante.* Otra confirmación de que estaba destinada a ser mía.

—No son tan frecuentes ni tan fuertes.

—¿Ayuda el ASL? —La miré sin comprender. La razón de aprender ASL era expresarme durante los episodios de ira extrema en los que no era capaz de encontrar palabras. Para restablecer las vías cerebrales aprendiendo una nueva habilidad, o eso decía el médico. Supuestamente, puedes hacer señas durante las lagunas mentales. Imagínate. Le seguí la corriente para que me dejara en paz. No tenía ni maldita idea de si servía de algo, pero me alegré. Ahora me esforzaría aún más en aprenderlo con fluidez para poder hablar con Phoenix, aunque solo fuera eso—. De acuerdo, diremos que sí... ¿Cómo maneja tu mujer tus... arrebatos?

Centré mi mirada en sus tacones rojo carmesí y de repente me pregunté si Phoenix encontraría repugnante esta parte de mí. Estaba claro que no le caía bien a la mujer... *todavía.* Así que era mejor que no compartiera mis defectos con ella.

—Ocurren menos desde que la conozco —admití, desviándome un poco.

No era un buen hombre, y fui criado por uno aún peor. El mal engendraba maldad. Aprendí a una edad temprana que la oscuridad era parte de nosotros, al igual que la luz. Luchar contra ella era inútil, así que la acepté. La oscuridad se sentía *bien*.

Si hubiera un trocito de luz que me atrajera, como Phoenix, que parecía haber equilibrado la luz y la oscuridad a la perfección, lo tomaría y me aferraría a él. De cualquier manera. Bien o mal.

—Eso parece demasiado... peligroso —respondió tímidamente. La doctora Freud se removió en su asiento, cruzó una pierna sobre la otra y se llevó la mano al colgante. Era su indicador de nerviosismo—. Podría convertirse en un problema.

Me pasé la lengua por los dientes y resistí la necesidad de arremeter, pero la tensión se mantuvo en mi cuerpo.

—No veo el problema.

—La cuestión es —empezó con cuidado—, que podrías ser una amenaza aún mayor para ti mismo —o *para los demás*, quiso decir—, cuando ella ya no esté.

—Bueno, eso tiene fácil remedio. Me aseguraré de que no se vaya a ninguna parte. —Demonios, realmente dije eso en voz alta.

Mi mirada se clavó en la suya, desafiándola a que me contradijera, y casi pude oír cómo giraban los engranajes de su cabeza mientras nos veíamos fijamente.

Se apartó un mechón de cabello detrás de la oreja y se centró en su carpeta.

—¿Y si está lista para seguir adelante sin ti?

El silencioso tictac de una bomba a punto de detonar retumbó en mi cerebro. Levantó la vista de sus papeles, con los ojos muy abiertos ante lo que solo podía imaginar que veía en mí. *Un animal*. *Retorcido*. *Enfermo*.

Me puse en pie y me dirigí a la puerta.

—Dante, respetarás los deseos de esta mujer, ¿verdad? —Su voz me tocó la espalda y mi mano se detuvo en el pomo de la puerta.

La miré por encima del hombro y le dediqué una sonrisa, abrí la puerta y salí.

—Por supuesto.

*Que no.*

# CAPÍTULO ONCE

# PHOENIX



Mis dedos bailaban sobre las teclas del piano, las vibraciones de cada nota zumbaban en mi interior. Cada una de ellas era diferente y se enlazaban con un recuerdo lejano.

Mis primeros recuerdos de tocar el piano datan de cuando tenía unos tres años. Me dijeron que tenía una afinación perfecta, la capacidad de identificar o recrear una nota sin tener ningún punto de referencia. No perdí el sentido del oído hasta los seis años, pero para entonces la música ya formaba parte de mí. Aquellos primeros años bastaron para grabarme el amor por ella en mis huesos. Sabía cómo sonaba Do sostenido menor y el nivel exacto de vibración que enviaba a través de mis dedos cuando la tocaba.

Cuando me quedé legalmente sorda, tocar el piano era mi vía de escape y me ayudaba a sentir algo parecido a la normalidad. A sentirme como la antigua yo, antes de perder la audición. Me ayudó seguir con un profesor particular. Aunque sabía que mis perspectivas no eran prometedoras para una carrera más adelante, siempre había sabido que la música era mi vocación.

Mi hermana estudiaba diseño de modas, sin embargo, sabía que ella tomaba las clases de música solo por mi bien. No había un plan de apoyo para mí. Siempre supe que batallaría en una orquesta sinfónica o con otros músicos, pero lo superé. Hubo contratiempos, por supuesto. Algunos maestros no estaban dispuestos a arriesgar su carrera, o su energía, por una chica sorda, aunque no era la primera pianista sorda del mundo. No muchos querían aceptar el reto.

Mis dedos se ralentizaron con las últimas notas, la música se desvaneció entre el zumbido de mis dedos. Bajé los brazos al regazo y los dejé reposar con elegancia.

El maestro asintió, satisfecho, y antes de que pudiera decir hemos terminado por hoy, todo el mundo se había levantado y corría hacia la puerta, arrastrando sus instrumentos a pesar de que al día siguiente volveríamos aquí para practicar. Solo quedaba una semana para que la compañía de *ballet* actuara con la orquesta como parte del requisito de graduación de tercer curso.

No era el mejor concierto, pero era algo. Y fue otro paso más hacia la industria musical.

Me levanté de mi sitio y me detuve un momento para mirar la hora en el teléfono. Solo eran las cinco de la tarde. La verdad es que me estaba retrasando a propósito, con la esperanza de no encontrarme con nadie del equipo de *ballet.* Especialmente al idiota de Erik, el bailarín principal.

Me encontré con la mirada del maestro mientras recogía y me quejé para mis adentros. No podía esperar que todos supieran ASL, sin embargo, eso dificultaba la comunicación en el mejor de los casos y la hacía agotadora en el peor.

Debió leer mi deseo en los ojos.

—¿Quieres practicar un poco más? —hablaba despacio, pronunciando las palabras. No me atreví a corregirlo, sabiendo que lo hacía por mi beneficio, pero mientras no murmurara, podía

leer los labios.

—*Sí, gracias*.

Salió del auditorio, dejándome sola.

Respirando hondo, acerqué los dedos al bloque de teclas, su superficie lisa y fría era la única terapia que funcionaba sin falta para calmar mi corazón y mi alma. Empecé a tocar de nuevo, dejando que cada nota ahogara todo lo demás.

Lo vertí todo. Mi dolor. Mis remordimientos.

En este mundo vivía un niño en el que pensaba todos los días, al que amaba incondicionalmente. El remordimiento me carcomía. Debería haber sido más fuerte, más valiente, *algo más*. ¿Era amado? ¿Dónde estaba, ese hijo mío?

Mis dedos bailaban cada vez más rápido mientras el mundo a mi alrededor se desvanecía. No podía escucharlo, aunque lo percibía todo. La vibración. El dolor. El ambiente de cientos de años de actuaciones en este mismo espacio. La oscuridad del escenario mientras los ojos miraban desde todos los rincones. Me sentí infinita y poderosa aquí, el mundo como un escenario abierto que se inclinaba ante mí y mi dolor.

Cada una de mis células cobró vida y cerré los ojos, con mis suaves rizos castaños cayendo por mis hombros. Me sentía tan libre. Quizás incluso esperanzada.

Estaba en un campo de dientes de león donde él y nuestro bebé eran míos, donde me pertenecían. Dios, no quería volver a salir de esta ensoñación. *«Él no me recuerda; no puedo olvidarlo. Te odio; te amo»*.

Los recuerdos se agolpaban en mi mente mientras las lágrimas me escocían los ojos, con la esperanza de ahogar el mundo para olvidar lo mucho que me dolía despertarme y darme cuenta de que la pequeña vida que había cultivado durante nueve meses había desaparecido.

Lo amaba; lo odiaba. No vino, e incluso después de todos estos días, semanas, meses, años... Me dolía igual que el día que me di cuenta de que me había abandonado.

El pavor se me agolpó en el estómago al pensar en él. ¿Por qué me hacía esto? ¿Por qué no podía alejarse y dejarme en paz? Ya estaba destruyendo mi tranquilidad.

De repente, bajé de golpe la tabla, y la vibración me puso la piel de gallina.

¿Qué demonios iba a hacer? Nunca sería libre mientras él siguiera vivo, y aún podía quitarme muchas cosas. Mi cordura. Mi paz mental.

Abrí los ojos y sacudí la cabeza. Me temblaban las manos al rozar con los dedos la tapa de arce oscuro, respirando profundamente.

Un encuentro con Dante fue todo lo que necesité para resquebrajarme y ahora no había forma de evitar que se expandiera. Podía sentirlo como una piel rasgada, el peligro filtrándose por las grietas de mi caparazón endurecido.

Sentí su mirada sobre mí. La había sentido desde que volvimos a cruzarnos. Levanté la cabeza, mis ojos recorrieron los asientos vacíos del auditorio y luego los balcones. No podía verlo, pero *sabía* que estaba aquí.

Los latidos de mi corazón aumentaron su ritmo.

Debería asustarme lo sintonizado que estaba mi cuerpo con él. No era sano. No era normal. Nunca pensé en luchar contra ello antes, no obstante, lo haría ahora.

Me puse en pie, agarré mi teléfono y mi bolso. Me lo eché al hombro y salí del auditorio. El pasillo que conducía a la parte delantera del edificio estaba vacío, la tenue luz proporcionaba la orientación suficiente.

Al doblar la esquina, me topé con alguien.

El teléfono se me cayó de la mano y me agaché para recogerlo, pero me quedé paralizada

cuando un par de manos magulladas lo alcanzaron primero. Levanté la mirada hacia el hombre y gemí para mis adentros. Exactamente la persona que intentaba evitar.

Erik Costa.

El bailarín principal que bien podría ser etiquetado como una *prima donna*. Tenía una actitud a la altura.

—Lo siento. —Movió los labios y lo miré confusa, sorprendida por su disculpa. Todo el mundo sabía que Erik nunca pedía perdón a *nadie*. Tal vez quien le había puesto los moretones en la cara también le había dado una conmoción cerebral, volviéndolo decente de repente.

No importaba.

Me levanté y le arrebaté el teléfono de sus manos. Ladeé la cabeza y fui a esquivarlo cuando sus dedos se enredaron en mi antebrazo. *Aquí vamos.*

Empecé a soltarle la mano, pero la expresión de su rostro me hizo detenerme. Sus ojos se desviaron detrás de mí y seguí su mirada. ¿Qué estaba mirando?

Negué con la cabeza cuando Erik agitó las manos a mi alrededor, con un visible temblor en ellas.

—Lo siento por todo. —Mis cejas se juntaron con la línea de mi cabello ante la expresión sincera de su rostro magullado—. Cuando te pedí una cita, no me tomé bien tu rechazo. El imbécil soy yo, no tú —hablaba dolorosamente despacio, haciéndome sentir más incómoda a cada segundo—. Siento haber sido tan intimidante. —Sus ojos volvieron a mirar detrás de mí, pero esta vez no me giré—. Soy un idiota, y tú eres magnífica. Una musa.

*Un idiota. Una musa.*

Solo conocía a una persona que usara esa palabra y estuviera dispuesto a repartir moretones. Sospechaba que la revelación de Erik podía tener algo que ver con *él*.

Abrí la sección de notas de mi teléfono y escribí un mensaje.

ESTÁ BIEN. SOLO MANTENTE ALEJADO DE MÍ

Asintió con tanta rapidez que solo con mirarlo me mareé. Se alejó corriendo y permanecí pegada a mi sitio, esperando. Una vez que desapareció de mi vista, reanudé mi camino fuera del edificio.

París estaba lleno de gente en verano. Hacía calor. El olor a orina parecía hacerse más fuerte bajo el sol. En cada callejón, en cada esquina. Contuve la respiración al caminar por ciertas zonas de la ciudad, con la nariz encogida y una arcada involuntaria subiendo por mi garganta.

Era la ciudad del amor, pero nunca le vi el atractivo ni el romanticismo. Sí, había belleza y mucha historia, pero solo asociaba esta ciudad con el dolor.

Era donde había venido justo después de dar a luz, ocultando mi cuerpo bajo los suéteres demasiado grandes y la ropa de abrigo holgada gracias al frío invierno. Me enterraba en mis estudios. Era donde intentaba olvidar, pero nunca lo conseguía.

Doblé otra esquina, con el peso de su mirada en mi espalda como un par de manos. Podía sentirlo, aunque no podía verlo. Una o dos veces, incluso percibí un olor a cigarrillo mezclado con madera y cuero, lo que indicaba lo cerca que se había estado. Reconocería ese olor en cualquier parte.

Se me erizó la piel. Mis pasos vacilaron un par de veces, casi como si mi cuerpo ansiara inconscientemente su cercanía. Se me erizó la piel mientras luchaba contra el impulso de ir hacia él como una polilla a la llama, ignorando el hecho de que eso me llevaría a mi propia muerte.

Un movimiento repentino en el rabillo del ojo me hizo detenerme.

Me di la vuelta lentamente y se me revolvieron las entrañas. Un tipo yacía en el suelo con la

nariz ensangrentada y el brazo pegado al pecho. Dante estaba junto a él, con expresión sombría.

—*Pero qué...* —Lo miré fijamente—. *¿Qué te pasa?*

Varios transeúntes nos lanzaron miradas curiosas, aunque nadie se detuvo. Demasiado para la decencia común.

—*No debería haberte tocado.* —Le enseñé el dedo medio, deseando que se lo metiera por el trasero—. *¿Preferirías que te tocara sexualmente?* —Odiaba lo bueno que era su ASL, pero aún más, odiaba mirarle la boca mientras hablaba, incapaz de apartar la mirada.

—*Puede que lo prefiera a tu compañía.* —Señé agitada.

—*Aww*, no seas así. —Maldito sea.

—*¿Cómo sabes ASL?* —Pregunté.

Se encogió de hombros.

—*He visto vídeos en YouTube.* —Alcé las cejas con incredulidad—. *Es fascinante.* —Me burlé—.*¿No deberías estar agradecida de que lo sepa?*

—*Preferiría no tener ninguna conversación contigo.* —Hijo de puta. Debería haberme esforzado más en aprender a decir palabrotas aparte del dedo medio. Tendría que conformarme con deletreárselas. *J.O.D.E.T.E.* Debería ser capaz de entender esa palabrita.

—*Te encanta.* —Afirmó—. *Estás impresionada con mis habilidades, admítelo.*

—*No, no lo estoy.* —Espeté con señas—. *Primero, deberías haber aprendido el lenguaje de señas italiano, y segundo, ¿por qué demonios estuviste anoche en mi habitación, acosador?*

Su expresión era una máscara fría, pero sus ojos brillaban con algo carnal. No quería estar cerca de él.

—*Soñando conmigo, ¿eh?*

Mientras pensaba en una respuesta, se acercó a mí y me rodeó con el brazo, manteniendo el contacto visual para asegurarse de que podía leerle los labios.

—Le partiré el cráneo y le cortaré las manos a cualquiera que intente tocarte.

Se me secó la boca. La confusión volvió a ocupar el centro de mi mente. Había fingido que no me conocía, pero ahora actuaba como si le importara.

Respiré con dureza, luchando contra mi corazón y contra cualquier oportunidad de redención. No le quedaba ninguna.

Me alejé de él, furiosa por la forma en que mi corazón temblaba en mi pecho. Aprovechando mi confusión interior, Dante me agarró del codo y empezó a arrastrarme con él.

Intenté zafarme de su agarre.

—*¿Qué estás haciendo?*

—Acompañándote a casa.

Dejé de moverme y me solté de su agarre.

—*No, no lo harás. Acosador*.

—Te acompañaré a casa —dijo con expresión amenazadora.

—*No.* —Respondí con calma, aunque mi interior se enfurecía. ¿Cómo se atrevía a actuar como si le importara una mierda? Era demasiado tarde. Ya no lo necesitaba.

Respiró entre dientes, sin molestarse en disimular su furia.

—No estaba preguntando.

Su poderosa mano me envolvió el codo, abrasándome la piel. Odiaba cómo temblaba. Odiaba lo mucho que lo deseaba. La piel se me calentó donde me tocó y se extendió por el resto del cuerpo.

Me entraron escalofríos.

El pulso me latía entre las piernas mientras nos mirábamos en medio de la ciudad. Dante era

un hombre grande, con músculos ondulantes bajo la ropa, y si realmente quisiera, podría dominarme.

Demonios, ¿por qué eso empeoraba el dolor entre mis piernas?

Lo odiaba. *Odiaba* su traición, su locura, su arrogancia, y odiaba cómo mentía con esa sonrisa en su rostro. Pero, sobre todo, odiaba lo *mucho* que lo echaba de menos, maldición.

Aún podía recordar vívidamente cómo se sentían bajo mi tacto las partes suyas que amaba. Sus brazos a mi alrededor, protectores y cálidos. Sus labios sobre mi piel y las suaves palabras que pronunciaba con ellos.

Sacudí la cabeza. Todo era una actuación. En realidad, no le importaba.

Me dolían los dientes y desencajé la mandíbula. Había aprendido la lección la última vez. Era imposible salir ilesa de un encuentro con él.

—*Puedes caminar detrás de mí.* —Señé—. *Mantente alejado*.

# CAPÍTULO DOCE

# PHOENIX



Los coches caros llenaban el estacionamiento de Sphere.

Salí del Uber y caminé hacia la entrada del restaurante, vigilando mi equilibrio con los tacones altos que llevaba. La abertura del vestido marfil dejaba ver la parte superior de mi muslo, atrayendo miradas, y empecé a cuestionarme mi elección de vestuario, por no hablar de haber cenado con Baptiste en primer lugar.

Baptiste Leboute era tres años mayor que yo y, mientras me iniciaba en el mundo de la música, él ya era conocido entre los músicos europeos. Era un hermoso espécimen de cabello rubio, rasgos afilados y nariz patriarcal que bien podría estar esculpida en mármol. Siempre vestía con elegancia y no era de los que ocultaban su riqueza.

Algunos pensaban que era un fanfarrón, y no se equivocaban. Además, no era como si tuviera chicos haciendo cola por mí. Al menos ninguno con el tipo de ingenio y encanto que tenía Baptiste.

Lo vi junto a la puerta, esperándome. Fue una afortunada coincidencia que me recordara nuestros planes esta mañana. Afirmó que me había enviado el lugar y la hora por mensaje de texto, pero nunca recibí esos mensajes. En cualquier caso, pudimos sincronizar nuestros planes y me alegré por ello.

Necesitaba distraerme de cierto acosador.

Los ojos de Baptiste se iluminaron cuando se posaron en mí, y me detuve a un metro de él. Como típico francés, no creía en el espacio personal, así que acortó distancias y me estrechó contra él.

—*Estás bellísima*. —Siempre hablaba francés muy despacio para mi beneficio, aunque le decía que no era necesario.

—*Gracias.* —Señé simplemente. Mi mirada se posó en él—. *Tú tampoco estás nada mal*.

Empezamos a caminar.

—Menos mal que te he recordado lo de nuestra cita para cenar —continuó hablando, mirándome y casi dándose de cabeza contra la puerta al intentar abrirla. Sonrió tímidamente—. Lo siento, ha sido una torpeza.

Agité la mano. Baptiste y yo compartimos algunas clases, y ambos participamos en una sinfonía en honor a Beethoven hacía unas semanas. Llevábamos unos meses pensando en reunirnos y por fin encontramos tiempo cuando las clases se acabaron por el verano.

Baptiste me abrió la puerta y entré en el restaurante. La camarera nos esperaba con una gran sonrisa.

—*¡Oh, mon Dieu!* —exclamó, aplaudiendo—. Bienvenidos, hemos estado esperándolos.

Mi mirada se desvió hacia Baptiste, que parecía igual de sorprendido. Luego se encogió de

hombros, encontrándose con mi mirada.

—Hice una reservación.

Miré alrededor. No parecía muy concurrido, con más personal apresurándose que invitados.

La seguimos hasta nuestra mesa. Había dos mesas ocupadas, pero no supe muy bien si trabajaban aquí y estaban puliendo los vasos, o si habían encontrado algo malo en sus vasos y los estaban limpiando.

Tomé asiento, me subí el dobladillo del vestido e intenté evitar que los ojos de todos se fijaran en mi muslo al descubierto. Mis ojos se desviaron vacilante hacia mi propio vaso, que parecía impecable.

Dejando de lado a los demás, me concentré en el interior. Las columnas se curvaban hasta el techo, formando arcos sobre nuestras cabezas. El candelabro de cristal brillaba sobre nosotros y, aunque mi mundo estaba casi en silencio, podía sentir el bullicio del restaurante. La luz tenue proyectaba sombras cálidas y creaba una atmósfera romántica.

—Estás hermosa bajo esta luz —dijo Baptiste, y gemí interiormente. Estaba perdiendo el tiempo. Ya le había dicho varias veces que no me interesaba ningún tipo de relación. Toda mi atención se centraba en la música y la escuela, y cuando insistió en que lo entendía, finalmente dije que sí a la cena. La verdad era que me sentó bien salir con alguien que no fueran mis amigas.

Cuando levanté las manos para señar, algo en la forma en que miraba a nuestro alrededor con una sonrisa incómoda me hizo detenerme. Fruncí el ceño cuando me di cuenta. Estaba avergonzado. Pero, ¿por qué? ¿Qué esperaba?

Después de un incómodo silencio, busqué el teléfono en el bolso y lo saqué. Escribí, con las puntas de los dedos golpeando la pantalla con demasiada brusquedad.

***¿Cómo pensabas que nos comunicaríamos?***

Baptiste sabía lo básico del lenguaje de señas, al parecer era una asignatura optativa en su instituto. Era eso o carpintería, y optó por la clase “más fácil”, me había dicho. Desplacé mi teléfono para que pudiera leer mi pregunta.

—Podemos hablar —dijo sonriendo tímidamente—. Escribir o usar las manos. Los pies. Lo que sea.

Volví a escribir:

***¿Así que no te molesta si seño?***

—No hablemos de esas cosas. —Juntó las manos, sonriendo alegremente—. Ahora, ¿qué te apetece? Pollo, pescado... A los americanos les encantan los filetes de ternera, *¿non*? —Se pasó la mano por el pelo—. *Filet de bœuf o el entrecot*.

Puse los ojos en blanco. Era tan despectivo como suponer que todos los franceses comían ancas de rana.

Afortunadamente, la mesera apareció con aperitivos y vinos para que los probáramos.

—¿Le gustaría probar los platos especiales de esta noche o solo quieren saber de ellos? —ofreció, sonriendo alegremente.

Empecé a señar y, de nuevo, la sonrisa de Baptiste se congeló mientras se frotaba el cuello con torpeza. La frustración se apoderó de mí. No esperaba que la gente conociera el lenguaje de señas, y mucho menos el ASL estando en Europa, pero me molestaba que una persona lo conociera y fingiera ignorancia. ¿Cuál era el maldito sentido?

Suspiré y escribí en la aplicación de notas de mi teléfono, luego desplacé la pantalla para que la camarera pudiera leerlo.

***Vino tinto y ensalada vegetariana con calamares al costado.***

—Tomaré las muestras —anunció Baptiste—. ¿Son gratis?

Eso era otra cosa que todo el mundo sabía de Baptiste. Aunque tenía dinero, era un poco tacaño. La mesera dejó la bandeja y colocó los platos delante de él. Sus ojos se posaron en su escote y aparté la mirada, fingiendo no darme cuenta.

Puse los ojos en blanco ante sus hábitos de mujeriego. No quería una historia de amor, pero este comportamiento era totalmente decepcionante. Lo menos que podía hacer era esperar a que termináramos de cenar.

Recordé mi primera cita con Dante.

*La incomodidad me corroía mientras conducía por la autopista costera hacia nuestro destino. Estaba por verse adónde nos dirigíamos.*

*Mi cabello se agitaba con el viento y mi vestido ondeaba a mi alrededor mientras recorríamos las calles en el convertible de Dante. No estaba segura, pero intuía que a Dante Leone le encantaban sus coches.*

*Al girar la cabeza, me sorprendió observándolo. No me molesté en apartar la mirada. También me dio la impresión de que le gustaba mi atrevimiento, por la forma en que me miraba. Mis sandalias. Mis piernas desnudas. El ridículo vestido amarillo que Isla insistió en que me pusiera.*

*Hubiera preferido unos shorts cortos y un top sencillo, pero mi mejor amiga estaba de humor para "dejarlo boquiabierto", a pesar de no saber que era Dante quien me llevaba. Nadie sabía de mi hombre misterioso, y lo dejaría así por un tiempo. Mi hermana no sabía nada de esta cita o se me habría echado encima, insistiendo en conocer al hombre con el que iba a salir. Lo quería mantener en secreto un poco más.*

*Metí la mano en el bolso y busqué mi gas pimienta. Nunca se sabía cuándo se podía necesitar, y había estado en muchas situaciones en las que un hombre me creía demasiado tonta para aceptar mi "no" como respuesta seria. Era sorda, no tonta.*

*Los dedos de Dante rozaron mi hombro y giré la cabeza hacia él.*

*—¿Estás bien? —Dios, tenía los labios más bonitos que había visto nunca. No me costaba nada mirarlos mientras hablaba.*

*Asentí con la cabeza.*

*Seguía sin entender por qué quería esta cita o qué hacía en California. Me hacía sospechar un poco de sus intenciones. La abuela dejó claro que los enemigos de Papà eran también los nuestros por nuestro apellido. No importaba que nos hubiéramos mantenido alejadas del bajo mundo, siempre formaríamos parte de ello por defecto.*

*Dejé el gas pimienta bien guardado en el bolso, saqué el teléfono y escribí la pregunta en mi aplicación de notas de textos.*

***¿Qué haces en California? ¿No vives en Italia?***

*Echó un vistazo a la carretera, luego se volvió hacia mí y contestó.*

*—Sí, vivo en Italia. Tenía que cerrar un negocio con un viñedo de aquí. —Cuando enarqué una ceja sorprendida, continuó—: Una mala sequía en Italia me arruinó la cosecha. Tengo un par de viñedos aquí por esa misma razón.*

*Resoplé y volví a teclear:*

***¿Un mafioso convertido en viticultor?***

*Mi papá tenía algunos negocios legítimos. Sabía por Reina y su escuchar a escondidas que era una norma en el bajo mundo, pero la viticultura me parecía una elección extraña.*

*Volví a escribir:*

***¿Por qué vinificación?***

*Se encogió de hombros, esperando a que se detuviera para teclear su respuesta.*

***Es relajante. A la familia de mi madre biológica le gustaba y lo heredé.***

*Enarqué una ceja mientras reanudaba el conducir.*

***¿Eran granjeros?***

*Se rio, haciéndome desear poder oír su sonido. Conocí a los hermanos Leone mucho después de haber perdido la audición, así que era imposible asignarles un recuerdo en mi cabeza. Con mi hermana, la abuela y Papà, aún escuchaba sus voces en mi cabeza cuando hacían señas o articulaban palabras.*

*—No del todo. También formaban parte del bajo mundo. —Sus cejas se fruncieron, sus ojos en la carretera. Movió los labios, pero no pude leerlos. Le tiré de la manga para que me mirara. Cuando nuestras miradas se cruzaron, repitió—: ¿Cómo se aprende lenguaje de señas?*

*Lo observé sorprendida, aunque no le di importancia. Mucha gente lo preguntaba, pero en realidad nunca se esforzaban por aprenderlo.*

***Hay aplicaciones. Clases. Incluso YouTube***

*—Dame la mejor aplicación y algunas sugerencias para las clases —exigió.*

*Volví a teclear y esperé a que sonara la voz por el altavoz.*

***No estoy segura del lenguaje de señas italiano. Lo mejor es que preguntes en casa.***

*—¡Mierda!, no sabía que no era universal. —Me encogí de hombros. La mayoría de la gente no lo sabía. Se hizo el silencio un momento, con la atención puesta en la carretera, y luego volvió la cara hacia mí y articuló—: ¿Usas el lenguaje de señas italiano? —Negué con la cabeza —. ¿ASL? —Asentí con la cabeza—. Esa es la que quiero. —Las mariposas volaron en mi estómago, y estaba bastante segura de que también lo hizo mi corazón. Nunca habría imaginado*

*a Dante Leone como una persona dulce—. Como te dije, mándame un mensaje con la mejor aplicación y sugerencias de clases. También puedes enseñarme. —Luego, como si recordara sus modales, añadió—: Por favor.*

*Asentí con la cabeza, y mis labios se curvaron en una sonrisa al recordar cómo metió a escondidas su número en mi teléfono durante nuestra primera interacción. Dante era un hombre decidido, me recordaba mucho al chico con el que me crucé por primera vez cuando tenía ocho años. El mismo que asumió la culpa del jarrón que yo había roto. Aún recordaba el miedo que sentía por él y por su hermano por ser nuestros guardianes.*

*Me dio un golpecito en la pierna, haciendo desaparecer el recuerdo de nuestro primer encuentro.*

*—Nix, necesito esas sugerencias.*

*Envié unas cuantas a su teléfono y luego guardé el mío.*

*Se me entrecortó la respiración al notar el entorno. Estábamos en Santa Mónica. ¿Quizá podría pedirle que dejara lo que había planeado y me llevara a Pacific Park? Había querido visitarlo desde que era pequeña, pero algo siempre salía mal y nunca sucedía.*

*Se detuvo ante el semáforo en rojo y se volvió hacia mí.*

*—¿Te apetece un paseo salvaje? —Parpadeé, con la confusión claramente reflejada en mi rostro—. Cuando hackeé tu teléfono, vi el salvapantallas. Tú, yo, paseos salvajes, una vista del Pacífico. ¿Qué podría ser mejor? —Sonreí tanto que me dolieron las mejillas—. Aunque será mejor que cambies el salvapantallas por una foto nuestra.*

*Se me encendieron las mejillas al ver cómo me miraba. Posesivo. Como si fuera a matar a cualquiera que se atreviera a llevarme lejos. Y me gustaba. Quería ser suya.*

*Cinco minutos después, estacionó el auto y se apresuró a abrirme la puerta. Sentía la adrenalina correr por mis venas. El cielo azul resplandecía sobre nosotros y las temperaturas primaverales hablaban de un verano a la vuelta de la esquina.*

*Me tendió la mano y deslicé los dedos en su cálida palma mientras mis ojos recorrían su alta figura vestida con jeans y una camiseta negra de James Dean. Tenía un aire de chico malo. Era sexy.*

*—¿Estás lista para el viaje, adicta a la adrenalina?*

*Sonreí. Estaba más que preparada.*

*Las horas que siguieron fueron increíbles, y estaba resultando ser uno de los mejores días de toda mi vida. Fuimos a todas las atracciones, cuanto más rápido, mejor. Cuanto más alto, mejor. Bailamos y corrimos de un lado a otro del parque.*

*Dante me tomó de la mano y ambos jadeamos mientras nos dirigíamos a la West Coaster, la montaña rusa de acero frente al océano. Dante se detuvo junto a la Pacific Wheel y me miró.*

*—¿Quieres subir primero a la rueda de la fortuna?*

*Resoplé, sonriendo alegremente.*

*—Aburrido. —Articulé con la boca, sintiéndome ya cómoda haciendo ruiditos a su alrededor. La gente daba por sentado que no podía pronunciar palabras sencillas, pero sí podía. Aprendí a hablar antes de perder la audición cuando cumplí seis años, mas no me sentía cómoda dejando que cualquiera oyera el sonido de mi voz. Me cohibía porque yo ya no podía oírla.*

*—También lo pensé. —Se rio con picardía y me llevó hacia la atracción.*

*No obstante, justo cuando nos dirigíamos hacia allá, un grupo de tres chicos se rieron a carcajadas, haciendo muecas exageradas y gestos con las manos. Hice caso omiso, pero Dante se detuvo bruscamente, su expresión se volvió sombría mientras los miraba.*

*No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que se estaban burlando de mí, sin embargo, antes de que pudiera hacer o decir algo, todo se nubló. En un segundo, Dante y esos idiotas se miraban con odio y, al siguiente, Dante se abalanzó sobre ellos. Debería haberme asustado, haberme quedado petrificada, pero no fue así. En lugar de eso, me quedé viendo la escena con las mejillas sonrojadas.*

*Observé con la boca entreabierta, ligeramente halagada, o excitada, no podía decidirlo, por cómo Dante molía a golpes a los idiotas. La multitud que nos rodeaba crecía, admirando o condenando a este glorioso hombre por defenderme.*

*Justo cuando iba a dar una patada a uno de los tipos que ya se agarraba el estómago, me acerqué a él y le tiré de la manga.*

*—Ya vendrá la policía. —Articulé.*

*Me hizo un gesto tenso con la cabeza, luego le dio otra patada al idiota y me agarró de la mano, apartándome de todo aquello.*

*—Lo siento —dijo, mirándome—. Vamos a nuestro próximo paseo. —Negué con la cabeza y su expresión decayó—. No quería asustarte.*

*Sonreí, casi demasiado amplia. Tomé mi teléfono y escribí rápidamente.*

***No tengo miedo. Aquello fue increíble y toda la adrenalina que necesitaba. No quiero estar aquí cuando llegue la policía, pero eso no significa que nuestra cita haya terminado.***

*Sus ojos azul oscuro se levantaron de mi teléfono y brillaron con algo emocionante. Algo desquiciado. Algo que me gustaba... mucho.*

*—¿Te gustó verme pelear? —inquirió despacio. Me lamí los labios, deseando poder decirle lo bien que me sentí al verlo defenderme. Mi hermana e Isla lo hicieron, pero ningún hombre, incluido mi propio Papà, se había atrevido a hacerlo. Los dos nos detuvimos, uno frente al otro, rodeados de oscuridad y soledad—. ¿Lo disfrutaste? —repitió, agarrándome las manos y levantándolas por encima de su cabeza para acomodárselas alrededor del cuello.*

*Mi cuerpo se arqueó hacia él, hambriento de su... todo.*

*Asentí y bajó la cabeza, recorriéndome el cuello con la nariz antes de volver a verme a los ojos. Lo sentía como una parte de mí que me faltaba, y sabía que sonaba ridículo, pero casi podía escuchar cómo encajaba en su sitio.*

*—Creo que eres un poco salvaje —dijo, y su sonrisa perezosa me hizo sentir algo que sería peligroso para cualquier adolescente.*

*Le dediqué mi sonrisa más inocente mientras movía las pestañas. Puse distancia entre nosotros y tomé el móvil. Escribí rápidamente antes de perder el valor.*

***¿No llevar bragas es estar en el lado salvaje?***

*Leyó el mensaje mientras lo miraba a los ojos y veía cómo la sonrisa se extendía aún más por su atractivo rostro.*

*—Vaya, vaya, vaya. Phoenix Romero, eres una cosita muy traviesa. —Me tomé el labio inferior entre los dientes mientras se inclinaba hacia mí y su aliento me acariciaba la concha de la oreja.*

*Luego me condujo a su coche y me ayudó a subir al asiento del copiloto. Me acarició la mejilla y advirtió:*

*—Será mejor que nunca seas traviesa con nadie más.*

*Cuando se puso al volante, envió un mensaje a alguien y arrancó el vehículo. Durante la hora siguiente condujimos en silencio. El sol había desaparecido, sustituido por una luna brillante.*

*Se detuvo frente a un campo lleno de dientes de león, hierba alta y árboles que se movían con la brisa nocturna en la distancia. Por el rabillo del ojo, divisé un camión cuando se marchaba.*

*Cuando lancé una mirada curiosa a Dante, me explicó.*

*—Es una sorpresa.*

*—¿Quién era?*

*Agitó la mano.*

*—Cesar, mi mano derecha. Pero no te preocupes, mi musa. No te ha visto.*

*Solté un suspiro de alivio. Era mejor que lo mantuviéramos en secreto. Al menos por el momento.*

*Me ayudó a salir del coche y me pasó un brazo por el hombro. Avanzamos por la hierba suave mientras el corazón me palpitaba en el pecho. Nunca me había sentido tan segura. Nunca me había sentido tan bien. Era aterrador y emocionante a la vez.*

*Nos detuvimos y me señaló el lugar donde había una manta y una cesta de picnic que parecía capaz de alimentar a docenas de personas. Me quité los zapatos y nos sentamos en la misma mientras la luna llena brillaba sobre nosotros.*

*La brisa nos envolvía y mimaba a los dientes de león mientras la luz de la luna bailaba sobre ellos. Era como ver coquetear a la naturaleza. ¿Era eso lo que estaba haciendo conmigo?*

*Me encontré con su mirada, me tragué el miedo y fui por ello.*

*Abrí la boca para hablar, pero se me adelantó.*

*—Me gustas. Mucho.*

*Durante unos segundos, solo sentí los latidos atronadores de mi corazón. Encontré mi cara a escasos centímetros de la suya.*

*—También me gustas. —Le hice saber.*

*Esbozó una sonrisa perezosa.*

*—¿En serio?*

*Asentí con la cabeza. Me gustaba completamente. Ciegamente. Me parecía el elegido. ¿Acaso éramos demasiado jóvenes para saberlo? Me acercaba a mi decimoctavo cumpleaños y Dante era casi cuatro años mayor, pero de alguna manera, nuestras edades parecían irrelevantes.*

*Como si no pesara nada, me levantó y bailamos, meciéndonos suavemente con el silencio y la brisa. Con mis pies en sus zapatos, me guiaba con una gracia salvaje, sin vacilar nunca. Se levantó una fuerte brisa y la pelusa del diente de león flotó en el viento, reflejando mi alma en este preciso momento.*

*Ligera. Sin cargas. Feliz.*

*Me gustaba todo de él, el olor y la sensación de que me abrazara. Me hipnotizaba su mirada. Alargué la mano para tocarle la cara, su piel me quemaba las yemas de los dedos. Era lógico que tuviera la sangre caliente con ese temperamento.*

*Me sonrió y le devolví el gesto. Los dos dimos vueltas por el prado mientras las estrellas y la luna nos daban su bendición. Nuestro baile se ralentizó y nos quedamos allí, abrazados. Apoyó la barbilla en mi cabeza, me acarició la melena y sus dedos rozaron la piel desnuda de mi cuello.*

*Su mano se deslizó hasta mi nuca, tirando de mí hacia atrás para que pudiera verlo a la*

*cara.*

*—Quiero besarte.*

*Le puse la mano en el pecho.*

*—Entonces hazlo. —Me sonrojé. Dante debió notarlo, porque sus labios rozaron mis mejillas, una y luego la otra. Sus labios rozaron los míos, suaves y cálidos. Se apartó un poco, como para asegurarse de que estaba bien. Luego volvió a besarme, más fuerte y exigente.*

*Le rodeé el cuello con las manos, tirando de él y oprimiéndome contra su cuerpo musculoso. Me besó el cuello y las mejillas antes de volver a mi boca.*

*Esta vez, la reclamó, invadiéndola con su lengua caliente. Caímos en un beso profundo y narcotizante, absorbiendo cada sensación. Sabía tan bien, a chocolate y a pecado. Su cuerpo era duro, sus labios suaves. Le tiré del cabello, necesitando más de él, mientras me agarraba las caderas y me levantaba.*

*Mis piernas se engancharon a su alrededor y empujó sus caderas hacia arriba, arrancándome un grito ahogado. Me hizo palpitar con un dolor embriagador.*

*Me froté contra él, esperando que me tocara ahí. Me estaba poniendo caliente y necesitada. Gemí en su boca, apretándome contra su cuerpo.*

*Gruñó en mis labios y me quedé paralizada, apartándome.*

*—¿Estás bien?*

*Sus ojos se clavaron en mis labios.*

*—No lo estaré si no vuelves a besarme. —Sonreí, pero antes de que pudiera besarlo de nuevo, dijo—: Iremos despacio. ¿De acuerdo?*

*Dios, era el sueño de toda chica y me quería. ¡A mí!*

*«Creo que me estoy enamorando de ti». Las palabras no me salían, pero mi mente las gritaba. Lo anhelaba con una desesperación que debería haberme asustado, aunque no lo hacía.*

*—Despacio. —Repetí sin sonido.*

*Acortó la distancia entre nuestros labios, metió su gran mano en mi cabellera e inclinó mi cabeza para besarme más profundamente. Profundo y minucioso, pausado pero intenso. Su lengua separó mis labios y rozó los míos mientras me devoraba. Sus manos me tocaban por todas partes, tan ansiosas por sentirme completa como yo por explorar cada centímetro suyo.*

*Fue el momento más feliz de mi vida. Uno maravilloso, extasiante. Encontré a alguien que me quería a pesar de todos mis defectos, y era todo mío.*

*Hasta que dejó de serlo. Hasta que me quedé sola.*

*Clic. Clic. Clic.*

La vibración de la mesa atravesó mi memoria. Levanté la cabeza y me encontré con el rostro enrojecido de Baptiste, tosiendo y golpeándose el pecho mientras su otra mano se posaba repetidamente sobre la mesa.

—¿Qué demonios tiene esto? —Se atragantó.

Una mano se posó sobre la mesa. Levanté la cabeza y me quedé sin habla al ver a Dante de pie junto a nosotros.

—Es nuestra receta especial, bacalao con una pizca de pimienta cayena —dijo Dante con una sonrisa fría. Me acomodé un mechón de cabello detrás de la oreja mientras su oscura presencia me envolvía y aquel aroma familiar se filtraba en mis pulmones.

Otro ataque de tos de Baptiste sacudió la mesa, haciendo que volviera a fijarme en él. La camarera le sirvió un vaso de vino y Baptiste lo engulló como muerto de sed.

—¡Este plato es *merde*! —siseó, y lo vi beber de un trago otra copa llena de vino, sin saber qué hacer.

—Disculpe, *monsieur*. —La mesera le entregó otro copa, con los ojos como platos—. No sabíamos que era alérgico a la pimienta cayena.

Baptiste se detuvo y entrecerró los ojos.

—Nunca dije que fuera alérgico.

Observé fijamente a Dante y vi cómo en sus ojos brillaba la satisfacción más pura, junto con la brutalidad y la emoción por algo que no quería seguir explorando. Estaba segura de que aquel monstruo desquiciado lo había preparado todo.

—Un vaso de tinto para ti, como pediste. —Dante me tendió una botella de vino. Sabía que prefería el tinto al blanco y, de repente, deseé poder arañarle los ojos y hacerle daño. Como él me lo había hecho. Siempre supe que la vida era dura. Lo había visto en los ojos de mi madre. En los ojos de *Papà* cuando ella murió. Hacía mucho tiempo la vida había roto mi corazón, pero Dante Leone... lo destrozó en un millón de pedazos.

—*Piérdete.* —Señé, enfadada conmigo misma por dejarlo llegar a mí tan fácilmente.

Se le iluminaron los ojos.

—Me temo que alguien se merece una lección.

Se acercó y, mientras lo miraba confusa, empezó a servir la botella de Richebourg Grand Cru de 1949. Aunque en lugar de verterla en la copa, la derramaba sobre mi regazo.

Salté y empujé la silla hacia atrás, pero ya era demasiado tarde. La mitad inferior de mi hermoso vestido estaba irremediablemente empapado. Me invadió la ira y levanté la vista para encontrarme con la expresión de Dante.

—*Uups*, no le atiné al vaso. —Colocó cuidadosamente la botella sobre la mesa, con los nudillos blancos mientras miraba a Baptiste. Luego volvió a centrar su atención en mí—. La próxima vez que te vea con un hombre, estarás firmando su sentencia de muerte —advirtió en perfecto ASL mientras lo decía en voz alta para beneficio de Baptiste.

—*¿Estás loco*? —Señé, con todo el cuerpo temblando. Era una pregunta tonta. Lo estaba, y no cabía duda—. *¿Qué estás haciendo aquí de todos modos*?

Se metió las manos en los bolsillos y sonrió despreocupadamente.

—Soy el dueño del restaurante.

—¡Eso es imposible! —reviró Baptiste, palideciendo—. Este es un restaurante de propiedad francesa.

Dante le dirigió una fría sonrisa.

—Ya no. —Su mirada se movió entre los dos, la amenaza bailando en sus ojos—. Ahora es un restaurante italiano.

Baptiste asintió, aunque su ceño se frunció.

—¿Vas a cambiar el nombre?

¿Por qué demonios Baptiste seguía hablando con él? *Ignora a ese desgraciado, imbécil*. Dante acercó una silla a nuestra mesa sin un ápice de vergüenza antes de llamar a una camarera para pedir una bandeja de aperitivos.

—Estoy pensando en llamarlo *Dandelion.* —Me estremecí, como si me hubiera abofeteado —. ¿Qué te parece, Nix?

Si las miradas mataran, estaría en la morgue con una etiqueta en el dedo del pie.

—*Deja de llamarme así.*

Su expresión carente de emoción y la inclinación sarcástica de sus labios me caían mal. Era críptico y cruel. Inteligente y diabólico. Todo lo que yo no era. Especialmente ahora. Estaba tan

*enfadada* con él.

La mesera apareció con una muestra de sus platos populares y los colocó sobre la mesa mientras Baptiste observaba a Dante y yo a la bandeja. Era exactamente igual a la que nos sirvieron en nuestra primera cita, menos el cielo iluminado por la luna y la manta de picnic.

—*Te odio.* —Gesticulé, con la barbilla temblorosa.

Los ojos de Dante encontraron los míos, casi burlones, mientras agarraba mi tenedor y apuñalaba, realmente apuñalaba, la trufa de queso de cabra y nueces con arándanos y le daba un mordisco. Se me aceleró el corazón y se me calentaron las mejillas ante la avalancha de recuerdos de cómo había terminado aquella noche.

Nunca más. Entonces era demasiado joven e ingenua para ver los peligros de su encanto de chico malo. Ahora ya no.

—¿Por qué?

—*Me arruinaste el vestido.* —Señé apretando los dientes.

—Diría que lo he mejorado. —Dejó caer el tenedor con visible fuerza y se cruzó de brazos —. Te queda bien el rojo.

Era ridículo como nos veíamos aquí. Los tres apiñados alrededor de la pequeña mesa cubierta de lino, Baptiste siguiendo nuestro intercambio con expresión perpleja, probablemente borracho por todo el vino que acababa de beberse. Yo con mi vestido arruinado, y Dante que parecía salido de uno de los libros obscenos de Athena.

Sin embargo, había una gran diferencia: este tipo era un villano espeluznante.

—*A ti también te quedaría bien el rojo.* —Espeté—. *Siempre que fuera sangre.* —Baptiste se aclaró la garganta al otro lado de la mesa, aún pálido y claramente confundido por lo que estaba ocurriendo. Habría exigido que interrumpiéramos la velada si no tuviera la sensación de que eso era exactamente lo que quería Dante. En cualquier caso, prefería seguir toda la maldita noche antes que darle esa satisfacción—. *Discúlpenme. Tengo que usar… el baño.*

Salí corriendo de allí con los recuerdos pisándome los talones rabiosamente.

# CAPÍTULO TRECE

# DANTE



¿Compré este restaurante solo para tener el control total de su cita?

Joder, claro que lo hice.

Y a menos que esto se detuviera, estaba a punto de quemar el maldito lugar hasta los cimientos. Pelearía con Dios por ella, y más con este imbécil.

Me enfrenté a Baptiste, que seguía sentado a la mesa, confundido. El desdén que sentía por él ahora mismo podría cambiar fácilmente a modo "asesino" en toda regla a menos que se largara de aquí. No me gustaba *nadie* más a su alrededor.

Primer *fallo* en su contra.

Su cara estaba marcada por la incomodidad, pero aun así él no la defendía.

Segundo *fallo* en su contra.

Y luego estaba la forma en que sonreía para él. A mí nunca me sonreía así, y lo odiaba. Todo lo que recibía de ella eran miradas asesinas y la sensación de que me detestaba.

Así que ese fue el tercer *fallo* en su contra.

Una vez que Phoenix desapareció en el baño de mujeres, clavé los ojos en Baptiste.

—Así es como esto va a ir —declaré—.Te levantarás y te irás. No volverás a pedirle una cita. Te alejarás de ella. Ni siquiera la mirarás. Te alejarás completamente de su vida. Encontrarás una nueva sinfonía para tocar. Si te veo en la misma ciudad que ella, te golpearé hasta casi matarte.

—Pero...

—Sin peros. Presióname y te mataré, y tiraré tu cadáver al Seine para que se alimenten los peces. *¿Capisce*?

Se puso en pie de un salto, con los ojos saliéndosele del cráneo, después abandonó el restaurante corriendo, tropezando como un idiota. No tenía ni maldita idea de la suerte que había tenido de salir vivo de aquí.

Cuando lo perdí de vista, me levanté e hice una señal al encargado del restaurante para que vaciara el local. Todo el personal había sido indemnizado por el resto del año. Dependiendo de cómo se comportara Phoenix, mantendría este lugar o lo destruiría.

Era emocionante no saber qué dirección tomaría. Con ella, nunca lo sabía.

Me dirigí hacia el baño, quedándome en las sombras. Cuando llegué, me apoyé en la pared y escuché cómo se movía dentro, probablemente contemplando mi asesinato. Levanté los labios.

*Adelante, Dandelion.*

Salió del baño y se detuvo al verme. Incluso en la oscuridad del pasillo, pude ver sus ojos brillar con rabia, esas llamas azules tentándome. Le ofrecí mi sonrisa más encantadora.

—Te he estado esperando.

Su mandíbula se apretó.

—*Piérdete, Dante. Si no lo haces, Baptiste y yo nos iremos a otro lugar. Prefiero comer en el suelo del metro que cerca de ti.* —Señó enfadada.

Me metí las manos en los bolsillos y caminé a su alrededor despacio. Con mi metro noventa, le sacaba al menos una cabeza, pero su porte la hacía parecer más alta.

Me detuve frente a ella.

—Tu cita se fue.

Dejó escapar un suspiro exasperado y la oí murmurar en voz baja:

—Imbécil.

La chica podía murmurarlo con toda claridad. Dejé que mi mirada recorriera su vestido de marfil manchado de rojo, su muslo jugando a las escondidas conmigo. Demonios, era preciosa.

—Lo siento, ¿te he arruinado tu cita? —pronuncié lentamente.

—*Sí.*

Sonreí y luego señé:

—*Déjame compensártelo.*

Me mostró el dedo medio en el lenguaje universal. Encantador, *realmente* le debo agradar.

—*Prefiero comer clavos que sentarme en esa mesa, mirando tu cara bonita.* —Señó con expresión adusta.

Mis labios se curvaron en una sonrisa mientras me inclinaba más cerca, inhalando su aroma profundamente en mis pulmones.

—Sabía que no podrías resistirte a mí y a mi cara bonita, *Dandelion.* —Dejó escapar un suspiro exasperado, pero antes de que pudiera señar algo, continué—: Te gusto, Nix. Y a mí me gustas. Saltémonos todo esto y hagámoslo oficial, ¿de acuerdo?

—*Estás loco.* —Gesticuló, con el enfado resaltando en las delicadas líneas de su rostro—. *Le mandaré mensaje a Baptiste y me iré a casa con él.*

Mis dedos rodearon su muñeca en la siguiente respiración.

—Con ese vestido... No, creo que no irás. —Me lanzó una mirada de confusión—. Ese vestido dice fóllame.

Bajó los ojos hacia él y luego me los devolvió con una ceja enarcada.

—*Tiene clase.*

Apreté la mandíbula.

—Tal vez, pero sigue diciendo *fóllame*. Y si te pone un dedo encima, voy a acabar con su existencia. —Luego, para asegurarme de que me entendía, añadí—: Y, cariño, no hablo metafóricamente.

—*Dios, te odio.*

—Sigue diciéndote eso, *Dandelion*. Además, me excita. Ahora, tengamos una cita. —Le dediqué mi sonrisa más encantadora, de esas que suelen gustar a las mujeres. Algo pasó por su expresión, y de repente estaba sonriendo.

¡*Demonios!*

¡Había funcionado!

Tomé su barbilla entre mis dedos, su piel suave bajo mi pulgar y mi índice. Se inclinó más hacia mí y mi corazón empezó a bombear con más fuerza, directo a mi polla.

Sus mejillas se sonrojaron y agitó sus oscuras pestañas. Sus labios besables se separaron y movió la cabeza, tomando la yema de mi dedo entre sus labios. Dejé de respirar un instante, su lengua salió disparada para lamerme el dedo y mi cerebro se aceleró.

Maldita sea.

Mi cuerpo zumbaba de calor y su aroma me envolvía de la forma más familiar. Casi como si

una vez hubiera tenido su cuerpo desnudo contra el mío.

Entonces me mordió el dedo, y joder, lo hizo salvajemente. Sus dientes rozaron mi piel y mi miembro se tensó dolorosamente.

—¡Mierda!, ahora te deseo aún más.

Sus ojos se abrieron de par en par, viéndome como si fuera su perdición. O el monstruo de sus pesadillas.

—*Enfermo.* —Señó, sacudió la cabeza y se alejó pavoneándose.

¿Por qué siempre la veía alejarse de mí?

# CAPÍTULO CATORCE

# PHOENIX



Mi frustración adquirió forma propia, provocándome con un millón de y si....

No me dejaría engañar de nuevo, por muy seductora que fuera su promesa de pecado.

Salí corriendo del restaurante y estaba a solo seis metros de distancia cuando el cielo oscuro se iluminó. Giré sobre mis talones y vi el restaurante envuelto en llamas.

Me quedé helada y jadeé, sin dar crédito a lo que veía. Dante caminaba despreocupadamente hacia mí, con las llamas quemándole la espalda y las manos en los bolsillos. Parecía Hades, saliendo tranquilamente del infierno.

El hombre era... Ni siquiera pensé que psicótico fuera la palabra correcta para él. ¿Qué demonios le había pasado?

El pulso me latía en las venas y, a cada paso que daba, me preguntaba si debía huir. Excepto que me perseguiría, *eso* no tenía por qué preguntármelo. Aún recordaba lo mucho que le gustaba el juego del gato y el ratón. Un escalofrío me recorrió la espalda mientras me esforzaba por mantener a raya los recuerdos.

*Demasiado joven.*

*Demasiado estúpida.*

*Demasiado ciega.*

*Esas fueron las palabras que la abuela gritó a pleno pulmón.*

*Nunca me había alegrado tanto de demostrarle que estaba equivocada.*

*La cabaña de Dante en el lago Tahoe, rodeada de abetos Douglas y aguas cristalinas de color aguamarina, era nuestro refugio. Fue donde perdí mi virginidad con él, donde siempre íbamos a explorar el cuerpo del otro y perdernos en el placer.*

*Parecía aún más impresionante esta noche bajo la luna de sangre. Casi mágico. El musgoso aroma del húmedo suelo del bosque se infiltró en mis sentidos y me dejó en un estado de embriaguez. Sin embargo, no tenía nada que ver con la forma en que respondí al olor de Dante.*

*—Nada me alejará de ti. —Articuló, mirándome con adoración—. Tú y nuestro bebé. —Su gran palma se posó en mi bajo vientre—. Los tres bailaremos juntos por la vida. Lo eres todo para mí, Dandelion. Que se joda mi padre; que se joda el mundo entero. Nadie se interpondrá en nuestro camino. Tú y nuestro bebé son mi prioridad.*

*No podía creer mi felicidad. La noticia de mi embarazo había pasado de ser aterradora a ser lo mejor que me había pasado alguna vez. También me había puesto muy sensible, y sus palabras iban a convertirme en un mar de lágrimas si no las acortaba.*

*—¿Y si me escapo? —Señé, apretando los labios entre los dientes cuando oprimió su mano en mi vientre, peligrosamente cerca de hacerme cosquillas. Tenía que saber que me estaba burlando; nada ni nadie me alejaría de él. Podía ser que fuéramos jóvenes, pero haríamos que esto funcionara.*

*Un minuto de silencio nos envolvió mientras me miraba como si estuviera dispuesto a darse un festín conmigo. Tenía los ojos azules, hambrientos de lujuria y emoción.*

*Nunca había soñado con este sentimiento de pertenencia, con que me dirigieran tanta reverencia.*

*—Te perseguiría hasta el fin del mundo —juró, y luego empujó su cara contra el costado de mi garganta, lamiendo una raya caliente por la columna de mi cuello. Me tiró contra su pecho, mi cuerpo golpeó contra el suyo y aplastó mis pechos.*

*Su duro miembro me oprimió el estómago mientras tomaba mi boca para darme un beso reivindicativo. Animal e intenso. Su lengua luchaba con la mía. Mis dientes chocando contra los suyos.*

*Era una locura que solo unos meses nos hubieran traído hasta aquí. De una explosiva atracción física a esta conexión emocional.*

*Separó sus labios de los míos, dejando solo un centímetro de espacio entre nosotros.*

*—Voy a reclamar cada agujero, Dandelion. Cada uno será mío. Tu coño. Tu boca. Tu culo. Cada uno de ellos. —No era experta en penes, pero él estaba muy bien dotado. No había forma de que pudiera metérmelo por el trasero. Sus dedos se enredaron en mi cabello, inclinando mi cabeza para que nuestras miradas se encontraran—. ¿Estás pensando en rechazarme?*

*Dios, me encantaban sus labios. A veces, cuando hablaba, me costaba concentrarme en las palabras que pronunciaba cuando lo único que quería era besarlo. Una y otra vez.*

*—¿Lo haces, Dandelion? —Volvió a preguntar, y me estremecí, con el corazón tembloroso por los nervios.*

*Sacudí la cabeza, poniendo espacio entre nosotros. Sus dedos se soltaron de mi cabello y los dos sonreímos como dos tontos enamorados.*

*—Tendrás que atraparme primero. —Articulé lentamente, ya que él no sabía ASL, y salí corriendo por la cabina.*

*Abrí la puerta de golpe mientras una energía inexplicable me recorría. Era la emoción de ser perseguida. Sentía sus ojos en mi espalda. Eché un vistazo por encima del hombro y vi la sonrisa depredadora en su rostro mientras acortaba la distancia que nos separaba.*

*A pesar de la fe absoluta en él y de saber que no me haría daño, tuve que luchar para que no se me agarrotaran las extremidades. Corrí más rápido, sintiéndolo cada vez más cerca hasta que supe que se estaba demorando en atraparme a propósito. «La emoción de la persecución», supuse.*

*Eché un vistazo por encima del hombro. Estaba justo detrás de mí, y sonreí, anticipando que me alcanzaría pronto. Me di la vuelta y aceleré.*

*Mi respiración agitada me quemaba los pulmones. No me gustaba correr. El yoga era mi veneno preferido, y eso solo por mi hermana pequeña.*

*El ruido sordo contra mi caja torácica aumentó de velocidad y me di la vuelta, mis pasos se quedaron cortos. No estaba por ninguna parte.*

*Mis ojos recorrieron mis alrededores, esperando. Tragué saliva cuando lo vi. Estaba apoyado en el árbol frente a mí, con las piernas cruzadas y una amplia sonrisa en la cara.*

*—¿Cómo tomaste la delantera? —Señé, respirando agitadamente.*

*Sus ojos brillaban con oscuridad, algo retorcido y emocionante en sus profundidades.*

*—Siempre estaré frente a ti —declaró, abriéndose paso lentamente hacia mí—. Después de todo, tengo que eliminar cualquier amenaza para mi mujer.*

*Dios, me excitaba tanto cuando estaba así. Un monstruo precioso.*

*—Eres dueño de mil acres a nuestro alrededor. —Le recordé, esforzándome por no volverme papilla—. Nadie estaría tan loco como para entrometerse.*

*—Oh, Dandelion. Hay muchos que lo estarían. Querrían ver cómo te atrapo y te destrozo en el suave suelo del bosque. No quieres que nadie nos vea, ¿verdad? —Negué frenéticamente con la cabeza—. Así es, porque cualquiera que te vea desnuda quedará cegado. O mejor aún... muerto.*

*Un escalofrío recorrió mi cuerpo y la tensión entre mis piernas se intensificaba a cada segundo que pasaba. Lo conocía lo suficiente como para saber que no estaba bromeando. Dante podía ser intimidante cuando quería, pero mi cuerpo cobraba vida para él.*

*—¿Estás empapada para mí ahora mismo? —Se alzaba sobre mí, la emoción de la persecución daba a su expresión un aspecto ligeramente desquiciado—. ¿Se retorcerá tu cuerpecito debajo de mí cuando te folle aquí?*

*Asentí, con la boca seca por la excitación. ¿Había algo malo conmigo? No, no iría allí. Sin dudas. Sin vergüenza. Solo nosotros dos, que pronto seríamos tres.*

*—Vas a ser una buena chica para mí, ¿verdad? ¿Mi mejor chica?*

*Me lamí los labios y bajé la mirada hacia sus pantalones. El bulto en ellos me decía que le gustaba mucho.*

*—Sí.*

*Era un depredador, pero era mío. Le confié mi vida. Me sentía atraída por él de un modo que no comprendía, y había dejado de intentarlo.*

*Mi espalda chocó contra el árbol y sus brazos me aprisionaron por ambos lados. Su mano me rodeó la cintura mientras su erección empujaba contra mi estómago.*

*El aire frío crepitaba de tensión mientras su miembro se frotaba más contra mi piel sensible, nuestras ropas aumentando la fricción.*

*Me quitó el top por encima de la cabeza, dejando al descubierto el encaje de mi sujetador.*

*—El rojo te sienta bien —me halagó, y se inclinó para rozar nuestras narices. Era su color favorito; solo me lo ponía para él.*

*Mis dedos temblorosos se engancharon a su cuello, tirando de los mechones de su nuca.*

*Me bajó los tirantes del sujetador por los hombros, desnudándome ante él, y sus dedos se deslizaron por mis pechos. Me dolían los pezones de necesidad cuando sus dedos pulgar e índice me pellizcaron con fuerza, retorciéndolos y tirando de ellos. Un gemido vibró en mi garganta mientras una oleada de placer me recorría y se acumulaba en mi sexo.*

*Me tomó los dos pechos y los cubrió con sus manos grandes y venosas. Era como si cada parte de mí encajara perfectamente contra él. Su cuerpo grande contra el mío pequeño. Sus manos fuertes contra mis pechos. Su boca contra la mía.*

*Me pellizcó un pezón y me arqueé contra la corteza del árbol.*

*Acarició cada centímetro de mis senos, inclinó la cabeza y tomó un pico entre sus dientes. Una vibración viajó de sus labios a mi piel y directamente a mi interior.*

*Me tiraba de los pezones con los dientes, empleando una fuerza brutal, y luego me lamía para quitarme el escozor del dolor. Era un amante cariñoso e intenso, un compañero exigente. Sus dientes me rozaron la punta y aspiré, el movimiento me dejó confusa y me temblaron las piernas.*

*Metió la mano en mi ropa interior. Me mordí el labio cuando sus dedos acariciaron mi*

*clítoris, provocándome un escalofrío. Luego los deslizó dentro de mí y mis paredes internas se cerraron en torno a ellos, ávidas de él. Estaba empapada, lista para que me tomara.*

*No tardó nada en deshacerse de mi ropa. Me bajó el sujetador por el cuerpo, y a continuación se deshizo de mis shorts y las bragas, que tiró descuidadamente al suelo del bosque.*

*Frotó sus dedos y su erección contra mi centro. Tiré de sus mechones, apartando su boca de mis senos, y nuestros ojos se conectaron. Mi corazón latía rápido y fuerte contra mi pecho.*

*—¡Te necesito dentro de mí! —Ordené.*

*Me agarró por el cuello y me apretó un poco, no lo suficiente para cortarme el oxígeno, pero sí para mostrar control. Metió la rodilla entre mis piernas, separándolas y empujando su muslo contra mi cuerpo. La falta de oxígeno me mareó, haciendo que mis sentidos se agudizaran hasta un punto que nunca antes había sentido.*

*Se me cerraban los ojos. El aroma de bosques profundos, cuero y pinos nadaba a nuestro alrededor. Dante Leone era la fuente de toda mi fascinación.*

*Mis manos arañaban cualquier parte de él que pudiera alcanzar. Necesitaba sentir su piel bajo las yemas de mis dedos.*

*Su boca estaba en mi cuello, chupando mi pulso agitado con la brutalidad de un animal salvaje.*

*Los azules tormentosos de sus ojos se volvieron un tono más oscuros, y supe lo que eso significaba. Me tiraría al suelo y me cogería en cualquier momento. Su mano libre me tocó por todas partes: los pechos, el cuello, la boca, dejando placer a su paso.*

*Inclinó la cabeza hacia abajo hasta que sus labios casi rozaron los míos, con mi reflejo mirándome en sus hermosos ojos.*

*Goteé sobre sus dedos, balanceando mis caderas contra él, persiguiendo mi placer.*

*Dante se detuvo, se quitó la camisa por encima de la cabeza y dejó al descubierto los duros planos de sus abdominales y el vientre que me había vuelto adicta a tocar. No tenía tatuajes en el frente, pero sí en la espalda. El tatuaje de la Omertà.*

*Procedió a quitarse los jeans y los bóxers con facilidad, tomándose su tiempo mientras mi sexo goteaba de excitación.*

*Se acercó a mí con la gracia de una pantera. Puse una mano temblorosa sobre su pecho, alisando con los dedos su abdomen y sus músculos esculpidos.*

*Volvió a acariciarme los pezones, provocándome más placer que dolor. Entonces, de un tirón, me levantó la pierna y me penetró de una sola vez.*

*Se me cortó la respiración mientras enganchaba los tobillos detrás de él. Lo deseaba con retorcida depravación, y ahora veía esa misma emoción observándome fijamente.*

*—Este es mi coño. —Empuje—. Mi propiedad. —Empuje—. Mío, maldición. —Un jadeo estrangulado salió de mi garganta mientras mi núcleo se inclinaba hacia la liberación. Sus dedos me agarraron la barbilla y me obligaron a verlo—. Mírame cuando te coja.*

*Mis ojos se abrieron de par en par, chocando con los suyos.*

*—¡Demonios! —gruñó. Las lágrimas resbalaron por mis mejillas mientras el placer más intenso se agolpaba entre mis piernas.*

*Bajamos nuestros ojos, observando el mete y saca de su longitud cubierto de excitación mientras embestía dentro de mí. Su intensidad aumentaba con cada segundo que pasaba. Su fuerza me hacía temblar, el vaivén de sus caderas más fuerte con cada envite.*

*Me tocó con tal dominio que lo único que podía hacer, quería hacer, era rendírmele. Como siempre lo había hecho.*

*Con cada arremetida, penetraba más y con más fuerza. La fricción erótica era cada vez mayor. Entonces tocó un punto secreto, una, dos veces. Mi boca se abrió en un grito sin palabras antes de que el mundo se derrumbara.*

*Golpeó dentro de mí durante mi orgasmo, mis paredes apretando su miembro. El latido de mi corazón saltaba y se aceleraba. Jadeaba, intentando seguir su ritmo.*

*Acorté la distancia que nos separaba y mis labios rozaron los suyos. Siempre me sorprendía encontrarlos tan suaves. Sus labios atraparon los míos, chupándolos y mordiéndolos. Gruñó mientras sus caderas se sacudían, entonces su polla se agitó, liberándose dentro de mí.*

*Mi cabeza cayó hacia atrás. El mundo se desvaneció. La brisa acarició mi piel acalorada, envolviéndonos en un abrazo invisible. Dos amantes mirando al futuro.*

*Me llevó a su cabaña, cerró la puerta y me preparó un baño. Me limpió el semen del cuerpo y luego me lavó el cabello. Cuando terminó, me besó bajo el chorro de agua hasta que le rogué por más.*

*Más de todo.*

Esa fue la última vez que lo vi antes de que me ignorara.

Sus manos sobre mis hombros me sobresaltaron.

—¿Lista?

Me estremecí y cerré los ojos. Su piel sobre la mía me quemaba, la fuerza bruta que emanaba hacía nudos mi centro.

Me quedé mirando mientras los camiones de bomberos pasaban a nuestro lado, cuyo destino final era el furioso infierno del restaurante que no se salvaría, a juzgar por las llamas.

—¿Estás bien? —preguntó, con los dedos aún enroscados en mi codo. ¿Quién iba a estar bien después del desastre que acababa de provocar? Nadie, maldición.

Me sacudí su contacto como si fuera la peste y me alejé corriendo de él. Los segundos pasaban y mi pulso empezaba a latir con más fuerza, una capa de sudor brillaba en mi espalda. Podría culpar al calor veraniego de París, aunque me temía que tenía más que ver con el hombre que siempre parecía estar allí.

Me alcanzó. Su gran mano tomó la mía y cerré los ojos, respirando lentamente. Dios, cómo me gustaba cuando me tomaba de la mano. «*No vayas ahí*», me dije, y quité la mano de un tirón.

Tenía que fortificar mis muros o, de lo contrario, este sádico psicópata, por muy guapo que fuera, me destrozaría la próxima vez. Dante era un monstruo al que le gustaba jugar con las mujeres y luego dejarlas abandonadas.

*«Tal vez es sádico y disfruta burlarse de mí»,* susurró mi mente. Pues claro. Por supuesto que lo era. La cuestión era que yo era una parte tan insignificante suya que prefería no reconocer el tiempo que pasamos juntos dos años atrás.

Y todavía lo quería. ¿Qué tan degradante era eso?

Era brutal, cruel y posiblemente demente. Ya no derramaba lágrimas por él. Todo mi anhelo pertenecía ahora a un pequeño ser humano que estaba en algún lugar del mundo. Necesitaba encontrar a mi bebé. No podía vivir sin saber si mi hijo era feliz. La abuela se negó a decirme algo. Dijo que era confidencial y que tuvo que firmar un acuerdo, jurando que no lo sabía.

Bueno, ¡a la mierda con eso!

Ya no se trataba de mí o de él, de mi familia o la suya. Se trataba de hacer lo que fuera necesario para encontrar a mi hijo. Era mi trabajo proteger a mi bebé, y había fallado.

Una sombra se me acercó y me sobresalté, olvidándome por completo de Dante, que seguía

detrás de mí.

—*¿Qué quieres?* —Señé, enfadada por la forma en que se me revolvía el estómago. Se veía tan bien, los músculos esculpidos apenas disimulados por su traje de tres piezas. Parecía la viva imagen de la sofisticación, pero uno sería tonto si no viera la fuerza bruta y el peligro que acechaban bajo la superficie.

—*¿Olvidaste que estaba aquí?* —Señaló, sacudiendo la cabeza con incredulidad, como si eso lo ofendiera. *¡Dios santo!* No podía creer su actitud descarada. Me abandonó estando embarazada y aquí estaba, siendo imprudente con mis emociones, arruinándome la velada, *incendiando un restaurante*. Y mientras tanto, ni siquiera se atrevía a abordar el tema de nuestra historia en común.

Podría enfrentarlo, pero ¿para qué? ¿Mostrar mi desesperación, mi corazón sangrante y patético? No, era mejor no sacar el tema. *Él* no valía la pena.

Reanudé la marcha, su paso sincronizado con el mío. Sacó un cigarrillo, al parecer un hábito que había adquirido en los dos últimos años. Su barbuda mandíbula era impresionante incluso con el cigarrillo en la boca, a pesar de que el hábito me resultaba repugnante.

Me detuve de repente.

—*No deberías fumar*. —Me encontré señando—. *Es una muerte lenta.*

*«No es que me importe»*, intenté convencerme. De hecho, deshacerme de él sería un monstruo menos en este mundo.

—Así que sí te importa —afirmó, con una sonrisa perezosa dibujada en el rostro.

Eché un vistazo por encima del hombro a las llamas que los bomberos intentaban apagar y luego negué con la cabeza.

—*No te hagas ilusiones.*

—*¿Cuál es tu problema conmigo?*

No sabía si ofenderme o enfurecerme porque me lo preguntara.

—*No tenemos tiempo suficiente para cubrir todo eso.*

—¡Jesucristo! —Se pasó la otra mano por el cabello mientras inhalaba otra bocanada de humo—. Pensé que tendrías debilidad por mí desde que, ya sabes, te salvé a ti y a tu hermana cuando rompieron el jarrón de mi madre.

Puse los ojos en blanco.

—*Como si mi Papà hubiera dejado que nos pasara algo.*

Aunque a veces me lo preguntaba. Nos dejó al cuidado de la abuela. Rara vez estaba cerca. Cuando lo necesitábamos, no estaba.

Enarcó una ceja y el cigarrillo de su boca se movió.

—*¿De verdad lo crees?*

No, no lo hacía, pero ciertamente no se lo admitiría en ese momento.

Seguimos caminando en silencio durante un rato. Sus fuertes dedos golpeaban incesantemente su muslo mientras caminábamos, casi como si tuviera tanta energía burbujeando en su interior que fuera a estallar en cualquier momento.

Llamó mi atención tocándome ligeramente el hombro.

—*Me recuerdas a los dientes de león. Dandelion.* —Esta vez tropecé, y me habría caído de bruces si sus dedos no se hubieran enroscado en mi codo, clavándose en mi piel para sostenerme —. *Deja de ser torpe.* —Señó, con un claro gesto de fastidio en el rostro.

Apoyé la mano en su estómago y el calor atravesó su camisa blanca. Dios, sus abdominales debían de ser sólidos como rocas. Mis dedos se enroscaron involuntariamente en los músculos y, por un momento, temí acercarlo más a mí.

—*¿Cómo me llamaste*? —Me temblaban las manos y mi rabia latía a fuego lento, pero prevaleció la cordura y di un paso atrás. O estaba demasiado ciego para verlo o no le importaba. Probablemente lo segundo.

Sus ojos se entrecerraron mientras caminaba lentamente a mi alrededor, dejando a su paso una estela cosquilleante.

—*Dandelion.* —Señó—. *La flor es resistente, simboliza la supervivencia y la rebelión.* —El corazón se me subió a la garganta—. *Quiero follarte.* —El calor inundó mi cara, mis propias emociones me dieron un latigazo cervical. Un latido escandalosamente inapropiado palpitó en lo más profundo de mi ser, haciéndome apretar los muslos en cuanto pronunció las siguientes palabras—: *Haré que lo disfrutes.*

Su mano se estrechó en torno a la mía y me aceleró el pulso mientras me acercaba. Mis pechos se apretaron contra él y sentí un escalofrío. Bajó la cabeza y me pasó su rostro por el cuello.

Me puse de puntillas para acariciarle el cuello, rozando su piel con los labios, e inhalé su aroma hasta lo más profundo de mí. Antes de darme cuenta de lo que hacía, mis labios se movieron por su cuello, besándolo, lamiéndolo y luego chupándole la yugular.

Era una familiaridad que era como un puñetazo en el estómago, mas no se trataba de mis deseos depravados. Se trataba de establecer límites. Así que haría lo que fuera necesario para que se entendiera.

Agarré el gas pimienta que llevaba en el bolso. Me invadió una oleada de endorfinas, pero las ignoré. Accioné el interruptor con el pulgar y, de un solo movimiento, con sus manos aún alrededor de mí, cerré los ojos y le rocié la cara.

—Qué *demonios*... —Su mano se apartó de mi cuerpo.

Me alejé tres pasos, apartándome de él. Tenía la mandíbula apretada. Sus ojos se enrojecían rápidamente.

Entonces, sin tiempo que perder, me di la vuelta y desaparecí en la oscuridad.

# CAPÍTULO QUINCE

# DANTE



Esta. Mujer.

Sería mi mayor amor o mi mayor perdición. No habría punto medio. No cuando se trataba de Phoenix Romero.

Cuando me tocó, me volví loco. Hacía varios meses, años, que no sentía nada que no fuera dolor, pero cuando su boca se apretó contra mi cuello, el dolor se desvaneció. En su lugar había paz, calidez... algo familiar que no podía nombrar.

Casi se me doblaban las rodillas, la necesidad de ponerme sobre ellas y rogarle que me besara, que me tocara, *cualquier cosa*, era tan abrumadora.

*Mientras no me dejara.*

Me quedé allí cegado por el gas pimienta, sin comprender su crueldad conmigo. La había visto con otras personas mientras la seguía como un acosador. Era pura dulzura y sonrisas para los demás.

*«Aunque me besó»*, pensé victorioso. Si sus labios en mi cuello eran suficientes para excitarme, no podía ni imaginar lo bien que me sentiría con su cuerpo desnudo apretándose contra el mío.

La cálida noche parecía aún más calurosa con el ardor que sentía en la cara. Mi tolerancia al dolor no era lo que se dijera normal. Algo tropezó en mi cerebro dos años atrás y, aunque no recordaba mi captura, sabía que mi umbral del dolor ya no era el mismo. Por desgracia, mis ojos se negaban a ver a través del gas pimienta.

Parpadeé y todo lo que obtuve fue ver borroso.

El bullicio de la ciudad me rodeaba. Podía arriesgarme a llegar a mi apartamento, pero probablemente me atropellaría algún parisino.

Saqué mi teléfono.

—Llama a Cesar —gruñí por el altavoz.

Estoy seguro de que no me quedaría aquí hasta que este maldito ardor cesara.

—Jefe.

—Recógeme en *Champs-Élysées*, a una calle de la *Place de la Concorde*. Ven en coche, solo. —No necesitaba explicarle esta mierda a Amon. Estaba enredado en la hermana rubia y probablemente me exigiría que no la molestara acechando a Phoenix. *Bueno, no se podía.*

Terminé la llamada y le pedí a Siri que llamara a una panadería conocida por los mejores *croissants* de la ciudad. También podía ser útil mientras estaba aquí a ciegas.

Puede que me diera lata, pero le daría *croissants* de chocolate y tal vez sería más amable conmigo la próxima vez que me viera. *Ni en sueños*. Pero yo no era nada si no persistente.

Cinco minutos más tarde, ya tenía preparada una entrega para el día siguiente por la mañana

y estaba colgando justo cuando llegó Cesar.

—Estás hecho una mierda —declaró, aunque debía de seguir en el coche porque no oí que se abrieran ni se cerraran las puertas.

—Sigo siendo más guapo que tú —solté—. Ahora, ¿podrías abrirme la puerta para que no ande caminando con las manos en alto?

Podía oír su bufido desde aquí.

—Claro, *princesa*. Enseguida.

¿Sería demasiado imprudente sacar mi pistola y dispararle aquí mismo? Podría echarle la culpa a un ataque temporal de locura. Mi padre se pondría furioso, un bono agregado. Amon se enfadaría. Suspiré.

Parecía que iba a dejar a Cesar en paz por el bien de Amon.

La puerta se abrió y pude escuchar sus pesadas botas contra el pavimento mientras rodeaba el vehículo.

—¿Quieres que te tome de la mano y te ayude a entrar? —Había una pizca de sarcasmo en su voz, y desde luego no necesité que mis ojos lo delataran. La puerta del pasajero se abrió, me apoyé en ella y me deslicé con cautela hasta el asiento.

Cuando volvió a ponerse al volante, sentí sus ojos curiosos clavados en mí.

—¿Vas a contarme lo que pasó?

—No —repliqué entre dientes—. Pero no le digas nada a nadie o será tu funeral.

Dejó escapar un suspiro sardónico.

—De acuerdo, jefe. No obstante, tengo que decirte que esa mujer... quienquiera que sea... no te ama. Demonios, ni siquiera te quiere.

Y eso me enfadó aún más que ser rociado con gas pimienta.

—Eso ya lo veremos —murmuré.

No podía dejar de desearla y, aunque el rechazo de una mujer era una novedad para mí, sospechaba que no tenía nada que ver con el desafío y todo que ver con *ella*. Calmaba los demonios que llevaba dentro, los mantenía a raya.

Había una oscuridad en ella que se parecía a la mía. Un dolor que reflejaba el mío. Era hermosa, pero estaba rota. Estaba convencido de que estábamos destinados a estar *rotos juntos*.

Estaba decidido a reclamarla y quedármela para mí solo.



Me paré en la cocina y apoyé las manos en la encimera para evitar lanzar algo contra la pared. Escuchaba discutir a mi padre y a mi madre adoptiva. No era nada nuevo, pero aun así me molestaba.

Estaba furioso. Tan enfadado que mis músculos se volvieron de plomo y se sentía un gran peso en mi espalda. Quizá tenían razón cuando decían que las cargas pesadas se llevaban sobre los hombros. Luché contra el impulso de acabar con mi padre, de una vez por todas. Quizá lo enterraría a dos metros bajo tierra mientras aún viviera. Que se lo comieran los gusanos. No se merecía nada mejor.

Pero sabía que madre no lo apreciaría. Ni la *Omertà* aprobaría un arrebato de poder tan descarado. Aunque, en mi caso, matar a padre no tenía nada que ver con el poder y sí con el odio.

*Crash.*

Ya era *suficiente*. Salí de la cocina e irrumpí en la sala, donde parecía que un ciclón lo había

arrasado todo en el ojo de su devastación. La energía de la habitación cambió al instante, cayendo en picada más rápido que una montaña rusa.

Encontré los ojos de mi madre. Aún había fuego en ellos, pero los moretones ya se estaban formando. El sudor brillaba en su frente y su cuerpo empezaba a temblar. ¡Maldito fuera!

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz severa y sin emoción.

—Es mi casa —contesté con indiferencia mientras me adentraba en la habitación, con los cristales rotos crujiendo bajo mis botas. Ojalá fueran sus huesos. Casi podía saborear la enfermiza satisfacción que obtendría de ello.

*«Un día»*, me tranquilicé.

Le dediqué una mirada, observando la furia que brillaba en sus ojos. Un odio tan profundo que formaba parte de su ADN.

Nunca entendí por qué me odiaba tanto. Quería un hijo, y tuvo dos, pero lo único que hizo fue pegarnos. Aunque a veces juraba que me odiaba más que a Amon.

Quizá porque era su réplica, aunque más grande y más fuerte. O tal vez porque era un recordatorio viviente de que lo habían obligado a casarse con mi madre biológica. Despreciaba que le quitaran el control en cualquier aspecto de su vida, no obstante, fue mi madre biológica quien pagó el precio más alto. Ninguna mujer salía ilesa una vez que Angelo Leone fijaba su atención en ellas.

—¡Aún no es tu casa! —espetó. A veces pensaba que el hombre viviría hasta los cien años solo para fastidiarnos a todos—. No será tuya hasta que muera.

—Eso se puede arreglar —sugerí, dirigiéndole una practicada mirada de indiferencia. *Así todos mis sueños se harán realidad, viejo.*

Su labio superior se estiró sobre sus dientes con saña mientras se colocaba frente a mí y su mano buscaba mi garganta.

*Vamos, viejo.* Podría salirme con la mía usando la defensa propia como excusa. Solo había que presionarlo un poco más. Flexioné ambas manos a los lados y torcí el cuello a izquierda y derecha, saboreando la forma en que el vapor parecía hincharse alrededor de sus orejas. *Ahí está, muerde el anzuelo*.

—¡Basta! —siseó mamá, interponiéndose bruscamente entre nosotros—. Los dos.

Durante unos latidos, mi padre se quedó quieto, probablemente pensando en cómo dominarnos a ambos. Pero no pudo. Ya no era un niño. Podía haber perdido mis recuerdos, mas no mi voluntad de luchar. De hecho, la había recuperado diez veces más.

Con cara de asco, giró sobre sus talones y desapareció de la habitación. Cuando me aseguré de que no lo escuchaba, regañé a mi madre en voz baja.

—¿Por qué te metiste entre nosotros? Deja que pierda los estribos para que pueda deshacerme de él de una vez por todas.

Agitó la mano y chasqueó la lengua.

—Siempre tan rápido para recurrir a la violencia.

La miré y enarqué una ceja.

—¿Por qué querrías mantenerlo con vida? El hombre es una basura. Abusivo. Malvado. Se aprovecha de los débiles.

Puede que no fuera mi madre biológica, pero siempre me trató como tal. Nunca me había privado de su amor. Y por eso, siempre le estaría agradecido, lo que significaba que tenía mi protección por defecto.

—No dejes que saque lo peor de ti —agregó en voz baja.

—Él se lo buscó —repliqué secamente—. Después de todo, han pasado dos décadas y el

desgraciado sigue vagando por esta tierra. Me estoy impacientando.

El amor de ella era el único afecto que Amon y yo habíamos conocido. Mi propia madre murió al darme a luz, o eso me dijeron. Los susurros que había oído mientras crecía decían que se había suicidado. Cuando le pregunté a mi madre, me dijo que hablar de los muertos no era prudente. Solo hubo un cambio en la forma en que madre nos trataba a Amon y a mí, fue más dura con él, alegando que tendría que superar mayores obstáculos por ser el hijo ilegítimo.

—Lo sé, pero matarlo no es la solución —me explicó, acariciándome suavemente la mejilla. Aparte de mi madre, solo había otra mujer cuyo contacto no me repugnaba. De hecho, lo deseaba, lo cual no era habitual. Pero, al parecer, yo le daba asco. *Oh*, la maldita ironía—. Eso solo manchará tu alma.

Me burlé y me acerqué a la ventana que daba al mar. Este *castello* de Trieste podría ser un santuario, la frase clave *podría serlo,* si ese desgraciado estuviera muerto. La única razón por la que lo amaba era porque pertenecía a la mujer que me había parido. No sabía mucho de ella, aparte de los escasos detalles que mi madre me había contado. Al parecer, había estado enferma y postrada en cama durante los dos últimos años de su vida antes de tenerme y fallecer.

—¿No crees que mi alma ya está manchada, madre?

Sus suaves pasos se acercaban, la evidencia de sus propios horrores crujiendo a sus pies.

—No, Dante. No es verdad. ¿Has recordado algo? —Sacudí la cabeza—. ¿Han hecho Amon y tú algún progreso con Tomaso?

Sacudí la cabeza, sintiéndome culpable al instante por haberme olvidado del maldito documento que mi madre nos había hecho buscar. No se me había pasado por la cabeza ni una sola vez desde que me crucé con la hija mayor de Romero.

Toda mi atención se había centrado en *ella*. Incluso me quedé en París más de lo habitual para estar cerca, encontrando consuelo en su proximidad. Observarla era mi nueva actividad favorita. La forma en que su cabello oscuro reflejaba diferentes tonos de castaño, castaño rojizo y marrón bajo el sol del verano. Los raros momentos en que el sol se reflejaba en sus ojos y los volvía azul líquido, me robaban el aliento.

—Dante, ¿me escuchaste? —La voz de madre interrumpió mi fijación en Nix.

—Lo siento, madre. Me distraje. ¿Qué fue eso?

—¿Te vas a quedar un tiempo?

—No, tengo que volver a París. Y prefiero alejarme de él —respondí tajante.

Nunca me sentí a gusto aquí. Ahora, ¿si finalmente me dieran luz verde para librar la propiedad de la ira de padre? Eso sería otra historia. Miré a mi alrededor. Nada más que un vasto mar azul frente a mí y colinas ásperas y rocosas a mis espaldas. Siempre optaba por ver el horizonte azul. Había empezado a hacerlo cuando conocí a Phoenix Romero, hacía tantos años. Tenía ocho años y yo doce. Cuando sus ojos azules cristalinos se encontraron con los míos, decidí que nunca abandonaría este lugar. Podía recordar vívidamente que un día la llevaría a mi castillo y tiraría la llave.

Por supuesto, lo había olvidado todo hasta que volvimos a cruzarnos. Como era la historia de mi patética vida estos días.

—¿Qué te tiene tan distraído?

*Phoenix Romero.* Era todo en lo que pensaba últimamente. No podía sacármela de la cabeza, aunque quisiera. La parte aterradora era que no quería.

Pero, por alguna razón, no quería hablarle de la chica Romero. El odio de mi madre hacia Tomaso Romero se extendía a todo lo relacionado con él, así que, naturalmente, sus hijas no le caían en gracia.

—No te preocupes por eso. —Incluso logré torcer una sonrisa para ella.

—Nunca me contestaste si recordabas algo más —señaló.

Sacudí la cabeza, despejándola de cierta mujer morena que parecía consumir todos mis pensamientos últimamente.

—Recordar ¿qué? —pregunté.

—Del momento de tu cautiverio. —Cada vez que abordaba el tema, la agonía y el miedo cruzaban su expresión. Odiaba que sufriera y se preocupara por ello. No recordaba nada, e incluso cuando las pesadillas me atormentaban, nunca eran concretas. Solo sombras.

Volví mis ojos a la extensión de azul más allá del castillo.

—No. Nada.

Su mano se posó en mi espalda.

—Un día lo harás.

La verdad era que no estaba seguro de querer recordarlo.

# CAPÍTULO DIECISÉIS

# DANTE



Había pasado otra semana desde mi última interacción con Phoenix. Había dejado claras mis intenciones al maldito mundo, no tocar a Phoenix Romero.

Pero entonces ella empezó a joder con mi cabeza.

Me llevé el cigarrillo a la boca e inhalé una bocanada de humo. El sabor me golpeó la lengua, llenándome los pulmones, y volví a expulsarlo, relajándome de inmediato.

Los parisinos pasaban a mi lado, corriendo hacia sus casas, citas o vida nocturna, mientras me quedaba fuera del apartamento de Phoenix, observando su sombra revolotear por su dormitorio.

La había estado siguiendo como de costumbre, yendo y viniendo de su apartamento a sus ensayos. Era algo natural seguir sus movimientos y acechar en la oscuridad, aunque ahora sabía que ella era consciente de mi presencia. Mucho mejor así. Me importaba un demonio ocultar mis huellas.

Más valía que se acostumbra a que la mirara, porque sería mía. *Eventualmente.* No tenía ni puta idea de por qué me fascinaba. Tal vez era la tristeza de sus ojos o la forma en que el dolor marcaba su rostro cuando creía que nadie la miraba. La mujer era una experta en mantener su fachada firmemente en su lugar.

Y luego estaba esa terquedad en la que ella insistía cuando se trataba de esta atracción entre nosotros. Prefería fastidiarme y tener más citas. La mayoría de los hombres huían en cuanto demandaba mi primera amenaza, sin embargo, este último... o más bien el primero... había vuelto. Jodido Baptiste.

No solo tocó lo que no le pertenecía, sino que ignoró descaradamente mi advertencia y tuvo una segunda cita con ella.

Me ocuparía de él.

Expulsé el humo, sacudiendo la ceniza del cigarrillo, pero era imposible sacudirme la ceniza que me secaba la boca.

Apoyado en mi motocicleta, observé su ventana, esperando a que apareciera su figura. Ni siquiera me molesté en esconderme o buscar un lugar discreto. Sabía que la estaba acechando y siguió burlándose de mí para ver cómo reaccionaba.

Con su vida amorosa. Con las sonrisas que de repente concedía a los hombres de su conjunto. Jesucristo, quería matar a toda la orquesta.

Phoenix se asomó a la ventana con unos diminutos *shorts* y una camiseta de tirantes. El cabello mojado le caía en cascada por su espalda, más allá de los hombros. Sus ojos recorrieron la calle y me pregunté si me estaría buscando.

Uno pensaría que habría aprendido la lección después de lo que pasó en Sphere, pero no.

Tenía que ponerme a prueba. La furia me recorrió las venas de nuevo, recordando cómo se había sentado al otro lado de la mesa con su cita de esta noche, mirándolo fijamente. Cómo ignoraba a todo el maldito mundo, como si él fuera la mierda más interesante que jamás hubiera pronunciado las palabras *filet de boeuf*.

Y cuando se despidieron, ese desgraciado le tocó el trasero.

Le. Tocó. El. Trasero.

Estuve a punto de acercármeles, cortarle el cuello y cogérmela en medio de su sangre. No obstante, antes de que pudiera hacerlo, lo dejó y se fue a casa. Abortando mi plan, opté por seguir a mi mujer a casa en su lugar.

Pero no importaba, aun así, se lo haría pagar. Justo después de asegurarme de que Phoenix estaba metida sana y salva en su cama.

Apreté los puños a los lados, las voces me exigían que le mostrara exactamente lo que nos negaba a ambos. A quién pertenecía. Era mía, siempre lo había sido y siempre lo sería.

El contorno de su cuerpo se movió y lo seguí. Sus ojos me encontraron y se me cortó la respiración. Se quedó quieta, demasiado lejos de mí. Podía sentir la crepitante atracción, incluso con la distancia que nos separaba, pero también podía sentir cuánto me odiaba. *¿Por qué?* ¿Por qué me odiaba a muerte?

Me rechinaron las muelas y me resistí a tirar el casco al otro lado de la calle. Había querido follármela desde la primera noche que la vi en el club. Había sellado el trato cuando realizó su pequeño acto de *autoplacer*, sabiendo que estaba mirándola. Aunque era más que eso.

También me quería. En el fondo, lo sabía. Si tan solo ella llegara a la misma conclusión y me encontrara a mitad de camino. Más pronto que tarde, idealmente.

No sabía cuánto tiempo sería capaz de mantener a raya mis impulsos.

Entonces se apagaron las luces de su habitación y aceleré mi motocicleta.

Estaba a punto de purgar la energía que zumbaba por mis venas.

Por desgracia, no sería entre los muslos de Phoenix, pero decían que los mendigos no podían elegir.



Resultó que Baptiste era un cobarde que tenía cierta influencia. No es que importara.

Sacudí los puños, aflojando la inquietud que atenazaba mis nervios.

—Tiene a cinco hombres vigilando su mansión en el exterior. —La voz de Cesar llegó a través del auricular—. Tres guardias dentro. —Eso debería ser pan comido. Me crují el cuello, dejando que me tronaran los huesos. La tensión se liberó y mis hombros se relajaron—. ¿Estás seguro de que esto es inteligente?

Me burlé. *¿Inteligente?* ¿De qué servía ser inteligente cuando el desgraciado ponía su mano en la piel de Phoenix? En su trasero. Por supuesto, ella le apartó de un manotazo y, a juzgar por su expresión, estaba molesta con él. «*Probablemente como resultado de su cita arruinada*», me reí para mis adentros. Nos culpó a él y a mí.

—Primero atacaremos a los guardias de afuera —dije en su lugar. Estábamos ocultos en las sombras en el lado opuesto de la mansión, asegurando que ambos ángulos estaban cubiertos. Los dos teníamos vistas perfectas para disparos de francotirador.

El error de Baptiste fue pensar que podía vencerme en mi propio juego y ser más astuto que yo, confiando en que sus guardias lo protegerían. *Piénsalo de nuevo, hijo de puta*.

No perdí el tiempo. Uno por uno, los eliminamos a todos. Esto fue casi demasiado fácil.

Me acerqué sigilosamente a la entrada principal, pegado a la pared, con mis pasos silenciosos contra el suelo. Cuando llegué a la puerta, abrí la cerradura, de nuevo un juego de niños.

Giré el picaporte y me deslicé por la estrecha abertura. La pesada puerta de caoba se cerró tras de mí. Por lo poco que pude ver, la mansión era muy amplia. Un gran candelabro colgaba un poco más adentro, dando paso a una zona poco iluminada.

También era... llamativo, igual que el idiota que dormía en su cama en el piso de al lado. Estatuas de oro. Suelos de mármol. Apliques de bronce adornando las paredes. Cuadros de varios siglos de antigüedad. La casa estaba equipada con la última tecnología, impenetrable para un novato.

*No para gente como yo, hijo de puta.* No me vería venir hasta que fuera demasiado tarde.

Estas poderosas emociones que tenía cuando se trataba de Phoenix se sentían novedosas, mas de alguna manera familiares. No sabía cómo describirlo, pero tenía toda la intención de quedarme con Phoenix y ese tipo no se interpondría en mi camino.

Ella aún no lo sabía, pero me elegiría. Era inevitable, como la lluvia y el sol. Los vientos alisios y los huracanes.

Solté un largo suspiro. Ansiaba estrellar algo contra el suelo. *Pronto.* Entonces le mostraría exactamente lo que significaba desobedecerme.

No tardé nada en encontrarlo, la expresión de absoluta sorpresa en su rostro bien valió la espera. Tres de sus guardias lo rodeaban, e incluso ellos me miraban sorprendidos. Era ridículo verlos a todos amontonados en la sala delantera del dormitorio de Baptiste. Casi como si estuvieran a punto de empezar una orgía: Baptiste en pijama, sus guardias con las camisas medio abiertas como si estuvieran haciendo de modelos para un anuncio de Fabio.

—¿Cómo conseguiste pasar a los guardias de afuera? —pronunció Baptiste—. No hemos escuchado nada.

—¿Qué? No me digas que estás decepcionado —me burlé—. Yo, en cambio, estoy muy *decepcionado* por tus malas elecciones cuando se trata de Phoenix.

Cesar estaba justo detrás de mí y agarró a uno de los guardias por el cuello.

—Este es el único guardia que queda. Por el momento.

Mi mano derecha lo empujó contra la pared, haciendo sonar sus dientes por la fuerza. Luego le dio un golpe entre los ojos, burlándose grotescamente de su rostro. Intentó forcejear, aunque fue inútil.

Y *me encantó* ver cómo a Baptiste se le salían los ojos de las órbitas y por fin comprendía.

—No te preocupes, Cesar. Aquí tenemos unos cuantos más con los que jugar. —Levanté la barbilla en dirección a Baptiste, donde estaban los guardias restantes—. Caballeros, no les he presentado a mi amigo Cesar. —Incliné la cabeza hacia él—. Aún no se ha decidido si es más molesto que yo.

Baptiste lo observó fijamente, luego me devolvió la mirada y soltó:

—¿Podemos hablar de esto?

Cesar pasó al modo de ataque, ocupándose de los guardias mientras me centraba en este pendejo. Me quité la chaqueta y la doblé meticulosamente antes de dejarla en una silla cercana y caminar hacia él.

—Mi primer intento fue una charla. Eso ya pasó. Ahora —dije con una fina sonrisa, levantando las muñecas para desatar las esposas—, cumpliré mi promesa.

Es decir, lo golpearía hasta el punto de no retorno, asegurándome de que se olvidara de Phoenix. Para siempre.

Le estampé el puño en la cara, la sangre le estalló en las facciones y le brotó de la boca. Retrocedí despreocupadamente y lo vi con frialdad.

—Recuérdame, ¿qué te dije la última vez que te vi?

—¡Jódete! —gruñó.

—Respuesta equivocada. —Volví a darle un puñetazo, aún más fuerte en la otra mejilla. Se llevó las manos a la cara mientras gemía como una cabra. El último guardia en pie intentó acudir en su ayuda, pero Cesar le disparó en el pie.

Vi al último de los inútiles guardias de los que se rodeó este desgraciado tropezar y caer. Despreciable. ¿De verdad creía que estaba a salvo? Uno de los guardaespaldas caídos se arrastró hacia la puerta, sin embargo, Cesar le dio una patada en el estómago y lo único que salió de su boca fue un gruñido de dolor.

—Intentémoslo de nuevo —añadí con una calma que no sentía—. ¿Qué te dije?

Baptiste tragó saliva una, dos veces, y luego se lamió los labios antes de soltar:

—Que me golpearías hasta casi matarme.

Sonreí a pesar de la energía destructiva que bullía en mi interior por la necesidad de imponerle un castigo en ese momento. Lo agarré por el cuello y lo levanté por los aires.

—Phoenix Romero me pertenece. —Los ojos de Baptiste brillaban con un miedo sin límites. Maldición, por fin. Había metido la pata completamente y se había metido con la persona equivocada—. Te propongo un trato.

Movió la cabeza arriba y abajo, con la esperanza floreciendo en sus ojos. Me aseguraría de que le doliera, pero no lo mataría.

No me excitaba la violencia, no obstante, la necesitaba para liberar la rabia contenida que albergaba en mi interior. La violencia era mi método de purga, y había buscado por todas partes otro método con el que sustituirla. Uno más pacífico. «*Como una cogida con Phoenix*», mi instinto me decía, o tal vez me advertía *«que ella bastaría para calmar todos mis demonios»*.

—Esto es lo que vamos a hacer —pronuncié. Había cometido dos errores y no habría oportunidad para un tercero. Métete conmigo, bien. Métete con mi chica y eres hombre muerto —. Te castigaré por atreverte a acercarte a Phoenix y tener la osadía de tocarle el trasero. Ya no tocarás el piano. —El tipo no era tan bueno de todos modos. La única razón por la que estaba en la orquesta se debía a una generosa contribución que su hermano mayor hizo a la escuela. Compró su lugar, mientras que mi chica se lo ganó.

Así que le di una paliza. Pasé la siguiente media hora rompiendo cada uno de sus dedos, luego sus muñecas. Gritó y maldijo, así que supuse que tenía suficiente energía para jugar a ser ahogado.

—Siempre cumplo mis promesas —declaré mientras le sostenía un cubo de agua sobre su cara.

# CAPÍTULO DIECISIETE

# PHOENIX



Me desperté sobresaltada, con un olor familiar a mi alrededor.

Dante Leone, ese espeluznante acosador, había estado en mi maldita habitación. *¡Otra vez!*

Eché el cerrojo a todas las puertas y ventanas y aún lo olía en mi espacio cada mañana. Me estaba volviendo loca. No había duda de que algo estaba *muy* mal con él.

Me deslicé fuera de la cama, casi luchando contra el impulso de mirar mi mesita de noche. Lentamente, me di la vuelta y me encogí al ver la nota y un diente de león amarillo.

Mis ojos saltaron por la habitación mientras soltaba maldiciones silenciosas. Me quedé observando la nota y la flor como si estuviera cubierta de ácido.

Apreté los puños y respiré entrecortadamente. Había pasado una semana desde mi primera cita desastrosa con Baptiste. Una semana desde que había visto a aquel hombre lunático y le había rociado gas pimienta a sus imperdonables ojos. Sin embargo, el acosador psicópata seguía observándome. Sentía esos ojos sobre mí dondequiera que fuera.

No obstante, la maldita idiota que yo era, no pude resistirme a hacerlo enojar. Así que tuve cinco citas la semana pasada. Estaba agotada, y a juzgar por la nota de amor con la que me desperté esta mañana, Dante Leone estaba molesto.

Agarré la flor y la nota de la mesita, las apreté en la palma de la mano y leí:

*Te lo advertí, Dandelion. No hay otros hombres para ti. Espero que no estuvieras apegada a Baptiste, porque ya no está.*

Hirviendo de rabia, la desgarré, imaginando que era a él a quien hacía pedacitos, metiéndole el diente de león por la garganta.

Tomé mi teléfono y le envié un mensaje a Baptiste.

**Yo: ¿Puedes hacerme saber que estás bien?**

Dante no lo mataría ¿verdad?

La audacia de ese maldito imbécil. Tal vez Dante había sido acosador y desquiciado todo el tiempo, pero tal vez fui demasiado ingenua y ciega para verlo.

Acababa de levantarme y el cansancio ya pesaba en mi corazón. Y todo era culpa *suya*.

Suspirando, salí de la habitación y me dirigí a la cocina, donde encontré a mis amigas. Me desplomé en el taburete y me encontré con sus miradas curiosas. No quería alarmarlas sobre mi intruso nocturno, así que seguiría siendo mi secreto.

Igual que hace dos años.

El dolor sordo de mi pecho se encendió, pero lo sofoqué rápidamente.

Isla dio una palmada.

—Hoy es el día. Despertemos a Reina y sorprendámosla con nuestro plan.

—*Llegó tarde a casa.* —Señó Raven—. *Será un dolor despertarla.*

—Muy tarde —añadió Athena.

—Nuestra pequeña está creciendo. —Isla sonrió—. No puedo creer que va a ser de edad legal a medianoche. —Entonces sus ojos me encontraron—. Últimamente duermes mucho —comentó Isla, haciendo señas y mirándome con curiosidad.

Athena me vio por encima del hombro guiñándome un ojo. Dios, esperaba que no supiera nada. Mantener un secreto era difícil entre las chicas, y no necesitaba que me acribillaran con preguntas.

—*Sus prácticas de piano se han alargado más de lo normal.* —Gesticuló, con la cuchara de madera en la mano haciendo un desastre. A Reina le daría un ataque si lo viera.

Porque trabajaba a diario para librarme de un acosador, tomando el camino largo a casa por callejones oscuros y senderos desconocidos.

—Y luego están todas esas citas a las que ha estado yendo —opinó Raven, sonriendo con satisfacción mientras daba un sorbo a su café.

Athena estaba detrás del mostrador, leyendo una receta con el ceño fruncido y removiendo ingredientes en un cuenco. Por alguna razón, se negaba a dejar de cocinar, decidida a dominar el arte.

—*¿Qué está haciendo?* —Señé.

—*Boeuf bourguignon*. —Isla hizo un gesto de dolor, apretando los labios. Estofado de ternera francés—. *No deberíamos comerlo. No podemos permitirnos estar enfermas.*

Como si hubiera percibido nuestra conversación a sus espaldas, Athena se dio la vuelta y nos miró con los ojos entrecerrados.

—¿De qué están hablando? —preguntó, apuntándonos con la cuchara de madera.

Raven gimió, viendo la bazofia marrón gotear sobre el suelo.

—¿Qué demonios, Athena? Vuelve a poner esa cuchara en el bol antes de que Reina vea el desastre que has hecho.

—Por favor —suplicó Isla—. No puedo soportar otro de sus ataques de limpieza.

Agarré una taza limpia y me serví un café. Tomé un largo sorbo, pensando en el hombre que deseaba olvidar.

—*Vamos a despertarla.* —Señé finalmente—. *El tren no nos esperará, y aún tenemos que hacerle la maleta*.

—¿Todo el mundo ha hecho sus maletas? —preguntó Isla y todas asentimos.

Durante los siguientes treinta minutos, corrimos como idiotas, intentando alistar a Reina, haciendo que su habitación pareciera arrasada por un tornado. Sabía que la estaba matando dejar su espacio tan desordenado.

Una vez de vuelta en la cocina, terminé mi café mientras Reina preparaba su propia taza.

—¿Qué te preocupa? —cuestionó mi hermana.

Siempre habíamos sido muy unidas. Hacíamos yoga juntas, veíamos películas e íbamos de compras, aunque a mí no me gustaba mucho esto último. Por desgracia, a Reina sí. Podía pasarse horas comprando material, hilos y prendas cerca de los *Champs-Élysées*. Yo, en cambio, me conformaba con ropa informal.

De hecho, todos los vestidos que tenía eran cortesía de mi hermana. Insistía en prendas femeninas.

Significaba mucho que siempre hubiéramos estado tan unidas, pero a veces podía ser molesto. Especialmente cuando trataba de ocultarle cosas.

Agité la mano despreocupadamente.

*—Nada. Solo pensaba en un concierto*.

O cierto hombre de cabello oscuro que me traicionó hace dos años, dejándome sola para ocuparme de la abuela y del nacimiento de *nuestro* hijo.

Las chicas seguían hablando y haciendo señas al mismo tiempo, aunque ya no les prestaba atención. Mis recuerdos viajaron al día en que supe que estaba embarazada.

*Me retorcí los dedos, sintiendo que me entraban náuseas. No sabía si era por el embarazo o porque tenía que decírselo a mi abuela.*

*Paseaba por el jardín con su ancho vestido blanco, aparentando al menos veinte años menos de los setenta y dos que tenía.*

*Cuando aparecí aquí sin avisar, no esperaba que tuviera la visita de un caballero. El duque de Glasgow. Al parecer, los dos estaban embelesados el uno con el otro, y la abuela interpretó bien el papel de frágil rosa inglesa.*

*Sería cómico verlo si no estuviera tan angustiada.*

*El duque, como un verdadero caballero, se quedó cinco pasos detrás de nosotras mientras paseábamos por los jardines de su casa de Malibú. Seguí lanzándole sutiles indirectas de que necesitaba hablar con ella a solas, pero las pasó todas por alto.*

*—Las hermanas son flores diferentes del mismo jardín. —Siguió divagando sobre las malditas flores. Como si me importara una mierda. El apodo de Dante para mí no podría haber sido más apropiado. Era una mala hierba, fuerte y resistente. Me veía por lo que era, mientras mi familia insistía en que necesitaba protección—. Tú y tu hermana van a ser las flores más brillantes que este mundo haya visto jamás. Estoy deseando verlas florecer.*

*Necesité todo mi autocontrol para no poner los ojos en blanco.*

*Solo necesitaba que me escuchara y me apoyara. Dante vendría al día siguiente y le contaría lo del bebé. Solo necesitaba que me tranquilizara y me diera fuerzas antes de darle la noticia a mi primer novio. Solo necesitaba saber que mi abuela estaría ahí para mi bebé y para mí.*

*La abuela se apoyó en una columna, con cara de estar posando para una película, mientras mis nervios se agitaban como los rosales con la brisa a nuestras espaldas. Sus ojos se desviaron por encima de mi cabeza y seguí su mirada hasta el duque. Solté un gemido. Algo me decía que intentaría tejer a ese hombre en su red y que habría otra boda.*

*Estaba tan harta de la cantidad de abuelos por los que habíamos pasado.*

*Sus ojos volvieron a mí.*

*—Phoenix, cariño. —Señó, con los labios inmóviles, lo que no era habitual. Solía hacer señas y pronunciar las palabras al mismo tiempo—. ¿Puedes traerme una rosa amarilla?*

*Arrugué las cejas, observándola y luego a las rosas, solo para volver los ojos a ella.*

*—¿Por qué?*

*Señó:*

*—Quiero impresionar al duque con lo considerada que es mi nieta.*

*Suspiré con resignación, sin molestarme en señalarle que hacer un espectáculo regalándole una rosa no lo impresionaría. No si tenía una pizca de cerebro y lo veía como la farsa que era.*

*A pesar de mi buen juicio, me arrodillé y arranqué la rosa del jardín, ignorando sus pinchazos, y se la entregué.*

*Como una verdadera actriz, fingió sorpresa. Incluso se llevó la mano a la mejilla e hizo temblar su labio mientras fingía que estaba a punto de llorar.*

*Si no me dejaba hablar, pronto estaríamos llorando las dos.*

*La abuela se apartó de la columna, me tomó de la mano y me llevó al banco cercano. Su perfume de jazmín fresco nunca fue mi favorito, pero hoy me daban ganas de vomitar. Aun así, como buena nieta, me senté y sonreí.*

*Era un poco superficial, mas era protectora, y sabía que nos quería ferozmente a mi hermana y a mí.*

*—¿Puedo hablar contigo ahora? —Inquirí—. ¿O necesitamos hacer algo más para impresionar al duque?*

*La mano de la abuela me acarició la mejilla mientras me miraba a los ojos.*

*—¿Qué te preocupa, Phoenix?*

*Inhalé profundamente y luego exhalé. No había manera fácil de llegar a esto.*

*—Estoy embarazada. —Articulé. Se quedó paralizada y pareció permanecer así durante segundos, minutos. Demonios, tal vez incluso horas—. Abuela, yo...*

*Me soltó la mejilla.*

*—Seña con las manos. No entendí tus labios.*

*Maravilloso. Esto empezaba bien. Quería decirle que no me había malinterpretado, pero en vez de eso, señé:*

*—Estoy embarazada.*

*—¿Cómo demonios vas a florecer si estás embarazada? —Reviró, intentando mantener el rostro impasible mientras sus ojos destellaban furia—. ¿Quién te ha hecho esto?*

*De acuerdo, cuando se comportaba así, como si quisiera cometer un asesinato, no había ninguna posibilidad de que le diera el nombre del chico que poseía mi corazón.*

*—Necesito tu ayuda, no tu juicio. Un mes más y me graduaré del instituto, pero necesitaré una niñera si quiero seguir en la universidad.*

*—No soy tu niñera. —Lo dijo en voz alta, quizás incluso gritando. Por el rabillo del ojo, vi que el duque se acercaba a nosotros, pero la abuela levantó la mano con la palma hacia arriba y se detuvo al instante—. Dame un poco de tiempo con mi nieta. Entra y te alcanzaré.*

*¡Demonios! Eso no sonó bien.*

*Una vez que desapareció en la casa, su tormentosa atención se centró en mí.*

*—Pensé que eras más inteligente que eso. ¿No te enseñé sobre sexo seguro?*

*Dejé escapar un suspiro incrédulo, tratando de contener mi propio temperamento.*

*—No, no lo hiciste. Ni siquiera me has llevado a un ginecólogo.*

*—Creía que hoy en día los chicos serían más listos con la red de extensión mundial a su disposición. —Se tiró de su impecable moño—. Además, no pensé que un chico...*

*Inhalé con fuerza. No creía que un chico, cualquier chico, me quisiera. De acuerdo, eso me dolió. Mi sordera era mi debilidad, sí, pero no por la discapacidad en sí. Tenía todo que ver con la forma en que el mundo la veía.*

*—Bueno, alguien me desea. —Esperaba que siguiera en presente cuando se enterara de esto.*

*—Audición o no, cualquier hombre corre una vez que le tiran con un bebé.*

*Puse los ojos en blanco, sin embargo, no hice ningún comentario. Había muchas pruebas que contradecían su afirmación.*

*—No quiero que seas mi niñera, pero necesito poder permitirme una. Quiero parte de mi herencia para poder mantener al bebé y a mí, y pagar a una niñera que pueda vivir con nosotros y cuidar a mi hijo mientras estoy en la universidad durante el día.*

*Me miraba con la boca abierta. Nunca había visto a la abuela en este estado. No estaba segura de si era bueno o malo.*

*—¿Estás loca? —Sus manos temblaban de furia—. Suponiendo que los medios no me destrocen, tu Papà lo hará. Y luego te matará a ti y al bebé.*

*Se puso en pie de un salto y empezó a caminar de un lado a otro. Era un shock. Tenía que serlo. Después de todo, la abuela quedó embarazada de mamá y apenas tenía dieciocho años. Cumpliría la mayoría de edad antes de tener este bebé.*

*Se detuvo.*

*—Demasiado joven. Demasiado estúpida. Demasiado ciega. —Luego sacudió la cabeza—. ¿Qué hizo el chico cuando se lo dijiste?*

*—Aún no se lo he dicho.*

*—También podrías decirle que tu Papà le pegará un tiro en cuanto se entere.*

*La preocupación se apoderó de mi pecho, aunque la aplasté rápidamente. Dante había tenido algunos tratos con Papà. Podrían llegar a un acuerdo y superarlo. Además, estaba segura de que Dante podría enfrentarse a él.*

*Los ojos de la abuela se movieron por mi cara.*

*—Eres demasiado ingenua. Demasiado confiada.*

*Mi mirada se desvió hacia el océano detrás de su casa. Tal vez tenía razón, tal vez era ingenua, pero Dante era digno de confianza.*

*—D... —Casi soltaba su nombre, mas me detuve justo a tiempo—. Él hará lo correcto.*

*—No lo hará. —La certeza en su voz me irritó—. No puedes quedarte con el bebé.*

*Un agudo jadeo salió de mis labios mientras un dolor punzante se extendía por mi pecho.*

*—¿Un aborto?*

*—Phoenix, ni siquiera tienes dieciocho años —razonó.*

*—Pronto los tendré. —Señé—. Además, tengo casi cuatro meses —mentí.*

*Me miró con desconfianza.*

*—No se te nota.*

*Me encogí de hombros. Aprendí que para mentir con éxito tenía que ser breve. De lo contrario, me hundiría demasiado.*

*—Cuéntale lo del bebé —dijo, dando por concluida nuestra conversación—. No se lo digas a nadie más. Una vez que desaparezca, hablaremos de los siguientes pasos.*

La vibración de una silla al chocar contra el suelo me hizo agarrarme el pecho y volver de golpe al presente. Era Reina, que cerraba la puerta de su habitación y desaparecía tras ella, probablemente para intentar limpiar rápido.

—*¿Cuándo sale el tren?* —Pregunté en señas a las chicas.

—En una hora.

—*Será mejor que nos vayamos pronto.* —Anuncié.

—¿Sabes?, podría llevarnos y así no tendríamos que preocuparnos por el horario —intentó Raven.

—Vamos a tomar el tren —afirmó Isla con pánico en los ojos—. Ese trozo de metal sigue averiándose.

Athena me miró por encima del hombro mientras limpiaba el último desastre.

—¿Debo hacer el pastel? —cuestionó Athena—. Soy capaz de hacer uno sencillo. Nada elaborado.

—*¿En menos de una hora?* —Señé—. *¿Es eso posible?*

—Por favor, no hornees nada —refunfuñó Raven—. Me gustaría pasar viva su cumpleaños.

—Así es. Queremos que Reina sobreviva a su decimoctavo cumpleaños —añadió Isla con expresión irónica.

Reina volvió con un teléfono en las manos, los ojos pegados a él, y toda nuestra conversación al respecto cesó. Murmuraba en voz baja, pero no estaba segura de lo que decía.

Di unos golpecitos en el mostrador, llamando la atención de Isla.

—*¿Qué está diciendo?*

Isla sonrió.

—Creo que está enamorada.

Fruncí el ceño, mis ojos se desviaron hacia ella y vi que Raven ponía los ojos en blanco.

—Tengo la sensación de que ha estado refrescando su teléfono cada hora del día y de la noche, esperando un mensaje de su guapísimo hombre.

Amon Leone.

*Maldita sea.* No me gustaba esto.

Estaba mal juzgar a Amon por los pecados de su hermano, no obstante, conocía el alma romántica de Reina como si fuera la mía propia. No quería que experimentara el mismo dolor por el que había pasado.

La atención de Reina estaba puesta por completo en el teléfono mientras las demás hablábamos. Athena dejó de cocinar y la olla se desbordó. Isla la regañó, apagó la estufa y le exigió que dejara de cocinar. Claro que Athena no quería, pero todas sabíamos que se le daba mejor escribir obscenidades que cocinar y probablemente siempre sería así.

Le di un golpecito a Reina en el hombro mientras se quedaba ida.

—*No es saludable seguir revisando tu teléfono.*

Me dedicó una sonrisa incómoda.

—Lo sé. Es que me gusta mucho.

Mi hermana no tenía reparos en admitir sus sentimientos por Amon. Nunca le había hablado a nadie de Dante, lo mantenía en secreto. Pero Reina era diferente. Gritaría su amor desde lo alto de la Torre Eiffel si pudiera. Afortunadamente, no se le permitía llegar a la cima.

Me puse en pie.

—*Bien, vámonos o perderemos el tren.*

Tal vez podría huir de mis fantasmas y acosadores espeluznantes.

# CAPÍTULO DIECIOCHO

# PHOENIX

La celebración del cumpleaños se fue en picada rápidamente.

Nos habían encerrado porque un idiota me tocó el trasero y Reina se volvió loca contra él. Le había dicho un millón de veces que era capaz de arreglármelas sola, pero era tan ferozmente protectora. Siempre había sido así, y en parte por eso nunca le había presentado a Dante cuando salíamos juntos.

Bueno, eso, y el hecho de que egoístamente quería disfrutarlo yo sola. No tenía celos de mi hermana ni de nuestras amigas, pero había que admitir que a veces me sentía insuficiente con mi sordera. Me esforzaba por ignorarlo, mas la sensación seguía ahí.

Reina me salvó. Amon, su caballero de brillante armadura, vino a salvarla. Resultó que tal vez Amon Leone estaría ahí para mi hermana pequeña después de todo.

*Clic. Clic. Clic.*

Me palpitaba ese dolor familiar en el pecho al recordar lo que sentí cuando me abandonó, cuando me dejó sola. Después de prometerme que estaría ahí para mí y para nuestro bebé.

Sacudí la cabeza, ahuyentando los recuerdos. Me senté a un lado en el yate de Amon. Era más de medianoche y todo el mundo dormía. El aire caliente del verano, la luz plateada de la luna y las olas relajantes eran mi única compañía mientras observaba el reflejo de la luna brillar sobre el agua oscura.

Atracamos en Saint-Tropez.

No me habrían importado el yate y Amon, pero sí Dante. Cada vez que me daba la vuelta, estaba allí, observándome un segundo de forma calculadora y desquiciada al siguiente. Casi como si estuviera sopesando sus opciones cuando se trataba de mí.

Había que admitir que el hecho de haberlo rociado con gas pimienta puede haber tenido algo que ver con mi malestar. Estaba esperando su venganza. Excepto, que había pasado una semana, y todavía no había llegado.

Aparte de su claro desprecio por mi privacidad y de invadir mi propiedad colándose en mi habitación lo que parecía cada noche.

Una suave conmoción flotó en el aire. Las vibraciones de pasos firmes. Me senté erguida, apoyando la espalda contra la cabina, pero sin poder evitar mirar.

La conocida sombra oscura apareció con otra a cuestas. Reconocería a los hermanos Leone en cualquier parte.

Contuve la respiración, observando al hombre que una vez había sido todo lo que quería y necesitaba. La familiaridad que creí que sería mi hogar. Me engañó una vez. No me engañaría dos veces.

Se colaron en el yate como dos ladrones en la noche. Me quedé viendo mientras la luz de la

luna seguía su sombra. Hasta la luna lo quería. Era hermoso de una forma cruda. Era impresionante de una forma peligrosa.

Mientras se movían por la cubierta, Dante quedó atrapado por la tenue luz. Se me cortó la respiración. Estaba cubierto de sangre y tenía todo el aspecto del monstruo salvaje en el que había temido que se convirtiera. Se me revolvió el estómago al ver esa versión de él que siempre se había escondido tras la fachada.

Parecía diferente de lo que solía ser conmigo. En ese momento, toda su presencia estaba teñida de oscuridad y llevaba su crueldad como una segunda piel. Parecía una pesadilla hecha realidad.

Dante se detuvo y miró por encima del hombro, aunque me apreté contra el casco del yate para que no me viera. Pero su mirada oscura se dirigió hacia mí.

—Vete, voy a fumar. —Vi cómo movía la boca mientras hablaba con Amon, que desapareció dentro. Contuve la respiración, con el corazón magullándome las costillas de lo fuerte que me latía. Debí ponerme en pie de un salto y salir corriendo hacia el dormitorio y cerrar la puerta. Las chicas estaban allí y sospechaba que a Dante no le gustaría tener testigos.

Encendió su cigarrillo, la cereza ardiente iluminó su rostro apuesto y brutal. Dio tres elegantes zancadas hasta colocarse frente a mí, tan cerca que podía sentir el calor que irradiaba. Tan cerca que podía oler su crudo aroma.

Mi visión se atenuó, el terror se infló en mi garganta.

—Hola, Nix. ¿Me estabas esperando? —La mirada burlona en su rostro era inconfundible.

El pavor se apoderó de mis pulmones, sofocando cada respiración y empujando temblores a través de mí.

—*¿Por qué estás todo ensangrentado?* —Mis manos temblorosas mientras señaba contrastaban con sus gestos tranquilos y serenos. Tenía un aspecto salvaje incluso bajo el manto de la noche y, sin previo aviso, me puse en pie y eché a correr. ¿Hacia dónde? No tenía ni idea, sin embargo, no llegué lejos antes de que unos fuertes brazos me atraparan por detrás.

La mano de Dante me tapó la boca y su aliento caliente me rozó la nuca. Sentí escalofríos. El olor a cobre se mezclaba con el suyo. Lo odiaba tanto como lo amaba. ¿Qué me estaba pasando? ¿Dónde estaban mis agallas? No podía permitir que su efecto sobre mí me impidiera mantenerme alejada.

Lentamente, me dio la vuelta, sin dejar de taparme la boca con la mano.

—No grites. —Parpadeé una, dos veces—. Promételo.

Asentí vacilante, y en el momento en que retiró la mano de mi boca, inhalé profundamente.

—*¿Por qué estás todo ensangrentado?* —Volví a preguntar, esta vez con fuerzas renovadas, mis manos y mi voz ya no vacilaban.

Me quedé mirándolo mientras me echaba una nube de humo a la cara. Luego metió otra antes de soltar una calada aún más larga, ladeando la cabeza como para estudiarme.

—Tenía que darle una lección a alguien.

Arrugué las cejas.

—*¿Y eso se supone que explique tanta sangre?*

Sonrió salvajemente.

—Cuando tocó algo que no le pertenecía, sí. —Se llevó una mano a la boca y dio otra calada —. ¿Y adivina qué tocó, *Dandelion*? —Me quedé callada. Realmente deseaba que dejara de llamarme así. Solo me traía recuerdos amargos—. A ti. —Entonces tiró el cigarrillo al agua y mi nariz se arrugó con desagrado—. ¿Qué? ¿Te doy asco?

Suspiré y puse los ojos en blanco.

—*Por fin vas entendiendo.* —Señé—. *Así que vete a tu camarote y dúchate. Déjame en paz.*

Necesitaba mantener cierta distancia entre nosotros. Cada vez que estaba cerca, perdía todo el aplomo y el control. Incluso después de su admisión, mi corazón temblaba, intentando salirse de mi pecho y saltar hacia él.

Una mirada de cruda tristeza cruzó su rostro.

—¿Por qué? —Cuando le dirigí una mirada confusa, añadió—: ¿Por qué me odias tanto?

El corazón me punzaba con una nueva oleada de amargura y dolor, y el torrente de emociones me destrozaba. No obstante, me negué a que el mundo viera, a que este hombre viera. Cerré los ojos un momento y mi rostro se inclinó hacia el cielo oscuro. Me había *abandonado*. Podría haber perdonado eso, pero no dejar atrás a nuestro bebé.

—*Grité.* —El temblor volvió con fuerza—. *Grité hasta que me sangró la garganta. Tú no estabas allí.* —Lo que más me asustaba era que, como antes, quería entregarle mi corazón y mi alma. Quería que lo tuviera todo—. *¿Dónde estabas?*

Frunció el ceño, confundido, y sus ojos se oscurecieron, con sombras parpadeando en ellos.

—¿Qué quieres decir? —Mi estómago cayó como plomo y un temblor comenzó en mi pecho. Enojo. Amargo. *Rojo.* Sentí que iba a vomitar ante su muestra de flagrante ignorancia.

Nos miramos fijamente y el aire se llenó de una tensión densa, casi asfixiante. Quería ignorar la ira que me invadía.

Tragué saliva e intenté mantener las manos firmes mientras señaba:

—*Olvídalo*.

Algo oscuro pasó por sus ojos mientras se apoyaba en la barandilla.

—No, no creo que lo haré. Ahora, explícate.

La inquietud me erizó la piel de repente. Fui a moverme, pero sus anchos hombros me bloquearon el paso. Su presencia, pesada y palpable, llenaba el espacio mientras de él se desprendía una ira volátil. Era... aterrador.

—*He terminado con esta conversación.*

Temblaba de rabia. Algo espeso fluía por el aire, su tensión combinada con mi irritación, si tuviera que adivinar.

—No me hagas repetirlo.

¿Era posible estar asustada y enfadada al mismo tiempo? Lo único que quería era acabar con esto, aquí y ahora y, sin embargo, dejó muy claro que no me dejaría marchar hasta obtener una respuesta.

Y no era tan irónico, el hecho de *que* tuviera que *darle* una explicación. Él me la debía, junto con una maldita disculpa. Lloré hasta quedarme dormida durante *meses* después de dar a luz. No tenía ni idea de lo difícil que era mantener una sonrisa en mi cara día tras día, fingiendo estar encantada de haber vuelto a la normalidad y de haber salido del hospital, cuando en lo único que pensaba era en mi bebé. El bebé que ni siquiera llegué a abrazar.

Pero mi orgullo era más fuerte que mi ira.

—*¿Por qué siempre estás a mi alrededor*? —Pregunté en su lugar.

Su mirada se posó en mis labios y un destello de algo pecaminoso en ellos hizo que los latidos de mi corazón tropezaran consigo mismos.

—Haces que mi corazón lata más rápido. Por eso —respondió. Las palabras más dulces dichas con la expresión más indiferente en su cara—. Y mi polla te desea. Literalmente.

La frustración me irritaba la piel. A mí misma. A él. Verlo abrir mis heridas de nuevo, mi corazón sangrando a sus pies, me escocía más que nada.

Mis manos se apretaron, el dolor de mis nudillos más soportable que el que sentía dentro de

mi pecho. Llevaba años ahogándome en mi dolor, y él estaba *aquí mismo*.

—*Deja de acosarme.*

Sonrió perezosamente.

—No. —Mis cejas se arrugaron de confusión. Me estaba dando latigazos cervicales—. Solo me hablas cuando te acecho.

Bufé.

—*Eso debería decirte algo*.

—Sí, así es. Esperaré el tiempo que necesites para aceptar lo nuestro, pero serás mía, Phoenix Romero. —Su crueldad me cortó el oxígeno mientras el silencio me inundaba, advirtiéndome. Esas eran las palabras que me había dicho antes, sin embargo, ahora no me hacían palpitar el corazón de emoción. Me llenaron de amargura—. Recuerda mis palabras. Serás. *Mía*.

Dante Leone era como una droga. Podía sentarme bien, pero no era bueno para mí. Entrenaría a mi corazón para resistírsele. Para dejar de anhelarlo con cada respiración y cada pensamiento.

Perdí el oído cuando era pequeña, pero escuché el tamborileo de mi propio dolor tan claro como el día, desgarrándome en pedazos una y otra vez.

El silencio ensordecedor me agobiaba. Me ahogaba en él tanto como me manchaba la sangre de mi corazón sangrante, que se agolpaba a mi alrededor como tinta invisible.

Esta tormenta de sentimientos y mi deseo por él me hicieron débil. Vulnerable. Estúpida.

Así que me aseguré de que mi orgullo prevaleciera. *Nunca más. Nunca* más me haría daño, porque no lo permitiría.

—*Nunca seré tuya. Te odio*.

Giré sobre mis talones y lo abandoné. Igual que *nos* había abandonado hacía dos años.

# CAPÍTULO DIECINUEVE

# PHOENIX

El sol se reflejaba en las ondas del agua azul, la cubierta blanca brillaba tanto incluso con las gafas de sol puestas que tenía para protegerme los ojos.

Me recosté junto a Athena en la tumbona que había junto a la pequeña piscina en la cubierta mientras Raven e Isla disfrutaban de sus frescas aguas. Intenté concentrarme en el último libro de Athena. Era una versión moderna de la historia de Venus y Eros, y el libro estaba tan caliente que debería estar derritiéndome en el acto. Pero no podía concentrarme en mi libro cuando lo único que sentía era la presencia de Dante y sus ojos clavados en mí.

Más concretamente, sus ojos se fijaron en el bikini blanco que llevaba puesto. Apenas disimulaba mis partes íntimas, mas siempre que salía del agua yo me tapaba.

Con Amon y Reina en su pequeño mundo, Dante se había mantenido solo la mayor parte de la mañana. Hasta ahora. Sus gafas de aviador ocultaban la mayor parte de su rostro y su piel dorada me hacía agua la boca, al igual que su bañador blanco, que dejaba poco a la imaginación. Así, podía pasar por el *playboy* multimillonario por excelencia o por un mafioso altamente entrenado. Escoge una opción.

Se movía con seguridad y una gracia que avergonzaría a una pantera. Podía ver sus abdominales a kilómetros de distancia bajo la camiseta, y me ardían las mejillas al recordar cómo se los había tocado. Sacudí la cabeza.

Maldito. Sea. Maldito sea su cuerpo perfecto.

Era demasiado. Fingí estar absorta en el libro, pero la verdad era que aún no había leído ni una sola página. Me moví en la tumbona, sintiendo un calor que no tenía nada que ver con el sol.

Me saludó, mas fingí no verlo. El maldito diablo se desvió entonces de su camino para agitar una gran mano delante de mi cara, sonriendo salvajemente. Dios, quería gritarle. Quería empujarlo fuera del yate y dejarlo... bueno, no ahogarse en sí... pero sí luchar un poco.

Sentí la mirada curiosa de Athena, que nos observaba a los dos.

Forzando una sonrisa, intenté dar a entender que todo estaba bien, pero cuando los ojos de Dante recorrieron mi cuerpo y se detuvo en mis pechos, me sentí como si estuviera en el infierno, envuelta en sus llamas, y él fuera quien las avivaba.

Athena me tocó para atraer mis ojos hacia ella, y me sorprendió no quemarla de lo ardiente que me sentía.

—Voy a refrescarme en la piscina. ¿Vienes? —Le lanzó una mirada a Dante antes de continuar solo con señas—: *Siento que hay algo de porno sin palabras aquí.*

Dante se atragantó y levantó la mano para golpearse el pecho. Maldita sea, no tenía forma de saber que el diablo hablaba ASL con fluidez. Ya era demasiado tarde para advertirle.

Me removí en la silla y recé para que se marchara cuando Athena caminó al costado del yate

y se zambulló en el agua. Las chicas tardaron exactamente sesenta segundos en abandonar la piscina y unírsele, dejándome sola con Dante.

Tragué saliva y volví a concentrarme en el libro, ignorando su presencia. Estaba en un barco precioso en el sur de Francia y este idiota no lo iba a estropear.

Finalmente, me di cuenta de que el libro era una causa perdida para mí, así que lo cerré, aunque con un poco de fuerza, e incliné la cara hacia el sol, cerrando los ojos. Intenté bloquear su presencia, aunque no fue fácil, ya que cada vello de mi cuerpo se erizó al notarlo.

Me dio un golpecito en el hombro. Lo ignoré. Volvió a hacerlo. Volví a ignorarlo. Entonces me sacudió ligeramente.

Levanté las gafas de sol para clavarle una mirada molesta.

—*¿Qué?*

Sonreía de esa sonrisa perversa y traviesa.

—¿Quieres que te unte el cuerpo con loción?

—*Prefiero quemarme a que me pongas algo encima.*

Parpadeó inocentemente.

—¿Qué otra cosa podría ponerte además de loción? —Maldita sea. El tono de su voz insinuaba tantas cosas sucias—. ¿Mi semen?

Y ahí estaba. La pequeña burla, recordándome cómo dejé que me hiciera eso una vez. Todo dentro de mí deseaba gritar y tirarle cosas, hacerle daño, mas sería en vano. Así que dejé caer las gafas de sol y cerré los ojos.

Por supuesto, no pude mantenerlos cerrados mucho tiempo. Mis gafas de sol eran negras, pero aun así miré por debajo de las pestañas. Su atención se desvió hacia el horizonte y los kilómetros de mar azul profundo que se extendían ante nosotros. Me encontré observándolo, cada movimiento suave mientras se llevaba una copa a los labios y lamía una gota del líquido dorado del borde.

Dios, el hombre era *sexy* sin siquiera intentarlo.

Mi piel se encendió como un cable de tensión, la tela del bañador se sintió de pronto pesada y la brisa del mar me rozó. Vino a sentarse en la tumbona que antes ocupaba Athena y se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

Tuve que dejar de mirarlo. No era bueno para mi salud. Apreté los párpados, luchando contra el impulso de ver fijamente al hombre.

Otro golpecito en mi hombro.

Cerré los dedos en puños y me clavé las uñas en las palmas. Ignorarlo era inútil, porque se negaba a marcharse. Me giré hacia él violentamente, casi perdiendo el equilibrio y cayéndome de la silla.

—*¿Por qué no te quitas tú mismo la camiseta y te embarras con todo el bronceador hasta hartarte?*

Su rostro se ensombreció y su cuerpo se quedó inmóvil.

—Tal vez soy tímido.

Resoplé. El hombre era todo menos tímido.

Aún recordaba con qué impaciencia se desnudó la noche que le entregué mi virginidad.

*Nuestros corazones latían como uno solo, el suyo contra mi pecho y el mío bajo su mano.*

*Era tan hermoso que dolía mirarlo. El deseo me empapaba la piel. El calor se acumulaba entre mis piernas. Pero las dudas se agolpaban en mi mente mientras estaba de pie con solo el*

*sujetador de algodón y las bragas, y me arrepentía de haber optado por el algodón en lugar del encaje.*

*—¿Qué pasa, mi diente de león? —No me sorprendió que captara mi preocupación. Siempre percibía mis emociones.*

*—No soy tan bella como tú —gemí en cuanto pronuncié esas palabras. Odiaba sentirme insegura: sobre mi música, mi cuerpo, mi valor, cualquier cosa.*

*—Tienes razón. —Se me encogió el corazón con sus palabras. No esperaba que estuviera tan de acuerdo. Me tomó la cara y me miró directamente al alma—. Eres aún más hermosa.*

*Y así, sin más, lo arregló todo.*

*Lo apreté más fuerte, con su frente contra la mía. Palpitaba mi sexo. Él significaba tanto para mí. Era mi primer todo. La brisa entraba por las ventanas abiertas, pero su cuerpo estaba más caliente que un horno.*

*Alargué la mano para desabrocharme el sujetador, sin embargo, me detuvo.*

*—Ese es mi trabajo.*

*Un suspiro estremecedor escapó de mis pulmones cuando mis pesados pechos se liberaron. Inhaló bruscamente y sus ojos se oscurecieron hasta convertirse en profundos estanques oceánicos. Llevé las manos a su pecho y sentí sus fuertes y constantes latidos.*

*Sus dedos se engancharon en el dobladillo de mis bragas, pero se detuvo y levanté los ojos para mirarlo. Algo parpadeó en ellos, tal vez vacilación.*

*Tragué saliva.*

*—¿Está todo bien?*

*Me observó durante un suspiro o dos.*

*—También es mi primera vez.*

*Me quedé boquiabierta. No podía ser; debía de haberlo entendido mal. La forma en que me tocaba con manos expertas y me provocaba placer cuando tonteábamos hablaba de experiencia.*

*—No entendí. —Articulé lentamente—. ¿Puedes repetirlo?*

*—También es mi primera vez —repitió.*

*—Oh. —Esperó, parecía debatirse sobre qué hacer—. ¿Deberíamos ver un video sobre cómo hacerlo?*

*Su pecho vibró de risa y en sus ojos volvió a aparecer esa mirada lobuna tan familiar.*

*—No he dicho que no sepa lo que se necesita. Me han enseñado mucho. Solo que no quería hacerlo con las mujeres que trabajaban para mi padre.*

*Asentí con la cabeza. Por todo lo que había escuchado, su padre era un desgraciado cruel. Tal vez era bueno que mi propio Papà fuera uno ausente.*

*—Bueno, siempre que sepas dónde poner eso. —Mencioné intencionadamente con la boca, mirando fijamente su abultada erección.*

*Me levantó y apretó su estómago entre mis piernas. Gemí contra su boca mientras sus manos me agarraban el trasero. Le clavé los dedos en la nuca, adolorida de necesidad y gimiendo en voz baja.*

*Se me hizo un nudo en el estómago cuando me acostó en el colchón. Lo observé fijamente, con la mirada pesada, mientras me agarraba las bragas y me las jalaba, estirando la tela y arrancándola de mi cuerpo.*

*Me quedé desnuda, objeto de toda su atención.*

*Dante era un enigma, siempre me preguntaba qué estaría pensando. Pero si había algo que podía ver claramente en su cara era su obsesión, su fijación por mí.*

*—¿En qué estás pensando? —dijo lentamente—. Si quieres que me detenga, dímelo.*

*Que se detuviera era lo último que quería.*

*—Necesito que me toques.*

*Me agarró el tobillo y tiró de mí para acercarme, luego me abrió las piernas e inclinó la cabeza. El calor me subió al cuello, las mejillas y las orejas cuando me dio una larga y sabrosa lamida, saboreándome. Mis caderas se agitaron ante la sensación mientras sus ojos me miraban, observándome con ojos brillantes.*

*Me dio un vuelco el estómago cuando me volteó y me dejó sin aire mientras me levantaba de rodillas. Respiraba entrecortadamente a la par que me sostenía por detrás, me rodeaba la cintura con un brazo y me levantaba.*

*Apoyé la cabeza en su hombro y su pecho musculoso me calentó la espalda. Sus manos ásperas recorrían mi piel, dejando marcas al tocar cada centímetro de mí. Todo en él me excitaba y lo sabía.*

*Este era nuestro pequeño mundo, donde solo existíamos nosotros dos y nadie más importaba. El aire fresco me rozaba los pezones, sus manos me amasaban los pechos.*

*Jadeé y cerré los ojos de placer. Entonces sus dientes se hundieron en mi cuello y grité, mezclando dolor y placer mientras mis caderas giraban, deseando tenerlo dentro de mí. El calor de su boca y su tacto me erizaron la piel. Me dejó la piel hipersensible, desesperada por más, con el corazón saliéndose de mi cuerpo como una montaña rusa.*

*Alargué la mano hacia atrás y le toqué la cara, girando la mía para ofrecerle mi boca. Me agarró del cabello, me echó la cabeza hacia atrás y me besó apasionadamente. Me mordió el labio inferior y pasó la lengua por donde me escocía. La movió contra la mía, probando, explorando y lamiendo. Respiraba con dificultad, como si se estuviera conteniendo.*

*No podía respirar. Cada célula de mi cuerpo cantaba a su son. Me separó las rodillas aún más, me agarró por las caderas y me atrajo hacia él, con la dura piel de su miembro presionándome. Se me escapó un gemido y el interior de mis muslos goteó con mi excitación.*

*Lo vi agarrar su dura y gruesa longitud, empujando la corona de la misma en mi entrada.*

*Se me escapó un gemido y, antes de que hiciera algo, sus ojos se clavaron en los míos. A mi asentimiento, se enterró profundamente dentro de mí, enviando dolor y placer a través de mí, tan fuerte que mis rodillas temblaron.*

*Gemí y me quedé rígida ante la intrusión por un momento, mientras una oleada de placer recorría el resto de mi cuerpo, haciendo que todo me hormigueara y zumbara.*

*Sentí su respiración agitada contra mi espalda. Esperó a que me adaptara a su tamaño. Moví el trasero contra él, dándole a entender que estaba lista, y cedió. Sus dedos se clavaron en mis caderas y empezó a bombear con fuerza y rapidez.*

*Mis manos se aferraron a las sábanas blancas, tratando de permanecer de rodillas, mi cuerpo empujando hacia adelante mientras él empujaba dentro de mí duro y rápido, golpeando mi punto G. Este hombre no era delicado, pero su brutalidad y crueldad eran lo que yo ansiaba.*

*Salió de mí para volver a entrar de golpe. Dios, qué bien se sentía. Mi cuerpo se sacudió y él me cogió más fuerte y rápido.*

*Jadeé, lamiéndome los labios. Quería girarme para tocarlo, para sentir su pecho contra el mío, pero cuanto más penetraba, más rápido crecía mi orgasmo. El estómago me temblaba y la piel se me erizaba, los fuegos artificiales se encendían en lo más profundo de mi ser antes de que entrara en erupción.*

*Perdida en la cima de mi placer, me agarró del cabello y tiró de mi cabeza hacia arriba, tomando mi boca mientras bombeaba dentro de mí violentamente. La llama se hizo más ardiente, el deseo más fuerte. Una neblina se había infiltrado en mi mente, en mis inhibiciones y*

*en los rincones de mi visión mientras mi orgasmo me sacudía con la violencia de una fuerte corriente.*

*Me tragué sus gruñidos y se sacudió dentro de mí varias veces más cuando, con una última embestida, se derramó en mi interior.*

*Los dos respirábamos con dificultad mientras permanecía enterrado, agotado y cubierto de sudor, a la par que sus dedos se enredaban en mi melena y hundía su cara en mi cuello. Sus labios se cernían sobre mi piel y lamían una franja sobre la concha de mi oreja.*

*Salió de mí y sentí cómo su semen se deslizaba entre mis muslos, convirtiéndome en un salado desastre. Sentí que su mano libre se introducía entre mis piernas temblorosas y que su dedo interceptaba la humedad que goteaba. Pasó un dedo hacia arriba, empujándolo de nuevo dentro de mi abertura, provocándome otro estremecimiento.*

*Me llevó el dedo a la boca y, sin pensarlo, separé los labios y lo chupé, saboreándome.*

*—Ahora eres mía —declaró, con su pecho gruñendo contra el mío.*

*Me cargó en brazos y me llevó a la ducha, donde me enjabonó el cuerpo, me masajeó los músculos adoloridos y articuló con la boca palabras en el lenguaje del amor.*

Dios, *fui* tan estúpida.

Fruncí el ceño, ahuyentando las imágenes y los recuerdos, y me encontré con que Dante me miraba con una sonrisa ladeada.

—¿Adónde fuiste? —preguntó, y cuando fruncí las cejas, añadió—: En tu mente, ¿adónde fuiste?

—*No es asunto tuyo.* —Podía sentir mis mejillas ardiendo de vergüenza. Era el único hombre al que había dejado entrar. Intenté acercarme a otros, pero mi cuerpo se negaba a cooperar o a trabajar para cualquier otro hombre. Incluso intenté imaginarme a Dante cuando me besaban. Nada. Ni siquiera una pizca de sensación.

Era tan vergonzoso. Era la razón por la que lo mantenía como mi pequeño y sucio secreto. Era mi todo, y todo lo que hizo fue romperme. Arruinarme para cualquier otro.

—*Sobre anoche.* —Señó, sus movimientos vacilantes—. *Lo siento.*

Me quedé sin aliento. Una energía amenazadora burbujeaba en mis venas, filtrándose por mis poros. Mi mirada se encontró con sus ojos feroces. Quería provocarlo, enfurecerlo. Quería que sintiera una pizca del dolor que me había infligido.

—*No hay nada que lamentar.* —Señé—. *Hay muchos peces en el mar. Puedo encontrar un hombre nuevo cuando quiera.* —Mentira. Además, si seguía ahuyentándolos, me quedaría sin opciones—. *Ya llegará el adecuado.*

Su cuello se abultó grueso mientras se tensaba su mandíbula. Bien. Que se enfade. No es que tuviera derecho a estarlo.

En un momento estaba sentada y al siguiente me tenía pegada contra el respaldo de la tumbona, agarrándome del cuello.

—Te lo dije, Phoenix. No. Hay. Otros. Hombres. Para. Ti —pronunció las palabras despacio, amenazadoramente, y con suficiente tensión contenida como para incendiar este yate. Su poder y salvajismo me abrumaban. De repente, su olor era lo único que podía distinguir.

Lo empujé con todas mis fuerzas, sin apenas hacerlo ceder.

—*Ahí es donde te equivocas, Dante. Hay muchos hombres ahí afuera para mí.*

—Lo soy para ti.

Me burlé.

—*Jódete. No te querría, ni aunque fueras el último hombre sobre la tierra.*

Su sonrisa era *salvaje*. Diabólica.

—Cualquier polla que se te acerque la cortaré. Si necesitas ser cogida, solo tienes que decirlo. Tus deseos son órdenes.

Mis ojos se abrieron de par en par. Dante Leone estaba loco. Un maldito lunático. La adrenalina corría por mis venas y salía por mis oídos.

De un modo malsano, la mirada de absoluta posesividad de sus ojos me provocó una oleada de calor entre las piernas. Debió de leer el deseo en mí.

Sus hombros se relajaron y su boca se curvó en una sonrisa encantadora. Los cambios en su actitud eran discordantes, me irritaban.

—Podríamos... —Se golpeó la barbilla con los dedos, pensativo, como si estuviera analizando cuál sería la mejor forma de expresar sus palabras para conseguir lo que quería—. Podríamos tener un... acuerdo.

Lo miré con desconfianza, con la boca repentinamente seca por la forma en que me observaba como si estuviera dispuesto a devorarme.

—*¿Arreglo?*

—*Tú y yo.* —Señó—. *La atracción está ahí. Puedes sentirla, y yo también. Follamos y lo sacamos de nuestro sistema.*

Me venían imágenes a la cabeza. Los dos en todas las posiciones imaginables. Su boca en mis partes más sensibles. Su piel sobre la mía. La sensación de su piel golpeando contra la mía.

La piel se me puso de gallina.

—*No.*

—Tus labios dicen no, pero tu cuerpo dice sí. —Lo fulminé con la mirada, negando con la cabeza, y sonrió—. La forma en que se acelera tu pulso cada vez que estoy cerca de ti. La forma en que te humedeces los labios cuando me miras. Me deseas, y no hay nada que me apetezca más que abrirte de piernas y saborear tu coño.

Mis ojos se posaron en su entrepierna y, al ver su miembro agitándose, el palpitar entre mis piernas se intensificó. Algo latía en mi pecho. Una necesidad insatisfecha que estaba a punto de estallar. Se me humedecieron las palmas de las manos.

Tragué saliva y volví a levantar la vista.

—*¿Por qué?* —Necesitaba saber por qué me quería de nuevo. Después de todo este tiempo.

—Mi polla te desea, y eso es inusual. —Fue una respuesta extraña e inapropiada.

—*Parece un problema personal.*

Sonrió, lanzándome todo su encanto.

—Ayúdame a resolverlo.

Apreté los dientes.

—*Eres un idiota.*

Volvió a sonreír.

—Soy un idiota que te hará gritar mi nombre.

Su arrogancia, fría e insensible, era exactamente la dosis de realidad que necesitaba.

—*No.* —Arruinó todo lo bueno. Era obvio que nunca íbamos a estar en la misma página—. *Solo déjame en paz.*

¿Quería una puta? Pues me negaba a serlo para él. *Las espinas de silencio* se clavaron en cada centímetro de mi carne, dejándome expuesta y sangrando.

Su mano se acercó a mi cara y me estremecí. Se me escapó un suspiro cuando su pulgar me rozó el labio y bajó por la barbilla.

—Cuando estés lista, *y lo estarás*, ven a buscarme.

Se alejó de mí, dejándome sola. Igual que hacía dos años. Así que hice lo único que podía hacer. Me dirigí a la borda y salté al frío mar.

# CAPÍTULO VEINTE

# PHOENIX



Abrí los ojos de golpe y exhalé un suspiro entrecortado.

Era casi medianoche, y otra noche más sin mi hermana bajo nuestro techo. Dejamos el yate hacía dos días y Reina seguía con Amon. No me gustaba.

Me levanté de la cama y empecé a pasear por la habitación. Cada vez que cerraba los ojos, las palabras de Dante sonaban en mi mente y su olor invadía mi ser.

Me había despertado para encontrar la habitación vacía. Su acecho empezaba a cansarme, a dilatar mi cuerpo con energía inquieta. El resplandor de la luna que entraba a través de las cortinas abiertas, porque no tenía sentido cerrarlas si el hombre seguía encontrando la manera de entrar en mi habitación, hacía su magia en mi frágil voluntad.

Deseaba ser más fuerte, no desearlo, mas mis fantasías y deseos carnales hacían estragos, exigiéndome que le tomara la palabra a Dante. El persistente dolor entre mis muslos era insoportable. Mi mente susurraba advertencias, enumerando todas las razones por las que la sugerencia de Dante era una mala idea.

Sin embargo, mi cuerpo entró en negociaciones. Esta vez, no lo amaría. Esta vez, yo sería la que lo dejaría.

La frustración de mi corazón me llenó de energía. Me acerqué a la ventana, la abrí y salí a la noche.

Una sombra oscura parpadeó detrás de mí y me sobresalté, dándome la vuelta. Estuve a punto de perder el equilibrio, pero una mano fuerte me agarró por la muñeca y me sostuvo. Mi pecho se apretó contra el suyo, y su calor se filtró en mí junto con su abrumador aroma, robándome el aliento.

—Te atrapé —declaró con expresión sombría y aterradora. Intenté zafarme de su firme agarre, pero me fue imposible.

Me recorrió una sensación familiar. *Deseo*.

Así que, naturalmente, intenté darle un rodillazo en la ingle. Anticipándose al movimiento, me agarró la pierna y la subió más, enganchándola alrededor de su cadera. Mi pecho subía y bajaba mientras jadeaba con la boca abierta. A pesar de estar acorralada, sus dedos fueron sorprendentemente suaves al acariciarme la piel de la rodilla.

Su dura longitud empujaba contra mi entrada, tan cerca, aunque no lo suficiente. Se arrodilló entre mis piernas y sacó un cuchillo de la nada. Sin previo aviso, cortó el sedoso material de mis *shorts* y mis bragas. Me estremecí cuando el aire golpeó mi entrada. Deslizó un dedo por mi centro y me estremecí cuando lo levantó a la luz de la luna. Observé, embelesada, cómo se llevaba el dedo reluciente a la boca.

Mi respiración entrecortada se escapaba de mis labios y el palpitar entre mis piernas se

intensificaba a cada segundo que pasaba. Estaba completamente desnuda de la cintura para abajo, mientras que él estaba completamente vestido, de rodillas, con la boca a escasos centímetros de mi sexo.

Levantó los ojos.

—¿Has pensado en mi proposición? —Era lo único en lo que podía pensar, sin embargo, nunca lo admitiría. En lugar de eso, negué con la cabeza—. Quizá pueda convencerte. —Ofreció con una sonrisa de satisfacción, pero sus ojos se habían vuelto más duros. *Peligrosos*.

No esperó mi respuesta. En lugar de eso, puso su boca en mi clítoris y chupó. Se me curvaron los dedos de los pies y sentí que su dedo se abría paso en mi coño, estirándome.

Gemí, sintiendo las vibraciones en la garganta, y me llevé la mano a la boca, sofocando cualquier sonido que saliera. La reacción me valió otro dedo y una larga succión de mi clítoris. Empujé mi mano hacia su cabello, agarrando sus mechones mientras me lamía con avidez. Mis caderas se balanceaban contra su cara, desesperadas por liberarme mientras mi orgasmo crecía en mi vientre.

Trabajó mi clítoris como un campeón mientras me metía los dedos en centro. Recordé lo que sentía al tener su fuerte cuerpo golpeándome, y era todo lo que necesitaba para llegar al límite. Mordí la palma de mi mano mientras mis paredes se convulsionaban alrededor de sus dedos y mis extremidades temblaban.

Mis dedos se enroscaron en su cuero cabelludo, aferrándome a él como si fuera mi balsa salvavidas mientras la euforia me inundaba, más intensa que nunca. Me dejé caer sobre él, flácida, mientras la boca de Dante se volvía suave, pero no se detenía mientras lamía la humedad de mi entrada. Tenía los ojos cerrados, como si me estuviera saboreando, y yo no podía apartar la mirada de su expresión.

Estaba temblando, una hoja sin ningún lugar donde caer. Una hoja que él había jurado salvaguardar, solo para hacerla pedazos. Mi atronador corazón se calmó poco a poco y su sonrisa de satisfacción se hizo visible.

Aparté la mano de su melena y un sinfín de insultos se agolparon en mi mente. Ojalá pudiera gritárselos todos, porque odiaba que mi cuerpo reaccionara tan rápida y fácilmente ante él, cuando *nunca* lo había hecho ante ningún otro hombre.

Lo culpé por ello.

Dante se levantó, sobresaliendo por encima de mí, y se acercó hasta que hubo menos de un centímetro entre nuestros labios. Esperó, por qué, no estaba segura.

Lo único que sabía era que había ido demasiado lejos. El pecho me temblaba y la mano me temblaba al darme cuenta de lo que acababa de dejarlo hacer.

—*Podríamos ser buenos juntos.* —Señó—. *La pasaríamos tan bien.*

Sus ojos sostenían los míos, algo más oscuro que las sombras que se deslizaban por ellos. Quizá también tenía sus fantasmas, igual que yo tenía los míos. El silencio se instaló en el aire, presionando mis pulmones.

Intentando recuperar el aliento, empujé su pecho esculpido.

—*No me interesa. Así que gracias. Me he rascado el picor. Ya puedes irte.*



—*Acabas de volver a casa.* —Señé, regañando a mi hermana.

Reina había pasado días enteros con Amon en su apartamento a unas calles más, y ahora ya

estaba volviendo con él. Me aterrorizaba lo completamente hechizada que estaba. No podía acabar bien.

Las chicas y yo intentamos convencerla de que se quedara en casa unos días, pero no lo conseguimos. Estaba deseando volver con Amon. Temía por el estado mental de mi hermana pequeña cuando Amon le rompiera el corazón. *Cuando, no si lo haría.* La parte en mí que ya no creía en los *finales felices* sabía que era cuestión de tiempo.

Me senté en su cama, rodeada de rosa. Incluso su actitud era rosa, hasta lo más profundo de su ser. Alegre, feliz, irremediablemente rosa.

—Alégrate por mí, Phoenix.

Suspiré.

—*Lo estoy, pero este lugar es tan aburrido sin ti*.

Me lanzó una mirada incrédula.

—¿Con Raven en casa? ¿E Isla? Lo dudo.

Puse los ojos en blanco.

—*Ellas no son tú*.

—*Solo estoy a unas calles de aquí.* —Señó con calma—. *Voy a regresar. Y cuando empiecen las clases, todo volverá a ser lo mismo de siempre.*

Por alguna razón no le creí, no obstante, lo dejé pasar.

—*Solo ten cuidado.* —Advertí—. *Y, por el amor de Dios, duerme al menos cinco noches a la semana en casa. El sexo no puede ser tan bueno*.

Sus mejillas se tiñeron de rosa, a juego con la almohada de mi regazo y casi todo lo que había cerca. Formé una L en mi frente, pero lo único que hizo fue reírse.

—No estés celosa, Phoenix.

—*¿De qué, exactamente*?

—Mi apuesto dios del sexo. —Sería gracioso si no tuviera esa mirada soñadora.

Fingí bostezar.

—*Hermana, necesitas lentes.* —Me mostró el dedo del medio y se rascó la nariz con él. Y las dos nos echamos a reír.

Me abrazó, apretándome fuerte, y luego se apartó para pronunciar sus siguientes palabras.

—Gracias por ser una buena hermana, pero déjame toda la preocupación a mí.

La fulminé con la mirada.

—*Soy la hermana mayor. Es mi trabajo preocuparme*.

Sonrió y volvió a abrazarme.

—Nos preocuparemos la una de la otra.

# CAPÍTULO VEINTIUNO

# DANTE



—¿Q*ué haces aquí*? —Señó, con cara de extrañeza. Levantó las cejas hasta casi tocarse el nacimiento del cabello. Era imposible que se hubiera olvidado de mi pregunta.

*¿Podría?* ¡Demonios!

Le había dado un mes, un maldito largo mes, para que viniera a mí después de que me la comiera en el balcón. La única razón por la que esperé tanto fue mi hermano. Su repentina ruptura con Reina complicó mis planes.

—¿No te alegras de verme, Nix? —Me apoyé en mi motocicleta, dejando que mi mirada recorriera toda su longitud. Llevaba *shorts* y una camiseta en la que se leía "Puedo hacerlo mejor" y me hizo sonreír. Me gustaba que no llevara vestidos a la escuela. Sería un poco difícil matar a todos los hombres de su clase.

—*No, no lo estoy.* —Echó un vistazo a la moto y volvió a mirarme—. *Ahora piérdete*.

Giró sobre sus talones y se alejó de mí.

—No tan rápido, Nix. —Me bajé de la motocicleta y acorté la distancia que nos separaba en tres grandes zancadas. Era el único día en que su horario de clases no coincidía con el de su hermana y amigas. Joder, no iba a esperar otra semana antes de poder robármela. La tomé de la mano y empecé a guiarla de vuelta a mi motocicleta—. Voy a llevarte a dar una vuelta. —Me fulminó con la mirada, obviamente malinterpretando mis palabras. Mi intención era inocente—. Alguien es mal pensada —bromeé.

Sus mejillas se tiñeron de rojo y me encantó su mirada. Estaba tan cerca que podía ver las pequeñas pecas que espolvoreaban su nariz y los diferentes tonos de azul de sus ojos. Tan cerca como para respirar su aroma. *Lluvia primaveral.*

Todo en esta mujer me fascinaba, cada palabra y cada mirada se grababan tan profundamente bajo mi piel que sería imposible eliminarla. A menos que me abriera por completo y me desangrara.

Cesar se sentó en su propia motocicleta dos estacionamientos más allá, habiendo insistido en que me siguiera por si Phoenix sacaba otra lata de gas pimienta. Una preocupación válida, aunque innecesaria.

Nos detuvimos delante de mi moto.

—Súbete —ordené.

Me dio una mirada molesta, lanzándome dagas imaginarias.

—*No me gustan las motos*.

—¿Te has subido alguna vez a una?

Eso pareció molestarla aún más. Francamente, a mí también me molestó imaginármela montando en motocicleta con otro hombre.

—Súbete a la moto o no te gustará lo que sigue.

Dudó, probablemente analizando sus opciones. Vi exactamente el momento en que se dio cuenta de que no tenía una, al menos ninguna que acabara bien para los que nos rodeaban. Podía sentir la animosidad que irradiaba de ella, flotando a nuestro alrededor e intentando desviarme del camino.

Pero antes de que pudiera dejar que eso ocurriera, saqué el casco extra y se lo puse en la cabeza, abrochándoselo bajo la barbilla. Me puse mi propio casco y me subí a la moto. Lanzó un último vistazo a la escuela, probablemente esperando un rescate de última hora.

Luego se subió y se agarró a mis hombros justo cuando aceleré el motor. Su cuerpo se sacudió contra mí cuando arranqué, y luego me rodeó la cintura con sus manos y las apretó con fuerza.

Sus pechos aplastados contra mi espalda, su cuerpo curvilíneo se amoldaba a mis músculos, y a mí me encantaba. Sus muslos se apretaron contra los míos, estremeciéndose. Mantuve un ritmo constante, mas cada vez que intentaba separarse de mí, yo aceleraba, lo que hizo que su agarre se hiciera más fuerte.

Podría haber recorrido todo el continente así. Sería el mejor viaje de mi vida.

Cesar iba justo detrás de nosotros y, conociéndolo, le encantaba el viento y el largo camino hasta nuestro destino.

Estaba a las afueras de la ciudad, un campo de dientes de león que se extendía por kilómetros.

En cuanto nos estacioné, se quitó el casco y se bajó de un salto, poniendo las manos en las caderas.

—*¿Qué es esto*?

—Un picnic —expliqué mientras Cesar empezaba a preparar una gran manta roja, una cesta, una botella de vino y sus *croissants* favoritos. Su tez palideció y sus ojos se movieron frenéticamente. ¿Qué le pasaba a esta chica? Intentaba ser romántico y ella se enojaba—. Tenemos una cita —añadí, por si no lo había entendido.

—*Tengo tarea que hacer esta noche. No tengo tiempo para esta mierda*.

Cesar se puso detrás de mí y murmuró:

—Tiene esa mirada asesina. ¿Es la hora del gas pimienta?

*Cabrón listillo.*

Miró fijamente a Cesar.

—*Llévame de vuelta ahora.* —Señó y pronunció despacio para que pudiera leerle sus labios.

La tensión penetró sus hombros.

—Lo haría, señorita, pero *él* me pegaría un tiro —respondió con claridad.

—*Si no lo haces, voy a dispararte yo.*

Cesar esbozó una sonrisa.

—Creo que también podrías. ¿Llevas un arma encima?

Su respuesta fue un suspiro frustrado y un movimiento de cabeza.

Le agarré la barbilla y volví a dirigir su atención hacia mí.

—No te dirijas a Cesar cuando yo esté aquí. Puedes hablar conmigo de dispararme.

Mi pulgar rozó el pulso palpitante de su yugular. Demonios, qué suave era su piel. Se estremeció y se puso ligeramente de puntillas, pero luego, como si se acordara de sí misma, se apartó de mi alcance.

—Deja de ser irracional.

—*¿O qué?*

Gemí en el fondo de mi garganta, tentado de *comérmela* para cenar.

—O te inclinaré sobre mi regazo y te daré unas nalgadas

Sus labios besables se entreabrieron un poco, como cada vez que le decía algo inusual. O quizás había dicho algo totalmente equivocado.

Joder, esperaba haberlo traducido correctamente al ASL. No era exactamente lo que enseñaban en aquellas clases. Después de mi cautiverio, mi rabia y mis pesadillas aparecían con frecuencia, dejándome inmovilizado para hablar o expresarme.

Por suerte, mi terapeuta me sugirió el ASL. Lo intenté, pero nunca se lo dije a nadie. La maldita cosa no me ayudó a comunicarme durante la rabia, pero seguro que me ayudó con Phoenix.

Luego, como si se hubiera recompuesto, levantó las manos para señar.

—*No quiero una cita. Quiero ir a casa. Con mi hermana, a la que tu hermano jodió.*

Estudié la obstinada protuberancia de su barbilla.

—¿No crees que deberíamos centrarnos en nosotros y dejar que esos dos arreglen sus propios problemas?

Había tanto que aprender sobre Phoenix, y estaba más ansioso que nunca. Husmear entre sus cosas solo me llevó hasta cierto punto. Quería escuchar lo que ella pudiera compartir conmigo.

Tal vez estaba desenmascarando la pequeña parte de mí que era decente. Aunque tenía la sensación de que la cagaría de alguna manera.

O tal vez era un remordimiento de conciencia, ya que no había hecho absolutamente nada para ayudar a madre y a Amon a recuperar el documento que necesitaba de Tomaso Romero. No obstante, ella era más importante para mí. Era lo único en lo que podía concentrarme, ¡al diablo la carta!

—*No hay un nosotros*.

Mi mano se extendió sobre su espalda baja mientras empujaba contra ella.

—Lo hay y lo sabes.

Apoyó las palmas de sus manos en mi pecho, pero no las movió.

—*¿Por qué rompió con Reina tan abruptamente?*

—No lo sé —respondí con sinceridad. Desde su ruptura, había cambiado. Estaba más enojado, más oscuro, propenso a la ira incluso más rápido que yo—. No quiere hablar de ello. Solo sé que está enojado con el mundo.

Me observó como si intentara decidir si creerme o no. Era la verdad, sin embargo, mi hermano y su hermana eran lo último de lo que quería hablar.

—Tú y yo, Nix… —Empecé, intentando reconducir la conversación hacia nosotros—. Podríamos lanzar fuegos artificiales. Demonios, nosotros *somos* los fuegos artificiales.

Por un momento se me quedó mirando sin expresión en su rostro y me preocupó haberme equivocado de seña para los fuegos artificiales. Pero entonces puso los ojos en blanco.

—*Solo porque únicamente tengo orgasmos cuando pienso en...*

Se cortó y sus mejillas se tiñeron de carmesí. Recordé todas las veces que la había observado durante la noche mientras se corría y me asaltó una ligera sospecha. ¿Por qué iba a tener una carpeta para orgasmos si parecía tenerlos siempre que la observaba desde las sombras?

—¿Piensas en mí cuando te tocas? —pregunté, incapaz de contener mi satisfacción. Apretó la mandíbula, indicando claramente que no pensaba contestarme—. Podría darte más. —Ofrecí.

Se le escapó un suspiro tembloroso mientras sacudía la cabeza, aunque sus ojos la traicionaron. Brillaban con un oscuro deseo. El mismo que yo sentía. Quizá por eso encajábamos tan bien.

No contestó, mas sentí que los muros que la rodeaban se derrumbaban lentamente.

—Bailaremos juntos por la vida. Tú eres la indicada para mí, *Dandelion*.

La lujuria abandonó sus azules oceánicos. Dio un paso atrás y echó un vistazo al *picnic* antes de volver a centrar su atención en mí.

Vi el rechazo en sus ojos antes de que señara la primera palabra.

—*No quiero tener un picnic contigo. No quiero verte. No quiero estar cerca de ti. Tú y tu familia tienen que alejarse de mí y de la mía.*

No me lo imaginaba así. El corazón se me retorció dolorosamente mientras la observaba alejarse, con los pensamientos revueltos. Me mordí el labio con dureza, sintiéndome inquieto, con el zumbido bajo la piel como una corriente constante a punto de desencadenar una violenta ira.

Excepto que se negó a salir a la superficie mientras la tuviera a la vista.

No podía explicarme esa necesidad de poseerla, de conservarla y de no dejar que me abandonara nunca, aunque para ello tuviera que sacrificar una extremidad. Aunque me odiara por ello.

Calmaba al monstruo que se escondía bajo la superficie y a los que daban vueltas en mi mente. Era mi calma en un mundo caótico.

Giró sobre sus talones y me dejó mirando su espalda. ¡Otra vez! Era como un *déjà vu*.

Terminé teniendo una cita con Cesar. Le faltaba belleza y humor a lo grande.

Viéndolo a la cara, lo único que podía hacer era beber una copa de vino tras otra. No tenía ni maldita idea de cuántas botellas nos habíamos bebido, pero unas horas más tarde nos recogió un Uber. Me encontré en el apartamento de mi hermano, tanteando con la llave para abrir la puerta.

Entonces, mágicamente, la puerta se abrió.

—¿Qué demonios, Dante?

Me enderecé, quedando cara a cara con mi hermano.

—Hola, gruñón.

—Maldición, ¿estás borracho? —Sus ojos se desviaron hacia atrás, donde Cesar estaba apoyado en la barandilla, intentando no caerse por las escaleras.

Hice un gesto con la mano mientras Cesar decía:

—No estamos borrachos.

—Nix es difícil de conseguir —murmuré, respirando con dificultad. Dios, me dolía el pecho —. Ni siquiera está jugando.

—¿Eh?

—¿Crees que un corazón roto puede provocar un infarto? —le cuestioné a mi hermano, que me miraba como si tuviera dos cabezas. En realidad, era *él* quien tenía demasiadas cabezas, y todas ellas bailaban en ese momento en mi campo de visión.

—¿Qué diablos bebiste?

—Vino —respondió Cesar—. Era caro y asqueroso.

—Lo era —confirmé.

—¿Tanto que te emborrachaste con él...? —afirmó Amon secamente, y luego se apartó—. ¿Creen que podrán entrar o tendré que cargarlos?

Cesar dijo algo y los dos nos reímos, aunque no estaba seguro de saber qué había dicho. Algo sobre una uva y un elefante sobre ella.

Cuando entramos en el apartamento de Amon, nos dio una botella de agua a cada uno.

—Bébanla toda —nos ordenó.

—Tan mandón —murmuré.

—¿Qué se te ha metido? —dijo entre dientes.

—Tú —solté, señalándolo con el dedo índice e intentando empujarlo. No se movió ni un milímetro—. ¿Por qué tuviste que terminar con Reina? —«*Y arruinar mis posibilidades con Nix*», pensé. Su expresión se ensombreció, como cada vez que su nombre salía a relucir—. Podría haberla ayudado con los problemas del orgasmo.

Miró a Cesar, que ya se había tirado en el sofá.

—No preguntes. Lleva una hora hablando de cosas raras.

Me dejé caer en el sofá junto a Cesar, saqué el teléfono y busqué en internet hasta que un artículo me llamó la atención. Juguetes sexuales. Lociones. La cabeza me dio vueltas y cerré los ojos un momento.

Hacía años que no me emborrachaba. No desde el secuestro. Dejé que mi mente vagara de vuelta a Nix, y una idea se deslizó a través de mis pensamientos aletargados.

—¡Voy a pedirle juguetes! —exclamé victorioso.

Cesar abrió un ojo y me observó con cansancio. Amon me miró con desconfianza. Los ignoré a ambos mientras buscaba todos los juguetes sexuales y lociones disponibles en el mercado y pulsaba *comprar*, *comprar*, *comprar*.

Me sentí en paz cuando recibí la confirmación del envío, cada artículo dirigido al apartamento de Phoenix.

# CAPÍTULO VEINTIDÓS

# PHOENIX



Entrecerré los ojos ante el paquete abierto que había en la encimera de la cocina y su *contenido* que me miraba fijamente. Arriba tenía una nota críptica sin firma.

*Disfrute de sus vibradores y juguetes para el clítoris. Su satisfacción está garantizada. No dude en llamar para solicitar asistencia. Por favor, deje una reseña.*

Entrecerré los ojos. No parecía un número usual de atención al cliente.

—*¿Qué demonios es eso?* —Señó Isla, observando con los ojos muy abiertos la caja. Cerré la tapa de golpe y miré a mi alrededor como si me hubieran grabado.

—*Nada*.

Me vio fijamente.

—¿Necesitas tantos?

Parpadeé, sintiendo calor de repente.

—*No son míos*.

Sus cejas se juntaron con la línea de su cabello.

—Tu nombre está en el recibo.

Gemí. Tenía la sospecha de que sabía quién lo había enviado. El mismo acosador que me enviaba *croissants*. El mismo acosador que arruinaba todas mis citas. El cretino que siempre se insertaba a mi alrededor en el momento equivocado.

Mis ojos se desviaron hacia el número de teléfono. ¿Era el de Dante? No era el número que me había dado antes, pero cambiaban a menudo. El bajo mundo probablemente mantenían sin ayuda de nadie a las compañías de teléfonos desechables.

—*Es un error*. —Señé—. *Lo devolveré*.

Ahogó una carcajada.

—Si es así, déjame uno, pero si fuera tú, me los quedaría. Estos valen miles. —Me apartó los dedos cuando iba a cerrar la caja, la abrió de par en par y los sacó—. Jesucristo, todo esto es de muy buena calidad.

Me cubrí la cara ardiendo, sintiendo de repente como si tuviera fiebre. Dante era una puta molestia que no necesitaba en mi vida, excepto que no sabía cómo hacer que se detuviera. Ninguna de nosotras necesitaba la mierda que venía con la familia Leone. Reina era la prueba viviente de ello. También lo era mi pasado.

—No hay nada de qué avergonzarse, Phoenix.

Sacudí la cabeza.

—*No estoy avergonzada.* —Solo homicida. Tal vez ligeramente molesta. Y me intrigaba cómo demonios podía saber Dante Leone que tenía problemas para llegar al orgasmo. Me mataba tener que pensar en él para liberarme. Se sentía como una traición cada maldita vez.

La expresión de la cara de Isla me dijo que no me creía.

—Si tú lo dices.

Empujé la caja hacia ella.

—Puedes quedártelo todo. Y déjales una reseña, ¿quieres?

La mandíbula de Isla golpeó el suelo y me di la vuelta, dirigiéndome a la habitación de Reina para ver cómo estaba. Verla tan mal era toda la confirmación que necesitaba.

Dante Leone era mi pasado. Él no sería, *no podría ser, mi* futuro.



Durante los dos últimos meses, habíamos sido testigos del dolor de Reina. Cada día se encerraba más en sí misma. Apenas comía, su tez era enfermiza y la mirada distante de sus ojos era demasiado familiar.

Había estado entregada por completo a Amon y él la había herido. Quería estar a su lado y ayudarla, pero no sabía cómo. Me sentía impotente. Debía protegerla y había fracasado.

Apreté más fuerte a mi hermana contra mi pecho y le peiné los rizos con los dedos. Había adelgazado y me partía el corazón verla tan desesperada. Las lágrimas me quemaban los ojos y no podía respirar. Siempre habíamos sido unidas, incluso cuando estaba pasando por mi propia angustia. Nunca le hablé de Dante, mas intuyó que algo, o *alguien,* me había cambiado. Cuando la abuela inventó la elaborada historia de mi enfermedad, se lo creyó, así que le seguí la corriente. Me daba vergüenza decirle a mi hermana de dieciséis años que estaba ciega y era estúpida por enamorarme de un chico que me dejó embarazada y me abandonó la misma noche que lo supo. Después de cogerme minuciosamente.

Aunque ahora me preguntaba si tal vez debería habérselo dicho. Podría haberle enseñado a ser más precavida.

Me moví un poco para poder señar.

—*¿Tienes hambre?*

—No.

—*¿Necesitas ayuda con la tarea*? —Me di cuenta de que no había dibujado nada nuevo últimamente, lo que no era habitual en ella. Su habitación estaba impecable, pero no había ni rastro de sus aficiones. Era como si las hubiera metido todas en un armario, junto con ella misma, y hubiera cerrado la puerta.

—No, gracias.

Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y alejarla de Amon Leone para evitarle este dolor. Intentaba mantener una cara valiente y engañaba a los demás haciéndoles creer que estaba bien, pero sabía que no era así. Nuestras amigas lo sabían.

Nunca volvería a ser la misma.

El miedo me aplastaba el corazón. Había empezado a notar cortes en la piel de Reina. Eran cortes superficiales, pero no era saludable. Podía hacerse cortes demasiado profundos y resultar gravemente herida.

—*Eres muy fuerte. Lo sabes, ¿verdad?* —Reina era la persona más testaruda que conocía. Cuando se proponía algo, no se detenía ante nada. Como graduarse de la escuela secundaria antes de tiempo para que pudiéramos tener la experiencia de la universidad juntas. O convencer a mis profesores de que podía tocar música a pesar de mi discapacidad auditiva. O dejar claro en su solicitud de admisión que solo iría a la universidad si me aceptaban a mí también. Creía que no sabía lo mucho que hacía por mí, no obstante, sí lo hacía. Así que, si se le metió en la cabeza que Amon no valía la pena, seguiría adelante y sería lo mejor. Afortunadamente, no estaba embarazada como yo.

—Eres mucho más fuerte, Phoenix.

—*No te merecía*.

Le tembló el labio inferior, pero permaneció en silencio. Me desgarraba el corazón. Quería hacerle daño a Amon, igual que quería hacerle daño a Dante. Deseaba tener una mejor relación con *Papà*, pero siempre había sido distante. Si pensara que daría un paso adelante, le contaría lo que pasó con Amon y él lo castigaría. De hecho, no me opondría a ver castigados a los dos hermanos Leone.

La furia me desgarraba. Quería hacerles daño como ellos nos lo hicieron a nosotras. Quería hacerlos sufrir como nos hicieron sufrir.

Así que empecé a idear un plan para aplicarles el castigo que se merecían. Si no a los dos, al menos a uno de ellos.

# CAPÍTULO VEINTITRÉS

# DANTE



Tres meses.

Phoenix me había estado evitando durante tres putos meses. Desde que Amon rompió con Reina. Por supuesto, los pecados de mi hermano eran también los míos, así que sin querer me había bloqueado de follar con la única mujer que hacía funcionar mi polla.

Maldito Amon y su ruptura.

Me apoyé en el bar, observando cómo se mezclaban hombres de esmoquin y mujeres vestidas de gala, disfrutando de la última farsa de mi hermano. Cualquiera que fuera alguien estaba presente. Ya era un éxito, y apenas había empezado.

Ahogué otro bostezo mientras veía a los camareros moverse por el espacio con bandejas de *gin & tonics*, *champagne* y copas llenas de vino. Mi padre estaba en el lado opuesto de la terraza, y pretendía mantener las distancias. No necesitaba a ese desgraciado observándome muy de cerca.

Detrás de mí había un bar lacado en negro con detalles dorados, me giré y localicé a un mesero. Le hice señas y pedí otra cerveza.

Arrugó las cejas.

—¿Está seguro, señor? Tenemos un...

—Sí, seguro —lo corté—. Cualquier cerveza ligera servirá. —Si el hombre supiera lo que me hacía el alcohol fuerte, nunca me ofrecería nada.

Con una cerveza fresca en la mano, volví a centrarme en la fiesta. La gente reía, bebía y descansaba en los cómodos asientos que rodeaban la pista de baile.

Miré al cielo y enarqué las cejas al ver que era una luna de sangre. Visiones de otra luna de sangre pasaron fantasmagóricamente por mi mente, pero estaban distorsionadas. Borrosas.

*Sus rizos castaño oscuro rebotaban mientras corría, mirando por encima del hombro con ojos parecidos a los de Nix. Me observaba con expresión suave, siempre desafiante. Era una auténtica diosa de la oscuridad.*

*Aceleré, acortando la distancia entre nosotros. Ya casi estaba ahí...*

Y sin más, estaba de nuevo en la terraza, rodeado de mujeres en traje de gala y la condensación de la bebida bajo las yemas de mis dedos.

Dejé de respirar un instante, con la boca repentinamente seca. Rara vez me venían recuerdos

a la memoria, pero alrededor de Phoenix no paraban de suceder.

*¿Dónde estabas?* Esa fue la pregunta que me hizo. ¿La conocía? ¿Le hice algo? Eso explicaría su odio hacia mí. Pero le pregunté a Amon, y me dijo que no nos habíamos cruzado con las chicas Romero desde que visitamos a su padre en Malibú.

Quizá me la hubiera encontrado cuando visitaba mi cabaña junto al lago Tahoe o los viñedos que poseía en California. «*Pero ¿si te hubieras topado con ella, se lo habrías dicho a Amon?*».

Tal vez era un sueño, aunque casi podía oler el follaje de los pinos en el suelo. Y los bosques se parecían tanto a los de mi propiedad en Tahoe.

Mis labios se movieron, imaginando cómo sería una luna de miel con ella allí. Probablemente me asesinaría y enterraría mi cuerpo donde nadie pudiera encontrarme.

Decidí en ese momento que llevaría a Nix allí cuando por fin entrara en razón y cediera. Probablemente nunca saldríamos de la cama. Pero no me quejaría. Estaba totalmente a favor, si tan solo dejara de luchar contra mí, de luchar contra nosotros, porque definitivamente éramos *nosotros*.

*¿Dónde estabas?* Esas palabras me atormentaban. Tres simples palabras y la mirada de desesperación en sus ojos me perseguían. *Grité hasta que me sangró la garganta. No estabas allí.*

Apreté los dientes, abandonando esos pensamientos. No sabía qué era real y qué no con Nix, pero sus palabras me hicieron un nudo en el estómago. Maldición, me estaba volviendo loco. Esta obsesión con Nix me jodía la mente, la cual ya estaba dañada para empezar.

Un alboroto me sacó de mi ensoñación y vi a Reina.

—Qué demonios —murmuré en voz baja.

Hablaba con mi padre y con mi madre, y el primero la miraba como un lobo dispuesto a desgarrar su próxima comida. Ninguna mujer salía ilesa de la atención de mi padre. ¿No sabía Reina que debía mantenerse alejada de los monstruos?

Justo cuando estaba a punto de ir allí y alejarla de un tirón, dio un paso para alejarse de ellos. Y luego otro. Los ojos de Reina se centraron en Amon al otro lado de la pista, donde bailaba con una modelo.

*Maldición, ¿cómo se llamaba?*

No importaba. Lo que importaba era que, si Amon la cagaba aún más, mis posibilidades con Nix se convertirían en cenizas. Me abrí paso entre la multitud cuando giró sobre sus talones, con su vestido rosa flotando en el aire mientras corría hacia la salida.

Se cruzó con Illias Konstantin, intercambiaron unas palabras y volvió a ponerse en marcha.

—Dante, ¿cómo estás? —Konstantin me detuvo.

—Bien. —Mis ojos estaban puestos en la pequeña mujer rubia que se movía con sorprendente agilidad y velocidad.

—¿No me digas que te vas?

Mi mirada se desvió hacia él.

—Tal vez. Discúlpame.

Le pasé por un lado y empecé a abrirme paso entre la multitud.

—Reina.

No se giró. Creo que no me escuchó. Conseguí salir del local, con los ojos mirando de derecha a izquierda hasta que la vi. Llovía y su ropa estaba empapada, pegada a su delgada figura. Demonios, ¿por qué siempre llovía cuando tenías que ir detrás de alguien? La seguí justo cuando doblaba la esquina y desaparecía de mi vista. Había recorrido menos de una manzana cuando la vi cruzando la calle.

Por el rabillo del ojo, vi un camión que avanzaba a toda velocidad por la estrecha carretera. Reina parecía estar atrapada en sus pensamientos, pasándose furiosamente la mano por la cara, sin ver cómo se acercaba a ella a una velocidad alarmante. Empecé a correr, pero era demasiado tarde. Solo se escuchó el rechinar de metal contra metal.

Un minuto estaba de pie, y al siguiente su cuerpo estaba aplastado entre el camión y otro vehículo más pequeño. Ocurrió en cámara lenta, pero al mismo tiempo demasiado rápido. Corrí a una velocidad imposible, luego bajé al suelo junto a su cuerpo inerte mientras rugía:

—¡Llamen a una ambulancia!

Las puertas de los vehículos se abrieron y ambos conductores se dieron a la fuga. Maldición, debería ir tras ellos, pero no podía dejar sola a Reina. No en su estado, con las extremidades extendidas en direcciones antinaturales.

Sostuve su cuerpo ensangrentado entre mis brazos y el miedo que no había sentido en mucho tiempo se apoderó de mi pecho. Si ella moría, también lo haría cualquier oportunidad que tuviera con su hermana. Sin embargo, ni siquiera eso parecía tan crucial como mantener viva a Reina.

—No te mueras, joder. —La acuné contra mi pecho, aplicando presión en su abdomen. Había tanta sangre que no sabía de dónde salía. Por un segundo estuve seguro de que estaba muerta, y el terror se apoderó de mí—. Reina, sigue respirando o tendré que recurrir a medidas drásticas —dije con voz ronca.

Su rostro, rodeado de rizos teñidos de carmesí, estaba mortalmente pálido.

—¡Ambulancia! —gritó Amon, su propia cara blanca a la luz de la farola—. Que alguien llame a una ambulancia.

—¡Está en camino! —exclamó alguien.

Levanté la cabeza y lo encontré de rodillas al otro lado de su cuerpo inerte.

—¿Qué pasó? —La apartó suavemente de mis brazos, con las manos temblorosas. Las manos de Amon nunca temblaban, diablos—. ¿Dónde *demonios* está Darius? Se supone que debería estar vigilándola.

Apreté los dientes. Amon tenía vigilada a Reina desde que descubrió que unas chicas de la universidad la hostigaban. Personalmente, les habría dado una lección, pero pensó que era mejor poner a Darius en el trabajo.

—Si hubieras leído los informes de Kian, sabrías que Darius está en el extranjero en una asignación. Kian preguntó si querías que alguien más lo reemplazara. No contestaste el puto *email*.

Parecía angustiado. Su ruptura con Reina no tenía sentido. Estaba claro que aún le importaba.

—La cagaste, hermano —pronuncié. No debería haberle roto el corazón. El impulsivo no era él, sino yo.

—Dime. Que. Pasó. —Amon se tambaleaba en el borde, probablemente listo para perder su control—. O juro por Dios...

—Dos coches chocaron directamente contra ella —le informé, sin dejar de mirar el rostro pálido de Reina y observando mis dedos ensangrentados—. No puedo encontrar por dónde sangra más. Tenemos que hacer presión, pero no quiero moverla.

Sus manos la recorrían, buscando las heridas. Sinceramente, ni siquiera estaba seguro de si respiraba, estaba tan inmóvil. Entonces, como si hubiera tenido el mismo pensamiento, tomó la muñeca de entre sus manos y apretó los dedos contra el interior. Contuvo la respiración, cada una causando más tensión en sus hombros. Hasta que finalmente exhaló una bocanada de aire.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —Maldición. Esto se estaba convirtiendo en un circo de *Omertà*. No necesitábamos a Konstantin en esto también. Sin embargo, allí estaba. Sus ojos

parpadearon hacia la forma ensangrentada de Reina y su expresión se ensombreció.

—Su pulso se está desvaneciendo. —Desesperación llenaba la voz de Amon—. *Se está* debilitando.

Tenía razón. Empeoraba por cada segundo que pasaba. ¿Dónde demonios estaba esa ambulancia?

—Mi coche está allí —indicó Konstantin, señalando detrás de él—. La llevaré al hospital. —Nos pusimos de pie, corriendo hacia su vehículo—. ¿No deberías volver a tu fiesta? —le preguntó Konstantin a Amon. Después de todo, era el anfitrión.

Amon acunó su cuerpo contra su pecho mientras se deslizaba en el asiento trasero del auto.

—¡A la mierda la fiesta! Llévame al hospital.

—Yo debería llevarla. —Ofrecí. A menos que estuviera dispuesto a arreglar lo que fuera que se hubiera roto entre ellos. Me inclinaba a creer que si Reina se despertara y encontrara Amon sosteniéndole la mano probablemente empeoraría las cosas.

—No.

Me invadió la furia. No estaba bien sacudir así a la chica. Solo conseguiría aplastarla de nuevo.

—¡Tú hiciste esto! —espeté, decepcionado. Era importante no revelar demasiado delante de Konstantin.

Amon me ignoró y fulminó a Konstantin con la mirada.

—Dile a tu chofer que le pagaré todas las multas de tráfico. Solo llévanos al hospital.

—También iré —siseé, deslizándome a su lado en el coche.

Tenía que asegurarme de que Amon no desperdiciara todas mis oportunidades con la otra hermana Romero.

# CAPÍTULO VEINTICUATRO

# PHOENIX



Las cosas fueron de mal en peor. De la angustia a la muerte.

Las chicas y yo buscamos a Reina durante días hasta que por fin la encontramos. En el hospital. Negra y azul. Frágil y pálida.

Era difícil no dejar que la desesperación me invadiera. Quería meterme en la cama junto a ella y abrazarla, mantenerla a salvo. Como hacía cuando éramos niñas y se despertaba de sus pesadillas, llamando a gritos a nuestra mamá.

La enfermera entró y la examinó varias veces, al igual que el médico. Su estado era crítico, aunque no mortal. Saldría adelante, pero no tenía buen aspecto. La piel amoratada y estropeada, los huesos fracturados y el hecho de que aún no se hubiera despertado eran prueba de que había algo de lo cual preocuparse. La herida del abdomen era profunda y necesitaba puntos de sutura, aunque afortunadamente no había órganos internos dañados.

Sin embargo, el hecho era que seguía sin abrir los ojos. Si sentía mi presencia, no lo había indicado.

—*Saldrá adelante.* —Señó Isla, con los ojos hinchados.

—El médico nos aseguró que se pondrá bien —añadió Athena—. Solo necesita mucho descanso.

—*Quiero saber qué demonios pasó.* —Las manos de Raven temblaban mientras señaba—. *Fue a ver a Amon y luego acabó en el hospital.*

Isla la fulminó con la mirada.

—No empieces con tus especulaciones —advirtió.

Tampoco podía comprenderlo. Mis ojos se llenaron de lágrimas, sintiéndome un fracaso. Debería haberla acompañado, haber estado a su lado. De acuerdo, ella siguió negándose, pero no la había presionado lo suficiente. Egoístamente, quería evitar ver a Dante, lo cual no tenía sentido, ya que el acosador seguía acechándome. A veces incluso enviaba a su mano derecha, Cesar, para hacer los honores, y ese hombre *no* se molestaba en ocultar su presencia.

Hasta la semana pasada.

No se les veía a ninguno de los dos. Tal vez Dante finalmente había terminado conmigo. Después de todo, él y su hermano casi me habían costado a mi hermana.

Isla me envolvió en un abrazo.

—Vamos por un café.

Sacudí la cabeza. No podía dejarla, no hasta que abriera los ojos y estuviera segura de que se recuperaría.

—*Vayan ustedes tres. Solo quiero estar a solas con ella un rato.* —Pasó un latido, pero permanecieron pegadas a sus sitios—. *Tráiganme una taza de café, por favor*.

Eso las puso en marcha. En cuanto salieron de allí, un sollozo desesperado salió de mi garganta, estremeciéndome hasta lo más profundo de mi ser. Una vez que se me escapó el primero, le siguió otro. Temblaba, mis propios fantasmas y el terror por mi hermana se entrelazaban con mi incapacidad para protegerla.

En el fondo, siempre supe que Amon le rompería el corazón, y dejé que ocurriera. Mi corazón se rompió junto al suyo.

Tomé su mano fría entre las mías y la apreté suavemente.

—*Lo siento mucho, Reina.* —Moví los labios sin hacer ruido. El nudo en la garganta crecía con cada respiración—. *Por favor, despierta. Saldrás de esta y él... espero que se pudra en el infierno*.

En ese mismo momento, también lo decía sinceramente. Dante Leone me hirió irrevocablemente. Amon Leone casi destruyó a Reina. La abuela podía ser un verdadero dolor de cabeza, no obstante, empezaba a preguntarme si tenía razón cuando afirmaba que los hombres del bajo mundo solo traían miseria.

¿Cómo podía el amor traer tanta desesperación? Se suponía que era la mejor sensación del mundo, no como la desesperación arañando tu tierna carne con un cuchillo. El pecho se me oprimió y la respiración se me entrecortó.

Intenté contener mis sollozos. Reina necesitaba mi fuerza ahora, no mi dolor. No mis llantos.

Por segunda vez en mi vida, me sentía completamente impotente. Por segunda vez en mi vida, había sido testigo del dolor causado por un Leone.

Y esta vez, no me quedaría esperando un milagro. No se produjo cuando quise quedarme con mi bebé, y no se iba a producir ahora.

Esta vez, haría pagar a la familia Leone. Me negaba a perder a mi hermana por nadie.

Aún recordaba el dolor de haber perdido a mi hijo. Lo sentía igual de reciente, y sabía que superarlo sería imposible.

*Me desperté sintiéndome vacía.*

*Hacía dos semanas que había tenido al bebé y cada día me sentía peor. Mi cuerpo se estaba sanando, pero mi dolor se infectaba. La culpa crecía. Mi fracaso tenía un sabor amargo.*

*Se rompieron promesas. Corazones robados. Vidas cambiadas para siempre.*

*La fealdad de este mundo había asomado la cabeza y resultaba difícil no verla.*

*—La vida es así —me dijo mi abuela cuando me desperté postrada en cama por una grave hemorragia posparto. Perdí demasiada sangre en poco tiempo, lo que hizo que me bajara la presión y mi cuerpo entrara en shock. Casi me costó la vida.*

*Sin embargo, mientras contemplaba el mismo paisaje blanco que el día que había dado a luz, sentí como si hubiera muerto. La pequeña vida que había creado fue arrancada de mí, y ni siquiera tuve la oportunidad de despedirme.*

*No importaba lo devastador que fuera para mí. No podía volver atrás en el tiempo y encontrar a mi bebé. No podía cambiar el pasado y ya no tenía ganas de vivir.*

*La abuela ya tenía terapeutas listos. Predicaban que el duelo pasaba por etapas. Negación, ira, negociación, depresión, aceptación.*

*Todavía estaba en la fase de negación de mi miseria vital. Me pesaba mucho, me costaba respirar, me costaba ver la luz al final del túnel. El terapeuta me dijo que llegaría a la aceptación eventualmente.*

*El suave llanto de los bebés que recorría la clínica privada no ayudó a mi proceso de*

*curación. Era un espantoso recordatorio.*

*—Phoenix...*

*Mis pulmones se oprimieron y mi cuerpo se enfrió.*

*—¿Era... un niño o una niña? —Observé a mi abuela mientras evitaba mirarme—. Merezco saberlo.*

*—No lo sé.*

*El dolor y la pena se convirtieron en mis compañeros. Se habían convertido en parte de mí, siempre ahí. Algo así como el niño que di a luz. Mi bebé vagaría por este mundo, pero nunca formaría parte de mi vida.*

*—¿Puedes dejarme un rato a solas? —Señé, incapaz de abrir la boca.*

*—Reina te está esperando. —Mis uñas se clavaron en mis palmas.*

*—Solo vete.*

*Desapareció con un suave chasquido y agarré el buscapersonas. La enfermera debió de colocarlo en el atril después de que me llevaran a toda prisa para operarme. Le di la vuelta en la mano, el pequeño aparato encajaba perfectamente en la palma.*

*Me invadió la amargura.*

*¿Cómo pudo cambiar mi vida tan rápidamente en solo nueve meses?*

*Si tan solo no le hubiera dado una oportunidad... Si tan solo no me hubiera enamorado... Si tan solo no se lo hubiera dicho a nadie y lo hubiera manejado yo misma.*

*Mi mano temblaba tanto que el pequeño aparato rodaba arriba y abajo, de izquierda a derecha en mi palma.*

*No volvería a hacer clic. Ya no había nada de lo que pudiera salvarme.*

*Nunca volvería a necesitarlo, ni a él ni a nadie.*

Excepto que ahora necesitaba a mi hermana. Me negaba a perderla como había perdido a mi bebé. Todos pensaban que sabían lo que era mejor para Reina y para mí, pero lo único que hacían era dejarnos atrás.

Como *Mamma*, que había elegido el suicidio antes que a nosotras.

Como *Papà*, que nos había decepcionado una y otra vez.

Como la abuela, que tomaba decisiones *por*, y no con nosotras.

Era hora de enseñarle al mundo a mantenerse alejado de nosotras. Empezando por Dante Leone.

# CAPÍTULO VEINTICINCO

# PHOENIX



Me quedé observando mi reflejo en el espejo.

La misma cara me miraba fijamente, pero de alguna manera no era la mía. Reina estaba en Inglaterra. Las chicas estaban en la sinfónica, por lo que esta noche era el momento perfecto para ir al club donde todo empezó de nuevo. La noche en que Reina fue drogada. La noche en que nuestros caminos volvieron a cruzarse tras dos años de silencio por su parte.

El club que pertenecía a Amon y Dante.

Seduciría a Dante, luego le pediría un *tour* completo por el club nocturno para poder inspeccionarlo. Lo destruiría de la misma manera que él había incendiado ese restaurante y todas las citas que había tenido desde entonces. Como su hermano destruyó a mi hermana. Mi sonrisa siniestra brilló en el espejo, mostrando a la verdadera Phoenix. La mujer que sabía que era.

Estaba lista para vengarme. Finalmente les daría a probar de su propia medicina. Se arrepentirían de habernos hecho daño a mi hermana y a mí.

Veinte minutos después, el taxi se detuvo y me dirigí al portero.

Le mostré mi sonrisa más coqueta, saqué un teléfono y escribí un mensaje.

***Soy amiga de Dante y Amon.***

*Claro que no.*

Esperemos que estuvieran aquí. Incluso si era solo Amon, encontraría una manera de hacerlo sufrir. No lo seduciría. Incluso la idea de seducirlo hizo que la bilis subiera a mi garganta.

Tenía un cuchillo suizo en mi bolso de mano. Podía apuñalarlo. *«Gran plan»*, se burló mi razón. Dante era simplemente un objetivo más fácil y más lógico.

El portero me miró fijamente y luego revisó un trozo de papel.

—Su nombre —dijo lentamente.

Lo escribí.

***Phoenix Romero***.

Se apartó rápidamente y traté de reprimir mi sorpresa.

Entré en el club de Amon y Dante Leone con mi atuendo más atrevido: un vestido rojo sin espalda que se ceñía a mis curvas y apenas me llegaba a medio muslo. Al otro lado del pasillo, vi a Cesar negando con la cabeza antes de desaparecer. Conociendo a Cesar, iba a alertar a Dante de

mi presencia. Si es que el desgraciado no tenía ya algún tipo de vigilancia por satélite sobre mí, observando cada uno de mis movimientos.

De cualquier forma, sabía que vendría a buscarme.

Apenas había empezado a mover el trasero cuando dos hombres me rodearon. Uno delante; el otro detrás. ¿Por qué siempre suponían que las mujeres querían que las rodearan?

El de delante me agarró de la cadera y el otro de la cintura, haciendo que mi cuerpo se rebelara ante el contacto. Estaba a punto de darle un codazo por manoseador cuando una gran mano aterrizó en el hombro del tipo que tenía delante, tirándolo con fuerza hacia atrás. Retrocedió dando tumbos y tirando al suelo a varias personas.

El tipo que estaba detrás de mí se escabulló y me quedé mirando a Dante. Llevaba un traje negro de tres piezas que apenas disimulaba sus músculos y su crudo atractivo sexual. Su cabello era más oscuro que el cielo de medianoche y reflejaba las luces parpadeantes, rojas, amarillas y verdes.

Era una advertencia, un recordatorio, por la miseria que su familia causó a la mía.

Lo quería. Corrección, mi cuerpo lo deseaba, mas no se lo perdonaría. Casi me había engañado de nuevo. Afortunadamente, me salvé de otro desengaño, pero mi hermana no había tenido tanta suerte.

Así que me haría entender de la única manera que sabía. Sin embargo, no podía deshacerme de la sensación de ser una presa. Me observaba, algo en el fondo de su mirada me llegaba al alma.

El tipo que intentó tocarme se puso de pie, sin embargo, Dante no había acabado con él. Lo levantó como si fuera un muñeco de trapo y lo agarró sin siquiera mirarlo.

El tipo gruñó y lo arañó, pero Dante ni se inmutó. Le clavó el puño en la cara, haciéndolo volar por los aires. ¿Y qué hizo mi sexo traidor? Se estremeció. *Tembló,* maldición.

Algunas personas se acercaron para asegurarse de que estaba bien, lanzando miradas temerosas en nuestra dirección. Dante ni siquiera les dedicó un vistazo, su atención se centró en mí.

—*¿Qué haces aquí?* —Señó.

Ignorando su pregunta, hice la mía:

—*¿Por qué aprendiste ASL?*

Una emoción tan potente y cruda hervía a fuego lento bajo la superficie. Pero eso es lo que pasaba con la ira y la venganza, te cegaban.

—*Para impresionarte.* —Respondió finalmente, encogiéndose de hombros—. *Quiero poder comunicarme. Para conocer tus deseos, tus anhelos, lo que te gusta y lo que no.* —Demasiado tarde.

Dio un paso adelante, acortando la distancia que nos separaba, y me abalancé sobre su cuerpo, con mis pechos rozándole el pecho. Mi corazón latía con fuerza, mis dedos temblaban, cada célula de mi cuerpo se sentía afectada por él.

Se hizo el silencio entre nosotros durante dos o tres segundos.

—*He pensado en tu proposición. Quiero acostarme contigo.* —Expuse antes de acobardarme. Me ardían las mejillas y esperaba que él no pudiera verlo bajo las tenues luces del club.

La sorpresa brilló en sus ojos, no obstante, fue su siguiente movimiento lo que me sorprendió. Me agarró del codo y salió a la fuerza de la pista de baile, arrastrándome con él. Se comportó como un animal hambriento. *«O un monstruo desatado»*, me advirtió mi mente.

Mis tacones y sus largas zancadas no encajaban, y debió de darse cuenta porque, de repente, me levantó y mis brazos se enroscaron alrededor de su cuello.

*«Demasiado cerca»*, advirtió mi mente. «*Demasiado peligroso»*.

*«No lo suficientemente cerca»*, gritaba mi cuerpo. *«Necesito más de él»*.

Dios, tenía que recomponerme antes de que mi plan saliera mal. ¿O tal vez ese barco ya había zarpado?

Pero era imposible detener lo siguiente que vendría. Mi ira. Su traición. Nuestra lujuria. Todo era una receta para el desastre.

Avanzó furioso por el pasillo y se detuvo frente a la habitación que reconocí de la primera noche que estuve aquí. Era el despacho al que Amon llevó a Reina cuando la drogaron. Cesar, que seguía vistiendo su traje negro, custodiaba la habitación y, al vernos, asintió a Dante y luego abrió la puerta de cuero negro tachonado.

Las vibraciones graves de la música se desvanecieron, dejando solo un espeso silencio. Mi respiración agitada. Mi corazón atronador. Y el palpitar entre mis muslos. Aparté la mirada y me centré en la decoración de la habitación. En el centro había un elegante sofá de cuero con una mesita de centro de cristal.

Antes de que pudiera darme cuenta de algo más, las manos de Dante estaban en mi cintura y mi espalda estaba siendo golpeada contra la pared. Nuestras miradas se sostuvieron mientras su mano se deslizaba hacia mis muslos, apretando el material. Luego me subió el vestido de un tirón, dejándome en bragas y sujetador sin tirantes.

Jadeé, la piel se me erizó mientras luchaba contra el instinto de cubrirme. *«Llega hasta el final, Phoenix»*.

—No me gusta ver cómo te toca otra persona. —Habló despacio para que pudiera leer sus labios mientras sus manos estaban ocupadas tocándome—. Eres mía. —No se me escapó el apretón de su mandíbula—. Este coño. —Acarició mi sexo—. Este culo. —Agarró mi trasero—. Estos senos.

Agachó la cabeza y sus dientes me mordieron los pezones tensos a través del sujetador. Me desabrochó el *brasier*, tirándolo descuidadamente al suelo, y en cuanto su boca caliente tocó mi piel, un gemido burbujeó en mi garganta.

Me arrancó la ropa interior, dejando caer el material al suelo antes de que sus dedos se clavaran en mi piel y me atrajera hacia él. Nuestras bocas chocaron. La tela de su traje contra mi núcleo palpitante provocó fricción.

Mis labios temblaron bajo su firme beso. Me invadió una avalancha de emociones y deseo. Hacía años que ni él, o cualquier hombre, me había tocado, y sentía tan bien. Demasiado bien.

Le rodeé la nuca con las manos y tiré de él para acercarlo más, agarrando sus mechones y sintiendo su gruñido salvaje vibrar contra mi boca.

En un rápido movimiento, liberó su miembro y empujó la corona contra mi clítoris. Mi cabeza cayó contra la pared mientras cada centímetro de mí ardía. Puede que lo hiciera por venganza, pero mi cuerpo lo deseaba. La evidencia de mi excitación goteaba entre mis muslos.

Empujó su longitud contra mi entrada. Una vez. Dos veces. Luego, sin previo aviso, me la metió hasta el fondo. Mi espalda se arqueó contra la pared y un fuerte escalofrío me recorrió.

Enganché las piernas alrededor de su cintura esculpida, dándole un mejor ángulo, y embistió dentro de mí con golpes profundos y duros. Me soltó una nalga y me agarró la barbilla, obligándome a mirarlo.

—Eres mía. —Dios, el mundo giraba sobre su eje mientras yo rebotaba sobre su miembro, sintiendo cada segundo como el más dulce de los pecados—. ¿Lo sientes? —Su mano bajó hasta mis pechos, amasándolos, acariciándolos, tirando de mis pezones—. Tu coño está ordeñando mi polla como una buena chica.

Era incapaz de seguir el ritmo mientras arremetía como un loco. Se retiró hasta la punta y volvió a penetrarme, golpeando mi punto G y haciéndome gritar. Movía los labios como si gruñera y hablara, pero ya no podía concentrarme en ellos mientras me penetraba con renovado fervor.

Entonces se detuvo y parpadeé confundida mientras deslizaba la mano más allá de mis pechos y me rodeaba la garganta. Mis ojos se cruzaron con los suyos, cada uno de ellos un profundo charco de lujuria y algo salvaje.

—Dilo otra vez.

Parpadeé confundida y saqué la lengua para lamerme los labios. Sus caderas se movieron con un empujón superficial. Y otro. *¡Oh, Dios mío! Sí, sí, sí.* Lo miré con los ojos entornados mientras seguía cogiéndome, pero entonces se detuvo de nuevo y dejé escapar un gemido frustrado.

—Dilo otra vez —ordenó.

—*¿Qué*? —exclamé, con una mano agarrando el cabello de su nuca.

—Mi nombre. Dilo. —Empujó con brusquedad y su nombre salió de mis labios, la vibración en mi garganta desacostumbrada a hablar—. Esa es mi chica. No olvides quién te folla.

Luego me penetró una y otra vez, con su nombre cantando en mis labios. Cuanto más gritaba, más rápido y más duro me cogía, haciéndome caer en el olvido. Y me encantaba.

Su mano alrededor de mi cuello apretaba, el suministro de oxígeno disminuía mientras arremetía dentro de mí. Era dueño de cada centímetro, igual que hace dos años. Cuanto menos aire respiraba, más estrangulaba su miembro. Sus gemidos me hacían vibrar y su ritmo despiadado no disminuía.

Gemí y mis labios corearon su nombre. Mi centro se apretó y, cuando volvió a tocar mi punto secreto, me corrí tan fuerte que se me nublaron los ojos y sentí que me iba a desmayar.

Sin embargo, no lo hice.

En cambio, vi a este hombre follarme con empujones implacables. Como si me necesitara. Como si fuera mi dueño, y eso me daba miedo. Debería haberle exigido que parara, pero no pude. Intenté recordar por qué estaba aquí, en este club, pero la sensación suya deslizándose entre mis piernas ahuyentó mis pensamientos.

Era como una adicta cuando se trataba de él. Quería tomar más, dárselo todo. Las venas de su cuello palpitaban y me incliné hacia delante, lamiendo su piel y saboreándolo. Siguió y siguió cogiéndome, despertando mi placer una vez más.

Justo cuando pensé que estaba a punto de correrse, cambió de posición. Me colocó inclinada sobre el sofá, con el trasero al aire, mientras seguía penetrándome. La lujuria se apoderó de mí, mis manos se aferraron al reposabrazos y mis piernas se abrieron ante él.

Levanté los ojos y capté nuestro reflejo en el gran espejo situado frente al sofá. No se me escapó la disparidad. Estaba desnuda y expuesta, pero él no. Tenía el cabello alborotado. Mis mejillas estaban sonrojadas. Mis labios hinchados y mis pechos colgaban pesados y llenos. Pero fue la imagen de Dante detrás de mí la que me robó el aliento.

Su cara estaba marcada por la lujuria mientras *me* miraba. Me penetró con fuerza, empujando el sofá hacia delante. Sus embestidas aumentaron hasta convertirse en un ritmo agotador, y mis caderas se desplomaron sobre el reposabrazos. Enterré la cara en los cojines y mis pezones rozaron la tela mientras me cogía viciosamente. Pero entonces sus fuertes dedos se enredaron en mis mechones y tiraron de mi cabeza hacia atrás hasta que quedé medio erguida. Giré la cabeza hacia un lado y me encontré con sus labios.

Su otra mano me rodeó la garganta. Me jodió sin piedad, arremetiendo mientras el sofá crujía

contra el suelo. Cada embestida salvaje me empujaba hacia arriba, arrancándome un placer ilícito y primitivo. Con su boca en la mía, llegamos juntos al orgasmo y su cálida semilla brotó dentro de mí. Se estremeció contra mi espalda mientras yo temblaba y luego me rodeó con sus brazos, siempre tan posesivos.

Esperaba que se separara de mí, mas no lo hizo. En lugar de eso, me envolvió en su abrazo mientras sus labios rozaban mi nuca y cada beso me provocaba un nuevo escalofrío.

Y mientras tanto, un millón de pensamientos se agolpaban en mi cerebro. El más ruidoso se burlaba de mí. «*Sigues enamorada de él*».

Así que lo aparté, tratando de orientarme. Dante salió de mí, pensaba moverme, pero señó:

—*No lo hagas.*

Me quedé paralizada, luego lo miré mientras agarraba unos pañuelos y me limpiaba los muslos, con un tacto dolorosamente suave. Tiró los pañuelos sin cuidado y me dio la vuelta para que quedáramos frente a frente.

Seguía vestido. Yo estaba completamente desnuda, aparte de mis tacones. Estaba oculto y yo expuesta. Resiliente y vulnerable.

Tomó el sujetador y el vestido y me ayudó a ponérmelo. Lo alisé mientras Dante me peinaba el cabello con sus dedos gruesos y venosos. Cuando lo ignoré, me levantó la barbilla con los dedos pulgar e índice, con los ojos entrecerrados y la mandíbula desencajada.

—¿Qué pasa?

Quería decir tantas cosas.

*Te odio; te amo. Me usaste; me rompiste. Todavía te necesito.* Y me odié por ello. ¿Por qué no podía seguir adelante?

Algo en la oscuridad de sus ojos brilló, tal vez incluso se suavizó. Quizá se arrepentía. Tal vez ahora dejaría de fingir. Podríamos hablar de lo que pasó hace dos años y...

No sabía qué, pero necesitaba saberlo.

—*¿Tienes la costumbre de ignorar a la gente?* —Señé, con los dedos temblorosos, pero aquella simple pregunta abrió el dique e inundó todos mis sentidos—. *¿Y por qué sigues vestido? ¿Se supone que es un gesto de poder o algo así?*

La expresión del rostro de Dante se volvió inexpresiva y francamente aterradora.

—¿Qué demonios dijiste? —Su voz era fría como el hielo mientras me agarraba del cuello con una fuerza bruta que me helaba hasta los huesos, y luego me estampaba contra la pared.

Mis dientes rechinaron cuando el placer se convirtió inmediatamente en miedo. Mis manos subieron hasta su pecho, mis uñas se clavaron en su camisa, deseando arrancarle el corazón, hacerlo pedazos. Igual que me había arrancado el mío.

—*Suéltame.* —Mis labios se movieron, aunque fue como si no los hubiera visto. O tal vez realmente no le importaba. Era como un perro rabioso, enloquecido y salvaje, sediento de caos, dolor y castigo.

Era la segunda vez en mi vida que me sentía tan indefensa. Los ojos de Dante carecían de emoción, estaban vacíos de vida, eran difíciles de leer. Me estudiaba con una apatía que rayaba en la de un psicópata.

Me quedé helada. Aturdida de incredulidad por lo rápido que pasó de apasionado a esto. Un monstruo cruel. Este hombre frente a mí estaba irreconocible.

La falta de oxígeno y la imposibilidad del momento me nublaban la vista. Casi me sentía como si lo estuviera viendo pasar, ajena a mi propio cuerpo. Igual que cuando estaba en el hospital y seguía suplicando por él.

*Clic. Clic. Clic.*

Sentí la grieta final en mi alma. O tal vez en el corazón. Mi cuerpo palpitaba con un dolor que me llegaba hasta el pecho. Lo sentí en cada fibra de mi ser.

No más. Nunca más, maldición.

Intenté golpearlo con el puño, pero me agarró el brazo sin esfuerzo y sentí cómo se debilitaba bajo su agarre. Lancé una última mirada a su rostro y supe que así moriría, asfixiada por un hombre al que una vez conocí, al que había entregado mi frágil corazón. Porque, por mi vida, no podía encontrar a Dante detrás de la fría y amarga furia con la que brillaban sus ojos.

Un destello de plata en el bolsillo de su chaqueta captó mi atención. Sin detenerme a pensarlo, metí la mano en su abrigo y la envolví en la empuñadura metálica de su pistola. Cuando empezaron a aparecer puntos negros detrás de mis párpados, la saqué, accioné el seguro, tal como había visto hacerlo a *Papá*, y apreté el gatillo a ciegas.

El poder y la fuerza del arma eran desarmantes, el sonido tan fuerte que hasta pude oírlo. Las reverberaciones me taladraron los oídos y me recorrieron el cuerpo.

Sus ojos se cruzaron con los míos y ya no carecían de emoción. Una gama de emociones bailó a través de ellos. Conmoción. Horror. *Arrepentimiento*.

Cerró los ojos y apoyó la frente en la mía. Sacudió la cabeza muy despacio, luego la bajó y su nariz rozó la mía mientras me quedaba helada.

No tenía ni idea de lo que acababa de pasar. Cómo había pasado de querer matarme a... besarme.

Lo aparté de un empujón y sus rodillas cayeron al suelo. Mi mirada se clavó en su costado, el carmesí sangraba a través de su camisa blanca y se expandía lentamente.

Dios mío, le disparé a alguien. *Le disparé a Dante.*

—Me disparaste. —Asentí, no tan satisfecha y feliz como debería—. ¿Por qué lo hiciste? —Le leí los labios porque se estaba agarrando la herida, haciendo presión para detener la hemorragia.

—*Te lo advertí*. —Mis manos temblaban mientras señaba, mis labios apenas se movían mientras pronunciaba las palabras—. *Te advertí que te dispararía si no te alejabas de nosotras. He venido a ajustar cuentas y, aunque ha salido distinto de mi plan, ahora veo claramente que la familia Leone es un peligro para todos.*

—Una bala no me detendrá.

—*Lo haré otra vez.* —Tal vez no estaba leyendo bien mis labios, así que señé las palabras —. *Te dispararé de nuevo*.

—Mejor acaba conmigo, entonces. —Se balanceó un poco, la pérdida de sangre le afectaba —. Apunta al corazón esta vez. Es tuyo de todos modos.

Tragué saliva. El hombre estaba loco.

—*Te mataré.*

—Mátame y volveré como un fantasma y me uniré a tu alma. —Dios, realmente *estaba* loco —. Me arrastraré a través de los fuegos del infierno para llegar a ti.

Dejé caer la pistola y salí corriendo de allí con las lágrimas corriéndome por la cara y un sollozo desesperado empujándome los labios.

# CAPÍTULO VEINTISÉIS

# DANTE



Me disparó.

Pero eso no fue lo peor. Fue el hecho de que tuve una maldita laguna mental. Delante de ella. Hasta ahora, ella había calmado mis demonios, no los había despertado. El terror que sentí cuando recobré el sentido, al ver ese miedo en sus ojos. Me destripó. Esa mirada me acompañaría el resto de mi vida.

—¿Qué he hecho? —dije con voz ronca, mi cuerpo fallando rápidamente. De todos modos, la pregunta era inútil. Ya sabía la respuesta. Estaba roto. Después de todo, la doctora Freud me advirtió de las consecuencias de no ocuparme de mis recuerdos.

Hizo falta que la chica de tristes ojos azules me disparara para que las palabras calaran. Aunque no debería sorprenderme cómo terminó. Después de todo, me había rociado con gas pimienta y se había enfrentado a mí en todo momento. Y me advirtió.

Sin embargo, si tenerla era lo último que experimentaría en esta tierra, entonces, demonios, valía la pena. Sus paredes apretadas y la forma en que ordeñaban mi polla. Era la mejor sensación que jamás había vivido. Ella era para mí. Estaba seguro.

Arrodillado en el suelo, la vi salir corriendo por la puerta, con su sabor aún fresco en la lengua, el aroma de la lluvia primaveral mezclándose con el cobre.

¿La había malinterpretado?

No, no podía ser. Me había deseado, aunque por poco tiempo. Había gemido, se había retorcido contra mí. Me deseaba tanto como yo a ella, y juntos éramos gloriosos.

¡Joder! ¿Era posible tener una erección mientras te desangrabas?

—¿Qué demonios pasó? —Me encontré con los ojos de Cesar cuando apareció en la puerta, jadeando—. ¿Debería ir tras ella?

Me sentía mareado por la pérdida de sangre.

—No, déjala ir.

Al menos por ahora.

—¿Vas a contarme qué ocurrió? —preguntó, y cuando lo fulminé con la mirada, levantó las manos—. De acuerdo, de acuerdo. Ya veo que esto es una de esas cosas de *no digas nada a nadie o será mi cabeza*, ¿verdad?

—Maldita sea, sí —repliqué entre dientes mientras intentaba moverme—. Elévame y aplica presión a la herida. La bala no ha roto ni fracturado nada. —*Eso esperaba*.

Cesar no dijo nada durante un momento demasiado largo.

—Esta chica te matará. Tienes que dejarla ir.

Cerré los ojos brevemente, deseando respirar. Quería a Phoenix, pero era lo bastante inteligente para saber que Cesar tenía razón. No es que se lo admitiera.

—No me dio en el corazón. Si me quisiera muerto, me habría metido la bala en el corazón.

—*Yo* debería acabar con tu sufrimiento y meterte una bala en el corazón —murmuró Cesar, con un aspecto demasiado serio. Luego sacudió la cabeza, desechando la idea de dispararme—. Creo que sobrevivirás a esto, jefe. Todavía tienes energía para ladrar órdenes. —Su voz era tan espesa como la sangre que parecía estar drenando toda mi energía—. Me alegra ver que estás bien.

—*Tú* no lo estarás si no me salvas el *culo*.

—Por supuesto —contestó, nada preocupado—. Salvar tu *culo loco* es mi prioridad.

Dios, esperaba que no estuviera bromeando.

—Encuentra un hospital que podamos sobornar para mantenernos fuera del radar. —Y entonces recordé una cosa—. Asegúrate de que no sea en el que estuvo Reina Romero. —Ese tenía médicos que reportaban a Illias Konstantin.

Entonces la oscuridad me hundió.



Cuando me desperté, tenía la piel fría y húmeda y me costaba un esfuerzo hercúleo incluso respirar. Fui a cambiarme y estuve a punto de vomitar cuando el mundo se inclinó. Apreté los dientes ante el dolor que me recorría.

—Por fin despierto. —La visión se aclaró y encontré a Cesar sentado junto a mi cama—. Tardaste bastante.

—¿Dónde estamos? —Conseguí decir.

—Clínica privada. —Me encontré con su mirada preocupada, pero no dije nada—. No querías que nadie lo supiera... ¿Verdad?

Suspiré.

—Así es —confirmé, sofocando una mueca de dolor mientras me movía ligeramente—. ¿Qué me he perdido?

—¿Aparte de ser herido de bala por una chica? —Cesar y su sarcasmo. Tal vez podría dispararle, si no fuera tan leal—. Nada. Amon sigue desenfrenado. Persiguiendo a todo el que pueda estar implicado en el atropello de Reina. —Negué con la cabeza. Si tanto le gustaba la chica, ¿por qué demonios había terminado con ella? No solo había arruinado sus propias oportunidades, sino que también me había jodido las mías con Phoenix.

—¿La has estado siguiendo? —Me lanzó una mirada seca—. Bueno, ¿lo has hecho?

Se reclinó en su silla como si se estuviera poniendo cómodo.

—No soy tu tipo de acosador espeluznante.

—Cesar, te juro por Dios que voy a…

Me cortó.

—Sí, la vigilé. Aunque, ¿la verdad completa? Siempre me atrapa y amenaza con pegarme un tiro. —Respiró hondo y soltó un suspiro exagerado—. Así que tuve que *dispararle*.

Me levanté como un rayo, ignorando todo el dolor.

—¿Hiciste qué? —bramé. No importaba que me hubiera disparado. Si fuera ella o toda la raza humana muriendo, la elegiría a ella sin pensarlo dos veces—. ¿Dónde está mi arma? Voy a...

—¿Qué demonios está pasando? —Una enfermera entró en la habitación en ese momento y le lancé una mirada sombría.

—¡Fuera! —gruñí.

—Pero, señor...

—Vete *ahora.* —Se retiró de la habitación y me giré para mirar a Cesar, que sonreía como un idiota—. Maldito...

—Grandioso hombre. —Trató de terminar por mí—. No le disparé. —Se rio, poniendo los ojos en blanco—. Un agradecimiento estaría bien por continuar con tus hábitos de acecho poco saludables mientras estabas noqueado.

Respiré hondo y me pasé una mano temblorosa por la frente sudorosa.

—¿Cómo está? ¿Está perdiendo el sueño? Debe de estar alterada después de actuar tan impulsivamente. —La mirada de Cesar se desvió hacia la ventana, con la incomodidad claramente reflejada en su rostro—. ¿Qué?

Me miró inocentemente.

—¿Qué?

—¡Pregunté primero! —espeté.

Se encogió de hombros.

—*No entiendo tu pregunta* —respondió en italiano.

*Este hijo de puta.*

—¿Quieres un agujero de bala entre los ojos? —Se rio—. Di algo —pronuncié entre dientes —. Dímelo ahora o, cuando me entere, te cortaré la lengua. —Puso los ojos en blanco ante mi dramatismo—. No me pongas los ojos en blanco. Sabes que soy capaz.

Jesucristo, tal vez la pérdida de sangre me hizo un poco excéntrico.

—*Duh,* te he visto ponerte en plan *Saw* y cagarte en la gente. Pero no me cortarás la lengua. —No me gustaba lo seguro que estaba de sí mismo—. Necesitas que te diga lo que tu intento de asesina… —levantó las manos e hizo comillas en el aire—… ha estado haciendo la última semana mientras dormías tu reparador sueño de belleza.

—Al menos no soy feo —murmuré, sintiéndome cansado de repente—. Ahora cuéntame. —En el momento en que la demanda salió de mi boca, me decidí por un enfoque diferente—. Ten piedad de un hombre que casi muere.

Se burló.

—Como sea. Hará falta mucho más que una bala para matarte, Dante.

—Cierto.

Agitó la mano.

—De acuerdo, pero recuerda que solo soy el mensajero. —Asentí, ansioso por escuchar las noticias—. Visitó a su hermana y fue a la escuela. Y la niña duerme como si estuviera muerta. —Mis cejas se fruncieron. Sin remordimientos de conciencia. Nada de noches en vela.

Busqué la cara de Cesar. Había algo más que no me estaba contando.

—¿Qué más?

El tono de mi voz era moderado, cauteloso.

—Tuvo una cita. —Se aclaró la garganta mientras el rojo empañaba mi visión—. De acuerdo, oblígame a decirlo, tuvo tres. Máximo.

Se movió para ayudarme a levantarme, pero lo agarré del brazo.

—¿Con el mismo tipo?

—Sí.

—Nombre. —Se encogió de hombros—. ¿No lo sabes o no lo dirás?

—Ambos, supongo.

—Atrápalo —ordené, mi voz desigual ahora—. Asegúrate de mantenerlo vivo para mí.

Cesar me lanzó una mirada de desaprobación.

—Comieron juntos. Ni siquiera en un restaurante. Fue después de clase.

—No me importa. —Le sostuve la mirada—. Debería haber corrido hacia el otro lado.

—Dante...

—Está bien —declaré, juntando los dedos y llevándolos a la barbilla—. Puede ir a todas las citas que quiera. Compraremos más palas y los enterraremos a todos, uno por uno.

—Tengo que decírtelo, Dante. Mi espalda no puede soportar tantos cuerpos.

Agité la mano, ignorando el dolor. Me había acostumbrado a fingir que no lo sentía a lo largo de mi vida.

—Ella quiere jugar, así que jugaremos.

—Tal vez le gusten las citas —sugirió Cesar útilmente, pero en realidad *no*. Si quería una cita, debería haber acudido a mí.

Pensarías que entraría en razón. Cualquiera lo haría. Pero oír esas palabras solo hizo girar las ruedas de mi cabeza, y me zambullí en la seductora posibilidad de hacer girar la telaraña a su alrededor y ver todos los problemas que podía causar.

—Dante, la chica claramente planea matarte.

Casi me reí, recordando nuestra conversación después de follar. Maldita sea. Se me estaba poniendo dura otra vez de pensarlo. Dame un maldito respiro. Sí, su coño era bastante glorioso, pero necesitaba mi cerebro ahora mismo.

Volviendo a la conversación... Dijo que me conocía. Claramente no lo hacía, porque *me encantaban* los desafíos.

—No lo hagas —advirtió Cesar, mirándome con recelo—. Conozco esa expresión.

Sus palabras no hicieron más que animarme, haciendo mi plan aún más atractivo. Phoenix decía que me conocía. Si realmente me conociera como decía, sabría que no me detendría ante nada.

Entonces me asaltó un pensamiento y sonreí maliciosamente.

—Realmente no me quiere muerto.

—Te disparó. Créeme, te quiere muerto. —Cesar sacudió la cabeza con incredulidad—. Estás delirando.

No podía borrar la sonrisa de mi cara.

—No, solo pretendía herirme.

Cesar parpadeó.

—Se acercó bastante a tu corazón.

—Sí, con su flecha de Cupido, pero no con la bala. —Me froté las manos, sin sentir mucho más que la emoción de la persecución—. Es solo un tipo de juego previo más largo.

Gruñó algo más, pero yo ya no escuchaba, maquinando mi propia perdición. Y la suya.

Siempre y cuando cayéramos juntos.

# CAPÍTULO VEINTISIETE

# DANTE



Estaba de vuelta en Trieste. Castillo Miramare.

Mi herida de bala, cortesía de Phoenix, se había curado bien. Había decidido conmemorarla con un tatuaje, pero la carne aún estaba demasiado sensible. *Pronto.* Y tenía justo el diseño en mente para ello.

Al día siguiente era Navidad, y estaba claro que mi hermano no tenía intención de poner fin a su espiral. No habría venido, pero sabía que mamá nos esperaba y no podía dejarla sola el día de Navidad con *aquel* hombre.

En cuanto entré en el castillo, vi a mi madre con su kimono rosa.

Sonrió, acercándoseme con pasos cortos, y cuando me abrazó, su pequeño cuerpo apenas me llegaba al pecho.

—Estoy tan feliz de que estés en casa para Navidad. —Sus ojos miraron detrás de mí, pero solo encontró a Cesar—. ¿Dónde está tu hermano?

Demonios, podía con la angustia de todos menos con la suya.

—No creo que venga.

—¿Por qué?

*«Porque está embelesado con la menor de las Romero como yo lo estoy de la mayor».*

Como no era una buena respuesta, opté por la verdad más cercana:

—Ha estado ocupado.

—¿Para Navidad?

—El bajo mundo nunca descansa. No hay vacaciones para los malvados.

Algo parpadeó en sus ojos oscuros, sin embargo, sabía que preguntar no me daría ninguna respuesta.

—Quizá deberíamos ir a verlo. ¿Me acompañarías?

—Claro, cualquier cosa por ti.

Sonrió y se fue arrastrando los pies por el pasillo, probablemente para informar a la cocinera y a los criados de que no íbamos a celebrar ninguna fiesta navideña, al menos no aquí.

—Ven aquí, muchacho.

Apreté los dientes, luchando contra el impulso de sacar la pistola y empezar a disparar en la dirección general de la voz de mi padre. Maldición, odiaba a ese hombre.

No hacía falta adivinar dónde estaba. Siempre estaba en su despacho, a menos que estuviera con una de sus putas o pegándole a mi madre.

La puerta estaba abierta de par en par y, una vez dentro, la cerré tras de mí. Nunca se sabía qué clase de mierda vil se le ocurriría, y mi madre no necesitaba esto hoy.

Me acerqué a mi padre, que estaba sentado en su silla como un rey malvado y enfermo,

acobardado tras los muros de su castillo destinado a oscuros cuentos de hadas. Lo único que albergaba este hogar eran pesadillas. Al menos mientras duraba su reinado.

Sus ojos se clavaron en mí, observándome mientras daba un sorbo a su bebida.

—No pensé que Amon y tú vendrían hoy.

—No vino —afirmé fríamente.

—Pero estás aquí —dijo.

—Obviamente. —Dios, cómo me irritaba. Lo odiaba a muerte y deseaba aplastarle la cabeza contra el escritorio. Me fumaría un cigarrillo viendo cómo se le escapaba el cerebro por las orejas y se derramaba por todo el roble macizo.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Di un paso adelante y me detuve ante su escritorio. Opté por no sentarme, prefiriendo elevarme sobre él.

—Tú. Muerto. —Mi voz era baja, pero no menos mortal.

Se limitó a reír y a dar un sorbo a su bebida. Nada me haría más feliz que borrar esa sonrisa de su cara.

—Sigues siendo una pequeña mierda, como lo era tu madre.

*Era.* Nunca hablaba de mi madre. Nunca. Ni siquiera compartió su nombre conmigo. Tuve que sacárselo a Hana, la mujer que me crío. *Francesca D'Agostino.*

Era todo lo que sabía de mi madre biológica. Y que su familia poseía vastos viñedos por toda Italia, de los que me había hecho cargo desde entonces. Empecé a trabajarlos a los doce años y a dirigirlos a los dieciséis. Era lo único normal en mi vida.

—Me imagino que Francesca probablemente habría dicho lo mismo de ti.

Cuando era niño y nos golpeaba, le temía. Ya no era así. No lo necesitaba, ni su dinero, ni su protección. Solo quería que se fuera.

Y no me refería a fuera de la ciudad. Lo quería a dos metros bajo tierra.

El mar azul claro y el cielo brillante a su espalda se extendían kilómetros más allá de las ventanas. Era un momento perfecto, excepto por el hombre sentado en la silla. Sería tan fácil acercarse, romperle el cuello y acabar con él. Sería una buena vida y un hogar seguro. Pero la *Omertà* tenía reglas estrictas sobre el patriarcado. Asesinar a mi padre eliminaría el derecho de los Leone a la silla.

Nuestras miradas permanecían fijas, la tensión llenaba el aire mientras una pequeña sonrisa curvaba sus labios.

—Crees que puedes acabar conmigo. —Se rio—. No lo harás. Eres débil como *ella*.

*Ella.* ¿Se refería a mi madre biológica o a la que me crio? No importaba. Al menos yo no era como él. Aunque a veces me lo preguntaba. El placer que encontraba en la tortura. La forma en que me follé a Phoenix. *Mierda.* No podía compararme con él o perdería la cabeza de verdad.

—No estaría tan seguro —pronuncié, imaginando ya su dolor y oyendo sus gritos. *Oh*, serían perfectos. Cuanto más fuerte, mejor.

Entrecerró los ojos y ladeó la cabeza, casi como si estuviera considerando la posibilidad de que lo matara. Pero algo no encajaba. En lugar de preocupación, en sus ojos se dibujó una mueca de diversión.

—Siempre fuiste el más débil —replicó—. Deberías haber nacido con un coño como tu madre quería. No eras lo bastante bueno para ella, y desde luego no lo eres para mí. —La ira me hizo un nudo en el estómago. Nunca me consideró lo bastante bueno, y había dejado de intentarlo hacía mucho tiempo—. Es un poco irónico, en realidad —continuó mientras una vil sonrisa aparecía en su rostro.

—¿Qué es? —Debería haber sabido que no debía preguntar.

—Tu madre se suicidó. —Cerré los ojos, el corazón me latía con fuerza. Encendió un puro y las bocanadas de humo se arremolinaron en el aire—. Justo después de dar a luz. Te miró y se cortó la yugular.

Enseñé los dientes.

—Estás mintiendo.

—*Oh*, ojalá fuera así —dijo, todavía sonriendo. Estaba disfrutando cada segundo de esto—. Realmente fue una pena. Me gustaba jugar con mi bonita novia.

Sabía exactamente lo que eso significaba. Le gustaba forzar a las mujeres, hacerlas llorar y gritar, oír sus sollozos en el aire. Se drogaba con eso, el sádico.

—La violaste —reviré con voz ronca.

Se rio largo y tendido.

—Llámalo como quieras, muchacho. Era mi esposa. Su coño me pertenecía y me debía un heredero. —No podía respirar, mi visión se volvía roja mientras el tamborileo en mis oídos se volvía ensordecedor—. Pero tardó una eternidad en darme uno.

Lo fulminé con la mirada, con el odio abrasándome las venas como veneno.

Padre destruía y arruinaba a cualquiera que tocaba.

—La dócil y dulce Francesca se convirtió rápidamente en un animal rabioso cuando naciste —continuó—. Intentó matarte cuando se dio cuenta de que no eras una niña. Al no conseguirlo, se suicidó. Prefirió morir a vivir para ver a mi hijo. Te llamó la reencarnación del mal. Perra tonta.

No me extrañaba que él me odiara. Al parecer, mi madre también.

Las paredes invisibles se cernían sobre mí y mis manos se cerraban en puños, poniéndome los nudillos blancos. Empecé a perderme en mi cabeza.

*Mi madre predijo que me convertiría en mi padre. Podría haber tenido una vida diferente, pero me abandonó. Lo odiaba. Me odiaba.*

Se me cerró la garganta mientras me zumbaban los oídos.

—Resulta que Francesca podía predecir el futuro —se mofó—. No *vales nada*. Fue la razón por la que me negué a pagar el rescate. Cogiéndote a la hija de mi enemigo.

Lo observé con el ceño fruncido, preguntándome de qué demonios estaba hablando. Se levantó, con la comisura del labio curvada en señal de disgusto. Había un desafío en su postura, odio en sus ojos.

—No se te podía parar por nadie más que *ella*. —Cabello castaño oscuro... La mujer que a veces venía a mí en mis visiones. ¿Era de quien hablaba?—. No pensaste que lo sabía, ¿verdad? —Mantuve mi rostro como una máscara inexpresiva, con los dientes rechinando—. Lo sé todo, hijo.

—No sabes nada, viejo. Te aprovechas de los débiles. —Mi tono se volvió siniestro, provocador—. Elige a alguien de tu tamaño y luego habla conmigo.

Se rio.

—Tan valiente y toda esa mierda, pero aún jodiendo a tu familia. —No tenía ni una maldita idea de lo que estaba diciendo. Probablemente solo estaba soltando estupideces para molestarme —. Me das asco. Ni siquiera yo iría tan lejos.

Esta conversación me sentó como una tonelada de ladrillos sobre los hombros y el pecho, haciéndome imposible respirar.

—¿Quieres saber las últimas palabras que me dijo tu madre? —Siguió torturándome y continuó sin esperar respuesta—: Se hubiera quedado por una hija. Pero a ti... Te odió a primera

vista. Predijo que destruirías todo lo que tocaras.

Salí disparado hacia delante y le rodeé el cuello con la mano.

—¡Maldito desgraciado! —gruñí, apretando la mandíbula. Mi puño voló por el aire y golpeó su pecho. Luego volví a hacerlo—.¡Tú *destruyes* todo lo que tocas, no yo! —siseé.

Detrás de mí se oyó un grito ahogado, aunque apenas pude escucharlo. Volví a golpearlo, su boca se abría y cerraba sin emitir sonido alguno. La sangre corría por mis venas, la rabia alimentaba la violencia.

*Hijo de una violación.* Puñetazo.

*Mamá te odiaba.* Puñetazo.

*Diablo reencarnado.* Lo mataría. El cuerpo de mi padre estaba tendido sobre su escritorio. Podía sentir sus costillas crujiendo bajo la fuerza del impacto. Disfruté la sensación de sus huesos bajo mis nudillos.

Me preparé para darle otro puñetazo cuando una pequeña mano se acercó a mi espalda.

—Dante. —La voz era apenas un susurro, mis ojos fijos en la cara de padre. Necesitaba moretones y un labio partido. Como lo hizo con todas esas mujeres. Luego lo ahogaría un poco, haciéndolo creer que podía pelear conmigo por una onza de aire—. No lo hagas —suplicó la voz de mi madre. Flexioné los dedos y los cerré en un puño. Quería hacerlo. Su fin estaba a mi alcance. Mi ira me impulsó a seguir—. Confía en mí, *Musuko*.

Me quedé quieto. Nunca me llamaba *hijo* en japonés. Lo reservaba para Amon.

Empujándolo a través del escritorio, cayó de espaldas en su silla.

—Te veré mañana en casa de Amon. Feliz maldita Navidad, padre.

# CAPÍTULO VEINTIOCHO

# DANTE



La oportunidad cayó prácticamente en mis manos dos semanas después de Año Nuevo.

Mi padre estaba muerto, que se pudriera en el infierno, y lo único que me enfadaba era que no fui quien acabó con él. Quería oír sus gritos, sentir su dolor y sufrimiento.

Mi mente se negaba a recordar mi propio sufrimiento, pero mi cuerpo sí. La prueba de ello estaba en todo mi torso, un mapa de cicatrices y quemaduras. Las secuelas estaban en mi repulsión a que me tocaran. O tal vez era un mecanismo de autodefensa, sabiendo que a nadie le gustaría tocar o ver cicatrices así.

—Ahora eres el jefe de la *Omertà* por la familia Leone —comentó Amon.

Asentí, sin saber qué pensar. No parecía importarle, pero a Amon se le daba bien disimular sus verdaderas emociones.

Estábamos los dos en nuestro *castello* de Trieste y a punto de salir por la puerta para una reunión que incluía a todas las familias de la *Omertà*. Nos quedamos en el despacho de papá, que ya había empezado a destrozar para descubrir todos sus secretos.

Lancé una mirada curiosa a mi hermano.

—¿Preferirías ser *tú* quien lo fuera?

—No.

Le creí.

No había sido el mismo desde su ruptura con Reina. Traté de entenderlo, mas no pude. Fue él quien la alejó y, sin embargo, se deprimía como si *ella* lo hubiera dejado. Su relación con madre también se fue al infierno, y no pude evitar sospechar. Quizá no aprobaba a Reina, aunque mi hermano no era de los que dejaban que nadie le dijera lo que tenía que hacer.

—¿Vas a investigar qué le pasó a ella? —pregunté, recordando lo magullada que estaba cuando la vimos hacía unos días. Naturalmente, esa noche fui a ver a Phoenix. No tenía moretones ni marcas, pero durmió en la habitación de su hermana.

Últimamente lo hacía con frecuencia. Me molestaba. Debería estar en su cama para que pudiera observarla durante horas, preguntándome si estaba soñando conmigo. O mejor aún, debería usar uno de los juguetes que le compré. Aún no la había visto usar ninguno, aunque saber que la observaba podría tener algo que ver con eso.

Cesar lo calificó de no saludable. No estaba de acuerdo. Me ayudaba a conservar la cordura que me quedaba. De lo contrario, estaría enloquecido igual que mi hermano, y ni París ni el mundo necesitaban a dos hermanos Leone locos por matar.

Pensarías que aprendería la lección después de que me disparó. Diablos, no. Aunque todavía no creía que quisiera hacerme daño de verdad.

Mi conclusión: le gustaba.

—Ya lo hice —respondió—. No puedo conseguir información al respecto. Las chicas salieron en la víspera de Año Nuevo.

—¿Crees que alguien la atacó mientras celebraba el Año Nuevo?

Sacudió la cabeza.

—No fue con ellas.

Asentí con la cabeza.

—Acababa de volver de Inglaterra, así que diría que no estaba de humor.

Sus ojos recorrieron la habitación sin decir palabra, estudiando el desorden. Había revisado los registros de padre, los libros, incluso algunas fotos repugnantes que guardaba. Era un desgraciado enfermo.

—¿Estás redecorando?

Le dirigí una mirada.

—¿Te gusta?

La comisura de sus labios se movió por primera vez en meses.

—Cualquier cosa es mejor que lo que tenía papá.

Me pasé una mano por la cara.

—Nunca pensé que diría esto, pero esta amnesia es algo conveniente cuando se trata de ciertas cosas.

Era como si mi mente hubiera borrado lo que no podía soportar. Sabía que odiaba a mi padre, pero no venían a mí detalles tan vívidos de sus palizas como mi hermano. Sí, las memorias habían vuelto un poco, no obstante, seguían siendo confusas. Recordaba que mi padre había convertido la vida de mi madre en un infierno, aunque tampoco con tanto detalle como Amon. Sin embargo, tenía presente lo suficiente como para saber que sufrió. Todos sufrimos.

No recordaba lo que pasó durante las semanas de mi secuestro ni algunos meses antes. Sabía que pasé un tiempo en California solo porque Amon me lo dijo. Sabía que necesitaba asegurar una cosecha de uvas solo porque mi hermano me lo comentó. Sin embargo, hubo momentos en los que sentí que había cosas que me estaba perdiendo. Cosas importantes.

—Volverá —dijo secamente—. Con el tiempo.

Se me retorcieron las entrañas. No estaba seguro de quererlo. Instintivamente, sabía que había cosas desagradables acechando en las sombras de mi memoria. Algunas noches sentía que esas fuerzas torturaban mi mente. Luchaba contra ellas, convenciéndome de que no eran reales.

La vida era más tolerable cuando mi mente rechazaba a los fantasmas. Sacudí un poco la cabeza. *Dios santo.* Sonaba como un debilucho. Di un golpecito con el bolígrafo en el escritorio, me eché hacia atrás y me encontré con la mirada de mi hermano.

—Deja que vengan esos malditos recuerdos —gruñí, apretando los dientes—. También los aplastaré.

Se alisó la corbata y se puso en pie, abrochándose la chaqueta.

—Solo tienes que decirme cuándo me necesitas. —Asentí con la cabeza. Amaba a mi hermano. Saber que estaba aquí para mí a pesar de su propia mierda significaba mucho, y deseaba poder hacer algo para devolverle el favor—. ¿Listo, jefe Leone de la *Omertà*?

Me puse en pie y me abroché la chaqueta.

—Lo estoy. Pero antes tengo que hacer una parada.



Tres horas más tarde, Amon y yo estábamos frente al restaurante de las afueras de Roma donde Marchetti solía celebrar sus reuniones. *Rosa Spinosa*, que se traducía por Rosa Espinosa, era propiedad de Enrico Marchetti.

—No puedo creer que te hayas tatuado un maldito diente de león —comentó Amon por quinta vez.

Todavía me ardía la piel, sensible por el zumbido de la aguja. Nos habíamos detenido en el salón de tatuajes donde hice que mi chico pusiera tinta sobre y alrededor de la cicatriz causada por la herida de bala de Nix. No se me ocurrió un tatuaje mejor que el de un diente de león con el papus arrastrado por el viento, para conmemorar que Nix y yo habíamos pasado al siguiente nivel de nuestra relación.

Un agudo sentimiento de culpa se deslizó a través de mí, ignorando mi amnesia voluntaria al recordar aquel día. Su mirada cuando recobré el sentido. Mi agarre alrededor de su delgado cuello. Mi terror al ver las huellas dactilares en su pálida piel. *Mis malditas huellas.*

Desde entonces me había sentido acribillado por la culpa y la vergüenza. Ya no podía decir que nunca había herido a una mujer. Era lo que me diferenciaba de mi padre, hasta ahora.

Las palabras que pronunció resonaron en mis oídos. *Diablo reencarnado.* Tal vez mi madre biológica tenía razón. Pero nunca quise lastimar a *Nix.* Aceptaría mil palizas y secuestros para evitarle el dolor.

—¿Por qué frunces el ceño? —La voz de Amon interrumpió mi auto odio—. No me digas que te arrepientes del tatuaje.

Apartando de mi mente los pensamientos de culpabilidad por el momento, me encontré con los ojos de mi hermano y sonreí.

—Te gusta, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—Solo creo que es demasiado raro.

Me reí entre dientes.

—Quién eres para hablar. ¿Qué pasa contigo y esta mierda del Yin y el Yang?

—No te pongas celoso porque yo sea más *cool* —murmuró Amon, moviendo la mano por reflejo para tocar su propio tatuaje reciente, aún bajo el envoltorio de plástico y el vendaje.

—Me encantó nuestro tiempo de vínculo emocional —dije sarcásticamente—. Algo que podremos contarles a nuestros hijos algún día.

—*Hmmm*.

Entramos en el restaurante, dejando atrás el frío aire de la noche de enero.

El juramento a la *Omertà* era un compromiso de por vida, y estaba a punto de hacer el mío. La organización había evolucionado en las últimas décadas. Nuestros padres creían en el comercio de carne; nosotros no. Al igual que el padre de Marchetti, el nuestro amasó una gran fortuna con el tráfico sexual, algo de lo que Amon y yo, junto con el resto de la *Omertà*, nos habíamos mantenido alejados. Afortunadamente, también lo hicieron el resto de los miembros. Excepto Romero, cuyas conexiones utilizábamos para eliminar células que aún operaban bajo el radar en nuestros territorios.

Varios soldados patrullaban las calles exteriores. Eran principalmente hombres de Marchetti. Mi padre nunca traía a sus hombres a estas reuniones, y mi hermano y yo no empezaríamos ahora. Había dejado a Cesar vigilando a Phoenix, ya que Amon y yo siempre solíamos llevar juntos los asuntos de la *Omertà*.

Tres miradas se posaron en nosotros: Marchetti, Romero y Giovanni Agosti.

—Llegas tarde —gruñó Romero, con cara de enojo.

—Estábamos ocupados —repliqué inexpresivo.

—Haciendo ¿qué? ¿Asesinando a media Roma? —No le caía bien. *Ah*, bueno. Mi diente de león y yo evitaríamos a su padre una vez que nos casáramos.

—Obviamente no si todavía sigues vivo, porque seguro que estarías en la mitad que mataría.

—Bien, relajémonos todos. —Amon. Siempre el pacificador—. ¿Están todos aquí?

Marchetti asintió.

—Excepto Luca DiMauro. Envió a Aiden Callahan en su lugar. Y trajo a sus hermanos.

*Ah* sí, los gemelos. Tyran y Kyran. Los salvajes mafiosos irlandeses que, a diferencia de su hermano mayor, eran imprudentes. Se rumoreaba que tendían a compartir algo *más* que el ADN, si se entiende lo que digo.

Probablemente pasaría un tiempo antes de que viéramos a Luca DiMauro, especialmente después de su ruptura con Enrico. Era mejor que no estuviera aquí. No necesitábamos guerras dentro de la organización, y tanto Luca como Enrico lo entendían.

—De acuerdo, entonces empecemos —sugirió Amon—. Tengo que ir a uno de mis casinos.

Todos en el bajo mundo tenían negocios ilegales junto a los legales. Nos permitía lavar dinero a nosotros mismos. Y cuando teníamos demasiado para pasar, usábamos a Luciano Vitale. Enrico Marchetti dirigía su imperio de la moda junto con su imperio criminal. Giovanni Agosti dirigía los negocios de su tío en Italia y heredaría propiedades en Sorrento y la costa de Amalfi. Luego estaba Romero, que tenía Venecia y sus alrededores. DiMauro tenía territorio siciliano, y yo Trieste y sus alrededores. Amon, debido a su ilegitimidad, no podía heredar ningún territorio, pero siempre gobernaría a mi lado.

Mi mirada se clavó en Konstantin mientras todos depositábamos nuestras armas en la cesta junto a la puerta. No había armas de fuego más allá de la zona de entrada. Aunque sospechaba que todos llevábamos algún tipo de arma encima. Llevaba mi cuchillo. Amon también llevaba uno.

Una vez que entramos en la zona principal, nos sentamos.

Casi esperaba un redoble de tambores en algún lugar del fondo.

—El último asunto que nos ocupa es Sofia Volkov —anunció Marchetti, dando comienzo a las discusiones—. Se rumora que tiene en su poder una lista de hijos ilegítimos de poderosos hombres del bajo mundo. Algunos de los cuales están sentados hoy en esta mesa.

—¿Alguien se ha estado volviendo loco fuera del matrimonio? —Tyran dijo inexpresivo, sus ojos viajando alrededor de la mesa.

Me reí entre dientes mientras Aiden lanzaba a su hermano pequeño una mirada que podía matar.

—Estoy bastante seguro de que todos los hombres casados que se han sentado en esta mesa han tenido problemas de infidelidad de los que hablar. Todos sabemos que mi padre los tuvo. —Dirigí mi atención a Romero—. Actualmente eres el único anciano, aunque viudo, sentado aquí, así que dinos, Romero, ¿tienes algún hijo ilegítimo vagando por este mundo?

Su cara se puso roja y sus manos se cerraron en puños encima de la mesa. Estaba claro que le encantaría darme un puñetazo.

—Además de los hijos ilegítimos —intervino Konstantin—. Sofia Volkov afirma conocer la identidad de todos los miembros de la *Omertà*. Así que, en vez de discutir, tenemos que encontrar la forma de eliminar a esa mujer.

Excepto que Sofia Volkov siempre había sido difícil de atrapar. Era tan escurridiza como una anguila.

—¿Cuál es el plan? ¿Tenemos siquiera uno?

—Tenemos la conexión de Amon con la *Yakuza* —indicó Konstantin con tono inexpresivo. Su mirada se desvió hacia mi hermano, que estaba sentado a mi lado—. ¿Sabemos si se reunirá con tu primo y cuándo?

—No. —Amon no solía ser hablador. Lo había sido aún menos desde su ruptura con Reina.

Después de muchas idas y venidas, por fin terminamos nuestra reunión. Y sorpresa, sorpresa, no conseguimos nada aparte de que diera mi juramento como cabeza de familia.

Romero me detuvo al salir y gemí para mis adentros.

—Dante, ¿has arreglado los asuntos de tu padre?

—Seguimos dándole vueltas a todo.

Asintió con la cabeza.

—Necesito hablar contigo cuando estés listo.

Compartí una mirada fugaz con mi hermano antes de responder.

—Está bien, estaré en contacto.

Ni en un millón de años habría podido imaginarme el tema.

# CAPÍTULO VEINTINUEVE

# DANTE



El *tictac* de un reloj. El hielo tintineó en un vaso. Las ventanas se empañaron.

Las temperaturas en Trieste habían caído en picada durante la última semana, siendo enero uno de los meses más brutales que había vivido Italia en la última década.

Había pasado una semana desde la llamada de Romero, y ahora estaba sentado frente a mí, ocupando la silla de enfrente mientras el humo del puro flotaba en el aire. La prematura muerte de mi padre había interrumpido los planes de ambos. Al parecer, ambos habían concertado hace unos años un matrimonio entre mi mujer y Amon. *¡Mi mujer!* ¿Cómo demonios se atrevieron a prometérsela a otro que no fuera yo?

Afortunadamente, algo sucedió y se hizo una enmienda, cambiando el nombre en el acuerdo para que fuera Reina.

Amon y Reina estarían bien. Phoenix y yo sería aún mejor.

De Romero emanaba cierto desagrado. No le caía bien, y el sentimiento era mutuo. No era una sola cosa lo que hacía que me cayera mal, era una combinación de muchas cosas: su debilidad, su incompetencia, su traición a la mujer que me crió, el hecho de que no le disparara a mi padre cuando éramos niños. La lista era interminable.

Sí, mis rencores se mantuvieron.

Podría haber acabado con mi padre cuando sus niñas destrozaron aquel jarrón antiguo durante aquella estúpida fiesta de hacía tanto tiempo, pero en lugar de eso, había tomado el camino correcto. ¡Desgraciado! Nos dejó sufrir la crueldad de Angelo Leone durante otra década.

Me recosté con un codo en el reposabrazos, esperando a que hablara. Desde la reunión de la *Omertà*, me había llamado dos veces, y ahora sabía el motivo de su ansiedad. Solo podía haber dos razones.

Primero, el acuerdo matrimonial. Segundo, la posibilidad de que sus hijas hubieran sido los últimos humanos en ver a mi padre con vida. No tenía maldito sentido por qué nos visitaría o quién se burlaría de mí con vídeos de aquella noche.

El silencio se prolongó durante un rato después de que ambos nos sentáramos, la tensión crecía, y a mí me encantaba. Ansiaba que explotara. La verdad era que disfrutaba del ambiente. Así que esperé y lo dejé sudar.

—Quiero asegurarme de que el acuerdo se mantiene.

*Ah*, ahí estaba.

Mi mirada encontró la de Romero a través de una bruma de humo.

—¿Arreglo?

Dejó escapar un suspiro sardónico, sacudiendo la cabeza.

—Deja de evadir la mierda, Dante. Sabes de lo que hablo y sabes que esto será beneficioso

para tu familia.

Apreté la mandíbula, pero me contuve. Odiaba que me llamaran la atención casi tanto como que me dijeran qué era lo mejor para mí y mi familia. Habría sido beneficioso si este desgraciado no hubiera jodido a mi madre, pero ¿me has oído decirle eso? Demonios, no.

—No creo que puedas opinar sobre lo que es bueno para mi familia, Romero. Voy a arriesgarme y decir que necesitas esto más que la familia Leone.

Después de todo, él era el que no tenía un hijo. Era quien necesitaba protección para sus hijas.

—¿Así que me vas a joder? —Técnicamente, mi padre lo jodió cambiando el acuerdo, y él lo echó a perder aceptando. Necesitaba saber por qué. Antes de firmar nada, aprendería por qué.

—Tus palabras, no las mías —contesté.

Romero dio una última calada a su puro antes de apagarlo, con expresión contemplativa.

—Tu padre quería cambiar el nombre de Phoenix por el de Reina. Estuve de acuerdo y nos lo juramos con sangre. Pero cuando llegó el momento, mi abogado no estaba disponible para modificar formalmente el acuerdo debido a las festividades.

—¿Por qué quería cambiarlo?

Se encogió de hombros.

—Dijo que encajaba mejor, y que no le agradaba Phoenix... —Se interrumpió cuando su mirada se posó en mí. La forma en que apuñalaba su cigarro en el cenicero me decía que no quería decir lo que seguía—. No le gustaba su discapacidad.

Lo observé con indiferencia mientras mi pecho se retorcía de aversión. Si me hubiera dicho, admitido, en ese momento que le había disparado por eso, le habría estrechado la mano y firmado el cambio. Pero no lo hizo. Hizo menos a su propia hija.

Bueno, era la misma hija que me había disparado. Un maldito pequeño detalle. Me amaría... eventualmente.

—Volvemos a poner a Phoenix en la mesa...

Me cortó antes de que pudiera terminar la frase.

—No voy a volver a incluir a Phoenix en el acuerdo —dijo entre dientes, con un brillo de satisfacción en los ojos.

—¿Por qué no? La tenías ahí originalmente.

Mi mente daba vueltas mientras reflexionaba sobre las formas en que podía conseguir lo que quería de Romero. Quería a Phoenix. Era mi vicio. Me encantaban los retos, pero esto era diferente.

—Estoy empezando a ver que es demasiado vulnerable para la dureza del bajo mundo. El acuerdo revisado tiene a Reina, y se quedará en él. O no tendremos ningún acuerdo. —Lo observé atentamente. También hablaba en serio.

Podría haber ayudado a mi hermano y dejar el acuerdo como estaba. Llámame egoísta, loco, idiota, no importaba. A pesar de todo, Reina amaba a Amon, y él no estaba siendo disparado por ella. Él cortejaría a Reina de alguna manera, de alguna forma. Yo, por mi parte, necesitaba toda la munición posible cuando se trataba de Nix. Ya que Romero se negaba a dármela, lo intentaría de una manera indirecta.

—Cambiamos el nombre de Amon por el mío —declaré —. Reina y yo nos casaremos.

Fue un plan apresurado. Solo pensaba en el juego a largo plazo. Phoenix y yo haríamos una pausa, pero al final la conseguiría. ¿Cómo sabía eso? Porque conocía a mi hermano.

Se negaría a que tuviera a Reina Romero. Podía ser que no la quisiera por la razón que fuera, no obstante, tampoco dejaría que nadie más la tuviera, especialmente yo.

Y teniendo en cuenta los corazones en los ojos de Reina cuando se trataba de él, se negaría a casarse conmigo o correría de nuevo a los brazos de Amon. De cualquier manera, arreglo roto, y *boom*... Phoenix sería mía. Una novia sustituta, pero la correcta después de todo.

Además, Reina salía en esos vídeos, y esto me daría la oportunidad de saber por qué. Dos pájaros de un tiro.

—¿Por qué? —inquirió sospechosamente.

—Es la única manera de que acepte —afirmé con calma, pero antes de que pudiera soltar un suspiro de alivio, continué—: El documento se antedatará a antes de la muerte de mi padre, y falsificaré su firma.

No quería herir a Amon cuando surgiera esta mierda.

Romero se sentó erguido, con determinación en el rostro.

—Y quiero darle a Reina otros tres años para que disfrute de su libertad. —Maldita sea. Tres malditos años. La chica no necesitaba su libertad. Necesitaba a Amon, y yo necesitaba a Nix.

Algo violento se extendió por mis órganos como un caso de congelación interna. Mi lado irracional empezó a hablar por mí.

—Tres años es mucho maldito tiempo. Quiero que Ph... —Mierda, nombre equivocado—. Quiero hacerlo oficial *ahora*.

Negó con la cabeza y entrecerré los ojos. Sabía que no podía permitirse caer en mi lado malo. Justo cuando estaba a punto de negárselo de nuevo, añadió.

—No es negociable. Reina tiene dieciocho años y aún está terminando la escuela.

Joder, olvidé que acababa de cumplir dieciocho.

Nos miramos fijamente, y el frío me mordió el pecho. Si presionaba demasiado, corría el riesgo de que el plan se viniera abajo. La cuestión era si podía esperar tres malditos años.

Demonios, tendría que seguirle el juego a Romero. Si lo rechazaba, el viejo podría encontrar a algún desgraciado impío con un retorcido sentido del hastío incubado en él y una mancha maligna en su alma. No podía permitir eso cerca de ninguna de las hermanas Romero.

Me levanté, abotonándome la chaqueta.

—Hagámoslo oficial —respondí antes de salir. Le hice una señal a Cesar para que fuera a buscar al abogado que tenía preparado.

No dejaría que esta chica Romero en particular se me escapara.

Era mi maldito objetivo fundamental de todo esto.

# CAPÍTULO TREINTA

## DANTE, 26 AÑOS



*Tres años después*

Estaba esperando a Cesar en el *ring* de boxeo, pero se estaba tomando su tiempo.

Desde el fallecimiento de mi padre, hacía tres años, había hecho mejoras en el castillo. Este gimnasio fue mi último proyecto. El objetivo era borrar cualquier rastro de mi padre, y por defecto actuaba como distracción mientras esperaba a que se cumplieran los términos del acuerdo en el que nunca dejaba de pensar.

El sótano era la parte del castillo que menos me gustaba y no porque fuera aprensiva. Era por los recuerdos que me atormentaban cuando estaba aquí abajo.

Intenté mantenerlos a raya, pero se abrieron paso a pesar de todo.

*Un silencio ensordecedor se cernía sobre mí, solo interrumpido por un goteo constante. Goteo. Goteo. Goteo.*

*Un sudor frío me cubrió la piel y me quedé mirando las marcas que tenía en la piel. Me quedé en un rincón del húmedo sótano, con el cansancio calándome hasta los huesos. Solo quería tumbarme y dormir. Encontrar el olvido antes de que las pesadillas se apoderaran de mí.*

*Pero sabía que en cuanto me durmiera, vendrían las ratas.*

*—¡Padre! —bramé, con mi rugido entrecortado resonando en el sótano. No, no era un sótano. Era una mazmorra. Mi propia cámara de tortura personal.*

*—Está bien. —La voz de Amon provenía de algún lugar cercano, pero no podía verlo en la oscuridad total. Fue un recordatorio de que sufrió conmigo en la versión de nuestro padre de la formación del carácter—. Estoy aquí. Escucha mi voz, hermano.*

*Apenas movía los pies, cada paso más pesado que el anterior. Llegué hasta los barrotes de hierro que nos separaban cuando lo divisé. Amon colgaba de una cuerda, con las muñecas atadas por encima de la cabeza.*

*—¿Qué te ha hecho? —Escuché mi voz quebrarse mientras caía de rodillas.*

*Los ojos de Amon se clavaron en mi pecho.*

*—Estoy bien. ¿Qué tan mal te golpeó?*

*—Vi-viiré —balbuceé e intenté esbozar una sonrisa, pero eso me provocó un dolor punzante en la boca—. Pero él no. Un día le devolveré todo lo que nos ha dado.*

*El odio en mi pecho se retorcía y crecía desde que tenía memoria, pero nunca fue tan grande como en aquel momento con dos hermanos de doce años mirándose fijamente a través de la*

*húmeda mazmorra en las entrañas del castillo que llamaban hogar.*

*Todo porque salvamos a dos chicas de su ira.*

—¿Vamos a quedarnos aquí mirándonos el uno al otro o qué? —El tono sarcástico de Cesar me devolvió al presente. Parpadeé, despejando las imágenes que me acechaban. Los recuerdos volvían con fuerza. Más claros. Más dolorosos—. ¿Hola? ¡Tierra a Dante! —exclamó.

Sus brazos colgaban a los lados como si no estuviera de humor para esta pelea. Qué lástima. El exceso de energía hervía en mí, ansiando una liberación. Era esto o una matanza.

Embestí contra él, pero Cesar lo bloqueó con ambos antebrazos y luego me dio un puñetazo en las costillas. Aunque no fue tan fuerte como necesitaba. Era mi turno, dándole un golpe en los riñones.

Jadeó, pero eso no lo frenó y me propinó varios puñetazos. Al final encontramos un ritmo sólido. Cesar era un compañero de pelea decente, y por eso lo disfrutaba tanto.

Pronto descubrí que mi exceso de energía se disipaba.

Al final, nos apoyamos en las cuerdas que rodeaban el *ring* de boxeo, chorreando sudor y tragando agua.

—¿Te sientes mejor ahora que me diste una paliza?

Bajé la botella y miré a Cesar a los ojos.

—Difícilmente llamaría a eso una paliza.

Resopló.

—Díselo a mis costillas.

Esbozó una sonrisa, aunque antes de poder responder, sonó mi teléfono. Me deslicé bajo la cuerda y salí de la plataforma para agarrarlo.

**Número: Desconocido.**

Apreté los dientes, preparándome para encontrar otro mensaje críptico. Los jefes de la *Omertà* llevaban años recibiéndolos. No estaba de humor.

Pero, aun así, abrí el mensaje y me quedé boquiabierto.

*Maldición*.

La rabia me hervía al ver los familiares rizos dorados. El cuerpo de mi padre se desplomó contra el suelo. La siguiente imagen mostraba el cuerpo siendo transportado a lo que parecían las catacumbas. Las imágenes recortadas dificultaban la visión completa, pero las sombras a izquierda y derecha daban a entender que no estaba sola.

Mi respiración era agitada mientras todo empezaba a encajar. ¿Phoenix había disparado a matar? Reviví la escena de aquella noche de hacía tres años, las imágenes de ella tomando mi pistola y disparándome. ¿Matarme fue su intención todo el tiempo?

No, no podía ser. Habría traído su propia arma si ese fuera el caso. ¿Verdad?

Una neblina roja me nubló la vista. Tuve que cerrar los ojos y respirar tranquilamente varias veces para dispersar la energía. Mi mente bullía con todas las posibilidades, y todas me dejaban un mal sabor de boca.

Phoenix había dejado bien claro que me odiaba a muerte. La voz siniestra de mi cabeza me

dijo que debería haberle creído. Pero la silencié al instante, mientras un músculo se tensaba en mi mandíbula.

El teléfono crujió en mi mano, protestando por mi agarre, y el vídeo había desaparecido hacía rato.

Era hora de hacer cumplir el contrato matrimonial. Tenía que averiguar qué demonios tramaban esas chicas.

No había ninguna posibilidad de que dejara pasar esto hasta que llegara al fondo del asunto.



Estaba delante de la mansión de California donde parecía que había empezado todo hacía tantos años. Era el viejo Hollywood, algo por lo que las hermanas Romero eran conocidas. Había varias cámaras colocadas a intervalos regulares, parpadeando en rojo. La valla era alta para mantener alejados a los intrusos. Aunque nunca mantuvo a Reina y Phoenix *adentro*.

Su abuela las protegía del público, las mantenía encerradas en una pequeña burbuja perfecta. Pero todo era mentira. No existía una vida perfecta. Una realidad perfecta. O una verdad completa.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Cesar. Mi nivel de enfado había ido en aumento a pesar de mis vanos intentos por mantener la calma. Las preguntas de Cesar no ayudaban en absoluto.

Había intentado y, fracasado, contactar a Amon. Probablemente era lo mejor. Reina era su debilidad, y si la familia Romero tenía algún plan, estaría ciego ante él.

*«Tú también, imbécil»,* susurró mi razón, pero la ignoré. No tendría sentido empezar a escucharla ahora.

Me asaltaban recuerdos incoherentes y fragmentos de imágenes, con más frecuencia de lo habitual. Por más que lo intentaba, no les encontraba sentido. No obstante, todos los recuerdos y sueños distorsionados me traían de vuelta a California. Había un recuerdo de un nombre inesperado.

*Diana Bergman.* La abuela de Phoenix Romero.

Me habían convencido de que perseguir mis recuerdos no me serviría de nada, mas ahora habían empezado a atormentarme. Susurros de fantasmas e imágenes incoherentes.

Me vi de pie en un campo lleno de dientes de león con una sombra. Una mujer sin rostro cuyos labios sabían a dulce muerte. Me amaba; podía sentirlo en cada fibra de mi ser, y anhelaba *ese* sentimiento. ¡Maldita sea!

—De acuerdo, Dante. Me estás asustando. —Lo encontré mirándome con el ceño fruncido—. ¿Por qué estamos mirando esta mansión tan fea?

—Pensando en comprar algo en este lado del charco —murmuré.

Cesar asintió lentamente, perplejo. Estaba claro que no se tragaba mi historia.

—Tienes una agenda y los bienes raíces no lo son —aseguró sin expresión.

Siempre había gente con agendas. Incluidos los miembros de la *Omertà*. No era una excepción. Tampoco lo eran Phoenix y Reina. Quería la guerra, y Reina quería la paz. Quería ganar, y ella quería proteger a su hermana. Envuelta en mi hermano, esta hermana Romero nunca me vería venir.

Pero para ganar, tenía que llegar al fondo de sus planes.

—¿Tiene esto algo que ver con la mujer que te quiere muerto? —inquirió en tono sospechoso

—. ¿Phoenix Romero?

—Sí.

—¿Intentó matarte otra vez?

Cada día sin ella era como una muerte lenta, pero si se lo decía, se moriría de risa o mataría a Phoenix. Así que negué con la cabeza. Nadie más que *yo* podía tocarla.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí? —indagó Cesar.

—Corta la corriente del sistema de seguridad para que podamos entrar —respondí en su lugar —. Deja de molestarme con preguntas.

Se aclaró la garganta.

—La chica... Phoenix... No vas a dejarla ir. Nunca tuviste la intención de dejarla ir, ¿verdad?

—¿Te encargas de la seguridad, o debo dispararte y encargarme yo?

Puso los ojos en blanco y desapareció, pegándose a las sombras mientras se dirigía al panel de seguridad.

Cesar tenía razón; no tenía ninguna intención de dejarla marchar. Los últimos tres años solo habían sido un retraso temporal. Habían pasado dos meses desde nuestro encuentro hasta que la presión en mi pecho y en mi cráneo fue demasiado fuerte. Tenía que verla, así que había empezado a seguirla de nuevo. Solo para verla y poder funcionar. Verla me calmaba, lo que me permitía centrarme en los negocios de la *Omertà* sin hacer estallar todo el bajo mundo.

Por fin, Cesar volvió a acercarse, midiéndome como si fuera una bomba de tiempo a punto de estallar. No se equivocaba. Cierta mujer morena ocupaba todas las neuronas de mi cráneo, haciendo que la sangre se me acelerara en los oídos.

—¿Todo despejado? —pregunté.

—Todo despejado.

Conseguimos entrar en la propiedad saltando la valla, del mismo modo que hicieron Phoenix y su hermana años atrás, escabulléndose de la casa. Nos mantuvimos a las sombras y a los arbustos hasta llegar a la puerta principal.

Una vez allí, Cesar forzó la cerradura y en un minuto estábamos dentro. Era como la recordaba. Extravagante. Llamativa. Elegante.

Me adentré en la casa, mis pies eran los únicos que resonaban en el suelo de mármol. Al detenerme, vi por encima del hombro.

—¿Estás esperando una invitación?

—Quiero saber qué hacemos aquí.

Maldito testarudo.

—Me acordé de algo y quiero revisar la habitación de la suegra de Romero.

Sacudió sutilmente la cabeza, pero me siguió escaleras arriba. Cuando llegamos al piso superior, me dirigí hacia las puertas dobles de caoba, recordando vagamente el plano de la planta. Este tenía que ser el dormitorio principal.

Empujando las puertas, entré en el amplio espacio. No estaba tan desnudo como pensaba, teniendo en cuenta que Diana llevaba varios años casada con Glasgow. La gran cama con dosel estaba hecha, el aroma de la ropa de cama fresca todavía en el aire. Flores frescas en un jarrón. Un joyero a medio abrir.

Sin embargo, lo que dominaba la habitación era un enorme cuadro con una escena de una orgía. Bastante raro. Ni siquiera yo era tan raro.

—Pensé que Diana Bergman vivía en Inglaterra.

—Yo también. Quizá visita con frecuencia. —Le lancé una mirada—. Comprueba si hay alguna caja fuerte empotrada en la pared.

Recorrimos el dormitorio. Comprobando cada centímetro de pared, estanterías, armarios...

—La encontré.

Me abalancé sobre él y lo alcancé justo cuando agarraba el enorme cuadro. Nuestros rostros contra el óleo de la orgía, lo bajamos al suelo y sacudimos la cabeza.

—¿Por qué demonios una abuela tendría eso en su habitación? —cuestionó Cesar—. Mi abuela tenía una cruz y un cuadro de la Virgen María en su habitación.

—Supongo que esta abuela es más progresista —comenté secamente—. Después de todo, se ha casado como cinco veces o más.

Sin más preámbulos, Cesar empezó a trabajar en la caja fuerte. No había nadie mejor que él cuando se trataba de forzar estas cosas. Tardó menos de cinco minutos en abrirla.

—Parece un montón de dinero y joyas —señaló cuando empecé a rebuscar entre todo. Montones de billetes de cien dólares. Fotos. Diamantes. Certificados... Pasaportes falsos.

—Qué raro —murmuré—. ¿Por qué tendría pasaportes falsos?

—Tal vez Romero se los consiguió para ella en caso de emergencias. —Ofreció una explicación lógica—. Después de todo, las chicas están bajo su cuidado.

Repasé cada uno de ellos y fruncí el ceño.

—Son todos para ella —señalé.

—Eso no tiene ningún sentido. —Se hizo eco de mis pensamientos.

Los deseché y estaba a punto de cerrar la caja fuerte cuando me llamó la atención una pila de documentos que había al fondo. Los tomé y empecé a desplegarlos. Parecían cartas... No, correos electrónicos entre Diana Bergman y alguien con un nombre de perfil raro. *Explosión del pasado.* Extraño. El símbolo justo al lado lo era aún más. Era el mismo símbolo que había visto colgando del cuello de la doctora Freud.

¿Qué demonios pasaba con ese símbolo? Sacudí la cabeza y estaba a punto de deshacerme de él cuando un nombre llamó mi atención. Angelo Leone. *El nombre de mi padre.*

Repasé las palabras, cada fibra en mí en alerta máxima. El último correo electrónico era entre mi padre y Diana Bergman. Era críptico y no tenía ningún maldito sentido.

*Para: Angelo Leone*

*Jodes con mi familia.*

*Me meteré en la tuya.*

*D*

Tenía fecha de hacía poco más de cinco años. Me fijé en la fecha, que me resultaba familiar.

—¿Qué demonios significa eso? —Cesar escupió—. Eso fue justo antes de tu secuestro.

Una neblina roja me nubló la vista mientras las piezas del rompecabezas se movían, obligándome a cerrar los ojos brevemente para dispersar la energía. Cuando los abrí, me encontré con la mirada de mi mano derecha.

—Creo que Diana Bergman estuvo detrás de mi secuestro hace cinco años.

Cesar pareció aturdido durante un segundo.

—Eso es imposible.

—¿Por qué? ¿Porque es una mujer? Romero podría haber estado en esto también.

—Cierto. —Entonces una realización parpadeó en su mirada—. ¿Crees que Phoenix te disparó por orden de su abuela?

Esa posibilidad me dejó un sabor desagradable en la boca mientras mi mente bullía con diferentes explicaciones plausibles. La idea de que aquellas mujeres pudieran estar planeando un juego a largo plazo no me gustaba nada.

—No lo sé —admití. Había demasiadas coincidencias y eso nunca era un buen presagio.

Esa familia, Diana en particular, me había subestimado por última vez. La destrozaría, aplastaría sus huesos y vería la sangre brotar de sus heridas. Y entonces, aún me llevaría a Phoenix.

En mi mente brillaron unos ojos azules, llenos de desaprobación. Odiaba y amaba el control que ejercía sobre mí. La hermana silenciosa. La hermana sorda. La hermana de labios carnosos y tacto cálido que me había perseguido desde nuestro primer beso.

Eliminaría el problema: su abuela, su padre, quien fuera. Pero *no* a ella.

—Si matas a su abuela, puede que esa mujer nunca te perdone —señaló Cesar, leyendo mi intención.

Aquí no había lugar para ese tipo de sentimientos. Había endurecido mi corazón y mi alma. Romero y Diana, incluso Reina, cometieron un crimen, y tenían que haber sabido que volvería para atormentarlos. Sabían que su tiempo en esta tierra era limitado. Ocultaron sus secretos durante demasiado tiempo. Aunque no de mí. *Nunca de mí*.

Si el linaje Leone se borrara de este mundo, también lo haría el Romero.

Era hora de hacerlos sufrir. Era hora de hacerlos pagar. El único Romero que me importaba era Phoenix.

Sería mía. A toda costa.

Esta era mi venganza.

# CAPÍTULO TREINTA Y UNO

# DANTE



El sueño siempre empezaba igual.

*Atravesaba el oscuro estacionamiento con el teléfono en la mano, sonriendo y más feliz que nunca. Mi chica y yo... no tardaríamos en conducir hacia la puesta de sol.*

*Excepto que nunca pude recordar a la chica.*

*Perdido en mis pensamientos, no me había dado cuenta de que me seguían. De repente, un brazo me rodeó el cuello y se me cayó el teléfono.*

*—Leone tiene una deuda con nosotros —susurró una voz antes de que un dolor me golpeara el costado, justo debajo de las costillas. Una cuchilla atravesó mi piel, me di cuenta—. Tú servirás.*

*Gruñí, sintiendo cómo el líquido caliente se deslizaba por mi torso. Me agité, gruñendo contra el agarre mientras el dolor me abrasaba la piel.*

*—Va a ser divertido meterse contigo —dijo otra voz.*

*Me quejé, luchando con uñas y dientes, cuando dos de los hombres enmascarados me rodearon. Uno me golpeó con la rodilla en mi estómago, haciendo que mi cuerpo se doblara y tosiera. Me metió algo en la boca. El chirrido de los neumáticos llegó a mis oídos y miré por encima del hombro, encontrándome con unos ojos oscuros.*

*Todo se volvió negro detrás de mis párpados mientras me hundía rápidamente en la inconsciencia.*

*Goteo. Goteo. Goteo.*

*Me desperté en un espacio oscuro, con el sonido del agua goteando a lo lejos. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba en este estado.*

*El dolor de mi cuerpo me recordó los días en que Amon y yo éramos jóvenes y mi padre quería hacernos duros. Lo llamaba entrenamiento; nosotros lo conocíamos como tortura. Nos golpeaba o nos emparejaba con uno de sus guardias, sabiendo que un niño de doce años no tenía ninguna posibilidad contra un hombre de treinta con experiencia en combate.*

*Maldición, si esta era una de las ideas de padre para darme una lección, le rebanaría el pescuezo de oreja a oreja. Que se jodiera la Omertà.*

*Goteo. Goteo. Goteo.*

*Mis ojos se abrieron y tuve que parpadear varias veces para adaptarme a la oscuridad. Fui a moverme, pero mis brazos y piernas hacían sonar las cadenas. Fue entonces cuando sentí el*

*frío metal en las muñecas y los tobillos.*

*—Qué demonios —murmuré mientras los muelles de la cama protestaban debajo de mí.*

*Una llave giró en la cerradura metálica, el sonido me perforó el cráneo. Se hizo el silencio, pero pronto lo rompió el sonido de pasos. Moví los ojos hacia la izquierda y distinguí por poco la silueta de una sombra oscura.*

*—Bienvenido a mi imperio, señor Leone. —Detecté un acento. ¿Español?*

*—¿Quién diablos eres?*

*Se rio como si acabara de decir el chiste del siglo. Se rio y se rio, y luego se detuvo abruptamente. Nada de esto me hizo gracia.*

*Se metió la mano en el bolsillo.*

*—Si te sacas la polla, vamos a tener un grave problema —espeté, sacudiéndome contra las cadenas, aunque sabía que era inútil.*

*Por suerte, era un puro. Lo encendió despreocupadamente, sus ojos recorrieron mi forma encadenada. Entonces, antes de volver a respirar, sentí la punta contra mis costillas.*

*Mi corazón se aceleraba. Mi respiración se entrecortaba.*

*No era el final. Era solo el principio.*

Me sobresalté en la cama, con todo el cuerpo gritando de dolor y empapado en sudor. *Demonios*. Esperar que llegaran las pesadillas no aliviaba sus efectos. Me hacían sentir débil, y *odiaba* la debilidad.

Mi teléfono zumbó y abrí el mensaje sin comprobar quién era. Empezó a reproducirse el vídeo familiar, que mostraba al desgraciado de mi padre entrando en el departamento de las hermanas Romero. Luego a Reina disparándole. Fragmentos de ella con su cuerpo.

Entonces, *puff*. Todo el vídeo desapareció.

Siempre era lo mismo.

Mi corazón ni se inmutó. El bastardo debería haber muerto hace décadas. Ahora solo tenía que asegurarme de que mi plan de cambio funcionara.

Mirando por la ventana de mi dormitorio, observé cómo el sol se deslizaba por el horizonte.

No volvería a dormir hasta dentro de veinticuatro horas, pero al menos tenía algo que esperar.

Vería a Phoenix Romero esta noche.



Dame una paliza. Dame una tortura. Sálvame de un desfile de modas.

La sala bullía de invitados, música y diseños de modas. Reina estaba en su elemento en este maldito lugar y todo lo que quería hacer era incendiarlo hasta los cimientos. Si su hermosa hermana no estuviera en el edificio, podría haberlo hecho.

Mi Nix.

Quería, necesitaba, mantener la distancia con ella. Acabaría conquistándola, igual que acabaría con los demonios que me atormentaban. La atracción que sentía era demasiado fuerte para evitar que mi frío y muerto corazón latiera a su alrededor. Era imposible no mirarla.

Así las cosas, elegí una esquina vacía, me apoyé en la pared y metí las manos en los bolsillos,

observando cómo mi pequeña obsesión se abría paso por la pasarela con uno de los diseños de su hermana.

Estaba claro que Nix debutaba en el mundo de la moda como un favor a su hermana, lo noté por la forma en que se abalanzó sobre el piano en cuanto salió de la pasarela. Estaba mucho más a gusto entre bastidores. *Algunas cosas no habían cambiado.*

Mi hermano me había estado observando toda la noche, pero se negaba a moverse. Tendría que darle una maldita patada en el culo para que se pusiera en marcha. No compré el anillo en mi bolsillo para Reina; lo compré para su hermana. Hacía tres años.

Dejé de hostigar a la morena, pero nunca dejé de acosarla. Fue lo mejor para el mundo y para mi salud mental cuando lo hice. Así que, técnicamente, le estaba haciendo un favor a todo el mundo.

*«¿No soy una auténtico santo?»,* me reí para mis adentros.

Mientras la pequeña orquesta comenzaba su actuación, Reina bajó por la pasarela con un chico joven, pero no mantuvo mi interés. En cambio, mis ojos se desviaban hacia la esquina trasera, donde su hermana tocaba el piano con una expresión de pura felicidad en su rostro.

Ese era su lugar feliz. La música. Las melodías que no podía oír, pero que creaba maravillosamente con sus elegantes dedos. La herida de bala que me hizo hace tres años de repente empezó a picarme. Me había marcado como suyo. Ya casi era hora de que la marcara como mía.

No podía esperar.

Eché un vistazo a la habitación y vi a Amon hablando con Aiden Callahan. ¿Por qué demonios no estaba hablando con Reina? A la mierda los Callahan y cualquier otro. Dios santo, no podía casarse con ellos, y estaba bastante seguro de que no podía casarme con el rayo de sol rubio que siempre se pavoneaba de rosa.

¿Quizás debería causar algún problema?

Como si nada, un destello rosa llamó mi atención y vi a Reina.

Alargué la mano y le agarré la muñeca.

—No tan rápido —le dije. Por el rabillo del ojo, vi que Amon se dirigía hacia nosotros con expresión tormentosa—. Tu padre quiere hablar con nosotros.

Intentó zafarse de mi agarre, pero me negué a soltarla.

—Lo veré más tarde. —Me dedicó una sonrisa venenosa, luego miró la multitud como si no pasara nada.

Reina me odiaba a muerte. Casi tanto como su hermana.

—Ahora —ordené entre dientes.

—Dante. —La voz de mi hermano se llenó de ironía y advertencia. La mirada de Reina se desvió hacia él, y por un momento fue como si los dos se olvidaran de que estaba aquí. Sus ojos no tardaron en brillar con frío desdén.

Sonreí. Por fin estábamos llegando a alguna parte.

—Aquí estás, hermano —solté—. También puedes unirte. Tenemos grandes noticias que anunciar.

Amon no sabía lo del acuerdo matrimonial y esperaba que, cuando lo supiera, actuara con más rapidez. No tenía otros tres años para esperar.

Reina soltó su muñeca de un tirón, y esta vez la dejé.

—Realmente no es un buen momento para mí, Dante —murmuró, pero antes de que pudiera dar un paso, apareció su padre.

—Ah, ahí estás, Reina. —Dejó escapar un pequeño suspiro, pero mantuvo la sonrisa. Era tan

falsa, pero Romero prefirió no verla o ignorarla.

—Hola, *Papà*.

Romero miró a mi hermano y luego a mí.

—Dante. Amon. Supongo que ya han hablado.

No lo habíamos hecho. Lo había estado retrasando, provocándolo, empujándolo a perder la calma. Si se enfadaba y se llevaba a Reina, yo tendría a la hermana que quería. Todos saldríamos ganando.

—Hagámonos a un lado, ¿de acuerdo?

—Nos veremos luego... —Fue como si Amon huyera de Reina, pero antes de que pudiera marcharse, Romero lo detuvo.

—Quédate.

Romero movió a Reina hacia la izquierda y la empujó hacia delante hasta que no estuvimos en medio del alboroto. La música seguía sonando y la charla llenaba el ambiente.

—¿De qué se trata esto, *Papà?* —La frustración se reflejó en su expresión mientras nos daba la espalda—. Este evento es muy importante. Mi carrera depende de dar una buena impresión.

—No estás demasiado ocupada para escuchar esto.

Las manos de Amon se cerraron en puños al oír el tono de Romero, pero no se movió. Dejé escapar un suspiro sardónico. También odiaba a Romero, pero esto era demasiado entretenido como para no disfrutarlo. Con suerte, Amon le daría una paliza, secuestraría a Reina y todos tendríamos un final feliz.

—De acuerdo, ¿de qué trata esto? —Reina se enfrentó a su padre, con la columna tan recta que podría quebrarse.

—Tú y Dante se van a casar.

Conmoción. Sorpresa. Asco. Lo vi todo pasar por su expresión. Irónicamente, la expresión de Amon siguió el mismo patrón, con un añadido. Furia. Sus nudillos se volvieron blancos y anticipé un puñetazo.

—*Papà*, ¿p… podemos hablar de esto, por favor? —A Reina le temblaban las manos y sentí una pizca de lástima por ella, aunque no la suficiente como para intervenir y ayudarla. Después de todo, tenía que dar algunas explicaciones—. A solas.

La comisura de mis labios se levantó y decidí ser aún más idiota y presionar más a mi hermano.

—Como tu futuro esposo —agregué—, puedes decir lo que quieras delante de mí.

Juré que escuché rechinar los dientes de Amon. Era música para mis oídos, porque significaba que nada de esta situación le era indiferente. Haría algo con todo este asunto.

—*Papà*, por favor. La abuela nunca lo aprobará —suplicó Reina.

—No tiene nada que decir en este asunto.

Me acerqué a Reina para consolarla, pero Amon me agarró de la muñeca y me clavó una mirada de *Tócala y te mato*. Casi me reí de su predictibilidad.

Solo sonreí, mientras Reina nos miraba a los dos.

—No. —Reina cuadró los hombros—. No voy a hacerlo.

—Reina...

—*Papà*, realmente necesito hablar contigo —siseó en voz baja—. A solas.

Mientras los dos se alejaban, ella nos miró por encima del hombro y nos mostró el dedo medio.

Las dos hermanas eran más parecidas de lo que pensaba.

—¿A qué estás jugando, Dante? —La voz de mi hermano era tan fría como el hielo,

atravesando la abarrotada habitación como un látigo.

—No estoy jugando. —«*Demasiado*»—. Solo trato de hacer algunas cosas. —«*Casarme con Phoenix y conseguir respuestas de Reina*».

Era un plan sencillo. Todo lo que Amon tenía que hacer era arrebatar a Reina para sí mismo.

Apoyados contra la pared con las manos metidas en los bolsillos, observamos a Reina emprender el camino de vuelta, con expresión resignada. *Maldición*. ¿De verdad Amon y Reina no iban a luchar contra este matrimonio?

De repente, sentí la corbata demasiado apretada, como una soga alrededor del cuello.

—Entraste en razón —indiqué, eligiendo el sarcasmo a pesar de que el pánico iba en aumento y me hacía sudar frío. Si aquellos dos no tomaban una decisión, tendría que empujarlos a hacerlo.

Un sonido de frustración subió por su garganta, pero Reina lo mantuvo encerrado.

Fue Romero quien contestó.

—Lo hizo, Dante. —Una chispa brilló en los ojos oscuros de Amon, pero permaneció en silencio—. Discutiremos los planes mañana.

Me importaban una mierda los planes. En cambio, estudié a Reina. Era hora de presionarla.

—Probablemente deberíamos reservar algo de tiempo para conocernos mejor, Reina.

—Claro. —Su expresión prometía venganza. Posiblemente asesinato—. Te daré el número de mi asistente.

Romero se frotó las manos, satisfecho.

—Excelente, arréglense ustedes. Se lo haré saber a Marchetti y fijaremos la fecha.

Puse los ojos en blanco mientras se movía entre la multitud. La chica no tenía asistente, pero al parecer Romero no lo sabía. Jesucristo, ¿acaso ese hombre sabía algo de sus propias hijas?

No pude darle más vueltas. Reina nos encaró, mirándonos a Amon y a mí.

—Ahora, dejémonos de fingir. ¿Qué demonios quieres, Dante?

—A ti, obviamente. —*Tu hermana.* Mis ojos parpadearon por encima de su cabeza hacia donde estaba Phoenix, tentándome como Afrodita—. Seremos una gran familia feliz.

Phoenix y yo. Reina y Amon.

—La idea que tiene la familia Leone de lo que se considera “feliz” es muy diferente a la nuestra —siseó, con los ojos entrecerrados.

—Podemos llegar a un acuerdo —señalé, ignorando su tono pasivo-agresivo—. ¿Quién sabe? Tal vez hasta nos enamoremos. —*Maldición, Amon. Haz algo. Dame un puñetazo, échatela al hombro y vete.* Sin embargo, no se movió. Permaneció de pie como una estatua, con una ira que podía arrasar una gran ciudad.

—Enamorarse está sobrevalorado. No es que hable por experiencia ni nada. —Encantador, dos idiotas tercos. A este paso, nunca llegaríamos a ninguna parte. *Excepto al altar*.

La soga invisible que me rodeaba el cuello se tensó y me llevé la mano a la corbata, tirando sutilmente de ella.

Reina se dio la vuelta para marcharse, pero luego cambió de opinión. La bofetada llegó mientras me preocupaba por los grilletes.

—Vuelve a llamar a mi hermana “insuficiente” y será la última palabra que digas. *¿Capisce*? —Maldita sea. Sabía que Tomaso Romero era un chismoso.

Reina sonrió con satisfacción y se alejó pavoneándose, probablemente orgullosa de sí misma por haber pronunciado una palabra en italiano.

# CAPÍTULO TREINTA Y DOS

# PHOENIX



Sentí que me observaba desde las sombras.

Una sensación espeluznante me caló hasta los huesos y me apreté más el abrigo de lana.

El mes de diciembre no era muy agradable en París. O tal vez era solo el estado de ánimo en el que me encontraba.

Mi hermana estaba en un matrimonio concertado con el chico del que me enamoré hacía cinco años. El chico que me rompió el corazón y me dejó sola cuando más lo necesitaba. Fue un trago amargo. Primero me había olvidado y ahora se casaba con mi hermana.

No obstante, seguía *acosándome*.

Después de dispararle, pensé que Dante captaría el mensaje. Aquella noche iba en serio en su club y lo mataría si volvía a intentarlo. Sin embargo, el persistente acosador seguía persiguiéndome en la oscuridad, siendo mi sombra dondequiera que fuera. A veces incluso Cesar hacía los honores.

Como de costumbre, fingí que no lo veía y que ninguno de los dos existía. Pero todo mi cuerpo estaba tan en sintonía con Dante que era como si cada fibra de mi ser se hubiera acostumbrado al peso de su mirada.

Pero, afortunadamente, Dante dejó de acercárseme. Así que tal vez había aprendido la lección. Por supuesto, dejé de tener citas después de que Baptiste no me contestara y de que otros hombres con los que tuve citas aparecieran golpeados.

No es que lamentara mi vida amorosa.

Divisé su moto con el rabillo del ojo. A estas alturas, reconocía cada uno de sus vehículos. Incluso sus cascos, y tenía muchos. Me adelantó con su moto BMW, el asfalto vibraba por el acelerón.

*¡Presumido! Espero que se rompa el cuello.*

Sacudí la cabeza ante su estupidez. Ni siquiera me detendría para ayudarle. Pasaría por encima de su cuerpo por ser un completo idiota.

Fingiendo que no existía, giré hacia la *Rue de Richelieu*. Mi destino era mi único objetivo.

*Bibliothèque Nationale de France*.

Tenía que llevar a cabo una investigación y no podía permitirme que nadie la rastreara. Le hablaría a Reina de mi bebé después de despegar y dejarlo todo atrás. Llegamos a la conclusión de que huir era la única solución. Dejar que *Papà*, la abuela y el lunático de Leone resolvieran su estúpido arreglo.

La noche siguiente era la cena de ensayo de Reina. Habíamos decidido quedarnos, dar a todos la impresión de que estaba de acuerdo con este estúpido arreglo, y luego desaparecer.

El magnífico edificio ocupaba una manzana entera, rodeada por cuatro calles principales de

París: *Rue de Richelieu*, *Rue des Petits-Champs*, *Rue Vivienne* y *Rue Colbert*. A la entrada de la biblioteca, no pude resistirme a echar un vistazo por encima del hombro. Tenía la visera levantada y estaba estacionado al otro lado de la calle, con su mirada salvaje clavada en mí.

Se me puso la piel de gallina y entré corriendo en el edificio, sin pararme siquiera a recoger el cambio tras pagar la entrada. Nunca me seguía dentro de los edificios, y recé para que no empezara a hacerlo ese día.

Tenía que utilizar el ordenador público para buscar cualquier información que pudiera encontrar sobre las leyes de adopción y mis derechos, y no necesitaba a nadie que se interpusiera en mi camino.



Tres horas más tarde, estaba de vuelta en nuestro pequeño refugio, el apartamento que había llamado hogar durante los últimos cinco años.

Después de ducharme y ponerme la pijama, fui a la habitación de Reina y llamé a la puerta. No escuché su respuesta, por supuesto, así que abrí la puerta con cautela y la encontré tumbada en la cama boca abajo, con las piernas al aire, mirando fijamente el vestido que le habían entregado hoy. Al escucharme entrar, se giró hacia mí.

Su vestido de novia negro.

—*¿Por qué te molestaste en conseguirlo si vamos a huir antes de la boda*? —Quería a mi hermana con toda mi alma, pero la idea de verla dar el "sí, acepto" a Dante hizo que algo feo se deslizara por mis venas. No me gustaba.

Se encogió de hombros y se sentó para poder señar.

—*Por si acaso nos atrapan y me arrastran hacia el altar. Una chica tiene que estar preparada.*

Reina caminando hacia el altar de negro sin duda haría una declaración. A diferencia de mí, era la viva imagen de *Mamma*. Compartían los mismos rizos rubios, rasgos menudos y un aura elegante que atraía a la gente. Siempre había sido de voz suave hasta que alguien la enfadaba. Entonces se convertía en una fuerza a tener en cuenta.

Para ser sincera, era un rasgo que ambas compartíamos.

Entrecerró los ojos, observándome.

—¿Estás bien? —Asentí, tomando asiento a su lado—. Si no quieres huir, no pasa nada. No me enfadaré contigo.

El hecho de que no había podido evitarle toda la mierda con Amon y ahora con su hermano había ido minando una parte de mí. Siempre hacía todo lo posible por estar a mi lado y protegerme, y me sentía una fracasada por no protegerla.

—*Estoy lista.* —Señé con confianza—. *Si quieres que nos vayamos esta noche, estoy de acuerdo*.

Solo estaba el asunto de mi sombra, que siempre estaba vigilando. Era el mayor problema de nuestro plan. Excepto que no podía admitir ante nadie que Dante me había estado acechando durante la mayor parte de los últimos tres años sin suscitar aún más preguntas.

Asintió.

—Mejor lo hacemos mañana. Después de la cena de ensayo. Un último intento para que rompa el acuerdo.

Reina me abrazó y apoyó la cabeza en mi hombro. Sabía que tenía sus propios demonios

contra los que luchar, igual que tenía los míos. No había un buen final para nuestra historia, pero quizás una vez que desapareciéramos, y encontráramos a mi hijo, podríamos tener una vida feliz juntos.

Levantó la cabeza, sus ojos se encontraron con los míos y la tristeza que había en ellos me destripó.

—No lo entiendo —dijo, y deseé tanto poder oír su voz—. Nada de esto. ¿Por qué querría hacer esto sabiendo...? —*Sabiendo que amaba a su hermano*—. Empezó como un cuento de hadas y terminó como una tragedia griega.

Parecía ser la tendencia en nuestra familia. El fin de *Mamma*. Mi angustia. La de Reina. Tal vez las mujeres de nuestra familia no tenían suerte en el amor. Bueno, excepto la abuela. No parecía tener ningún problema en ese departamento.

Reina soltó un fuerte suspiro y volvió a apoyar la cabeza en mi hombro.

Las dos en la cama, con sus brazos rodeándome, mis recuerdos me llevaron a mi propio comienzo de cuento de hadas. Por muy temporal que hubiera sido.

*—Cuatro meses más y nos largamos. —Isla sonrió, mirándose en el espejo, con unos tacones de aguja Stuart Weitzman y un vestido negro brillante sin espalda que le llegaba a las rodillas. Opté por unos tacones azules de Jimmy Choo y un vestido azul sin espalda que acentuaba mis ojos.*

*Reina nos miró molesta, aún frustrada por no poder acompañarnos. Con sus aparatos dentales y su expresión angelical, no pasaría por una chica de dieciocho años, y mucho menos de veintiuno como decían nuestras identificaciones falsas.*

*—Ojalá pudiera ir. —Hizo un puchero, sentada en la cama con las piernas entrecruzadas, vistiendo leggings y un suéter rosa sin hombros. Esa chica convertiría el mundo en rosa si pudiera—. He oído que el nuevo club es increíble. Deberían hacer una excepción en víspera de Año Nuevo. Los menores de edad también deberían poder celebrarlo.*

*—Sí, en la cama —la regañó Isla, siempre tan maternal—. Y estás resfriada.*

*Reina la miró secamente.*

*—Se van a resfriar con esa ropa tan escasa en pleno invierno.*

*Isla se encogió de hombros.*

*—Pequeño precio por la belleza. Además, soy medio rusa. Puedo soportar el frío —aseguró mientras se le ponía la piel de gallina.*

*Resoplé. Las tres crecimos en California. Nuestra idea del invierno era ver películas de Hallmark desde el calor del interior. El frío era lo único que nos molestaba de este internado.*

*—En cuanto te quiten el aparato dental, iremos a todos los clubes nocturnos del estado de California. —Señé para reconfortarla.*

*—¿Lo prometes?*

*—Absolutamente.*

*Mi hermana pequeña sonrió y me guiñó un ojo.*

*—Bien, te haré que mantengas tu promesa. A las dos. Y mientras están fuera, voy a hacerle una visita al idiota que pensó que podía agarrarle en el trasero a mi hermana mayor. —Metió la mano debajo de la almohada y sacó los fuegos artificiales que había metido a escondidas en los dormitorios—. Jason el petardo.*

*Los ojos de Isla brillaban divertidos.*

*—Grábalo.*

*—Pero no nos metas en problemas. —Le advertí señando—. Recuerda, la abuela dijo que quedarnos en el internado era una prueba antes de empezar nuestros años universitarios.*

*Reina puso los ojos en blanco.*

*—Somos parientes de criminales. Claro que no me atraparán. Déjamelo a mí.*

*Negué con la cabeza, pero no pude evitar que me apareciera una sonrisa en la cara.*

*Con una última mirada a nuestros reflejos en el espejo de cuerpo entero, Isla y yo le lanzamos un beso a Reina y salimos de nuestro dormitorio, dirigiéndonos al Mini Cooper de Isla en el estacionamiento.*

*Una hora más tarde, llegamos al club deportivo de Tahoe City Marina. Dimos varias vueltas a la manzana para encontrar estacionamiento.*

*—¿Quieres mirar eso? —Isla sonrió feliz—. Las estrellas deben estar alineándose porque tenemos un sitio justo delante.*

*Una vez estacionadas, nos dirigimos hacia la entrada, pavoneándonos como si perteneciéramos al lugar. Ninguna se molestó en mirar la cola que serpenteaba desde la entrada del club hasta la esquina. Habíamos hecho esto muchas veces, sabíamos cómo jugar. Era un club nuevo, pero las reglas seguían siendo las mismas. Si estás lo bastante sexy, el portero te dejará entrar.*

*Como un reloj, los ojos del portero nos recorrieron antes de soltar la cuerda carmesí con un movimiento de cabeza.*

*En cuanto pasamos las puertas de entrada, nos pararon y nos registraron. Era la primera vez para las dos.*

*No fue hasta que nos adentramos en el club cuando Isla y yo compartimos una mirada emocionada.*

*—Me encanta cómo funciona siempre. —Señó y bromeó.*

*—A la perfección. —Gesticulé de vuelta—. Ni siquiera nos pidió las identificaciones. ¿Por qué crees que nos registraron?*

*Isla se encogió de hombros.*

*—¿Quizá algún delincuente es el dueño y no quiere que alguien le dispare en su propio club?*

*Puse los ojos en blanco, pero me despisté en cuanto llegamos a la primera planta, donde hombres y mujeres se emborrachaban y se restregaban unos contra otros.*

*La música estaba tan alta que enviaba vibraciones a través de mi cuerpo y hacía que mis entrañas temblaran de excitación. Me encantaba cómo me permitía sentirme normal por un rato.*

*Las dos nos dirigimos al bar y pedimos dos shots de Fireball. Cuando el camarero nos acercó los vasitos, los chocamos en un brindis.*

*—Feliz Año Nuevo para nosotras. —Señé, y luego nos bebimos nuestros shots, tosiendo de inmediato.*

*Isla se limpió la boca con el dorso de la mano y se dio un golpecito en el pecho.*

*—Mierda, eso quema.*

*Justo cuando iba a dejar el vaso sobre la encimera, se me erizó el vello de la nuca y tuve la sensación de que alguien me estaba mirando. Giré lentamente la cabeza y dejé que mis ojos recorrieran la habitación, pero no pude ver a nadie.*

*Sacudiéndome la sensación de ser observada, Isla y yo nos dirigimos a la pista de baile. Durante la hora siguiente bailamos y reímos, bebimos un poco más y volvimos a bailar. La música retumbaba en mis venas y me hacía vibrar desde los dedos de los pies.*

*Isla encontró a un imbécil y se estaban besando en el rincón más alejado mientras la*

*vigilaba. Era nuestra regla: nunca desaparecer de la vista.*

*Seguí bailando con un subidón embriagador y desinhibido en la sangre, las luces tenues proyectaban un resplandor sobre mis piernas y brazos desnudos. Los cuerpos de la pista se movían al unísono, pero estaba en mi propio mundo.*

*Una gota de sudor me recorrió la espalda y apreté los pesados mechones de mi cabello en un puño cuando sentí las manos de alguien sobre mí. Me di la vuelta y me encontré con un joven de ojos oscuros y cabello rubio que sonreía como un tonto.*

*Le leí los labios.*

*—Hola, preciosa.*

*Gemí. Siempre pasaba lo mismo con los chicos. Pensaban que, si te sonreían y te llamaban hermosa, caerías rendida a sus pies. Si mi corazón tropezaba consigo mismo, o al menos se detenía un parpadeo de un segundo al verlo, le daría una oportunidad.*

*No. Nada.*

*Me alejé bailando, pero me siguió. Gemí para mis adentros, molesta por la interrupción. Mis ojos recorrieron la multitud, buscando una víctima adecuada que intimidara a este desgraciado. Me quedé sin aliento cuando mis ojos chocaron con unos azules.*

*Dante Leone.*

*Todo crecido y vistiendo un traje negro de tres piezas, el contorno de su arma visible debajo de su chaqueta. Me pareció que no lo habían registrado al entrar.*

*Lo reconocí al instante. El chico que conocí cuando tenía ocho años. Todos mis sentidos se desvanecieron ante la sobrecogedora intensidad que su presencia producía en mi abdomen. Era nuevo. Diferente. Distinto a todo lo que había experimentado antes. No recordaba haberme sentido así cuando me encontré con él en casa de la abuela en Malibú hacía dos años.*

*Alguien me agarró de la mano y bajé los ojos aturdida para encontrarme con el rubio agarrado a mí. Tiré de mi mano y me dirigí hacia Dante, con los pies moviéndose solos.*

*Tres pasos. Dos pasos. Un paso.*

*Y estaba justo delante de mí. No evalué mis próximos pasos. Si lo hacía, me acobardaría. En lugar de eso, agarré la chaqueta de su traje y lo jalé hacia mí. Incluso me ayudó inclinando su alto cuerpo. Con mi pecho contra el suyo y mis dedos apretando su chaqueta, aplasté mis labios contra los suyos.*

*El mundo se desvaneció cuando el aroma amaderado de su colonia me envolvió. La sangre se me aceleró en los oídos cuando nuestras bocas se fundieron. Todo en mi interior se calmó y se enfureció al mismo tiempo.*

*Tiré ligeramente de sus labios, el calor palpitaba y se extendía por mí como el fuego. Me devolvió el beso, separó mis labios con los suyos y deslizó la lengua en su interior. Me invadió un deseo puro y sin adulterar, y de pronto comprendí por qué el amor y la lujuria tenían la capacidad de empezar y acabar guerras.*

*Me agarró por la nuca y me inclinó para besarme más profundamente. Con la otra mano me agarró por la cintura y me pegó a su duro cuerpo.*

*Cuando por fin di un paso atrás, jadeaba, las mejillas me ardían al encontrarme con un calor posesivo que chisporroteaba en las llamas azules de su mirada.*

*El pulso me latía entre las piernas y algo invisible y caliente se entretejía entre nosotros.*

*—Ahora eres mía, Phoenix Romero.*

*Lo primero que pensé fue que se acordaba de mí. Mi segundo pensamiento fue que también debió de haberlo sentido, pero antes de que pudiera comentarlo, sus labios volvieron a estar sobre los míos, saboreándome, chupándome la lengua y mordisqueándome el labio inferior.*

*Entonces alguien chocó conmigo y, en un abrir y cerrar de ojos, Dante lo apartó de un empujón, haciendo que el hombre cayera sobre su trasero. Tardé un segundo en darme cuenta de que era el rubio que me había llevado directo a los brazos de Dante.*

*Dante deslizó su gran mano entre las mías y me condujo hacia la parte trasera del club. Lo seguí sin rechistar, olvidándome por completo de nuestra regla.*

*Con mi mano entre las suyas, nos adentramos en un pasillo que parecía rodear la pista de baile principal. La adrenalina se apoderó de mí, las vibraciones bajo mis pies eran menos intensas aquí. Apreté la mano de Dante y me devolvió el gesto.*

*Pasamos junto a un hombre que estaba de pie junto a la puerta de cuero marrón con un cartel de* ***"Solo VIP"*** *y entramos en el lugar. Era un palco privado que flotaba directamente sobre la pista de baile circular, con una ventana que ocupaba un lado de la pared. Sospeché que era un cristal unidireccional. En el lado opuesto, había un bar privado desocupado.*

*Le dijo algo al guardia antes de cerrar la puerta, sin soltarme la mano, y me pregunté qué estaría planeando.*

*Se dio cuenta de que lo miraba y se acercó a mí. —¿Tienes miedo?*

*Por extraño que pareciera, no lo tenía. Agarré mi teléfono y escribí mi respuesta.*

***No tengo miedo, pero no me gusta dejar sola a mi amiga.***

*Leyó el mensaje y asintió. Su mano tocó la parte baja de mi espalda antes de mirarme para que pudiera leer sus labios. Y eran unos labios preciosos. Quería volver a besarlo y perderme en todas las sensaciones que me provocaba.*

*—Le dije a mi chico que la vigilara —dijo despacio, con los ojos clavados en mis labios.*

*—Gracias — pronuncié y señé la sencilla palabra al mismo tiempo, y luego me quedé paralizada. Rara vez pronunciaba palabras, y nunca cerca de extraños. Me invadió la vergüenza, pero sus siguientes palabras la borraron.*

*—Tu voz... es preciosa. —Su mano apretó su agarre en mi espalda, sus dedos presionando—. Un día, gritarás mi nombre con ella.*

*Le sostuve la mirada, con el corazón acelerado en el pecho.*

*—¿De verdad?*

*Me devolvió la mirada, con esa encantadora sonrisa de chico malo.*

*—Sí, Nix, de verdad. —Se apretó contra mí y sus brazos me rodearon mientras bajaba la cabeza, acercando su cara a escasos centímetros de la mía—. Pero hasta entonces, me darás tu número para que pueda ser el único que te saque a pasear.*

*Era cursi. Se movía demasiado rápido.*

*Acerqué mi teléfono entre nosotros y tecleé mi respuesta. No podía pronunciar frases largas. Hacía demasiado tiempo que no podía oír sonidos como para haber perfeccionado la entonación y los sutiles cambios dentro de la boca.* ***Tendrás que trabajar para conseguir mi número de teléfono, Dante Leone.***

*Sonrió.*

*—No esperaba menos de ti, Nix. —Su boca rozó la mía, casi como si no pudiera soportar no tocarme, besarme, sentirme. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo ante su cercanía. Luego se enderezó y su sonrisa se amplió aún más—. Te acuerdas de mí, ¿eh?*

*Asentí con la cabeza. Como si pudiera olvidarlo. Era el chico más guapo que había visto nunca, pero era más que eso. Que asumiera la culpa del jarrón roto lo había tatuado de forma permanente en mi mente. Cuando lo volví a ver dos años atrás, mientras Reina y yo volvíamos a hurtadillas de una noche de fiesta, nunca imaginé que un día acabaríamos aquí.*

*El chico se había convertido en un hombre. Uno que de repente hizo que todos los demás*

*palidecieran en comparación. Estructura alta. Hombros anchos y fuertes. Esa cara con la mandíbula que pertenecía a la portada de cada libro romántico y revista* GQ.

*Apostaría todos mis otros sentidos a que ninguna mujer podría olvidar a Dante Leone.*

*Las luces de la pista de baile y de la marina más allá del club parpadeaban a través del gran ventanal, pero solo estábamos nosotros dos.*

*Llevó su mano a mi mejilla, rozando mi piel con los nudillos.*

*—Dime qué tengo que hacer para conseguir tu número.*

*Señé lo primero que se me ocurrió:*

*—Bésame.*

*Y lo hizo. Sus labios se pegaron a los míos y sus dedos recorrieron mi espalda. Nuestras lenguas bailaron al son de las antiguas canciones. Lo inhalé en mis pulmones, sin darme cuenta entonces de que su olor permanecería.*

*Entonces el beso terminó tan rápido como empezó.*

*Su mano me agarró por la cadera y se acercó más, apretándose a mi cuerpo. Sentí cómo se movía contra mí, y un deseo crudo me recorrió por dentro. Fue lujuria a primera vista. No creía exactamente en el amor, pero esto... esto era embriagador.*

*Dante me rodeó la cintura y los hombros con los brazos y me levantó en el aire. Sonrió, nos acercó al bar y me dejó encima de él.*

*Puse el teléfono sobre el bar mientras se metía entre mis piernas. Agarró mi teléfono móvil y me reí entre dientes.*

*Levantó la ceja.*

*—Me debes tu número de teléfono, Nix. Un trato es un trato.*

*Puse los ojos en blanco y le arrebaté el teléfono, tecleando mi respuesta con dedos temblorosos.* ***No dije un solo beso***

*Por la forma en que sus ojos brillaban con el desafío, supe que mordería. Me besaba con rudeza, me tocaba aún más, y me encantaba. Pero nunca fue más allá.*

*Cuando solté un ruido de frustración, necesitando más, se limitó a decir:*

*—Primero saldré a citas contigo.*

*Luego me besó un poco más. Sentí estallar los fuegos artificiales en la vibración del edificio y me sentí eufórica al pensar en el año que se avecinaba.*

*Aturdida y sin apenas recordar mi nombre, me puse en pie y me arreglé para estar presentable, sin saber que Dante había hackeado mi teléfono e introducido su número a escondidas.*

Los recuerdos se hicieron añicos como el corazón de una joven frágil. Si hubiera sabido lo equivocada que estaba. Aquel Año Nuevo, y todos los siguientes, marcaron el comienzo de mis experiencias más difíciles.

# CAPÍTULO TREINTA Y TRES

# DANTE



—Sabes que no soy un terapeuta de turno, ¿verdad?

—Tal vez.

—Y no hago visitas a domicilio, y menos cuando mi cliente está fuera del país. —Cruzó las piernas, balanceando los tacones de aguja—. Tengo otros clientes, y la mayoría están en Italia.

Puse los ojos en blanco.

—Ellos vivirán. Puede que yo no.

Los labios de la doctora Freud se torcieron.

—Bueno, juré ayudar a los necesitados. Así que manos a la obra. Y que sea rápido para que pueda volver a Italia.

Estábamos sentados en la sala de mi *chateau*, a las afueras de París, y los viñedos se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Sí, me gustaba el edificio, pero lo que impulsó mi compra fue la ubicación y el valor de la cosecha.

Me senté en la silla y apoyé el tobillo en la rodilla.

—No te preocupes, mi avión te llevará de vuelta.

Se burló.

—Más vale. Y estoy facturando el tiempo de viaje.

—Por supuesto.

Se llevó el bolígrafo a la barbilla e inclinó la cabeza.

—Ahora, dime. ¿Qué es tan urgente?

—Quiero saber si es posible recordar cosas a través de mis sueños, incluso con mi amnesia.

No tenía mi expediente; no lo necesitaba. Había trabajado conmigo lo suficiente a lo largo de los años, probablemente sabía de memoria todo lo que le decía. Estaba ansiosa por resolverme, descifrarme, como un rompecabezas incompleto.

—Claro que es posible. Cuando dormimos, ciertos bloqueos autoimpuestos se levantan, dejándonos abiertos a revisitar sucesos más traumáticos. Creo que tu amnesia en su estado actual es autoimpuesta. Creo que tus comportamientos son más hábitos que compulsiones. —Hizo una pausa, dejando las palabras que no había dicho suspendidas en el aire como el tictac de una bomba. Mi mirada inquebrantable se clavó en ella, instándola a continuar. Tragó saliva—. También sospecho que durante tu secuestro...

—Nunca dije nada sobre un secuestro.

No me contradijo y continuó en tono tranquilo.

—Te afectó hasta el punto de que no pudiste afrontar las consecuencias. Fueran las que fueran.

Los diagnósticos mentales siempre me habían parecido aburridos y poco concluyentes, pero ni siquiera yo podía negar esto. En el fondo, sabía que había una razón por la que odiaba el contacto físico. Mi miembro se negaba a ponerse duro a menos que me imaginara a cierta morena de ojos azules. Por supuesto, acostarme con cualquier otra mujer estaba descartado. En el lapso de... bueno, para siempre... solo me había acostado con una mujer: Phoenix Romero. Y entonces me disparó.

Veintiséis años; una relación sexual. Siendo disparado por esa misma mujer. Sí, eso no estaba funcionando para mí.

Necesitaba poner ese anillo en el dedo de Nix antes de perder otra canica.

Sonreí.

—¿Así que ese es su diagnóstico final, Doc?

—A partir de ahora. —Cruzó las piernas, desviando la mirada por un momento—. Entonces, ¿me dirás lo que recuerdas?

Observé por la ventana, pasándome una mano por la mandíbula mientras su mirada pensativa se posaba en mi rostro.

—No mucho —dije finalmente.

—Constantemente me he preguntado cómo te libraste con solo una evaluación psicológica después de destrozar el cráneo de varios hombres en aquel bar. —Después de varios *whiskeys*, perdí el conocimiento y me volví loco. No estaba orgulloso de mis actos, y la idea de la laguna mental aún me atormentaba.

—Suerte, supongo. —Mis ojos bajaron al extraño símbolo alrededor de su cuello—. ¿De qué trata ese símbolo?

Bajó los ojos hacia el amuleto que colgaba de su collar.

—No lo sé. Simplemente me gustó y me lo quedé. —Estaba mintiendo, pero sabía que no revelaría nada más al respecto—. Sé que no me has traído hasta aquí para tener una conversación de cinco minutos o para hablar de mi collar. Entonces, ¿deberíamos llegar al fondo del asunto? —Mis ojos se encontraron con los suyos, pero guardé silencio—. Déjame adivinar. La mujer que has mencionado antes... No está para calmar tus arrebatos.

—Siempre está alrededor. —Nunca había dicho una mentira más ridícula. La única razón por la que la veía era porque la acosaba como el acosador que una vez me había acusado de ser.

—Puede ser. Pero quizás ella no quiera estarlo. —Mi mandíbula se tensó—. Esta "personalidad" tuya... No es más que un muro que has levantado en tu cabeza para no visitar lo que te resulta más doloroso. Para ayudarte a comprenderte, necesitas saber lo que pasó. Entenderlo. Te impide seguir adelante.

—A mí me parece un montón de estupideces.

Levantó los labios.

—De nuevo, ¿por qué arrastrarme hasta aquí, entonces? —Chasqueó el bolígrafo—. Sabías cuál sería mi respuesta.

—Tal vez necesite otra solución —repliqué.

Sacudió la cabeza.

—A menos que te enfrentes a tus propios demonios, Dante, nadie podrá controlarlos. Supongo que tienes miedo de perderla.

—No necesito consejos sobre relaciones. —Demonios, *ojalá* hubiera una relación que discutir.

Sonrió con tristeza.

—Quieres que te diga que no necesitas enfrentarte a ello, que las lagunas de tu memoria

desaparecerán. Pues no. Y las cosas solo empeorarán y te costarán todo lo que amas.

Un soplo sardónico me abandonó.

—Pensaba que las mujeres creían en los finales felices para siempre.

Esta vez se rio entre dientes.

—¿No te has enterado? Esos vienen con grandes sacrificios.

# CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

# DANTE



Cena de ensayo.

Más bien una cena de payasos en diciembre. Phoenix y su hermana, junto con su caravana de amigas, aparecieron con el aspecto de un circo *hippie* ambulante. Sin embargo, mientras mis ojos seguían a Phoenix, no pude evitar sonreír.

Phoenix parecía un diente de león con su minivestido amarillo brillante sin mangas. Sí, era cegador y objetivamente horrible, pero demonios, no podía apartar la mirada de ella. Al parecer, sufría otro trastorno que me impedía mostrarme tranquilo a su lado.

Pero maldita sea, me encantaban los retos. Y este había estado en curso, sin recompensa, durante los últimos tres años.

A Reina, en cambio, podía estar sin verla ni hablarle. Estaba borracha, coqueteando con chicos apenas mayores de edad y fulminándome con la mirada en todo momento. Me había burlado de Amon, lanzándole sutiles indirectas. Más le valía a mi hermano hacer algo con su mujer porque se le acababa el tiempo. Maldición, solo le quedaba un día para lanzarse al ruedo. Yo tenía el mismo tiempo para sacarle la verdad a Reina. Y entonces... cambio.

Reina Romero nunca fue mi final. Esa posición siempre había sido de Phoenix. Mi Nix. Mi *Dandelion*, mi diente de león. Esperaría cien vidas si fuera necesario con tal de que todas nos llevaran el uno al otro.

Así que aquí estaba, estudiando la habitación mientras bebía lentamente mi cerveza, queriendo mantener la cordura esta noche.

A mi izquierda había un bar con espejos y a mi derecha, una pista de baile. En cada esquina había zonas para sentarse. La sofisticada decoración había hecho que los vestidos de las chicas parecieran aún más ridículos. De hecho, las cinco mujeres parecían querer ir al circo, pero se habían perdido en el camino. Por suerte, la tenue iluminación del club me salvó los ojos de los atroces colores de sus vestidos; de lo contrario, estaba seguro de que me habrían cegado.

Tenía que desentrañar los detalles de lo que había ocurrido entre Reina y mi padre, así como entre Diana y mi padre, para poder acabar con esta farsa y arrebatar a Phoenix de una vez por todas.

Vi cómo Reina agarraba otra copa de *champagne* de una bandeja que pasaba, pero antes de que pudiera llevársela a los labios y emborracharse aún más, la agarré de la muñeca.

—Ya es suficiente —siseé en voz baja.

—Quítale la mano de encima. —La voz de Amon llegó desde mi lado, fría de furia. Demonios, por fin—. *Ahora*.

Dejé escapar un suspiro divertido.

—¿O qué, hermano?

Reina y Amon se perdieron en sus miradas, llenas de turbulencia y vehemencia. Al menos ambos parecían estar en la misma onda... a diferencia de Phoenix, que solo me observaba con desdén.

—¿Cuánto va a durar este enfrentamiento? —pregunté en tono aburrido.

Phoenix se acercó entonces a su hermana y, para mi regocijo, debió de estar observándome, o leyendo mis labios al menos, porque señó:

—*¿Quieres cerrar la maldita boca?*

No podía dejar de pensar en esa mujer, y ahí estaba, comportándose como si no pudiera soportarme. Si podía perdonarle que me rociara con gas pimienta y me disparara, seguro que ella podía superar su ira contra mí.

—¿Cuál es tu problema conmigo? —solté.

Se le escapó una risa amarga. La furia brilló en sus ojos y, sin previo aviso, Nix me clavó la rodilla en la ingle. Gruñí, encorvándome mientras el dolor me atravesaba. Maldición, la única mujer capaz de endurecer mi polla me odiaba a muerte.

—Tiene problemas —gruñí desde mi posición encorvada, mirando la espalda de Phoenix. ¿Por qué demonios le miraba siempre la espalda? Reina se rio y mis ojos se entrecerraron en ella —. Y tú, Reina, eres una pésima borracha.

Mi "prometida" se giró hacia mí, igual de enfadada que su hermana. Si intentaba clavarme la rodilla en los huevos, mataría a alguien.

—Tú... tú... —Parecía buscar la palabra—. Eres la razón por la que Dios inventó el dedo medio, imbécil.

—Eres una mocosa malcriada.

Cruzó los brazos sobre el pecho, la furia desplegándose rápidamente.

—Eres un mentiroso, infiel y...

Me enderecé y le dirigí una fría sonrisa.

—Estás borracha, así que te daré un pase.

La chica estaba empezando a molestarme de verdad. Haría falta ser ciego para darse cuenta de que esta maldita boda nunca se celebraría. Diana se unió a nosotros entonces, y entrecerré los ojos, recordando la nota que encontré en su caja fuerte.

Los gritos y las miradas a muerte continuaron hasta que a Romero le salieron pelotas y le pidió a Amon que se llevara a Reina a casa. *Ahora estamos hablando*. Suspiré aliviado.

Mientras los veía marcharse, volví mi atención hacia Nix, mis ojos buscaron instintivamente a la chica de rizos oscuros con un vestido amarillo brillante. La vislumbré mientras se dirigía a los baños.

Con Reina y mi hermano olvidados, me excusé de Romero y seguí a Nix. Como el canalla que ambos sabíamos que era, la acorralé frente al baño de damas. Se detuvo de repente cuando nos encontramos cara a cara, un grito ahogado salió de sus labios. Miró a su alrededor como esperando que hubiera alguien, pero solo estábamos nosotros.

—Hola, Nix. Cuánto tiempo sin verte.

Me fulminó con la mirada.

—*No lo suficiente.* —Señó con movimientos entrecortados.

Intentó pasarme, pero me puse delante de ella, bloqueándole el paso. Hacía mucho tiempo que no jugábamos a este juego del gato y el ratón.

—¿No crees que tenemos que hablar?

—*No*.

—Sí tenemos, y podemos empezar con tu disculpa por intentar dañar nuestras posibilidades

de ampliar nuestra familia dándome una patada en las pelotas.

Ladeó la cabeza, intentando parecer inocente, pero no me engañó. Su piel estaba enrojecida. Su pecho subía y bajaba rápidamente.

—*No eres mi familia*.

Su sonrisa vaciló cuando di un repentino paso adelante, forzando su espalda a chocar contra la pared. Levanté los brazos y puse las manos a ambos lados.

Se le escapó una bocanada de aire. Su olor a lluvia primaveral me atrapó, aunque era ella la acorralada.

—*¿Qué quieres*? —Sus elegantes dedos temblaban. La agarré de la muñeca, manteniéndola firme, y me llevé lentamente su dedo índice a mis labios.

Mi mirada se posó en el mechón de su cabello que rozaba mi antebrazo. Mi verga se endureció al instante, aparentemente intacta de su anterior intento de convertirme en un hombre castrado.

El aire crepitó y sus labios se entreabrieron mientras la tensión chispeaba entre nosotros. No pude resistirme, así que, como el desgraciado que era, me aproveché. Mis labios encontraron los suyos y el pequeño sonido que hizo casi me mata. Sus suaves labios se amoldaron a los míos mientras la besaba.

Sabía tan bien como la recordaba. No, *mejor*. Incluso el alcohol sabía a suciedad dulce en su lengua. Me pasó los dedos por el cabello y su toque me encendió de una forma que nunca había sentido con nadie más.

Mi polla estaba dura como el acero, retorciéndose por la necesidad de enterrarse hasta el fondo en ella, cuando un ruido me sobresaltó.

—Lo siento, culpa mía. —Una voz nos sobresaltó a ambos, pero ninguno de los dos se movió. Boris, la mano derecha de Konstantin, estaba en el pasillo, claramente confundido por verme besando a la hermana equivocada.

Phoenix, aprovechando la oportunidad, se agachó y pasó corriendo junto a Boris, que me lanzó una mirada, sonriendo con suficiencia.

—¿Qué? —solté—. ¿No se supone que deberías estar en la fiesta, no... *aquí*?

Maldita sea. Casi la tenía. Si tan solo este idiota no se hubiera empeñado en arruinar mi beso de la cena de ensayo, aunque con la hermana equivocada.

Con su sabor en los labios, me dirigí hacia atrás y encontré un rincón tranquilo. Amon se encargó de llevar a Reina a casa antes de que pudiera avergonzarse aún más, así que tuve vía libre para vigilar a Nix. Buena suerte a mi hermano con la otra chica Romero.

También necesitaría suerte, a juzgar por la alegre bienvenida de Phoenix. Todavía me dolían las pelotas de cuando me había dado un rodillazo.

Las relaciones con Romero habían sido inciertas, y no tenía intención de alarmarlo antes de ponerle las manos encima a su hija mayor. Así que dejé a un lado mi enfado y me centré en lo que había venido a hacer. Sobrevivir este desastre.

Me quité la chaqueta y me doblé la camisa hasta los antebrazos, obligándome a relajarme.

La música era un zumbido constante de fondo y mis ojos se clavaron en Phoenix, que estaba rodeada de sus amigas.

—Me sorprende que Luca DiMauro no esté aquí —comentó Enrico Marchetti, probablemente intentando distraerme con una conversación antes de que explotara. Había visto cómo Nix me dio un rodillazo en las pelotas y sabía que no hacía falta mucho para llevarme al límite. La reputación me precedía.

Marchetti era muy estricto con sus negocios. Tenía sus propias reglas, su manera de hacer las

cosas, que no siempre coincidían con las mías.

Por eso teníamos la mesa de la *Omertà*. Allí teníamos libertad para debatir y votar sobre asuntos importantes y a menudo delicados.

—¿Por qué? —inquirí—. No es que hable mucho con él.

Luca DiMauro dirigía Sicilia. Marchetti y él habían discutido hacía unos años, y sospeché que probablemente quería encontrar una forma de hacer las paces. Se reclinó en la silla y me lanzó una mirada.

Sus ojos oscuros infundían el temor de Dios en sus enemigos, pero haría falta mucho más que eso para asustarme. Había vivido mi propio infierno, aunque no lo recordara.

—Invitaste a todos los miembros de la *Omertà*, ¿verdad? —Manuel, el tío de Enrico, preguntó—. Ya sabes que esos hombres son peores que las mujeres despechadas. Gimen y gimen, y luego se quejan hasta el hartazgo por no haber sido invitados.

Me encogí de hombros.

—Le di la lista de invitados a Romero.

—¿Reina no se encargó? —preguntó Manuel sorprendido, lanzando una mirada a las chicas menos Reina, que estaban haciendo otra ronda de *shots*.

—¿Te parece que ella lo manejó? —murmuré en voz baja—. Todavía me duelen los oídos por sus palabras de borracha.

Algunos de los leales *soldati* de Marchetti deambulaban por los alrededores, garantizando la seguridad de los hijos de Enrico y de su nueva esposa, Isla. No es que los necesitara cuando no podía apartar los ojos de ella. La mujer no podía ni estornudar sin que él se diera cuenta.

—No, supongo que no —respondió Manuel—. Debería haberlo sabido cuando apareció tarde. —Más que *tarde*, casi se habían perdido todo. No me habría importado una mierda, excepto que significaba menos tiempo con Phoenix—. ¿Dónde está?

—Romero le pidió a Amon que la llevara a casa. Phoenix y las chicas irían a casa contigo y Marchetti.

Casi como si le ardieran las orejas, Nix levantó la vista y se encontró con mis ojos. Tenía las mejillas sonrojadas, pero su mirada gélida seguía presente. Y luego puso el broche de oro con un rápido gesto de desaprobación con el dedo medio.

—Tu futura cuñada no es tu mayor admiradora —comentó secamente Enrico—. De hecho, es casi como si quisiera matarte.

Manuel se rio entre dientes.

—A juzgar por la forma en que le dio un rodillazo en las pelotas, lo matará.

—Tan divertido.

—Sí, eso pareció que dolió.

Encantador, ahora Illias se estaba metiendo.

—Si vas a hacerte el listillo, sigue caminando, Konstantin —señalé con naturalidad—. O quizá te entretenga con historias de tu hermanita. —Hacía poco que se había revelado la conexión de Isla con el *Pakhan*. Justo cuando se casó con Enrico Marchetti—. ¿En cuántos problemas crees que se metieron esas cinco?

Un músculo se flexionó en su mandíbula y en la de Enrico, y solté una risita. A decir verdad, ninguno de ellos sabía la mierda en la que se metían esas chicas cuando decidían salir de fiesta.

—Ten cuidado, Leone —advirtió Konstantin, su voz letalmente calmada y su rostro desprovisto de cualquier emoción. El ambiente cayó en picada, y eso ya era mucho decir si teníamos en cuenta que, para empezar, no era nada alegre.

—Si Amon no te tuviera tanto cariño, te partiría la cara. —Obviamente, Marchetti tampoco

era mi mayor fan. Uy cómo me dolía.

Todos querían la conexión con la *Yakuza*, y mi hermano, al ser el príncipe de una de las organizaciones más peligrosas del mundo, ayudó. Las relaciones entre la *Yakuza* y la *Omertà* siempre habían sido tensas en el mejor de los casos. La herencia de Amon proporcionaba una ventaja sobre otras organizaciones del bajo mundo.

—¿Por qué me parece que estás a punto de cometer una imprudencia? —dijo Manuel, mirándome con un brillo sospechoso en los ojos. El desgraciado debía de estar observando a Athena y se había dado cuenta de algo. No se me escapó la forma en que la miraba, como si fuera su próxima comida.

Konstantin dejó escapar un suspiro sardónico, sus ojos se clavaron en mí.

—De alguna manera creo que tienes razón, Manuel.

Necesitaba ir dos pasos por delante de todos y, una vez que llevara a cabo mi plan, necesitaría toda la ayuda posible para no entrar en una guerra total con Romero. Decían que un hombre inteligente nunca divulgaba su plan hasta que el momento era oportuno y el éxito inevitable. Bueno, mi momento se acercaba, y entonces se desataría el infierno.

Marchetti e Illias empezaron a hablar de niñeras. Supuestamente, Marchetti conocía a una niñera mágica. Puse los ojos en blanco y los ignoré. Bebí un sorbo de cerveza y pasé un brazo por encima del respaldo de la silla, sin mostrar ningún atisbo de emoción en el rostro. Ni entusiasmo. Estaba tan cerca de poner en marcha este plan. Solo necesitaba que Amon moviera su maldito trasero.

Marchetti silbó en voz baja.

—Ten cuidado con lo que arriesgas, Dante.

Trabajé duro para mantener mi temperamento bajo control. No necesitaba sus malditos sermones.

—Probablemente demasiado tarde —declaró Boris, moviendo las cejas. ¿De dónde demonios había salido? Estuve tan tentado de meterle una bala en el cráneo y borrar lo que había visto antes. En lugar de eso, rechiné los dientes hasta las muelas, contando hasta diez en mi cabeza antes de convertir esta noche en una escena del crimen.

Apareció el camarero, colocando una botella de *whiskey* sobre la mesa junto a un cubo de cervezas.

Un alboroto me llegó a los tímpanos y el cabello de la nuca se me erizó. Las mujeres se acercaban a nosotros, Phoenix incluida. Demonios, me encantaban sus rizos oscuros. ¡A la mierda con la rubia! No me hacía ni maldita gracia.

Phoenix Romeo, en cambio, lo hacía todo. Con solo mover los ojos se me ponía dura.

La vi mientras se apartaba los suaves rizos de los ojos. La vena de mi cuello palpitaba a la par que la observaba, necesitándola más a cada segundo. Era la fuente de mi flujo sanguíneo, el oxígeno de mis venas. Me moría de ganas de hacerla mía.

—Estamos listas para irnos —le informó Isla a su marido, sonriendo con adoración.

Enrico se puso en pie en un santiamén.

—Estoy listo cuando tú lo estés, *Dolcezza*. —No tenía ni puta idea de cómo se las arreglaba para seguirle el ritmo. Enrico le doblaba la edad y era el doble de aburrido.

Necesité todo mi autocontrol para quedarme quieto mientras Enrico y Manuel sacaban a las mujeres borrachas de aquí, y cada una de ellas me lanzaba miradas fulminantes. Al parecer, yo era un tema popular en aquel grupo.

—También estoy fuera —anunció Konstantin mientras se levantaba y se ajustaba las mancuernas—. Mi esposa está embarazada y necesita dormir mucho.

Me burlé.

—El hecho de que esté embarazada es una prueba de que probablemente no duerme mucho.

Dejó escapar un suspiro divertido.

—Estoy deseando ver cómo te va en tu propio matrimonio.

Sinceramente lo dudaba, pero me guardé el comentario. Cuanto antes desapareciera, más pronto podría ir por Phoenix.

Diez minutos después, salí del local y mis pasos vacilaron.

No. Puede. Ser.

Mientras la sangre se me subía a la cabeza, me quedé mirando al vehículo, parpadeando un par de veces para asegurarme de que veía bien.

Alguien había incendiado mi coche y sospeché que sabía exactamente quién.

# CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

# PHOENIX



Se casaba con mi hermana, pero me vigilaba.

Desde el momento en que llegamos a esta condenada cena de ensayo, había sentido sus ojos abriéndome un agujero, y ninguna cantidad de licor podría borrarlo de mi memoria.

Convenientemente se olvidó de mí. Otra vez.

Mi ira era tan fuerte que podría matarlo allí donde estaba con una sonrisa en la cara. De acuerdo, eso podría ser exagerado, pero estaba furiosa. La ira se extendía en mi pecho, amenazando con estallar y dar rienda suelta a mi furia.

Como si fuera mi vicio, mis ojos no dejaron de conectar con los suyos en toda la velada. Cada mirada que me dirigía era abrasadora, oscura y ardiente, llena de oscuras promesas. Que Dios me ayude. Si nuestro plan para que Reina escapara de su matrimonio no tenía éxito, me pasaría el resto de mi vida deseando y, al mismo tiempo, *odiando* al esposo de mi hermana.

Levanté la barbilla con rencor, esperando que viera el odio en mis ojos y no otra cosa. Un músculo de su mandíbula se tensaba cada vez que nuestras miradas se cruzaban, y una pequeña satisfacción me invadía. Podría ser mezquino, mas creía plenamente en el poder curativo de la venganza.

A la mierda con tomar el camino correcto.

Era una mujer despechada. Me besó, sin embargo, se iba a casar con mi hermana. Era lo suficientemente buena para coger, pero nada más. ¿Qué le pasaba a ese hombre? Debía disfrutar burlarse de mí y haciéndome sentir como una mierda. Mi corazón estaba desgarrado. Estaba sangrando fuego y lava y necesitaba una salida.

Menos mal que el esposo de Isla se puso en marcha, o podría haber hecho alguna estupidez con testigos a mi alrededor.

Nos despedimos y me esforcé por ignorar su mirada inquebrantable mientras salíamos del local. Me había acostumbrado a que me observara desde las sombras, pero aquí, al aire libre, era una novedad.

En cuanto salimos, el aire frío de diciembre golpeó mis acaloradas mejillas. Pensé que me refrescaría. Pero no fue así. En todo caso, hizo que mi fuego ardiera más.

Manuel, Athena, Isla y su esposo caminaban delante de nosotros mientras Raven y yo nos quedábamos ligeramente rezagadas, ambas perdidas en nuestros propios pensamientos.

Un Bugatti negro me llamó la atención y me detuve ante él. Las placas decían *Leone*, y supe que no pertenecía a Amon. Había atrapado a Dante siguiéndome en aquel llamativo vehículo tantas veces que lo reconocería en cualquier parte. Incluso sin las placas que indicaban quién iba dentro.

El grupo Marchetti y mis amigas doblaron la esquina, mis ojos clavados en el coche. Imaginé

que tomaba un bate de béisbol de algún sitio y rompía las ventanillas del coche.

Mis labios se curvaron en una sonrisa cuando una idea aún mejor penetró en mi embriagado cerebro.

—Oye, te has quedado atrás. —Raven se encontró a mi lado, siguiendo mi mirada—. ¿Es de Amon?

Sonreí y negué con la cabeza.

—*¿Tienes un encendedor?*

Mientras rebuscaba en su pequeño bolso, arranqué un gran trozo de tela de mi vestido. Era seguro asumir que nunca me lo volvería a poner.

Raven me miró con curiosidad, pero me entregó el encendedor sin decir nada más. Me dirigí al Bugatti y desenrosqué el tapón de su depósito de gasolina.

Raven se puso frente a mí, a un lado del vehículo y arqueó las cejas.

—¿Estás haciendo lo que creo que estás haciendo?

Asentí con la cabeza.

Era bueno que fuera ella la que se quedara atrás. Athena me regañaría e Isla intentaría detenerme, preocupada por la reputación de su marido. Raven disfrutaría cada minuto. Metí la tela en el depósito de gasolina y le indiqué que retrocediera.

—*¿Estás segura de que sabes lo que estás haciendo?* —Señó antes de desplazarse un poco, sin dejar de mirarme.

¿Lo estaba? Claro que no. Solo esperaba que los productores supieran de lo que hablaban cuando estas escenas se representaban en las películas.

—*Hazte para atrás.* —Me giré para verla y cuando estuvo a metro y medio, prendí el encendedor y lo coloqué debajo del trozo de tela rasgado. Durante varios segundos, vi cómo el fuego consumía el trapo hasta que Raven me tiró hacia atrás.

—Vámonos de aquí —articuló con la boca.

No perdimos el tiempo. Llegamos hasta Isla y su esposo justo cuando estaban subiendo a su coche.

—*Dile a tu marido que se largue de aquí.* —Señé, esperando que la explosión no se produjera hasta que nos hubiéramos ido.

Una vez en nuestro apartamento, Raven y Athena se retiraron a la cocina. Las seguí, debatiendo si debía decirles algo, cuando se encendió mi teléfono.

Fruncí el ceño cuando vi que era Isla. Acababa de dejarnos, ya vivía oficialmente en la lujosa casa de su esposo en París.

Deslicé el mensaje para abrirlo.

**Isla: Hubo una explosión después de que nos fuéramos. ¿Sabes algo al respecto?**

Escribí mi respuesta.

**Yo: No.**

Corrí al dormitorio de Reina, necesitaba hablar con ella. Íbamos a repasar de nuevo nuestro plan, aunque no veía la necesidad. Solo necesitábamos alejarnos de esta ciudad y de los hermanos Leone.

Mis pasos se detuvieron en su puerta abierta. *No está aquí*. Todo en su habitación estaba igual que cuando nos fuimos. Antes de que pudiera preguntarme qué estaba pasando, mi teléfono volvió a vibrar.

Era la abuela.

**Abuela: Reina no responde. Dile que tengo un vestido para que se lo ponga. No va a ir de negro a su propia boda.**

Mis ojos se posaron en el vestido en cuestión. Negro. Elegante. Hermoso. Definitivamente no apropiado para una boda.

Sin embargo, Reina no estaba por ninguna parte. Entonces me acordé.

Se fue con Amon. Se me revolvió el estómago. Si Amon la tenía, era imposible que la trajera aquí para casarla con otro hombre, nada menos que su hermano. Vi cómo la había observado toda la noche. La forma en que golpeó al camarero. La forma en que miró a su hermano.

Sí, no iba a dejar que su hermano la tuviera. Debería haberlo sabido.

Volví a la cocina, donde Raven y Athena se reían entre dientes viendo un vídeo de *TikTok*. Me apoyé en el marco de la puerta y me quedé mirándolas, sabiendo que aquello sería una despedida.

Tendría que huir con o sin Reina, y mi sexto sentido me advirtió que sería sin ella.

Esos malditos hermanos Leone siempre se entrometían en nuestras vidas, pero sabía que mi hermana podía manejar a Amon. No era fácil de convencer. Tal vez ella y Amon encontrarían la manera de volver a estar juntos. La forma en que la observaba, como si fuera la única en la habitación, tenía que servir de algo. Reina tampoco lo había superado.

Los ojos de Raven se levantaron de la pantalla y encontraron los míos. El nombre encajaba a la perfección con ella y sus hebras, en tonos de azul medianoche.

—*¿Estás bien?* —Señó.

Asentí con una sonrisa forzada en el rostro y mi mirada recorrió la pequeña cocina que nos había acogido en muchas comidas familiares a lo largo de los años. No confiaba en que no me temblaran las manos o me traicionaran los ojos, así que me limité a pronunciar un insonoro:

—*Buenas noches.*

Casi como si presintiera que era la despedida, se acercó y me abrazó. Mis ojos se desviaron hacia Athena, que seguía perdida en el mundo de TikTok. Personalmente no veía el atractivo de esos vídeos, pero también sabía que estaba en la minoría.

Con un último apretón, me di la vuelta y me dirigí a mi dormitorio.

Agarré mi teléfono y envié un mensaje a la abuela.

**Yo: Necesito verte. Esta noche.**

En el armario me esperaba la maleta. Justo cuando la sacaba y empezaba a meter en ella algunos de mis artículos de aseo, mi teléfono volvió a encenderse. Era la respuesta de la abuela.

**Abuela: Acabo de verte.**

Escribí mi respuesta, con la ira hirviendo en mis venas.

**Yo: Volverás a verme o le contaré a papá nuestro secreto.**

Luego, para asegurarme de que entendía que iba en serio, le envié otro mensaje.

**Yo: Esta noche.**

Observé cómo aparecían y desaparecían las burbujas de la pantalla. Una y otra vez, hasta que llegó la respuesta, sorprendentemente corta.

**Abuela: Está bien.**

Volví a la habitación de mi hermana y me arrodillé junto a su cama. Tenía una caja de recuerdos guardada con el dinero para huir. Eran solo diez mil. No era suficiente, pero era algo. Luego volví a mi propia habitación y tomé mi bolso y mi pasaporte falso. Cuando la abuela me había llevado a la clínica de New York, había insistido en que no podíamos viajar con nuestras identidades reales.

Me quité el vestido y garabateé una nota para mis amigas, explicándoles lo que no podía decirles en persona. El estúpido error que había cometido cinco años atrás, enamorándome del misterioso desconocido que me lo prometió todo y no me dio nada. Juró que no había nadie más, pero luego esa misma persona había elegido a Reina antes que a mí. No podía ser su segunda opción.

No podía hablarles del bebé. Todavía no.

Dejé la nota en mi escritorio, donde seguro que la verían, y con el bolso colgado del hombro y el dinero en la cartera, me asomé al pasillo. Athena y Raven se habían ido a la cama, lo que significaba que era hora de irse.

La primera parada sería para ver a mi abuela, que se alojaba en el *Waldorf Astoria Versailles*.

Solo lo mejor para ella. Sacudí la cabeza. Ya no importaba. Necesitaba obtener respuestas y más dinero de ella. Después, buscaría a mi hijo por toda la tierra.

Corregiría el error. De una forma u otra, encontraría a mi bebé.



Hice una parada en el hotel y encontré a mi abuela esperándome ya en el vestíbulo con una bata de seda y una expresión sombría en el rostro.

Mala suerte.

No tenía derecho a hacer lo que hizo. Ahora lo veía claro.

—¿De qué se trata esto, Phoenix? —preguntó con las manos en las caderas.

Enderecé los hombros para parecer más alta y fuerte.

—*Quiero dos millones de dólares. E información sobre mi bebé*.

Ahí. Solté la bomba y no había vuelta atrás. No es que quisiera, aunque pudiera.

La expresión de su cara me decía que quería estrangularme. Que lo intentara, maldición. Ya no era esa chica asustada. Esta vez, me salvaría. Esta vez, conseguiría respuestas o ella vería lo despiadada que podía llegar a ser.

—Sabes que es información confidencial —dijo, sin molestarse siquiera en hacer señas en ASL.

—*Y sabes que nunca firmé la adopción. Yo era legalmente una adulta, lo que significa que o falsificaste mi firma o usaste tus contactos para que se llevara a cabo una adopción ilegal.*

*Tictac. Tictac. Tictac*. *Boom.*

—Pequeña malagradecida...

Rodeé su muñeca con los dedos y apreté el agarre, lanzándole una mirada gélida.

—*Cuidado, abuela*.

Los monstruos tienen formas y tamaños diferentes. El que se cernía sobre mí era una estrella de Hollywood jubilada de sesenta y tantos años. Nunca le había perdonado el modo en que trató a mamá, pero cuando me quitó a mi bebé, se convirtió en un monstruo.

La toleré, pero todo el tiempo estuve esperando mi oportunidad para abalanzarme, mi forma de ser simplemente lo suficientemente fuerte.

Ahora que observaba su rostro, distorsionado por la ira y la decepción, todos los recuerdos amargos volvían con fuerza. La soledad que experimenté durante el embarazo. El dolor de que se llevaran a mi bebé sin darme la oportunidad de acunarlo en mis brazos.

La abuela seguía siendo una mujer hermosa, pero ¡Cristo!, era superficial. Su decisión hacía cinco años me destruyó. Perder la audición fue un bache en el camino. La traición de Dante me rompió el corazón. Sin embargo, fue perder a mi bebé lo que me rompió y me hizo odiar a la abuela para siempre.

Me temblaban las piernas y cada fibra de mí se estremecía, pero lo ignoré. Si podía luchar contra Dante Leone, sin duda era capaz de superar esto.

La arrastré hasta el sofá y la senté antes de ocupar mi sitio en la silla de enfrente.

—*Quiero saber dónde está mi bebé.* —Señé—. *Entonces me entregarás mi herencia.* —Porque planeaba vivir el resto de mis días con mi hijo. Pronto cumpliría cinco años.

*Un bebé de vísperas de Año Nuevo.* Fue donde todo empezó y terminó para mí. En Nochevieja.

La abuela levantó las manos decoradas con diamantes y empezó a señar.

—*No puedes recibir el dinero hasta que cumplas veinticinco años, y la bebé, ya no es tuya.*

Mi corazón se detuvo durante un largo instante.

*Ella.* Tenía una niña en algún lugar ahí afuera. En el fondo, la parte de mí que había estado dormida despertó y cantó con esperanza. Podía sentirla corriendo por mis venas.

—*Me mentiste.* —Los ojos de la abuela se abrieron de par en par, al verse descubierta. Me dijo que no sabía el sexo de mi bebé, cuando claramente sí lo sabía.

—Fue por tu propio bien —alegó, rápida en defenderse—. ¿Qué importaba que supieras si era niño o niña? Solo te torturarías más.

La emoción se apoderó de mi garganta y me costaba respirar, mas me recompuse rápidamente. Ya habría tiempo para las lágrimas. Ahora mismo, tenía que ponerme en camino antes de que Dante me alcanzara. Pero antes, conseguiría lo que había venido a buscar.

—*Me muero un poco cada día sin mi bebé. Es mía.* —Señalé—. Voy a *encontrarla y voy a luchar por ella. Y me vas a ayudar diciéndome quién la tiene*.

—Phoenix, sabes que no puedo hacer eso.

—*Pero puedo anunciar al mundo lo que has hecho.* —Me impresionó que no me temblaran las manos. Iba por lo que me pertenecía y nadie me detendría. Me golpeé la barbilla con los dedos, pensativa, antes de seguir señando—. *Me pregunto a cuánto tiempo te condenarían en prisión por falsificar documentos. Me pregunto si lo considerarán secuestro. Quizá incluso tráfico de personas. ¿Qué te parece?*

—¡No lo harías!

Me cuadré de hombros y esbocé una fría sonrisa. Me pregunté si mi aspecto sería tan aterrador y desquiciado como el de Dante Leone, pero enseguida me lo quité de la cabeza. No había lugar para él, no cuando necesitaba que este plan tuviera éxito. Un fracaso podría matarme.

—*No me pongas a prueba*.

Los ojos azules de la abuela empezaron a brillar mientras contenía las lágrimas. Una persona mejor cedería, pero no lo hice. Era una actriz hasta la médula. Había dejado ya de ser la víctima.

—Phoenix, por favor, no hagas esto.

—*Tienes todas las cartas, abuela.* —La primera lágrima rodó por sus pómulos llenos de plástico, pero no sentí, no podía sentir lástima por ella—. *Dame lo que necesito y seguiré mi camino. Lo necesito esta noche*.

Tal vez tenía más de *Papà* en mí de lo que pensaba, o tal vez acababa de llegar a mi punto de inflexión. No lo sabía. Lo que sí sabía era que no podía ser un blanco fácil. Si Amon se llevaba a Reina y los dos se casaban, estaba destinada a ser una sustituta y quedar atrapada en el fuego cruzado del contrato de Leone y Romero.

No quería casarse *conmigo* como primera opción. Estaba bien. No *lo quería* como segunda opción. Así que seguíamos un círculo.

—Puedo darte dos millones, pero tendrás que ir al Reino Unido a retirarlos.

—*Bien.* —Dos millones nos mantendrían a mi hija y a mí hasta que cumpliera veinticinco años, y entonces me autorizarían a recibir el resto—. *Quiero saber dónde está.*

# CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

# DANTE



—¿Tuyo? —Darius apareció de la nada, su tono suave mientras observaba a los bomberos extinguir el fuego. El coche era historia—. Lástima.

—Al menos esta vez no acabó en el hospital —refunfuñó Cesar, y le lancé una mirada de advertencia que al parecer no entendió—. Te apuesto a que quería prenderle fuego al auto contigo adentro.

Realmente necesitaba taparle la boca con cinta adhesiva.

—¿Quién? —El interés de Darius estaba claramente despertado—. ¿Reina?

—¿Por qué Reina querría prenderme fuego? —reviré, molesto con los dos—. Apenas hablamos.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. No parece muy dispuesta a casarse contigo.

—Como si me importara una mierda —murmuré en voz baja. Mi teléfono zumbó y lo abrí. Era un mensaje de Marchetti.

Enrico: Reina y Phoenix han desaparecido.

Escribí mi respuesta, con el corazón palpitante.

Yo: ¿Cuándo? ¿Cómo lo sabes?

Pasó un minuto antes de que llegara la respuesta de Marchetti.

Enrico: Raven le envió un mensaje a Isla. Ha entrado en la habitación de Phoenix y encontró una nota. También parece creer que Reina no estaba en casa cuando llegaron. ¿No la llevó Amon a casa?

Y así empezó todo. Sospechaba que mi hermano se había llevado a Reina, pero la desaparición de Nix supuso un inesperado revés para mis planes. Quizá Reina convenció a mi hermano para que se llevara a su hermana. Era una explicación plausible.

Llamé a Amon, pero me envió directo al buzón de voz. ¡Maldición! Lo intenté de nuevo, luego traté de localizarlo. Siempre compartíamos ubicación, pasara lo que pasara. Fruncí el ceño. *Nada.* Parecía un error.

—¿Todo bien? —Darius debió haber captado mi expresión tensa.

—Reina nunca llegó a casa.

Sus hombros se tensaron.

—No son los brasileños, ¿verdad? —Qué comentario tan extraño. Debió leer mi confusión porque dijo—: Atacaron mi gimnasio. Reina estaba allí por casualidad. No le di importancia, pero después de interrogar a uno de los hombres, parecía que iban por ella.

Apreté los dientes.

—¿No pensaste en mencionarlo antes?

—Bueno, acaba de suceder. El desgraciado acaba hablar esta tarde. Parecía un momento extraño para sacar el tema de los brasileños durante esta cena de ensayo. Este evento ya era bastante raro.

Sacudí la cabeza.

—¿Y si los brasileños atacaron mientras estábamos aquí?

Puso los ojos en blanco.

—Puse vigilancia extra en este lugar y en su apartamento. —Por supuesto que lo hizo—. ¿Crees que llegaron a ella?

Negué con la cabeza.

—No, creo que Amon la tiene.

Dejó escapar un suspiro divertido.

—*Ah*, un triángulo amoroso.

Le mostré el dedo medio.

—Jódete y tus triángulos. ¿Alguna posibilidad de conseguir una copia de la vigilancia del departamento?

Darius me mostró una sonrisa.

—Si lo pides amablemente.

Apreté los dientes.

—Por favor. —Empezaba a entender por qué Amon quería asesinar al hombre.

—Por supuesto. Me encantaría compartir mi información contigo. —Sonrió y agarró su teléfono. Un segundo después, sonó mi propio teléfono y abrí el mensaje, avanzando rápidamente por las imágenes de vigilancia. Amon y Reina no llegaron al apartamento, pero Phoenix sí, y no mucho después se marchó. Sola.

Me volví hacia Cesar.

—Comprueba todas las estaciones de tren y autobús, aeropuertos, lo que sea. Phoenix huyó. —Luego llamé a mi madre.

*Riiing. Riiing. Riiing.*

Sin respuesta. ¿Qué demonios le pasaba a todo el mundo esta noche? ¿Había luna llena y me lo había perdido? Saqué el rastreador que tenía en sus dispositivos y vi que ni siquiera estaba en París. Se encontraba en Japón.

—Cesar, ve a revisar el *penthouse* de Amon —ordené, aunque dudaba que estuviera allí. Si había secuestrado a Reina, estaría en movimiento—. Voy a ver si Phoenix está con su abuela.

—¿Crees que Phoenix podría estar con Amon? —cuestionó Cesar. Aunque sería mejor que estuvieran todos juntos, sinceramente dudaba que estuviera con ellos.

Fui por mi coche cuando recordé que ya no *tenía* coche. Maldición, ¿Phoenix lo había planeado todo para que no pudiera seguirla?

—Cesar, necesito que me lleves, demonios —siseé y le lancé una mirada a Darius—. Comprueba que los brasileños no tienen a ninguna de las dos. Estaré en contacto.

Luego me di la vuelta y salí corriendo hacia el vehículo de Cesar.

—¡Quizá deberías dejarla ir! —exclamó Cesar, pisándome los talones—. Ya te ha disparado, te ha rociado con gas pimienta, ha incendiado tu coche...

—Podría haber sido otra persona —gruñí.

La mirada que me echó me llamó la atención en mis idioteces. Me parecía justo.

—¿Qué obsesión tienes con ella? —murmuró.

Si tan solo lo *supiera*. Por alguna razón, no podía sacármela de la cabeza. Y después de tres años de mantener mi distancia, la quería más.

Y ahora había huido. Maldita sea, no debería ser tan difícil hacer que una mujer se enamore de ti.

# CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

# DANTE



Mi chófer se detuvo frente al restaurante de Marchetti, *Rosa Spinosa*, en Roma.

Cesar salió del auto, con la mirada fija en nuestro alrededor, y se apartó para sostenerme la puerta. Aquel hombre era un auténtico paranoico.

Marchetti y Agosti estaban fuera, vestidos con impecables trajes italianos, con aspecto de hombres de negocios y no de jefes de una de las cinco familias italianas. Romero y Konstantin estaban justo dentro de la puerta de cristal del restaurante y, por lo que parecía, estaban discutiendo. DiMauro no estaba, lo cual no era sorprendente, pero Aiden Callahan sí.

—Dante —me saludó Marchetti.

—¿Era realmente necesario tener esta reunión aquí? Estábamos todos en París. Habría tenido sentido hacerlo allí.

—Tenía unos asuntos con *Ghost* en Italia —respondió Marchetti vagamente.

Escuché la voz de Romero cuando entró por la puerta detrás de mí.

—¿Vamos a quedarnos parados aquí y no hacer nada toda la noche? —espetó—. Mis hijas han desaparecido y ustedes están teniendo una conversación casual.

—No sabía que conocieras el término —pronuncié con tono inexpresivo.

La *Omertà* era un compromiso de por vida con sus miembros y su causa. Una forma de entrar y de salir. No importaba si había un miembro que no nos agradaba, como Romero, tenías que seguir escuchando su mierda. Solía ser bastante amistoso, pero Romero siempre me caía mal.

Entramos y nos despojamos de nuestras armas en la entrada. No pude evitar reírme de las formalidades. Como si alguno de nosotros fuera a salir ileso si la mierda se viniera abajo.

El ambiente mediterráneo se respiraba por todas partes en el restaurante: motivos pintados de viñedos, ruinas y estatuas romanas y playas de Cerdeña. Los cristales tintados a prueba de balas bloqueaban la vista desde el exterior y mantenían la elegancia en el interior.

Observé a los hombres de la mesa. Todas las caras habituales estaban aquí, excepto la de mi hermano. Había renunciado a volver a ver a Luca DiMauro. Este tipo Callahan bien podría rebautizarse como italiano a este paso.

—¡Quiero a mis hijas de regreso! —declaró Romero, golpeando la mesa con el puño.

—¿Estamos seguros de que no... huyeron? —Romero lanzó una mirada asesina a un Agosti imperturbable—. Solo digo. Tengo una hermana menor y parece que desaparece con sus amigas todo el tiempo.

—Ya están consideradas sus amigas —replicó Romero.

—Excepto Phoenix —añadí sin ánimo de ayudar.

—¿Tal vez Reina se fue con Amon voluntariamente? —sugirió Illias, familiarizado con su historia.

Romero sacudió la cabeza frenéticamente.

—No sería tan irresponsable. Necesito ayuda para regresar a mis hijas a casa.

Me reí entre dientes.

—¿Y si no quiere ser salvada?

—Amon me arrebató a mis hijas. Confié en él —dijo con expresión sombría—. Debemos lidiar a él.

—Quizá se enteró de que Reina mató a Angelo Leone —reviré—. Tus hijas no son precisamente ángeles inocentes.

De acuerdo, no era exactamente como planeaba dar la noticia, pero al diablo con ello. Ese desgraciado de Romero no podía estar hablando mal de Amon sin recibir algo a cambio. A veces me preguntaba por qué me molestaba en hacer planes. Las cosas siempre se iban a la mierda. Funcionaba mejor cuando me dejaba llevar.

—Eso es imposible —siseó Romero—. Ni siquiera saben operar un arma.

Tan equivocado. Sus dos hijas eran claramente capaces de disparar y matar. Tenía la cicatriz para probarlo.

Konstantin soltó un gemido y me miró como si estuviera loco. *Probablemente*. Miré a Marchetti, que observaba el intercambio con un silencio desaprobador. No era tonto y probablemente se estaba dando cuenta de lo que pasaba.

—Explícate, Dante —exigió Marchetti—. No puedes pretender soltar una bomba así y no despertar inquietudes.

Demonios, esperemos que Isla tuviera a Marchetti envuelto alrededor de su pequeño dedo. Las chicas eran muy unidas, y no dejaría que su esposo le hiciera daño a su mejor amiga.

—Los *clips* que he estado recibiendo... —Empecé—. Revelaron al asesino de mi padre. Las imágenes capturaron a Reina.

—¿Nos lo creemos? —preguntó Callahan, y todos le lanzamos miradas irónicas. Todavía no había habido ningún miembro que se quejara de videos falsos.

—Me importa una mierda lo que muestre el vídeo —replicó Romero—. Quiero recuperar a mis hijas.

Yo también. Me daba igual a cuál encontrara primero, porque si era Reina, podría ayudarme a localizar a Nix si no estaba con ella. Si tenía que aprovechar este vídeo, lo haría. Reina me ayudaría a localizar a Phoenix.

Mi teléfono zumbó y le eché un vistazo, leyendo la notificación. Por fin se había registrado la ubicación de mi madre. Estaba en Filipinas.



Tenía un mal presentimiento.

Llevaba semanas siguiendo el rastro de Amon, corrección, el rastro de madre, pero algo no encajaba. Todo parecía ir mal de alguna manera: no podía ponerme en contacto con mi hermano, Reina y Phoenix estaban fuera de mi alcance... y mi instinto me advertía de que Nix no estaba con ellos. Sin embargo, aún mantenía la esperanza de que se hubiera escapado para encontrarse con su hermana.

—¿Está todo bien? —inquirió Cesar, percibiendo mi estado de ánimo. Asentí, aunque nada parecía estar bien—. ¿Crees que tu hermano se las va a llevar a Filipinas?

Reina, sí. Phoenix, no.

Sin embargo, era inútil hacer conjeturas al respecto. Trabajaría a través del proceso de eliminación. Si Phoenix no estaba aquí y Reina sí, entonces interrogaría a Reina sobre la muerte de Padre y la ubicación de su hermana.

Mi *jet* privado aterrizó en Jolo y desembarqué con Cesar detrás de mí. El calor me obligó a despojarme de la chaqueta y a remangarme la camisa blanca de vestir.

Mi vehículo habitual me esperaba junto con algunos de los guardias de Amon que solía utilizar cuando venía a visitarlo en Filipinas. Darius y River, dos de los hombres de Kian, también estaban aquí. Parecía que todos seguíamos pistas.

—Dante —me saludó uno de los guardias.

—Alexander. —Fue uno de los expatriados que Amon encontró que no tenía conexiones con el bajo mundo. Exmilitar. Eficiente. Casado con una mujer local. A veces querías hombres así en tu nómina. Solo querían un cheque de pago y no se preocupaban por la política de la mafia.

—¿Has visto a Amon? —Su ceño fruncido fue mi respuesta. Pero sabía que estaba aquí, porque era aquí donde la ubicación de madre señalaba después de saltar por todo el globo. Era demasiada coincidencia como para no seguirlo.

—Hazme un favor, Alexander.

—¿Señor?

—Pregunta a la patrulla fronteriza si han visto a Amon, y si es así, con quién estaba.

Mientras se dirigía a hablar con la patrulla fronteriza, dirigí mi atención a Darius.

—¿Me estás siguiendo, acosador?

Entrecerró los ojos.

—Eso está en tu currículum, no en el mío.

*Touché.*

—Estás celoso de que tus habilidades de acecho no estén a la altura. —Más le valía no estar acechando a mi *dandelion* o acabaría con él. Me quedé mirando a lo lejos, el sol de la tarde humeando en el asfalto—. ¿Pudiste comunicarte con Reina o Amon? —pregunté.

—No. ¿Tú?

Sacudí la cabeza.

—No tengo un buen presentimiento.

—Igual. —Sacó su pistola y comprobó las balas. También tenía un cargador lleno.

—Si ustedes ya terminaron de jugar, vamos con Reina —anunció River—. Si tengo que escuchar los lloriqueos de Darius un día más, voy a perder la cabeza.

Sonreí, River ya me agradaba mucho más.

Alexander regresó. Bastaron dos sobornos para obtener la confirmación de que Amon pasó por aquí hacía una hora con una mujer. Una mujer rubia.

Maldición.

Mientras la decepción se hundía en la boca de mi estómago, me di cuenta de que todo este tiempo había estado esperando no tener razón. Tres años y mi obsesión por la hija mayor de los Romero no había hecho más que manifestarse.

Nix, mi *dandelion* fuerte, era la única dueña de mis deseos. Incluso intenté buscar a otra mujer a la que cogerme, pero mi miembro había vuelto a sus viejos hábitos, negándose a interesarse por cualquier otro coño. Cada vez que pensaba en Phoenix, el pequeño desgraciado cobraba vida y se tensaba contra mis pantalones.

Rápidamente me metí en la parte trasera del coche, Cesar a mi lado mientras Alexander ocupaba su sitio al volante con su socio en el asiento del copiloto. River y Darius tomaron el siguiente vehículo.

—Tenemos la munición en la parte de atrás —declaró Alexander mientras arrancaba el auto —. Acabamos de recogerla y la transportábamos al complejo.

La sensación de fatalidad que tenía desde que empecé este viaje se intensificó.

Mientras Alexander conducía, mantuve la mirada fija en los alrededores. Solo había un camino desde el aeropuerto hasta el complejo de Amon, y aquí nunca pasaba nada, pero estaba nervioso.

Al momento siguiente, supe exactamente por qué.

El sonido de las explosiones y el chirrido de los neumáticos resonaron en el aire. Los cuatro nos pusimos en alerta máxima. Eché un vistazo por el retrovisor y vi que River y Darius se detenían bruscamente.

Una oleada de balas sonó en la distancia y fue entonces cuando los divisé. Amon. Reina. Arrastrándose el uno hacia el otro, sucios y ensangrentados, rodeados.

Salté del coche, saqué mi pistola y empecé a disparar.

Alejandro y Cesar estaban detrás de mí, River y Darius también, con balas volando en todas direcciones desde las ametralladoras. Salté detrás del coche y empecé a apuntar. Disparé a dos hombres, pero también fallé algunos. Me quedaba poca munición, pero al segundo siguiente, Alexander abrió el maletero y me lanzó una granada.

Un coche aceleró en mi dirección, pero le disparé al neumático. Se desvió hacia un lado, acercándosenos a una velocidad enloquecedora. Entonces disparé a los otros tres neumáticos.

—¡Son los brasileños! —gritó Darius—. ¡El cártel de Cortes!

Al volver la mirada hacia mi hermano y su mujer, la sangre rugió en mis oídos.

Mis ojos bajaron hacia la granada. A la mierda.

—¡Cabezas abajo, desgraciados! Estoy recurriendo a medidas drásticas.

Luego la lancé por los aires. *¡Boom!*

# CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

# PHOENIX



Me quedé mirando el techo blanco de mi habitación de hotel en el norte del estado de New York. Había estado en cinco ciudades distintas en las últimas semanas. Después de dejar a la abuela, fui al aeropuerto, me teñí el cabello de castaño rojizo, compré un *ticket* de avión de señuelo y tomé el tren a Londres, donde me esperaban mis dos millones de dólares.

Desde allí volé a New York, donde me alojé en un hotel por una noche. Encontré la dirección de la familia que adoptó a mi niña, pero me enteré de que se habían mudado a Connecticut. Así que compré un Jeep Wrangler usado y me dirigí hacia allí.

Mi siguiente parada fue una decepción. La familia murió en un trágico accidente dos años antes y, justo cuando estaba a punto de sufrir un colapso importante, el anciano recordó que la niña había sobrevivido porque había estado en casa con una niñera.

Entonces encontré a la niñera que vivía en un pueblecito llamado Victor, New York. Era una mujer de sesenta años con arrugas por reírse que nunca había visto en mi propia abuela. La anciana me dio galletas, té e historias llenas de amor sobre la pequeña bebé a la que tuvo que cuidar durante ocho meses. Según ella, la familia también la había amado.

—Skye —articuló con la boca. Mi corazón se detuvo en mi pecho antes de reanudar su caótico tamborileo. *Skye. Skye. Skye.* El nombre de mi hija era precioso. Perfecto. No podía esperar a conocerla—. Ese es su nombre. Espero que lo hayan conservado.

Saqué mi teléfono y escribí una nota.

***¿Sabe lo que le pasó después de la muerte de su familia?***

La anciana se subió las gafas a la nariz y leyó mi pregunta, con los hombros caídos.

—La llevaron de vuelta a la agencia.

Así fue como me encontré de nuevo en el norte del estado de New York, en el mismo pueblecito donde había dado a luz hacía casi cinco años.

Mi esperanza parpadeaba y se atenuaba con cada respiración.

No había previsto tantos obstáculos. Probablemente era infantil, pero de algún modo pensé que encontraría a mi bebé en la primera parada y que nos reuniríamos felizmente. Sin embargo, aquí estaba, sola en una habitación de hotel el día de Navidad, añorando a mi hermana, a mis amigas y, sobre todo, a mi bebé.

Tomé mi teléfono.

Me senté, gimiendo, y lo hojeé, envolviéndome en la manta. Checaba mi teléfono todos los días a pesar de que sabía que mis amigas no tenían mi número. No podían rastrearme. Sin embargo, ese día tuve que luchar contra el impulso irresistible de llamar a mi hermana y hablar con ella. Hacía semanas que no le veía la cara.

Realmente esperaba que encontrara la felicidad. Una de nosotras debería.

Me levanté de la cama, me dirigí al asiento de la ventana, aún envuelta en la manta, y me acerqué las rodillas al pecho. Era casi mediodía y hacía mucho frío a pesar de que la calefacción funcionaba a toda potencia. Un manto blanco se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Busqué Spotify en mi teléfono y le di al botón de reproducir. No podía oír las suaves melodías, pero leí la letra, dejando volar mi imaginación con la música en mi cabeza, con la esperanza de que borrara esta soledad.

Levanté la cabeza y me quedé observando por la ventana, canturreando mentalmente la letra de Lana Del Rey de la canción *Chemtrails Over The Country Club,* interpretando la melodía como imaginaba que sonaría.

El corazón me temblaba, la soledad me atenazaba el pecho. Los sollozos que trataba desesperadamente de ahogar me quemaban la garganta y las lágrimas me ardían en los ojos.

La última Navidad que pasé sola parpadeó en mi mente. Intenté desesperadamente ahuyentarla, pero, a diferencia de otras veces, se negó a desaparecer. En lugar de eso, se abrió paso, desgarrando mi corazón una vez más.

*Mi habitación, que había sido mi hogar durante los dos últimos meses, estaba decorada con colores dorados y verdes. La abuela contrató a un equipo para que viniera a poner el árbol y los regalos debajo.*

*Pero ella no vino. Por supuesto que no. Tenía que impresionar al marido número cinco.*

*Fue otra puñalada en el corazón, aunque debería haberlo sabido. Reina era la única que nunca me decepcionaba. La extrañaba como una loca. Era el mayor tiempo que habíamos estado separadas.*

*Con medias hasta las rodillas y un suéter que me llegaba por encima de los muslos, me senté en el suelo de baldosas blancas frente a la ventana que se extendía desde el suelo hasta el techo y leí su último mensaje en mi teléfono.*

***Reina: No es Navidad sin ti. No me importan las enfermedades contagiosas. Al menos podríamos habernos visto a través del cristal.***

*Era una mentira para evitar que Reina viniera. Me costó mucho convencerla y asegurarle que estaba casi mejor, pero como precaución añadida, la abuela le cortó el acceso al dinero y le quitó el pasaporte.*

*Hubo momentos en los que imaginé decírselo, sabiendo que las dos podríamos desaparecer para criar a mi bebé solas. Sin embargo, la moda era todo lo que siempre había querido hacer, y no podía destruir su sueño. Así que me callé y recé para* que *viniera.*

*Me llevé la mano al collar, donde colgaban el buscapersonas y el anillo de compromiso. Mis dedos rodearon el pequeño dispositivo negro y encontraron la punta.*

*Clic. Clic. Clic.*

*Dijo que le avisaría de mi ubicación dondequiera que estuviera. Hasta el momento no había funcionado, pero el movimiento repetitivo me aliviaba como una pelota antiestrés.*

*Sin embargo, cada vez que pulsaba el botón, mi corazón se rompía un poco más. Ya sabía que estaba roto, pero aún tenía esperanzas.*

*Me crujían los huesos, pero no tenía nada que ver con el frío. Cada día era un nuevo latido. Una nueva decepción.*

*Clic. Clic. Clic.*

*—Solo esta vez —susurré a la habitación vacía—. Solo esta vez, sálvanos.*

*Intenté imaginarme cómo sería. Irrumpiría por la puerta, con la preocupación grabada en su hermoso rostro. Sus brazos me rodearían y me llamaría su Nix. O su "dandelion" su hermoso diente de león. Me abrazaría con fuerza, luego me levantaría en brazos y me llevaría lejos. A algún lugar donde nadie pudiera quitarme al bebé. A nosotros.*

*Bailaríamos juntos por la vida. Tal y como prometió.*

*A estas alturas se estaba convirtiendo en un delirio.*

*Mis ojos recorrieron los regalos envueltos bajo el árbol que no me había molestado en abrir. No había nada que quisiera en ellos.*

*Lo único que quería era esta vida que crecía dentro de mí y al hombre que no iba a venir.*

*Podía sentir cómo la esperanza en mi pecho se apagaba día a día, reduciéndome lentamente a cenizas.*

Mi teléfono zumbó en mi mano, sacándome del pasado y empujándome al presente. Bajé la vista y vi el correo electrónico del director de la clínica en el que aceptaba verme mañana.

Un paso más cerca de mi hija.

# CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

# PHOENIX



Nunca había soñado que acabaría en New Orleans cuando empecé esta búsqueda de mi bebé. Cuando volví al lugar donde empezó todo, exigí hablar con la directora sobre el nacimiento de mi hija. Dio la casualidad de que la pobre mujer acababa de empezar a trabajar allí esa misma semana. Sin embargo, eso acabó beneficiándome.

Una vez que sacó mi expediente, la admisión de negligencia estaba escrita en toda su cara. La clínica me había hecho daño. Amenacé con interponer una demanda y me dio información sobre la casa de acogida que tomó a mi bebé tras la muerte de su primera familia adoptiva.

Desde allí, seguí el sendero hasta aquí.

Mi hija había sido adoptada por Branka y Sasha Nikolaev. Recé de todo corazón para que no tuvieran ninguna conexión con la familia rusa Nikolaev, pero en el fondo sabía que tenían que ser ellos. Estaba *jodida*. No hacía falta ser un miembro activo del bajo mundo para saber que no se jodía con los Nikolaev.

Todas las maldiciones creativas que había aprendido resonaban en mi mente.

Las temperaturas de enero en New Orleans eran agradables. El sol radiante y el domingo por la tarde animaban a la gente a pasear tranquilamente. El aroma de los productos horneados flotaba en el aire mientras observaba a la gente sonreír y reír, charlando animadamente.

Ya había dado la vuelta a la manzana donde estaba la famosa *Cueva del Pecado*, el club propiedad de la familia Nikolaev, con la esperanza de verlos. Tal vez me los encontrara por casualidad e iniciara una conversación. O tal vez podría acercármeles y decirles que Skye era mi hija y que quería recuperarla.

Pero no era lo bastante valiente para nada de eso. Algunos días incluso me sentaba en el banco del parque vecino, desayunaba o almorzaba y miraba el club como si fuera mi único objetivo en la vida.

En esta ciudad vibrante y bulliciosa, mi soledad se magnificaba. Me corroía el alma y, a pesar de los rayos de sol que me rodeaban, el mundo me parecía oscuro.

Dos meses sin mi hermana y mis amigas me parecieron una eternidad. Me dolía tanto el corazón que sentía como si le hubieran clavado espinas en su tierna carne. Una sola lágrima rodó por mi mejilla y me la quité con rabia, pero luego le siguió otra y otra. También las limpié. «*No llores*».

Estaba tan cerca de tener a mi bebé en mis brazos. Debería estar feliz y emocionada, no llorando a mares.

Tras captar algunas miradas curiosas, doblé la esquina y encontré un pequeño oasis de hierba verde junto a un gran parque infantil vacío. Me dirigí a un banco vacío para sentarme, con la mente en cualquier sitio menos aquí.

*¿Cómo recuperaré a mi bebé?*

Intimidé al director de la clínica para que me entregara la documentación, incluido el certificado de nacimiento original, pero intimidar a los padres para que me entregaran a su hija era algo totalmente distinto. Según los registros de acogida, esta era la cuarta familia de Skye. Por alguna razón, encontrar una colocación a largo plazo había sido un problema. El expediente indicaba *dificultades de comunicación*, pero no había más detalles.

Aunque me hizo preocuparme por mi próximo apuro. *¿Cómo demonios iba a comunicarme con mi hija?*

Las piedras se apilaban en mi contra. No podría secuestrarla sin darle un susto de muerte, y mucho menos sería capaz de arrastrarla pateando y gritando por todo el mundo.

A menos que Skye no se hubiera unido a su familia y acabáramos congeniando. Era de mi sangre, eso tenía que contar para algo. Pero llevaba varios meses con Branka y Sasha Nikolaev.

Maldita sea. Este era un problema que no sabía cómo resolver.

Luego estaba la cuestión de los documentos de viaje. Me había puesto en contacto con alguien a través de la *dark web* que me habían recomendado para falsificar pasaportes. Una vez que tuviera una foto, podría contratar sus servicios. Él, supuse que era *él*, me lo entregaría en cuarenta y ocho horas.

Un movimiento a mi derecha interrumpió mis pensamientos y miré hacia allí. Se me cortó la respiración cuando vi a una niña sentada a mi lado, sola y llorando. Era pequeña, con dos coletas oscuras atadas en los extremos con un lazo amarillo.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas sonrojadas y se me apretó el corazón. Miré a mi alrededor y no vi a nadie. ¿Dónde estaban sus padres?

Como no sabía cómo consolarla sin palabras, me dejé caer sobre mis rodillas. Con cuidado de no asustarla, le di un ligero golpecito en la rodilla.

Sus brillantes ojos azul cielo se encontraron con los míos. Su boca se abrió, luego se cerró y empezó a llorar con más fuerza, con los ojos desorbitados.

Volví a golpear suavemente su rodilla y su mirada volvió a mí.

—¿Dónde está tu mami? —dije, rezando para que me entendiera. Luché contra el instinto de hacer señas, no quería confundir aún más a la niña. Me vibraba la garganta, pero no estaba segura de estar diciendo nada. Por extraño que pareciera, la angustia de la niña anuló mi timbre de voz.

Alguien pasó a mi lado y me miró de reojo. Resistí el impulso de hacerles señas obscenas. Sería inapropiado hacerlo delante de la niña y, desde luego, no tenía por qué llamar la atención.

*—Branka no quería venir al parque.*

Se me paró el corazón y, por un momento, no pude respirar. Mis pulmones se contrajeron mientras observaba a la niña cuyo rostro me resultaba familiar. Era mi viva imagen y la de Reina cuando teníamos esa edad. Y hacía señas en ASL. Y por si eso no fuera suficiente prueba, el nombre de *Branka* debía ser mi confirmación. No era un nombre común.

Sin embargo, mi mente me advirtió. *«No saques conclusiones precipitadas, Phoenix. Mantén tu mierda e ingenio juntos»*.

Su labio tembló y mi corazón se reacomodó de la manera más peculiar. Me costó mucho no comenzar a llorar. Sabía, en el fondo de mi corazón y sin lugar a dudas, que era Skye.

¡Mi niña estaba sentada a mi lado!

—*¿Quién es Branka*? —pregunté señando mientras me temblaban los labios.

Parpadeó y dejó de llorar, estudiándome con curiosidad.

—*¿Sabes señar?*

Me mordí el labio con fuerza para que no me temblara y asentí.

—*Sí. Perdí el oído cuando era pequeña*.

Sus ojos se agrandaron, aunque seguían brillando de lágrimas.

—*Yo también.* —Le dediqué una sonrisa temblorosa a pesar del torbellino de emociones que se retorcía en mi pecho y del nudo en la garganta. Seguía siendo una niña pequeña, más joven que yo cuando perdí la audición—. *¿Cuántos años tenía cuando perdió el oído, señora*?

La inesperada decepción me inundó. No esperaba que me llamara mamá. Al fin y al cabo, no me conocía. Pero no pude evitar que mi parte irracional se sintiera decepcionada.

Lo aplasté e inmediatamente me reprendí a mí misma.

—*Me llamo Phoenix.* —Señé, y extendí la mano.

La estrechó sin vacilar, mientras luchaba contra el impulso de abrazarla. Daría mi vida por estrecharla entre mis brazos y sentir el latido de su corazón segura entre mis brazos.

*No la asustes, Phoenix.*

Sin embargo, no podía soltarle la mano. Solo un segundo más. Quería sentir sus suaves y delicados dedos entre los míos *un segundo más*. Luchando contra mi instinto maternal, o lo que fuera, solté su mano a regañadientes, agradecida por el contacto, a pesar del frío que sentía. Lo que se me negó hace cinco años, cuando nació.

—*Me llamo Skye.* —Esta vez fue imposible evitar que me temblaran los labios, y una lágrima obstinada rodó por mi mejilla mientras se me hacía un nudo en la garganta. Estaba estrechando la mano de mi hija. La tenía delante de mí y era perfecta. Un diminuto ser humano que ya era dueño de mi corazón—. *Sasha dice que no debo hablar con extraños*.

—*¿Son Branka y Sasha tu mamá y papá*?

Inclinó la cabeza y levantó la mano con cuatro dedos.

—*Son mi cuarta familia. Aprendieron ASL por mí*.

De repente, el comentario de su expediente tenía todo el sentido del mundo, porque sus problemas de comunicación se debían a su audición. A mis papás les costaba mucho. Mientras Reina lo aprendió sin esfuerzo, ellos batallaron. La abuela también. Hasta el día de hoy, entendía mejor el ASL que señar.

Todo fue culpa mía. Debería haber sido más fuerte y haber luchado contra la abuela con uñas y dientes para quedármela. Diablos, debería haber huido y criado a mi bebé sola. Al diablo con el mundo. Al diablo con la abuela y papá.

*«Le fallé»*, el pensamiento resonó en mí, alto y claro.

Bajó los ojos hacia mi mano y arrugó la nariz. Seguí su mirada y me di cuenta de que estaba mirando mi teléfono. Era un *iPhone 11*, mi último teléfono desechable, y, extrañada por su reacción, le pregunté:

—*¿Cuál es el problema*?

—*Ese teléfono tiene problemas de batería y de pantalla.* —*¿Eh?* Me quedé mirándola sin entender lo que decía. Sí, las entendía individualmente, pero en conjunto no tenía ni idea de lo que decía. Debió de leer la confusión en mis ojos—. *Necesitas un teléfono nuevo y mejor*. —Era seguro decir que no heredó esa habilidad de mí. Tal vez sus rasgos físicos, pero definitivamente no esto de la tecnología—. *Pero te vistes muy bien*.

Mis ojos se posaron en mi atuendo. Llevaba un vestido a media pierna azul de Chanel con bailarinas blancas del mismo diseñador. Cortesía de mi hermana. Era lo bastante informal como para resultar cómodo, aunque me hacía preguntarme por qué Reina habría reservado algo así para mí.

—*Gracias. Tampoco te ves nada mal*.

Puso los ojos en blanco.

*—Branka y Sasha me dejan llevar ropa informal y cómoda. Mi tía insistió en que tenía que verme elegante.* —Mi labio se movió ante su desdén. Sin duda lo había heredado de mí. Prefería la comodidad a la ropa de diseñador. Reina era mi policía de la moda.

Dios, echaba de menos a mi hermana. Incluso dejaría que me vistiera todos los días en este punto. Maldición, me pondría tacones altos si eso significaba que podía estar conmigo. Una nueva preocupación inundó mi corazón, pero no dejé que me abrumara. Amon no le haría daño. Lo vi en sus ojos cuando la observaba. Era el tipo de mirada que te prendería fuego si te interpusieras entre ellos.

Si había amor, tenía que ser parecido a la mirada que compartían tan a menudo, cruda y vehemente pero suave y paciente.

Estaba segura de que Reina estaba a salvo con Amon. Fue una decisión acertada no buscarla. Sobre todo, ahora que había encontrado a mi hija adoptada por la familia Nikolaev. En cuanto la recuperara, me declararían la guerra en el peor de los casos y me nombrarían enemigo en el mejor.

*—¿Cuántas familias has tenido?* —Preguntó, ajena a la agitación que se producía en mi interior.

Levanté las manos.

*—Solo tuve una. Perdí la audición cuando tenía casi seis años. Mis padres y mi hermana tuvieron que aprender ASL al mismo tiempo que yo*.

Se le iluminaron los ojos, de un azul chispeante. Puede que fuera parcial, pero Skye era la niña más hermosa que había conocido.

*—Branka y Sasha también aprendieron a hacer señas.* —Anunció—. *Cada día lo hacen mejor.*

Sonreí.

*—¿Te agradan?*

Se encogió de hombros.

*—Sí.*

No era una experta con los niños, pero no parecía apegada a ellos. ¿Quizás podría decirle que era su madre, rogarle perdón por abandonarla y pedirle que huyera conmigo? *Sí, eso era tonto.* La familia Nikolaev dominaba este territorio. Nunca escaparíamos de esta calle, ni de este estado.

Entonces, como si el destino quisiera demostrar mi punto de vista, una sombra oscura se extendió sobre Skye y sobre mí.

Los ojos de Skye se alzaron por encima de mi cabeza y una sonrisa apareció en su rostro.

*—Hola, Sasha*.

*Oh, mierda.*

# CAPÍTULO CUARENTA

# DANTE



—¿Cómo está hoy mi hermana favorita? —Me acerqué a la terraza donde estaba Reina. Los últimos meses habían sido duros para su recuperación. Las revelaciones a lo largo del camino entrelazaron a la familia Romero y Leone de forma permanente.

Sus pies colgaban de la cornisa. Lo había hecho casi todos los días desde que la rescatamos de las garras de Perez Cortes: sentada aquí, con las manos en el regazo y los ojos apagados mirando al horizonte.

Sus moretones se desvanecían, pero algunas cicatrices permanecían. Como la del accidente de hacía tres años, cuando pasó semanas en el hospital y mi hermano estaba dispuesto a arrasar la tierra. Pero aquellas palidecían comparadas con las que Cortes le había hecho, visibles e invisibles. La prueba eran sus gritos, que despertaban a todos en la mansión de Amon en Jolo.

Me lanzó una mirada seca.

—Que sepa, soy tu única *media hermana*.

De acuerdo, había recalcado lo de *media*. No era para tanto.

—¿Cómo estás lidiando con todo?

Me lanzó una mirada irónica.

—Estupendo.

De acuerdo, respuestas de una palabra. A este ritmo, esto sería una larga conversación. *Demonios, no*.

—Fui… fui un… —Las palabras se me atascaron en la garganta. Intentaba empujarlas más allá de mis labios, pero mis cuerdas vocales se negaban a funcionar. No podía pronunciar las palabras en voz alta. ¡Maldición! Realmente esperaba poder ofrecerle algún tipo de consuelo como alguien que había visto horrores similares, pero estaba fracasando estrepitosamente—. Eres una superviviente —concluí—. Lleva tiempo sanarse.

Lo sabría. Habían pasado cinco malditos años para mí, y todavía no estaba seguro de dónde estaba parado.

—Sí, eso me dice mi terapeuta.

La doctora Freud había tenido sesiones con Reina desde su rescate. La señora *hacía* visitas a domicilio. Maldita sea, debería haber pedido eso desde el principio.

—¿Están ayudando las sesiones con ella?

Se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—Creo que me ayudan —admití.

Eso la hizo reaccionar. Sus ojos encontraron los míos y la chispa habitual se apagó. Tenía los hombros caídos y parecía demasiado delgada. Demasiado agotada.

No me sentaba bien verla así, pero no sabía cómo arreglarlo. El deseo de venganza había sido sustituido por una auténtica preocupación por su salud y por Nix, que parecía haber desaparecido de la faz de la tierra.

—Tiene sentido que necesites terapia —murmuró. *Ouch.*

—Lo dejaré pasar —repliqué secamente.

—Como sea.

—De todos modos, ayuda hablar con alguien. O simplemente dejar que hablen y tú escuchar.

Resopló.

—¿Por qué es que no puedo *imaginarte* escuchando?

—Probablemente porque eres demasiado lista para tu propio bien.

—¿Es eso un cumplido, *hermano*?

Sonreí.

—Claro que sí.

Siguió el silencio, que se prolongó mientras el sonido de olas lejanas y una suave brisa flotaban en el aire.

La miré de arriba abajo, con una punzada de culpabilidad atravesándome el pecho por haberme precipitado y haberla expuesto a Marchetti por asesinar a Leone. No es que Amon permitiera que Marchetti la juzgara. A decir verdad, me sorprendió que mi hermano no me matara cuando se lo conté. Sus heridas probablemente me salvaron la vida.

Solo deseaba evitarle más dolor a Reina. No necesitaba que la *Omertà* la juzgara. Aún estaba curándose, pero de algún modo sabía que saldría fortalecida. Después de todo, no cualquiera podía acabar con mi padre.

—¿Por qué me estás mirando? —indagó, sin molestarse en mirarme.

—Tengo una pregunta. —Bajé junto a ella, con cuidado de mantener la distancia. La había sorprendido alejándose de Amon, así que no dudaba de que me pegaría—. Bueno, dos preguntas.

No reaccionó, dejando que el silencio nos envolviera. Era inquietante lo mucho que se parecía a Phoenix, aparte del color de su cabello. A veces incluso sus gestos eran idénticos.

—¿Qué pasó con Angelo?

Eso la hizo reaccionar. Giró la cabeza hacia mí y fijó sus ojos en los míos.

Inhaló profundamente y luego exhaló lentamente.

—Lo maté.

—¿Por qué?

—Me atacó.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Apareció borracho y empezó a hablar de *Mamma* y Phoenix. Pensó que era suya.

—¿Te golpeó?

Tragó saliva, su delicado cuello balanceándose.

—Sí. Y mientras su mano me rodeaba el cuello, busqué su pistola y le disparé. —Apreté los puños y los nudillos se me pusieron blancos—. No lo siento.

Dejé escapar un suspiro sardónico.

—Tampoco lo sentiría. Solo desearía haber llegado a matarlo primero. —Ladeó la cabeza, observándome pensativa—. Espero que lo hayas hecho sufrir.

Parpadeó.

—Cortamos su cuerpo.

—¿Aún con vida? —Negó con la cabeza, volviendo su mirada al mar azul en la distancia—.

Lástima —refunfuñé—. Habría estado bien saber que sufrió.

—Recordaré tomar peticiones la próxima vez.

—*Touché* —comenté. Fue el siguiente tema el delicado—. Sobre tu hermana...

Su cabeza se giró hacia mí y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Dónde crees que se escondió? —Era la interrogante que no había podido hacer antes debido a sus episodios violentos y a que todo el mundo mantenía en secreto la desaparición de Nix, pero ahora que había descubierto la verdad, era inevitable.

Se burló.

—Como si fuera a decírtelo. —Maldición, era demasiado leal—. ¿Qué es lo que quieres con ella?

*«Casarme con ella. Follármela. Amarla»*. No necesariamente en ese orden.

—Solo quiero hablar con ella —mentí entre dientes. Su risita me dijo que no me creía.

—Bueno, no quiere hablar contigo —declaró lo obvio—. Nunca la obligarás a casarse contigo por ese estúpido contrato matrimonial.

Una vez que la tuviera, nos casaríamos, y la cautivaría para que se enamorara de mí. Teníamos buena química sexual. Era un comienzo.

—¿Quién ha hablado de matrimonio?

Reina puso los ojos en blanco y desvió su atención hacia el mar, señalando que no obtendría más respuestas. Tendría que empezar mi búsqueda por el principio.

Entonces me sorprendió.

—Mi turno para una pregunta.

—Dime.

—¿Qué haces en Filipinas?

—Esperaba que Phoenix estuviera contigo —confesé con sinceridad—. Sabía que Amon eventualmente acabaría secuestrándote, sin embargo, esperaba que hubieras insistido en arrastrar a tu hermana con ustedes.

Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica.

—Ojalá, pero era difícil comunicarse, ya que estaba drogada y todo eso. —Me parecía justo —. Por cierto, Phoenix luchará contigo en cada paso de camino al altar.

*Ya lo veremos.*

# CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

# PHOENIX



No levanté la vista del rostro de Skye cuando sentí una presencia detrás de mí.

Una mujer cayó de rodillas a mi lado, abrazando frenéticamente a Skye y revisándola como si existiera la posibilidad de que tuviera algún moretón bajo su perfecto vestidito de diseñador. La verdad era que no tenía ni una arruga, y las niñas *deberían* tener arrugas en sus vestidos.

—*¿Estás bien?* —Inquirió, quien supuse que era Branka, señando con movimientos de la mano poco practicados.

Sasha se arrodilló al otro lado de su esposa, entrecerrando los ojos hacia mí antes de volverlos hacia mi hija, y observé, hipnotizada, cómo se suavizaba su expresión y aquellos aterradores ojos azul pálido.

—Hablamos de los peligros de escabullirse. Casi nos provocas un infarto.

El puño alrededor de mi corazón se apretó, atenazándome brutalmente. *La amaban.* Podía verlo claramente. Así nos queríamos mi hermana y yo. ¿Cómo iba a separarlos?

—*Estoy bien. Phoenix me mantuvo a salvo.* —Skye me dedicó una sonrisa cegadora y se la devolví.

Branka y Sasha estaban frente a mí. De repente, sentí el sol pesado y caliente mientras el sudor resbalaba por mi espalda. Tenía toda su atención, pero me negaba a *verlo*. La pálida mirada de Sasha Nikolaev estaba hecha de pesadillas y me aterrorizaba que leyera la intención en mis ojos.

Branka empezó a hablar demasiado rápido para que pudiera leerle los labios, aunque capté un *gracias* entre tanto divagar.

—*Habla como yo.* —Explicó Skye señando, y los ojos de Branka se abrieron de par en par al mirarme.

—¡Qué coincidencia! —exclamó Branka mientras señaba.

—*Qué casualidad, ciertamente.* —Señó Sasha con una mirada sarcástica.

Demonios, daba miedo. Ojos inquisitivos. Hombros anchos. Complexión de luchador de MMA.

—*Encantada de conocerlos.* —Señé, luego me erguí hasta mi altura completa y forcé una sonrisa en mi rostro, encontrándome con las miradas de ambos—. *Estaba perdida, así que solo charlamos.* —Mientras debatía cómo robárselas—. *Soy Phoenix.*

Valoraba mi vida, lo que significaba que tendría que tomarme un momento y replantearme mi plan.

Me giré para mirar a Skye, cada fibra en mí se rebelaba por dejarla. Sabía que no podría arrebatársela a Sasha Nikolaev. Incluso si por algún milagro lo conseguía, su familia me

atraparía antes de que abandonara la ciudad.

Necesitaría un plan real.

*—Fue un placer conocerte, Skye. Y me aseguraré de buscar una nueva versión de mi iPhone.*

Branka soltó una risita, mas yo no podía apartar la mirada de mi hija, memorizando cada línea de su rostro.

Me tragué un nudo en la garganta, observé a Branka y a Sasha a los ojos y forcé otra sonrisa.

*—Debes perdonar a Skye. Está fascinada con la electrónica.* —Señó y pronunció Branka al mismo tiempo. Me dolían los músculos de intentar seguir sonriendo cuando lo único que quería era gritarles a ellos y al mundo, que Skye era mía.

*—Tiene razón. Es hora de una actualización.* —Me arrodillé para verla a los ojos una vez más. Me hormigueaba la nariz por las lágrimas que estaba conteniendo—. *Pórtate bien, Skye*.

*«Te veré pronto»*, pensé.

Asintió con seriedad y, antes de que pudiera derrumbarme, me puse en pie y asentí escuetamente con la cabeza antes de salir apresurada de allí con un sollozo silencioso y lágrimas corriendo por mi rostro.



Meghan y Lola Bergman, nuestras identificaciones falsas.

La emoción crepitaba bajo mi piel mientras estudiaba los dos pasaportes falsos. Tras dejarla atrás, pude sacarle una foto desde una distancia discreta. Un mago de la tecnología se las arregló y la ajustó para que quedara en las directrices necesarias. Acabó cumpliendo una doble función, porque ahora podía admirarla cuando me apeteciera.

La esperanza se cocía a fuego lento a cada minuto que pasaba, acercándome a mi objetivo.

Me recosté contra la cabecera de la cama en mi habitación. Me alojaba en el Hilton, decidida a no caer en los barrios pobres en caso de que tuviera que traer a Skye aquí. Mi maleta seguía empacada, con el dinero guardado en la mochila y sus bolsillos secretos.

Quería estar preparada para cuando las cosas se pusieran feas. Cuando; no si. Era inevitable que así fuera.

Había seguido a Branka Nikolaev durante la última semana, intentando hacerme una idea de su rutina. No tenía ninguna. La mujer estaba por todas partes, lo que me hizo tirarme de los pelos. Pensaba que los niños necesitaban una rutina, aunque por lo visto estaba equivocaba.

Incluso empecé a "salir" con uno de los guardias de los Nikolaev. Fueron necesarias dos citas y un beso a regañadientes para enterarme de que Sasha y Branka Nikolaev pasaban gran parte del año en Rusia, pero solían evitar el invierno allí. Mi ventana se estaba cerrando y, a menos que tuviera una oportunidad pronto, volvería a perder a Skye.

Cualquier momento que no pasaba siguiendo a Branka o a su aterrador marido, lo pasaba en el parque donde conocí a Skye, esperando que volviera allí de alguna manera.

Nunca lo hizo.

Mis dedos rodeaban con fuerza mi nuevo iPhone y una sonrisa apareció en mis labios. Incluso me descargué algunas aplicaciones educativas para niños, por si acaso.

Mis ojos recorrieron la habitación del hotel, deseando tener ya a Skye para poder ponernos en marcha. Compré dos *tickets* de avión con una fecha flexible para que, cuando esto sucediera, estuviéramos en el primer vuelo que saliera de aquí.

Grecia sería nuestro destino. Nunca había estado ahí, pero no sabía de ningún mafioso

griego. Sería seguro en ese lugar. Después de Grecia, quién sabía.

El mundo era un lugar grande y pasaríamos el resto de nuestras vidas huyendo, así que más nos valía conocer todos sus rincones.

Pero primero, tendría que encontrar una manera de llegar a Skye.

# CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

# PHOENIX



Habían pasado dos semanas desde mi encuentro con Skye.

Ahora que estábamos en la misma ciudad y la había conocido, anhelaba tenerla a mi lado. Hablar con ella. Conocerla a fondo.

Branka y Sasha adoptaron oficialmente a Skye hacía tres meses. Llegué tres meses tarde.

Paseé por el *French Quarter* con la cálida brisa de febrero como una suave caricia en la piel. La avenida *St. Charles* estaba llena de gente preparándose para el próximo *Mardi Gras*.

Los pintores callejeros llenaban la plaza. La *Crescent City* presumía, en su estilo, de una gran variedad de culturas y comidas. La vitalidad de esta ciudad era innegable mientras seguía a la mujer que tenía a mi bebé.

Paseando despreocupadamente por las calles, la seguí durante una manzana. Era su quinta tienda y estaba a punto de fingir que me cruzaba con ella cuando vislumbré una cabellera rubia. Mis pasos vacilaron y me quedé inmóvil al ver a Tatiana Konstantin, la cuñada de Isla, siendo guiada fuera de un coche por sus guardias.

La presión creció en mi pecho y, por primera vez, apliqué las técnicas de respiración de mi hermana. Me di unos golpecitos en el pecho como si eso fuera a desinflar la burbuja que amenazaba con estallar.

Las dos mujeres se abrazaron con ternura y se me retorció el corazón. Nunca antes en mi vida, me habían separado por completo de mi hermana, y eso empezaba a afectarme. Sin embargo, en ese momento no podía parar. Había conocido a mi hija; estaba tan cerca de tenerla por fin en mi vida.

Fingí que estudiaba los cachivaches de las estanterías mientras las miraba en un espejo de techo, haciendo ademán de agarrar figuritas y sostenerlas en alto mientras inspeccionaba a las mujeres. Me colocaba de modo que pudiera leer sus labios y ver sus expresiones.

—¡Tienes buen aspecto! —exclamó Tatiana mientras me concentraba en leer sus labios—. Pero vas de compras sin mí. ¿Me estás evitando?

—No, claro que no. —Branka miró a su alrededor—. ¿Dónde está tu esposo?

Tatiana se encogió de hombros.

—Ocupado. Algo con la *Omertà*. No quiso decirlo.

Dios, esperaba que no tuviera nada que ver conmigo.

—Siempre pasa algo en el bajo mundo. —Branka no se equivocaba. Aunque Reina y yo no crecimos con *Papà*, sabíamos lo suficiente como para ser conscientes de que siempre había un nuevo problema o un nuevo enemigo del que preocuparse.

—¿Cómo van las cosas con mi hermano Sasha? ¿Todavía están cogiendo como locos? —Branka se puso diez tonos de rojo y de repente toda su atención se centró en los collares de

cuentas que tenía en las manos como si en serio fuera a comprarlos—. Planeando llevar cuentas y nada más, *¿eh?*

—En primer lugar, *guacala.* Segundo, no es asunto tuyo.

No pareció disuadir a Tatiana. Se echó el cabello por encima del hombro.

—Quizás haga lo mismo con Illias cuando vuelva. Me apetece algo pervertido.

Branka dejó escapar un suspiro exasperado.

—Demasiada información. En serio, Tatiana, *demasiada* información.

Me aclaré la garganta y estaba a punto de abortar mi plan y escabullirme de la tienda cuando una mano en el hombro me detuvo.

Me di la vuelta lentamente para encontrarme con los ojos de Tatiana brillando como zafiros, sus cejas encontrándose con la línea de su cabellera.

—¿Phoenix? —Mi corazón tronó salvajemente mientras la miraba fijamente con mi objetivo de pie junto a ella. Definitivamente, ahora se conocería mi identidad. *Maldición*—. ¿Qué haces aquí?

Forcé una sonrisa y saqué el teléfono móvil para escribir una respuesta:

***Siempre quise visitar New Orleans.***

Era una mentira descarada.

***Solo haciendo turismo.***

No era así como me imaginaba la recuperación de mi hija. No es que tenía algún plan.

Su sonrisa se amplió.

—Dios mío, deberías habérmelo dicho. —Vio a Branka, que me observaba con interés—. Branka, esta es Phoenix Romero.

Sonreí con reserva, esperando que algo pasara. Tatiana llamaría a su marido, que a su vez llamaría a *Papà*, y me llevarían a casa.

Escribí una nota:

***¿Dónde está tu esposo? ¿Has hablado con Isla?***

—Illias tiene asuntos urgentes, pero no me dice nada. Isla ha estado ocupada. —Puso los ojos en blanco—. Seguro que sabes con qué. Se niega a decírmelo. Tanto ella como Illias creen que soy frágil porque estoy embarazada —se quejó exasperada—. Me muero de aburrimiento aquí. Deberías pasar el día con nosotras. Para que nos cuentes algunos secretos. —Le dio un codazo en el hombro a Branka—. ¿Verdad?

Respiré aliviada. Parecía que Tatiana no sabía nada de mi escapada.

—*Esta es la mujer que mantuvo a Skye a salvo. Por supuesto.* —Branka señó mientras hablaba al mismo tiempo. Extendió la mano—. *Encantada de conocer...*

Sus palabras se interrumpieron cuando dos hombres enmascarados irrumpieron agitando pistolas.

Manchas negras nublaron mi visión mientras luchaba por respirar del pánico que me subía por la garganta. No lo pensé dos veces antes de tirarme al suelo. Los ojos me daban vueltas mientras el corazón intentaba salírseme del pecho.

¿Y mis pensamientos? Rebotaban por todas partes antes de que el mundo se detuviera por un momento. La conmoción a mi alrededor se reproducía a cámara lenta. Por mi mente pasaron imágenes de mi breve encuentro con Skye. Los nueve meses que la llevé en mi vientre. Dante, y aquellos meses demasiado cortos y felices. Mi hermana. Todo estaba suspendido en el aire en medio de New Orleans mientras me acobardaba en el suelo de una tienda de tonterías.

Me agarré la cabeza, haciéndome lo más pequeña posible con las rodillas levantadas hacia mi pecho. Me encontré con las miradas de Branka y Tatiana, ambas en el suelo también, Tatiana sujetándose el vientre.

Parpadeé y me concentré en introducir aire en mis pulmones agarrotados, deseando que mi pulso acelerado se ralentizara. Necesitaba ver crecer a mi hija.

Mi instinto de supervivencia se puso en marcha y me apoyé en un hombro, levantando ligeramente la cabeza. Luché contra el pánico y mis ojos se desviaron hacia Tatiana, que observaba la escena con una expresión de fastidio. Como si fuera algo normal y corriente.

Branka, por su parte, observaba a los dos enmascarados y su caótico robo con la boca abierta.

Entonces una vibración sacudió el suelo, casi como si toda la policía irrumpiera en la tienda. Un borrón de trajes oscuros. Destellos de metal brillante. Antes de que mi cerebro pudiera procesar lo que estaba pasando, todo había terminado.

Mis ojos vagaron para encontrar a Tatiana y Branka mirándome fijamente.

—*¿Estás bien?* —Branka hizo señas mientras Tatiana me miraba como si tuviera dos cabezas.

Tragué saliva.

—*¿Qué pasó?*

Branka señó, pero no entendía lo que decía. Al notar mi confusión, dijo:

—Fue un robo.

—Ya estamos a salvo —imitó Tatiana la velocidad del discurso de Branka—. Mis hermanos siempre vienen al rescate.

Me dedicó una sonrisa suave y tranquilizadora que sentí como si me atravesara el corazón. Tal vez era la certeza de que la traicionaría y a su familia, a mi hermana, a todo el mundo. O tal vez era el miedo a fracasar. Los días, las semanas, los meses de intentar mantenerme fuerte acabaron por alcanzarme y el miedo amenazó con tragarme por completo. Un temblor empezó en mis manos y subió por mis brazos; mis pulmones se contraían con cada respiración.

Manchas negras nadaban en mis visiones.

Cerré los ojos con fuerza y se me escaparon las lágrimas por las pestañas. No pude contener un grito ahogado.

Tenía que ser fuerte y desterrar todos esos sentimientos de mi pecho. Lo hacía por mi hija y por mí misma.

Una mano fría me tocó con un golpesito la mejilla y me obligó a abrir los ojos. A través de una visión borrosa, me encontré con dos pares de ojos azul pálido. Traje negro. Hombros anchos. Líneas rectas.

Parpadeé, convencida de que me estaban engañando. Pero seguían observándome fijamente.

—*Solo fue un pobre intento de robo.* —Señó Sasha con expresión aburrida—. *A veces ocurren aquí, sobre todo en la temporada de Mardi Gras.* —Una brisa me rozó la mejilla a pesar de que todo el mundo estaba a mi alrededor. Mis ojos se desviaron hacia la otra versión de Sasha, que de alguna manera parecía mayor y más grande—. *Este es mi hermano Vasili.*

Sus miradas se posaron en mí y volví a mirar a Tatiana. Estaba con otro hombre con el mismo tono de ojos, pero este no llevaba traje. Era aún más aterrador a pesar de su vestuario informal: pantalones anchos y camiseta negra.

Tatiana acortó la distancia que nos separaba y bajó a mi encuentro, donde seguía tendida en el suelo.

—Estás a salvo con nosotros. —Estaba tan equivocada. Nadie estaba a salvo con estos hombres. Los Nikolaev eran algunos de los hombres más temidos en los Estados Unidos—. Mis hermanos no matarían ni a una mosca. —Apenas pude reprimir un bufido. Todos en el bajo mundo le hacían daño a alguien. *Ellos* no eran una excepción.

—Ven a casa con nosotros. Al menos hasta que te sientas mejor —sugirió Branka, hablando despacio.

Mi mente empezó a trabajar vigorosamente. Podría ser una forma de acercarme a Skye. Mi única oportunidad, considerando lo bien que esta familia protegía a los suyos.

Asentí con la cabeza, la determinación tomando forma en mi interior.

Mi respiración se estabilizó. El nudo en mi pecho se aflojó. Mi decisión estaba tomada.

Traicionaría al mismo diablo para recuperar a mi hija. ¿Por qué no a los Nikolaev también?

# CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

# DANTE



—¿Por dónde vas a empezar? —preguntó Amon mientras hacía los preparativos de última hora para su luna de miel.

—Ni la más mínima idea, maldición —murmuré.

Odiaba admitirlo, pero estaba celoso de mi propio hermano. Se merecía la felicidad, tanto Reina como Amon la merecían, no obstante, era difícil quedarse de brazos cruzados. No cuando Phoenix había desaparecido sin dejar rastro, llevándose con ella mis esperanzas para nuestro futuro.

*«Quizá está asustada»*, susurró mi mente. Me encogí. Mientras viviera, nunca olvidaría la forma en que me había visto en mi despacho hacía tantos años. No recordaba gran cosa, aparte de que se me oscureció la vista. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, de que había tenido una laguna mental mientras ella estaba a mi cuidado, había miedo en sus ojos y ya se le estaban formando moretones alrededor del cuello.

Sacudí la cabeza y me levanté de mi asiento, reanudando mi caminar de un lado al otro. Mis ojos se desviaron hacia los monitores que Amon tenía por toda la oficina, donde utilizaba el reconocimiento facial para buscar a madre, Hiroshi y Phoenix.

Joder, estas lagunas mentales tendrían que parar. No podía arriesgarme a hacerle daño otra vez. Tal vez podría prestar atención a las señales y luego encerrarme hasta que volviera a la normalidad. No obstante, ninguno de los desencadenantes habituales, alcohol o rabia, estuvieron presentes esa noche cuando ocurrió con ella. Sucedió sin una sola señal de advertencia.

—Quizás empezar en su casa de Malibú —propuso Amon desde su asiento junto a los monitores.

Lo pensé, aunque era un lugar demasiado obvio para esconderse. Considerando que no tenía otras pistas, realmente no tenía nada que perder.

Salí al patio que comunicaba con el despacho de Amon, flexionando los dedos. Necesitaba calmarme. Reina no necesitaba verme enfadado, y Amon necesitaba paz para lidiar con las secuelas del secuestro de su esposa.

Apoyé los brazos en la barandilla y dejé que mis ojos vagaran por el inmenso mar azul mientras mis pensamientos viajaban hacia la mujer de los mismos ojos azules cristalinos. Durante los últimos cinco años, había tenido la sensación de que algo, alguien, se me escapaba de las manos. El único momento en que me sentía completo era cuando *ella* estaba cerca.

Y luego estaba la preocupación de que vagara por el planeta sola y desprotegida. ¿Y si algo le había ocurrido? ¿Y si alguien intentaba aprovecharse de ella?

Sonaron pasos detrás de mí y eché un vistazo por encima del hombro.

—¿Qué necesitas de mí?

Me giré, mirándolo.

—Cuídate y cuida a tu esposa.

Amon asintió.

—Feliz *cacería* para ti, hermano.

La emoción de la inminente persecución se extendió por mis venas como adrenalina.

No había ninguna posibilidad de que la dejara ir. No me detendría hasta que Phoenix Romero fuera mía, y aunque tuviera que remover cada piedra y matar a cada maldita persona, lo haría. Encontraría a mi Nix.



Atrapé a la doctora Freud cuando salía del recinto de Amon, justo cuando estaba a punto de entrar en el vehículo que mi hermano había dispuesto para llevarla de vuelta al aeropuerto.

La mujer tuvo la osadía de poner los ojos en blanco cuando me vio.

—No es muy profesional ponerle los ojos en blanco a sus pacientes.

Dejó escapar un suspiro exasperado.

—No eres mi paciente en este momento.

Metí las manos en los bolsillos y me apoyé en el coche, impidiéndole el paso.

—Pensé que no hacías visitas a domicilio.

Sus labios se curvaron.

—A veces hago excepciones.

Ladeé la cabeza, sonriendo.

—Bueno, como representante de toda la gente jodida, te damos las gracias.

No dejó que la agobiara, a pesar de que mi alto cuerpo bloqueaba el suyo.

—De nada. Ahora, si me disculpas, tengo que tomar mi vuelo.

Me reí entre dientes.

—Amon te proporcionó un *jet* privado. Créeme, no se irá sin ti.

Suspiró.

—No me digas que necesitas otra sesión improvisada.

—Tal vez.

—No tengo tu expediente conmigo. —Como si lo necesitara. Se lo sabía al derecho y al revés, y seguía desesperada por averiguar el motivo de mis lagunas mentales. Crucé las piernas, dejando que mi tobillo descansara contra el otro, esperando a que continuara—. Pero supongo que podemos intentarlo. Debo admitir que estoy muy intrigada.

—Ya sabes lo que dicen: *la curiosidad mató al gato* —añadí, sonriendo—. Pero, incluso así, te lo agradezco.

—Entonces, ¿vamos a hacer esto aquí? —preguntó mirando a su alrededor. Los guardias de Amon estaban lo suficientemente lejos como para no escucharnos. Cuando asentí, dijo—: De acuerdo. Dime qué te preocupa ahora.

—Quiero saber mi diagnóstico.

Ladeó la cabeza, estudiándome.

—Creía que ya habíamos hablado de eso. —Mi inquebrantable mirada insistió en que no era suficiente. Tragó saliva—. Hasta que te ocupes de ello, Dante, tus lagunas mentales continuarán. Posiblemente empeoren.

—Suena serio.

Sacudió la cabeza.

—Para ti, quizá no. —Sus ojos pensativos se posaron en mi rostro y, a pesar de verse obligada a estirar el cuello, vio demasiado—. Pero para los que te rodean, podría serlo.

Había dado en el clavo y, a juzgar por su expresión, lo sabía.

—Me estás perdiendo —mentí.

Levantó los labios.

—No, no es así. —Cambió el bolso de una mano a otra—. Ocúpate de tus recuerdos, Dante, y llegarás al fondo de todo.

Mi mandíbula se tensó.

—¿Cómo voy a afrontarlo si no recuerdo *nada*?

Me dedicó una sonrisa triste.

—Sí recuerdas. Solo que, en este momento, eres el único que está bloqueándolo.

Un soplo sardónico me abandonó.

—Haciéndolo sutil para mí, *¿no?*

—No estás aquí para hacer lo fácil. Si la quieres a *ella*, harás esto.

No se me escapó cómo había metido *ella* ahí. La buena doctora era demasiado lista para su propio bien, y para el mío.

# CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

# PHOENIX

La mansión Nikolaev estaba en las afueras de New Orleans.

La familia, o el hermano mayor, poseía cien acres a su alrededor, lo que proporcionaba privacidad y protección a todos y hacía que mi plan de secuestrar a mi hija pareciera casi imposible.

Los Nikolaev tenían una caravana de coches de seguridad. Bien podría ser una comitiva presidencial con servicio secreto. *«Muy discreto»*, me reí en silencio.

Me volví hacia Tatiana, sacando mi teléfono.

***¿Han atrapado a los culpables del robo?***

Se encogió de hombros.

—Seguro que lo hicieron. No te preocupes, esos hombres estarán muertos pronto si no lo están ya.

Hice una mueca de dolor por la ligereza con la que hizo el comentario. ¿Me matarían a mí también con tanta facilidad? Sin la menor duda, sabía que lo harían.

Una vez que el conductor estacionó el vehículo, Tatiana y yo nos deslizamos fuera. Era inaudito que los Nikolaev dejaran entrar a un extraño en su casa, pero Tatiana les aseguró la posición de mi familia en el bajo mundo y respondió por mí.

La vacilación me recorrió. Rezaba porque su esposo no estuviera aquí, mas me preocupaba parecer sospechosa si le hacía la pregunta. En lugar de eso, sonreí como si todo estuviera de maravilla mientras internamente temblaba de preocupación.

Un ligero golpecito en el hombro me hizo voltearme y encontrarme con la mirada de Branka.

—*¿Te encuentras bien?* —Señó.

—*Nunca había estado mejor.* —Gesticulé, mintiendo.

El sol seguía en lo alto del cielo. Una suave brisa se deslizaba por el lateral de la propiedad, llegando hasta donde nos encontrábamos, frente a las hileras de autos de lujo, desde Aston Martin hasta Mercedes Benz, un Bugatti en el extremo opuesto y... un Jeep rojo brillante.

—Es de Isabella. Mi cuñada —me explicó Branka al atraparme observando—. Nos quedamos aquí cuando venimos de visita desde Rusia. Es agradable tener la casa llena.

Casa llena.

Vivir con mis amigas se sentía así. Animada. Alegre. A veces llena de drama. Pero no lo cambiaría por nada. Podía entender que quisiera vivir en medio de ello.

—También ayuda a Skye —continuó, y la observé atentamente, hambrienta de saberlo todo

sobre mi hija—. Significa que está rodeada de sus primos, tíos y tías.

Se me estrujó el corazón bajo el pecho ante la perspectiva de volver a ver a mi hija. ¿Se acordaría de mí?

Nos dirigimos hacia la parte trasera de la casa, donde un gran patio cubría la zona, frente al inmaculado césped que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Había chicos y chicas correteando, y mis ojos los siguieron con una sonrisa.

Hasta que *la* vi. Mi niña estaba en el patio con un niño rubio con los mismos ojos azul claro. Parecía mayor que ella por lo menos unos años, aunque era difícil de decir. Podía ser que fuera más grande debido a sus genes.

Los dos se miraron como si fueran enemigos declarados. Entonces el chico le tiró con *fuerza* de su coleta, haciéndola estremecerse y gritar mientras se alejaba corriendo.

Branka se precipitó hacia ella, con la mirada regañona clavada en el chico, que sonreía desde una distancia prudencial. Una lágrima rodó por la mejilla de Skye, seguida pronto por muchas otras, haciendo que mis pies se movieran en su dirección.

Me uní a ellos y me arrodillé.

—*¿Te hizo daño*?

Los ojos azules de Skye se cruzaron con los míos y se encogió de hombros.

—*Siempre me tira del cabello.* —Se quejó—. *Es malo*.

Sacudió la cabeza y los rizos oscuros que se le escapaban de la cola se le pegaron a las mejillas manchadas de lágrimas.

—*Los chicos son tontos.* —Señó Branka y articuló con la boca, mientras yo asentía con la cabeza—. *Más vale que lo aprendas ahora.*

Skye nos estudió con una sabiduría muy superior a la de su edad antes de centrar su atención en Branka.

—*¿Sasha también*? —Inquirió Skye, al ver que Sasha se acercaba detrás de nosotros y hacer que Branka diera un respingo antes de mostrarle a su marido una sonrisa inocente.

—*Veo que estamos enseñándole a mi hija a mandar sobre los chicos, ¿eh?* —La sonrisa de Sasha me pareció como la de un tiburón, mas la suave expresión de sus ojos la contrarrestó—. *Lo mejor es que te mantengas alejada de ellos. Y si alguno te hace pasar un mal rato...* —Lanzó una mirada fulminante al chico, que supuse que era su sobrino—. *Papi les va a patear el culo.*

Skye sonrió entre lágrimas y la tristeza tiró de mi corazón. ¿Podría alejarla de esto?

—*¿Vas a partirle el culo a Nikola*? —preguntó Skye mientras Branka intentaba reprimir su sonrisa—. *Quiero que lo hagas*.

—No digas *culo*, Skye —regañó Branka, y luego fulminó a su marido con la mirada—. Tú tampoco, Sasha.

Sasha se inclinó y le mostró una gran sonrisa.

—*Tus deseos son órdenes.* —Luego se levantó a su altura completa e imponente—. Nikola, trae tu *trasero* aquí. —*Le guiñó un ojo a su mujer*.

Sentía los ojos de todo el mundo clavados en nosotros mientras observaban todo el intercambio con fascinación. El chico se acercó con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza agachada.

—Te voy a partir la cara. —Leí los labios de Sasha mientras le guiñaba el ojo a Skye de nuevo, señando “culo” y atrayendo una mirada regañona de Branka—. A menos que te disculpes con Skye y empieces a tratarla como se debe tratar a una chica. Con delicadeza y respeto.

Skye y yo soltamos una risita y sus ojos se dirigieron hacia mí.

—*Lo siento.* —Señamos al mismo tiempo, y la mirada de Sasha se entrecerró en mí. Casi

como si estuviera viendo algo que no le gustaba.

Volvió a prestar atención a su sobrino.

—Siempre proteges a la familia, y Skye es familia. Es tu prima. —La expresión de Nikola se volvió melancólica y frunció los labios—. Entonces, ¿qué va a ser?

Se acercó a Skye y me puse rígida, dispuesta a intervenir si le hacía daño, pero entonces la atrajo hacia sus brazos. La expresión de Skye denotaba su conmoción, y levantó la cara justo cuando él agachó la cabeza y... *Muah*.

Todos se quedaron inmóviles, incluido el chico. Lo observé. Él miró fijamente a Skye, quien lo estudió con confusión. Sasha y Branka los vieron a ambos.

Y todo el tiempo, una frase gritaba en mi mente. *«Este niño acaba de besar a mi hija en los labios»*.

Su cara se puso de un rojo intenso, haciendo que su cabello rubio pálido casi pareciera rosa. Luego la soltó y corrió hacia la casa.

Una mujer de melena oscura y suaves ojos marrones se rio mientras lo seguía.

—Es Isabella, la hermana de Alexei —explicó Branka—. Está casada con Vasili. —Levantó la barbilla en dirección a la versión mayor y más distinguida de Sasha y Alexei. Hasta que se fijó en los nudillos del hombre, marcados por la tinta—. Su hermano —añadió.

Entonces comprendí el significado y me quedé con la boca abierta. *¡Demonios!* Esta familia estaba jodida.

—Vasili e Isabella no están emparentados —expuso Sasha, mirándome al mismo tiempo. Era como si me leyera como a un libro, causando estragos en mi sistema nervioso. Este hombre era más musculoso que sofisticado, tenía los hombros anchos y un aura de peligro a su alrededor. Actué por instinto de conservación y aparté la mirada.

¿Y si sabía todo lo que pensaba?

Una pequeña mano se deslizó entre las mías y captó mi atención. Bajé la mirada para encontrar a Skye sonriendo alegremente.

—*Hola, Phoenix*.

De acuerdo, seguía sin ser mami, pero era mejor que “señora”.

Con manos temblorosas, respondí señando:

—*Hola, Skye, me alegro mucho de volver a verte*.

Me sorprendió arrojándose a mis brazos y rodeándome el cuello con los suyos, haciéndome casi caer de espaldas sobre mis talones.

Contuve la respiración durante un largo momento, dejando que las emociones me invadieran. *Cinco años.* Llevaba cinco años esperando esto. Se me llenaron los ojos de lágrimas y me temblaron los labios al devolverle el abrazo, envolviendo su cuerpecito en el mío.

Consciente de algunas miradas, me puse lentamente en pie y me enfrenté a todos.

Isabella salió corriendo con su hijo a cuestas. Vasili se unió a ellos, alborotando el pelo de su hijo y pronunciando palabras que no pude leer en sus labios.

Se acercaron a mí, con la mano de Skye aún en la mía. No me atrevía a soltarla. La expresión de Sasha se fijó en mí y se ensombreció, y mi estómago se hundió.

Isabella bajó los ojos hacia su hijo y le ofreció una sonrisa alentadora.

—Lo siento —refunfuñó, y fue a marcharse, mas su madre lo detuvo.

—Inténtalo de nuevo, amigo.

Nikola dejó escapar un suspiro frustrado.

—*Perdona por tirarte del cabello*. —Señó mientras movía los labios lentamente, y no pude evitar sentirme impresionada. Luego bajó la vista a sus pies, antes de encontrarse con su mirada

mientras añadía—: *Y por besarte.*

No parecía arrepentido en absoluto y, a juzgar por la expresión de sus padres, también lo percibieron. Se preparó para irse, pero su tío lo detuvo.

—No tan rápido, amigo.

Observé el intercambio con fascinación. Este tipo de situaciones no se daban nunca en nuestra casa. Mi hermana y yo siempre estábamos en la misma onda y no teníamos primos con los que discutir, ya que nuestros padres eran hijos únicos. A juzgar por el ambiente, la familia Nikolaev estaba acostumbrada.

Sasha llegó al otro lado de Skye y se arrodilló.

—¿Te parece bien, princesa, o sigues queriendo que le parta el *culo?*

Pasaron dos respiraciones en silencio antes de que Skye sonriera dulcemente.

*—Lo perdono.*

Nikola cruzó el patio y Skye lo siguió.

—Y así continúa el ciclo —afirmó Branka, divertida—. Estos dos serán los mejores amigos o...

Miró a Isabella, que puso los ojos en blanco y se volvió hacia mí con una cálida sonrisa mientras me tendía la mano.

—Hola, soy Isabella —dijo lentamente y con una cálida sonrisa en los labios.

Tatiana se unió, hablando demasiado rápido para que pudiera seguirla. Observé a las tres mujeres charlando animadamente y riendo, manteniendo una sonrisa cortés en el rostro a pesar de sentirme ligeramente excluida. Mi vista recorrió el césped hasta que se posó en Skye, y capté esa misma sensación de extrañeza, o tal vez soledad, parpadear en su expresión.

Incliné la cabeza, excusándome, y me dirigí al otro lado del césped. Los ojos de Skye se cruzaron con los míos y corrió hacia mí.

Me senté en una posición con piernas entrecruzadas, disfrutando de la sensación de la hierba fresca bajo mis extremidades, y observé cómo ocupaba el lugar a mi lado.

*—¿También te sientes así, Phoenix?*

*—¿Excluida?* —Asintió—. A *veces.* —Admití—. *Ayuda si observo a la gente*.

Sus delicadas cejas se fruncieron mientras me observaba con esos grandes ojos azul zafiro.

*—¿Qué es eso?*

*—Es solo una forma de mirar. Estudiar las expresiones de la gente. A veces dicen más con los ojos que con sus labios.*

*—¿Como cuando Branka está enfadada y sus labios se vuelven muy finos? ¿O cuando Sasha se enfada y su vena late justo ahí?*

Me señaló la sien y me reí entre dientes.

*—Exacto. ¿Ves?, ya lo estás haciendo*.

Asintió sombríamente.

*—No me gusta todo el tiempo. ¿Y a ti*?

—Al principio... —Cuando me miró confusa, añadí—: *Cuando era pequeña, no me gustaba. Mi madre decía que era especial, sin embargo, no quería serlo. Quería ser como los demás. Como mi hermana.*

Sus ojos se abrieron de par en par.

*—¿Tienes una hermana?* —Asentí con la cabeza—. *¿No es como tú?*

*—No, pero es la mejor amiga que he tenido. Fue la que lo convirtió en un juego. Las dos mirábamos a la gente y adivinábamos lo que decían sus ojos contra sus labios.*

Dejó escapar un fuerte suspiro.

—*Ojalá tuviera una hermana. O una mami que fuera como yo.* —Me dolió el pecho al ver el dolor en su rostro. Quizá no era tan feliz con Branka y Sasha como pensé.

—*¿No te gusta estar aquí con Branka y Sasha?* —Inquirí con dedos temblorosos.

Sus ojos se clavaron en mí.

—*Están bien, pero no son como yo*.

Me tragué un nudo en la garganta. Tal vez tenía una oportunidad de recuperar a mi hija. Tal vez sería más feliz conmigo. Tantos pensamientos bailaban por mi mente ante las posibilidades.

Una sombra se cernió sobre mí y levanté lentamente la vista para encontrar a Sasha cerniéndose sobre nosotros, observándome sospechosamente.

Le dirigí una sonrisa y agité la mano.

—¿De qué están hablando? —preguntó, observando a Skye con expresión suave.

—*Solo de mamis y papis.* —Respondió Skye, probablemente intuyendo que no estaría bien admitirle lo que realmente había dicho.

Tatiana, Isabella y Branka se acercaron para agarrarme y arrastrarme a su conversación. El atraco a mano armada parecía una historia lejana a pesar de que hacía unas horas que había ocurrido. Estas personas no se parecían a ninguna familia que hubiera visto. Rudos. Y aterradores.

Durante las dos horas siguientes, formé parte de la familia Nikolaev. Hablaban y reían mientras observaba sus interacciones y, a través de todo ello, sabía que mi traición sellaría mi destino.



Después de horas de intentos de Isabella por cocinar y de quemar todos los platos que metía en el horno, su marido por fin se puso firme y nos sacó a todos de la casa y nos metió en una caravana de vehículos. No podía decidir si parecíamos un cortejo fúnebre o una escolta presidencial.

Habría abandonado la *fiesta* hace mucho tiempo, pero quería quedarme alrededor de Skye el mayor tiempo posible. Así que cuando los Nikolaev insistieron en que saliera a cenar con ellos, acepté.

De las paredes colgaban fotos en blanco y negro del *French Quarter*. Las mesas redondas estaban cubiertas con manteles azul oscuro. Un bar de caoba atravesaba una pared y algunos hombres se dirigieron directamente a él.

Tatiana nos condujo a Branka, a Isabella, a mí y a Aurora, la mujer de Alexei, que era agente del FBI, un hecho que ignoraba constantemente, a las grandes cabinas, y me quedé atrás para poder ocupar el último asiento. Odiaba sentirme acorralada.

Los niños ocuparon la mesa más cercana. Los candelabros, que databan de varios siglos atrás y parecían más propios de un castillo, proyectaban un cálido resplandor sobre todos. Era el tipo de restaurante romántico e informal a la vez.

El alboroto y el ambiente caótico me hicieron sentir como pez fuera del agua.

El aire caliente me rozó la piel cuando se abrió la puerta y entró un hombre vestido con un traje de tres piezas a rayas, ocupando una de las cabinas más cercanas a la salida de emergencia.

Miré mi vestido amarillo de camiseta y mis *Chucks* blancos. No era precisamente apropiado para una cena, y ahora me daba cuenta de que todos los demás estaban vestidos de etiqueta.

—¿Qué pasa? —preguntó Tatiana, observando mi expresión.

Agarré mi teléfono y escribí.

***Estoy mal vestida***.

Leyó el mensaje y se rio.

—Estás con nosotros. Nosotros ponemos las reglas.

La camarera apareció y nos sirvió las bebidas. Dijo algo, observando a las señoras Nikolaev que eran claramente habituales del lugar, antes de volverse hacia mí.

—¿Qué le sirvo?

—*Solo agua, por favor.* —Señé mientras Branka traducía.

Tatiana suspiró.

—Sé que tú y las chicas no beben agua cuando salen —se burló—. Isla ha compartido algunas historias bastante jugosas.

Me sonrojé y negué con la cabeza.

—*Necesito comer antes de empezar a beber*.

—Inteligente —elogió Isabella—. Es demasiado tarde para mí, pero no dejes que esa mujer te corrompa.

Tatiana rio, dando un sorbo a su propia agua. Pero todos sabíamos por qué bebía agua. No era nada sutil respecto a su embarazo y, obviamente, estaba encantada.

—Soy un ángel —anunció Tatiana—. Vamos a culpar a Aurora.

Puso los ojos en blanco.

—¿Cómo acabe metida en esto?

La hermosa mujer vibraba con confianza en sí misma, lo cual estaba en consonancia con su cargo de agente federal, supuse. No pude evitar preguntarme cómo alguien como ella había podido cruzarse con alguien como su marido, un mafioso que no parecía tener un solo centímetro de piel sin tatuar. Eran como la noche y el día. Nunca deberían haber coincidido en la misma zona horaria.

Así que, expresé mi curiosidad.

—*¿Cómo termina un agente del FBI casada con un...* —Hice una pausa, pensando en la mejor palabra para usar—*... mafioso, y hacer que funcione*?

Branka volvió a traducir para mí y le lancé una mirada de agradecimiento.

Aurora se encogió de hombros, riendo entre dientes, y sus ojos encontraron los de su esposo al otro lado del restaurante. Si me interpusiera entre ellos, estallaría en llamas. Se miraban con tanto amor que me dolía el pecho.

—Decides tus prioridades. La familia siempre es lo primero, y él es la mía —respondió finalmente, sin apartar la mirada de su esposo.

—¿Eres muy unida a tu familia? —me inquirió Branka mientras hacía señas lo mejor que podía.

Asentí con la cabeza.

—*Sí, mi hermana y yo somos muy unidas. Mis amigas también. No sé dónde estaría sin ellas.*

Sonrió, pero reconocí tormento y dolor ocultos bajo la superficie, lo que me hizo preguntarme cuál era su historia.

—Eso es importante. Buenas amigas y familia.

Las palabras sonaban a verdad. Reina siempre había estado ahí para mí, en las buenas y en las malas. Mis amigas también. Cuando no teníamos a *Papà* o cuando la abuela estaba envuelta

con su nuevo marido, nos apoyábamos las unas en las otras.

Mis ojos se desviaron hacia la mesa de al lado, donde Skye y Nikola continuaban su tira y afloja. Sonreí suavemente.

—Nunca me has contado cómo perdió Skye la audición —preguntó Tatiana a Branka con curiosidad.

—Es el síndrome de Pendred —explicó Branka—. Un trastorno genético que causa pérdida de audición precoz en los niños.

Era algo que Skye había heredado de mí. Lo había sospechado, pero el entumecimiento me inundó de todos modos. Como madre, deseaba que se hubiera salvado, mas ante mis ojos, seguía siendo la niña más perfecta del mundo. Me encantaban todas sus *perfectas imperfecciones.*

—*¿Qué te hizo adoptar?* —Inquirí, encontrándome con su mirada y desviando el tema de la genética—. *Skye dijo que aprendiste ASL por ella*.

Los ojos de Branka brillaron con tristeza momentánea, aunque luego su mirada encontró a Skye y sonrió suavemente.

—*No puedo tener hijos, y en cuanto la vi...* —La culpa me atravesó el pecho y supe que me acompañaría el resto de mi vida—. *Se sintió como que pertenecía con nosotros.* —Una vez más me impresionó su habilidad para hacer señas mientras hablaba. Me pregunté si habría empezado a aprender en cuanto le informaron de las necesidades de Skye.

El malestar bailó bajo mi piel al son de melodías nerviosas y me removí en el asiento.

—*¿Tú...?* —Me tragué un nudo en la garganta—. *¿Conociste a su madre?*

Branka negó con la cabeza.

—No.

—*¿No tienes miedo de que sus padres biológicos aparezcan y quieran recuperarla*? —Debía de ser una masoquista.

Sasha apareció de la nada, poniendo una cerveza en la mesa para su mujer y tendiéndome un agua.

—*Pondré a cualquiera a dos metros bajo tierra antes de dejar que se la lleven*. —Señó claramente.

*Tum tun. Tu tum. Tu tum*. El latido de mi corazón resonaba bajo una capa de sudor frío. Sabía que apelar a su razón era imposible ahora.

Volvió con sus hermanos mientras las mujeres empezaban a charlar entre ellas.

Incómoda, desvié la mirada cuando el único comensal del restaurante que parecía no formar parte del grupo Nikolaev se levantó y se dirigió hacia la parte trasera del restaurante, donde estaban la salida de emergencia y los baños.

Un cosquilleo jugó en mi mente cuando me fijé en la maleta negra abandonada.

En un momento el aire estaba quieto, y al siguiente... *¡Boom!*

Fuimos aventados hacia el suelo bajo una lluvia de cristales rotos y escombros. Se me escapó una bocanada de aire cuando la tierra se movió bajo mis pies. Dirigí la mirada hacia los niños y estiré la mano a ciegas, tirando de ellos hacia el suelo. Nikola ya estaba encima de Skye, protegiéndola. Cubrí a los dos lo mejor que pude mientras más cristales se hacían añicos sobre mi espalda, cortándome la piel.

El peligro en el aire era tan denso que podía saborearlo en la lengua. Los ojos azules de mi hija, bien abiertos y petrificados, se movían confusos y moví los labios para tranquilizarla mientras el caos continuaba.

Entonces se hizo la calma y miré a mi alrededor. Todos los hombres Nikolaev estaban revisando a sus familias. Tatiana lloraba. Alexei acunaba a su mujer y a su bebé. Vasili se

encorvó y me levantó por el codo. Aturdida, me quedé mirando mientras revisaba a Nikola y a Skye.

—Gracias —pronunció como si hubiera hecho algo, cuando fue su hijo quien se encargó de cubrir primero el cuerpo de Skye—. Branka está herida. Vigila a Skye. —Leí sus labios mientras levantaba a Nikola del suelo y luego lo acurrucaba junto a su mamá.

Mi mirada se desvió hacia Branka y efectivamente estaba herida, un gran trozo de cristal le había atravesado el hombro. Mis ojos recorrieron la habitación, llena de cristales rotos y desorden. Sangre. Humo. Y el silencio en mi cabeza mientras la oportunidad susurraba. El cambio en el aire me inundó y supe que era mi única oportunidad.

Con los ojos de todos puestos en los bebés y las mujeres heridas, vi a Skye, con sus mejillas regordetas manchadas de lágrimas y suciedad. Le pasé suavemente un pulgar por la mejilla.

—*¿Estás herida?* —Negó con la cabeza, aunque su agarre en mi vestido se tensó y se acurrucó más cerca de mí—. *Estás a salvo.* —La acerqué más a mí.

—*Tengo mucho miedo.* —Señó, con sus manitas temblando violentamente. Mis ojos recorrieron la habitación. Isabella estaba atendiendo a los heridos. Branka parecía ser la más herida, con un chorro de sangre que le empapaba la ropa y le escurría por los dedos.

Tragué saliva.

—*Puedo mantenerte a salvo.* —Señalé, mi resolución endureciéndose—. *Pero tendremos que ir a mi habitación de hotel. Lejos de todo esto*.

—*¿No a casa?* —Preguntó.

—*Probablemente no es seguro ir a casa ahora. Puedes venir conmigo si quieres*.

Esperé la respuesta con la respiración contenida, sabiendo que sus siguientes palabras cambiarían nuestras vidas para siempre.

De una forma u otra.

—*Quiero ir contigo*.

# CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

# PHOENIX



Entre la conmoción, llevé a Skye a hurtadillas hacia los baños y tomé la salida trasera que daba a la calle. Los camiones de bomberos se acercaron y salí corriendo en dirección contraria, agradeciendo a todos los santos que mi hotel estuviera en esa dirección. Llevaba suficiente tiempo en New Orleans como para aprenderme el mapa de la ciudad y cómo moverme por ella con pericia.

Estaba sudando cuando llegamos a la habitación del hotel.

Una vez dentro, cerré la puerta y bajé a Skye sobre la cama. Me temblaban los brazos por el esfuerzo, pero no me había atrevido a bajarla en todo el trayecto por miedo a que nos retrasara.

Corrí al baño y volví con un trapo mojado, limpiando la cara, las manos y las rodillas de Skye.

—*Es tu sangre.* —Señaló.

Me miré. Estaba hecha un desastre, mientras que su ropa estaba bastante intacta, aunque un poco arrugada.

—*Voy a asearme y cambiarme. ¿De acuerdo*? —Asintió y tomé el control remoto, encendí la televisión y puse el canal infantil.

Con su atención puesta en la televisión, me dirigí al baño, me aseé y me puse ropa limpia. *Jeans*, camiseta blanca y Converse. Observé mi reflejo en el espejo, asombrada de lo arreglada que estaba, sin que se notara nada de la confusión que sentía en mi interior.

Sacudiéndome, volví a la habitación, observando que Skye seguía atenta a los dibujos animados. Me apresuré a meter todo en la maleta y agarré la mochila con el dinero.

Me giré hacia la cama, encontrando a Skye viéndome.

—*¿Qué estás haciendo?*

Era ahora o nunca. Sabía que estaba mal, pero no había ninguna posibilidad de que Sasha Nikolaev me hubiera dejado tenerla. Madre biológica o no. Fuera lo correcto o incorrecto.

Respirando hondo, me decidí.

—*Tengo que decirte algo importante.* —Parpadeó, con los ojos todavía muy abiertos por la conmoción de la explosión, y recé para que mis siguientes palabras no hicieran más mal que bien —: *Soy tu mami.*

Su boquita se abría y se cerraba. Levantó las manos y las volvió a bajar.

—*Hace cinco años, tuve una bebé. Te tuve a ti.* —La angustia me desgarró el pecho, reduciendo todas mis emociones a una: el miedo al rechazo—. *Eres mi bebé, Skye. Te he buscado por todas partes*.

—*¿Eres mi mami?*

Asentí con la cabeza, tragándome el nudo que se me hacía en la garganta. Seguía pareciendo

escéptica.

—*Tenemos el mismo cabello negro. Te pareces a mí cuando tenía tu edad, cariño. Y lo más importante, ambas perdimos la audición por la misma razón. Lo siento mucho. Creo que eres sorda por mi culpa.* —No me molesté en detener la lágrima que resbaló por mi mejilla.

—*No pasa nada. No querías hacerlo.* —Esta niña. Mi corazón se dilató—. *¿Por qué estás haciendo la maleta*? —cuestionó finalmente mientras yo seguía metiendo ropa en mi bolsa.

—*Tengo que irme, y quiero llevarte conmigo, pero solo si quieres ir.* —Inhalé un suspiro tranquilizador—. *Te amo. ¿Quieres venir conmigo?*

Un largo momento. Dos latidos. Tres respiraciones estremecedoras.

Se arrojó a mis brazos y la atrapé, apretándola contra mi pecho. Otra lágrima solitaria rodó por mi mejilla y pronto fue seguida por un torrente de ellas. Levantó la cabeza y mis labios temblorosos encontraron su frente.

—*Quiero ir contigo*.

Mi sonrisa inestable. Sus ojos brillantes.

—*¿Lista?* —Pregunté. Me vio con una expresión seria que no supe leer y me asaltó la duda. ¿Me estaba equivocando? Ni siquiera podía leer las emociones de mi propia hija. Inmediatamente desterré la duda de mi mente—. *Estás a salvo.* —Le aseguré.

Eso era cierto. Si los Nikolaev nos encontraban, ella estaría a salvo. Yo era a la que eliminarían, pero no podía decírselo.

—*¿De verdad eres mi mami*? —Era como si temiera despertarse y descubrir que todo fue un sueño.

—*Lo soy*.

—*¿Dónde estabas*?

La pregunta me tocó una fibra sensible. ¿No le hice la misma pregunta a Dante? Y de repente supe que nunca habría una respuesta suficientemente buena. Ni por mi parte, ni por la suya. No para esta niña que había pasado por cuatro familias y había sufrido una soledad que ni siquiera me la podía imaginar.

El colchón se hundió bajo mi peso cuando me senté en la cama y me puse frente a ella.

—*Estaba demasiado asustada.* —Admití—. *Mi abuela me dijo que era demasiado joven para ser madre y te apartó de mí. Pero sabía que lo correcto era tenerte conmigo. Debí haber luchado con uñas y dientes por ti. Siento haberte fallado*.

—*¿Pero ahora me quieres?* —Ningún niño debería sentirse nunca no deseado. El hecho de que me hubiera sucedido a mí me retorcía el pecho de dolor y furia. Le había fallado, mas no volvería a hacerlo.

—*Siempre te he querido.* —Temía a lo desconocido y nuestro futuro. Me aterrorizaba no hacer las cosas bien, pero por primera vez en cinco años, sentí que algo había salido bien—. *Finalmente soy lo suficientemente valiente para luchar por ello. Por ti. Si me dejas*.

—*¿Y Branka y Sasha*?

Su pregunta me dio un vuelco al corazón. No tenía una buena respuesta y no quería mentirle.

Me encontré con su mirada.

—*Espero que una vez que estemos instaladas, pueda llamarlos y explicárselo.* —Era lo menos que podía hacer, pero me aseguraría de que estuviéramos a una distancia segura y de que no pudieran localizarme. La amenaza de Sasha resonó en mis oídos, pero me sacudí el pensamiento.

—*¿Podré volver a verlos*?

Se me retorció el pecho.

—*No lo sé, cariño. Eso espero, aunque no puedo prometértelo*.

Skye frunció el ceño.

—*¿Porque estarán enfadados contigo*?

Era perspicaz para su edad. Tal vez un día incluso gobernaría el mundo.

—*Sí, pero solo porque te aman*.

Levantando las manos, señó:

—*Primero no tuve a nadie que me amara, y ahora tengo a demasiada gente que me ama.*

Sonreí temblorosamente.

—*Nunca se tienen demasiadas personas que te aman, cariño. Todos te hemos amado siempre. Solo teníamos que encontrar nuestro camino hacia ti.* —Eso la hizo sonreír de verdad —.*¿Estás lista para explorar el mundo conmigo*?

—*Vámonos*.



Compré un *ticket* de ida a New York desde el aeropuerto Louis Armstrong con los nombres reales de Skye y mío, con la esperanza de que llevara a los Nikolaev en la dirección equivocada. Esperaba que nos diera tiempo suficiente para conducir hasta el aeropuerto de Baton Rouge y abordar vuelos a Grecia con nuestros nombres falsos antes de que sospecharan de mi plan.

El corazón me latía en la garganta cuando entregué los pasaportes a la agente de la TSA menos de dos horas después. La mujer apenas echó un vistazo a las fotos.

Los guardias de seguridad tampoco nos prestaron atención mientras nos dirigíamos a la puerta.

Nos coloqué en los asientos más cercanos a la puerta de embarque, con nuestro dinero de huida asegurado en el asiento de al lado. Seguí comprobando nerviosamente nuestro entorno, pero no aparecía nadie. Luché contra las lágrimas, casi saboreando nuestra libertad. La felicidad. Amor. Aventura. Todo nos esperaba en nuestra nueva vida.

—*¿Tienes miedo... mami?* —Perdí la lucha contra las lágrimas y tiré de ella para abrazarla. Aunque la muerte me encontrara, ahora todo valdría la pena.

—*Un poco.* —Reconocí—. *No había hecho algo así antes.*

—*No me vas a dejar sola, ¿verdad?* —La incertidumbre y el miedo en sus ojos me destriparon. Me puse de rodillas y rodeé su delgado cuerpo con los brazos, todavía con el vestido que Tatiana le había elegido, un vestido blanco de *Dolce & Gabbana* con lazos negros. Parecíamos extrañas juntas, yo con un atuendo informal y ella con uno de *D&G*.

—*Adonde vaya, irás.* —Señé, haciendo un voto sombrío—. *Y dondequiera que vayas, iré*. *Nunca volverás a estar sola*.

—*¿Lo prometes?*

—*Te lo juro.* —Señé.

Un desconocido con una sudadera con capucha ocupó el asiento libre junto a nosotras, con los ojos pegados al aparato que llevaba en las manos. Mis ojos recorrieron la sala de espera, donde había decenas de asientos vacíos, preguntándome por qué se había sentado a nuestro lado. Pero el hombre estaba tan concentrado en su pantalla que probablemente no nos estaba prestando atención en absoluto.

Volví a prestar atención a mi hija.

—*¿Quieres saber cuál es nuestra primera parada?* —Asintió entusiasmada—. *Atenas,*

*Grecia. Visitaremos el templo de Poseidón, dios del mar. Quizá incluso iremos a nadar si hace suficiente calor. ¿Qué te parece*?

Se le cayó la cara.

*—No sé nadar*.

*—Bueno, ¿para qué están las mamás? Te enseñaré. A lo mejor hasta nos cruzamos con alguna sirena*.

Sus ojos parpadearon con interés.

*—¿Podemos conseguir colas de sirena?*

*—Hmmm, no sé si a los humanos les puede crecer una.*

Echó la cabeza hacia atrás y se rio, lo que hizo que se me encogiera el corazón.

*—Es como un juguete*.

*—Oh, en ese caso, sí*.

Se le iluminaron los ojos.

*—¿Y aletas?* —Me miraba con esos grandes ojos azules a los que no podía resistirme.

*—Por supuesto*.

Sonrió mucho.

*—¿Y una máscara?*

No pude contener la risa. Ya me estaba tocando como a un violín.

*—Lo que quieras, nena.* —Luego, para asegurarme de que no se lo tomaba al pie de la letra, añadí—: *Dentro de lo razonable*.

Un movimiento con el rabillo del ojo captó mi atención y, por un instante, no pude creer lo que estaba viendo. Vi con horror cómo el hombre con capucha huía con la mochila que contenía la mayor parte de mi dinero, sin prestar atención a su dispositivo. Mi reacción se detuvo, pero finalmente me puse en pie de un salto, con la garganta vibrando por el sonido de mi desesperación.

Di dos pasos, con toda la intención de ir tras él, cuando me paralicé. No podía dejar sola a Skye.

Ir a la policía estaba descartado. Retrasarían nuestro vuelo y posiblemente volverían a examinar nuestros documentos de viaje. Por no mencionar que la amenaza de que los Nikolaev nos atraparan se magnificaría.

Vi a mi hija y luego al hombre que desaparecía rápidamente. Caí de rodillas, con las palmas de las manos cubriéndome la cara. Eso era la mayoría de nuestro dinero. *Nuestra seguridad*.

Intenté respirar, intenté no perder la cabeza en medio del aeropuerto, cuando una pequeña mano se posó en mi brazo.

Levanté la cabeza y me encontré con la mirada preocupada de mi hija. No era un comienzo prometedor para nuestra aventura.

Empujando fuera mi frustración y desesperación, tragué saliva y me obligué a sonreír.

*—Todo saldrá bien.* —Aseguré.

Fui más que estúpida al dejar esa mochila tirada sin cuidado. Me lo merecía. ¡Ojalá no fuera Skye la que tuviera que cargar con el peso de mi estupidez!

Tendría que pensar en otra cosa.

No fue hasta que subimos al avión y estuvimos en el aire cuando por fin pude respirar. Era la segunda vez que volaba en un avión comercial y sabía que llevar a Skye conmigo haría que fuera una experiencia inolvidable.

Pasaron exactamente cinco minutos antes de que Skye se durmiera. Yo, en cambio, apenas dormí en las horas que tardó el avión en llegar a Atenas. La preocupación por nuestra falta de

fondos ahora y por ser perseguidos por los Nikolaev había echado raíces. Tenía todo el plan trazado, pero nunca había tenido en cuenta la falta de dinero. Dios, ¿qué haríamos?

Sin embargo, a medida que un cuerpecito se acurrucaba más en mí, me resultaba difícil arrepentirme de mis decisiones.

La tapé con la manta de la aerolínea sin perder de vista a los pasajeros que nos rodeaban, aunque no esperaba encontrarme con nadie del bajo mundo en un vuelo comercial a Grecia. Eché un vistazo a mi bolso, asegurándome una vez más de que tenía la cremallera cerrada y sujeta a la pierna.

Me quedaban cuarenta mil dólares en efectivo. Podía arreglármelas con lo que tenía, pero acabaría agotándolo. Lo sabía. Así que tendría que ser prudente y encontrar un trabajo para mantenernos. Al menos hasta que tuviera veinticinco años y pudiera disponer del resto de mi herencia.

Mientras Skye dormía, me conecté a Internet y busqué opciones de alojamiento en Atenas.

Nunca me había preocupado por el dinero. Sí, la abuela nos puso un presupuesto, pero siempre estaba el conocimiento en el fondo de nuestras mentes de que siempre estaríamos cuidadas. Tendría que llevarnos a casa.

Pero si lo hiciera ahora, estaría condenando a muerte a mi familia y amigas. En el mejor de los casos, ellas mismas acabarían siendo el objetivo.

Tampoco podía hacer *eso*.

Cuando aterrizamos, había encontrado una pequeña y apartada pensión. Como no tenía tarjeta de crédito para reservar por Internet, anoté la dirección y recé para que tuvieran una habitación disponible cuando llegáramos.

Esta sería nuestra vida, pensé mientras frotaba la espalda de Skye. Por fin estaba con mi hija. Dependía de mí hacer lo mejor. Por ella, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa.

# CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

# DANTE



*Πίσω έχει η αχλάδα την ουρά. Písō échei ē achláda tēn ourá*. El hombre planea, Dios ríe.

Sin duda se reía de mí.

Había estado buscando por todo el mundo a Phoenix y no había encontrado nada, hasta que recibí información de Marchetti, quien la había recibido de Lykos Costello. Había visto a una mujer parecida a Phoenix Romero en Grecia. Era una posibilidad remota, mas sin ninguna otra pista, la seguí.

Y aquí estaba, en Atenas, alojado en el Hotel Grande Bretagne.

Lykos Costello gobernaba la mafia griega con estrategia y sin piedad. Hizo todos los movimientos correctos. Ascendió los rangos, se casó con la chica perfecta, consiguió los contactos adecuados y organizaba las fiestas más lujosas.

Nadie podía acercársele. No era que quisiera hacerlo.

Era la razón por la que no me había puesto en contacto con él desde que llegué a Grecia. Una deuda con el mafioso griego no estaba precisamente en mi agenda. Así que mantuve la distancia, pero sus hombres me seguían constantemente, lo que dificultaba investigar en las calles de Atenas.

—Jefe. —La voz ronca de Cesar llegó desde detrás de mí. Había hackeado varios de los sistemas de vigilancia de la ciudad, lo que me permitía supervisar las calles desde la habitación del hotel—. He revisado las bases de datos de todos los hoteles. La chica Romero no está aquí. —Torcí el cuello y vi por encima del hombro a mi guardaespaldas de toda la vida—. Y Costello ha vuelto a llamar.

Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué sigues respondiendo a sus llamadas?

—Tratando de mantener tu trasero vivo —refunfuñó—. ¿Por qué no puedes visitar al hombre, decirle por qué estás aquí y acabar con eso de una vez? —Observé a Cesar con fastidio. Su nivel de insistencia tenía la costumbre de molestarme—. No es como si los dos pudiéramos luchar contra toda su organización estando en su territorio.

—Si tienes tanto miedo, vete a casa.

Cesar me lanzó una mirada sospechosa.

—¿Estás intentando deshacerte de mí?

En realidad, lo hacía. Sus constantes palabras de advertencia eran tan molestas. Era como tener una niñera con conciencia, regañándome y siguiéndome a todas partes.

—Puede que necesite que te encargues de algunas cosas en Trieste. La propiedad necesita algunas reparaciones. Eso debería ser lo suficientemente tranquilo para ti.

—Déjame adivinar, seguirás ignorando a Costello. —Soltó una risita, echando un vistazo por

la ventana hacia la Acrópolis—. Y jódete. No soy tu hombre de mantenimiento.

—Tienes razón. Eres peor.

—Quieres decir que constantemente te estoy salvando el trasero.

—Debes de estar muy aburrido —declaré, con tono sombrío—. Si no, no estarías tentándome a dispararte.

No parecía afectado ni un poco.

—Al menos tendría días libres por enfermedad entonces.

Puse los ojos en blanco.

—¿Otra vez con esta mierda? Ya te lo he dicho antes, Cesar. Si estás enfermo, quédate en la cama. Me importa una mierda.

Resopló.

—¿Para qué hagas que te disparen? No, gracias.

—Tienes razón. Tú…

Mi teléfono sonó, cortando nuestra discusión. Era Amon.

—¿Qué tienes? —respondí, esperando que tuviera información sobre Phoenix.

—¿Sigues en Grecia?

—Sí.

—Phoenix está en Atenas.

Me invadió la esperanza y me apoyé en el escritorio para estabilizarme, con las rodillas repentinamente débiles.

—¿Estás seguro?

—Sí, Reina la vio. —La duda se deslizó en mí. Mi media hermana se estaba curando, pero no estaba exactamente recuperada del todo. Al menos no mentalmente. Eso podía llevar años, lo sabía mejor que nadie, y su preocupación por Phoenix era su punto de ruptura.

—¿Estás seguro? —Volví a preguntar, con emoción en la voz. ¿De verdad podía estar tan cerca?— Llevo días aquí y no ha habido ni rastro de ella. Y no ha ayudado que los malditos hombres de Lykos me hayan estado siguiendo como malditos sabuesos.

—Está segura de que la vio.

—Maldito Lykos y sus hombres —murmuré. Si no me acosaran constantemente, quizá ya la habría encontrado. Esta era mi confirmación de que estaba aquí, y no había ninguna posibilidad de que me fuera ahora.

—Podrías haberle dicho que venías y haberte quedado en su casa. —La voz de regaño de Amon no se me escapó—. Te habría ahorrado tiempo y energía. En lugar de eso, fuiste un imbécil testarudo y te colaste en el país como un ladrón en la noche.

No me colé exactamente, pero eso era puramente semántico. Cuando se estaba en territorio ajeno, era costumbre reunirse primero con ellos. Sin embargo, no tenía tiempo que perder en tonterías y costumbres.

—No quiero verme envuelto en sus problemas. —El hombre tenía hijos y ninguna esposa para cuidar de ellos. Su vida parecía caótica.

Pude percibir la frustración de Amon a través de la línea.

—¿Qué problemas?

—No sé. Todos tenemos problemas. Dudo que sea una excepción. Además, no quería que sus hijos pequeños anduvieran por ahí, molestándome.

Los niños no eran lo mío.

Amon suspiró pesadamente, probablemente ya había terminado con esta conversación.

—De todos modos, hay una cosa que debes tener en cuenta.

—¿Qué?

—Reina jura que la mujer tenía el cabello rojo y una niña pequeña con ella.

—*¿Eh?* —¿Por qué iba a tener una niña con ella?

—Una niña, Dante —repitió Amon, exasperado—. Si era Phoenix, llevaba una niña con ella, así que asegúrate de añadirlo a tu perfil de búsqueda.

—No me gustan las pelirrojas. —De todas las cosas que tenía en la cabeza, no sabía por qué había pronunciado esa—. ¿Una niña? Más vale que no se haya casado. —La ira se deslizó bajo mi piel, lenta y abrasadora. *Mortal*—. Será viuda antes de que pueda decir *bang*.

Tuve que tragarme la rabia ardiente que sentía ante la sola idea de que otro hombre la tocara. Besara. La bestia que llevaba dentro golpeaba su pecho, ansiosa por derramamiento de sangre.

—No saquemos conclusiones precipitadas. Lo último que necesitamos es que armes un lío aquí. Tu misión es simple: encontrar a Phoenix y salir. Mantenlo limpio, hermano.

—¿Qué demonios se supone que debo pensar? ¿Phoenix con una niña pequeña?

—Piensa en encontrarla.

Su voz estaba siendo distorsionada por la emoción que me tragaba, que tamborileaba en mis venas y zumbaba en mis oídos.

—Voy a asesinar...

No llegué a terminar mi declaración.

—¿Sabes?, tal vez deberías preocuparte de que *yo* asesine tu trasero loco. Es mi media hermana después de todo.

Las imágenes de su cuerpo retorciéndose mientras algún bastardo la tocaba jugaban con mi cordura. Era mía y solo mía.

El rojo manchó mi visión, empapando a Cesar. Seguía allí de pie, mirándome como si estuviera perdiendo la cabeza. Era demasiado tarde.

—Será mejor que tampoco esté viviendo con un hombre —amenacé.

—Te lo juro, Dante. Tu obsesión con Phoenix me preocupa.

Me burlé.

—Bueno, ¿no eres tú el burro hablando de orejas?

Pasó un latido de silencio antes de que Amon agregara:

—¿Recuerdas cuando dijiste que te resultaba familiar? —Tarareé la réplica mientras me venían a la mente mis sueños en torno a una mujer sin rostro—. ¿Alguna vez lo descubriste?

—No, pero lo haré. Y ella me va a ayudar.

Sentía que Phoenix era la clave de todas mis respuestas.

—No te atrevas a lastimar a Phoenix cuando la encuentres. —La amenaza de Amon me molestó.

—No maltrato a las mujeres. —Mi tono era indignado, enfadado de que insinuara tal cosa—. No soy padre.

Pero en el momento en que las palabras salieron de mi boca, recordé mi mano en la garganta de Phoenix. Mis huellas en su pálida piel. El miedo en sus ojos.

Tendría que asegurarme de no estar nunca cerca de ella durante mis lagunas mentales. Nunca me perdonaría si la lastimaba.

—Sé que nunca golpearías a una mujer. Es tu naturaleza obsesiva lo que me preocupa. Es obvio que ella prefiere mantenerse al margen.

—No, ella no preferiría eso. Quiere ser mi esposa. —El bufido de Cesar no se me escapó, y le lancé una mirada fulminante—. Solo es testaruda y se niega a admitirlo.

Tenía que creer esa verdad. Había *algo* entre nosotros. Lo sabía. Lo sentía.

—Si tú lo dices. —El tono de Amon me dijo que no se lo creía.

—¿Crees que está viviendo con un hombre? —pregunté, obsesionado con que cualquier desgraciado del sexo opuesto estuviera cerca de ella.

—¿Cómo demonios voy a saberlo?

—Bueno, ahora eres su hermano —refunfuñé—. ¿No deberías saber lo que está haciendo? —Después de todo, ahora era él la cabeza de la familia Romero—. Sea cual sea el hombre con el que esté viviendo, le cortaré las pelotas.

Y la haría mirar para que supiera que nunca debe pensar en otro hombre.

—¿Desde cuándo eres tan machista?

Dejé escapar una oscura carcajada. Amon había visto mi locura, pero no sería nada comparado con el rastro de sangre que dejaría a mi paso por Phoenix si surgía la necesidad.

—No te preocupes por mí y mis métodos. ¿Algo sobre Hiroshi?

—No, nada.

—¿Quizás ya está muerto?

—Lo dudo. Hiroshi es un desgraciado escurridizo y la muerte no lo encontrará por accidente. —Estuve de acuerdo con mi hermano—. Habrá que ser más astuto que él.

—Más bien ha estado apuñalando a todos por la espalda, empezando por tu *Ojīsan*.

—Y también está eso. Me enoja no haberlo visto antes. —No tenía ninguna duda—. ¿Cuál es tu plan ahora? —inquirió.

—No me iré de Grecia hasta que encuentre a Phoenix. Nunca he sido del tipo que se rinde, y ciertamente no empezaré a serlo ahora. —Había esperado pacientemente los últimos tres años. Era hora de hacer de Nix mi esposa y finalizar este trato—. ¿Cómo está mi recién descubierta hermana?

Era mejor que cambiáramos de tema, porque si Amon se enteraba de mis planes de boda con Nix, estaba seguro de que intentaría impedirlo.

—Mejor.

—Eso está bien. Ser una Leone realmente no le cayó nada bien, ¿verdad? —No nos sirvió a ninguno de nosotros. No a Amon. Ni a mí. Ni a Hana, la madre de Amon. Y ciertamente no a mi madre biológica—. No importa, sin embargo, fue una Leone por un segundo antes de que la arrebataras de nuevo al lado Romero.

—Sigue siendo tu media hermana —señaló.

—Sí, pero tengo la sensación de que ve a padre cuando me mira. —Sería difícil no hacerlo. Era su viva imagen. Justo como la mujer que me dio a luz predijo. El diablo reencarnado.

—Si lo hace, nunca lo ha dicho. Además, cuando te conozca, verá que no te pareces en nada a él.

—Tal vez si todavía está drogada. Si están fuera de su sistema, tendría que estar ciega para no verlo.

Sin mencionar que una vez que arrastrara a Phoenix, su preciosa hermana, al altar, Reina querría asesinarme.

—Todos nos parecemos a nuestros padres de una forma u otra —indicó Amon—. Si me aceptó y me perdonó por toda la mierda que la he hecho pasar, sé que no te echará en cara quién es tu padre.

Había una diferencia principal.

—La chica está locamente enamorada de ti. Te perdonaría por quemar el mundo. —Y a todos en él. Pero no Phoenix. Sería la primera en condenarme a muerte.

—Angelo también es el padre biológico de Reina, y sabe que echártelo en cara es echárselo

en cara a ella misma. Créeme, no está viendo a padre cuando te ve, y si lo hace, no durará.

—Sí, tal vez. —No tenía sentido repetir esto una y otra vez. Tenía que encontrar a mi mujer —. Tal vez secuestre a Phoenix y me case con ella como hiciste con Reina, así no tendremos otra opción que ser una familia.

En mi opinión, era un buen plan.

—Eso no hará que le agrades más a Reina. Si acaso, la enojará. Y baja el tono de tu humor. Podría asustar a Phoenix.

—*Pfft*. Las mujeres ansían mi comedia.

—En tus sueños.

—Ahí también, pero sobre todo en la *realidad.*

—Bueno, esta mujer probablemente no. —¿Por qué tenía que aguarme la fiesta?

—Tendrá que decírmelo ella misma. Pero si te hace sentir mejor, prometo tratar a Phoenix con delicadeza. —*«Con mis manos explorando cada centímetro y curva de su cuerpo»*.

—Honestamente no puedo esperar hasta que te ponga en tu lugar. Ahora deja de lloriquear y encuéntrala para que mi esposa pueda ser feliz.

Puse los ojos en blanco a pesar de que no podía verme.

—No eres divertido desde que supe que eres un Romero. Tal vez por eso Phoenix me evade, porque piensa como tú.

Después de todo, el cerebro de un Romero funcionaba de forma diferente al de un Leone. Ellos parecían más lógicos, mientras que nosotros éramos más... impulsivos.

—Avísame si te enteras de algo. Me tengo que ir.

Vi la pantalla y la llamada terminó abruptamente.

—Tiene que ordenar sus prioridades —murmuré, y luego me encontré con la mirada entrecerrada de Cesar—. ¿Qué?

—Eso es exactamente lo que estoy preguntando —refunfuñó—. ¿Qué?

Tal vez Amon tenía razón y debía usar a los hombres a disposición de Lykos para poder ponerle las manos encima a Phoenix y llevarla a casa. Cuanto antes, mejor.

—Necesito que vuelvas a Trieste.

—No esto otra vez. Te dije...

—Sí, sí. No eres mi hombre de mantenimiento. Esto es diferente. Encuentra un sacerdote y ponlo en espera. Si no está disponible cuando lo necesite, será su cabeza.

—Jesucristo, no dejarás que la chica respire, ¿verdad?

Sonreí.

—Nos daremos el “sí, acepto” y deslizaré mi anillo en su dedo. No voy a darle la oportunidad de que se me escape otra vez. —Claramente no parecía estar seguro de mi brillante plan—. Y arregla una reunión con Lykos Costello para mañana.

Los hombros de Cesar se relajaron.

—Maldición, por fin.

Conseguiría la ayuda del mafioso griego, y la promesa de que se hará de la vista gorda.

Porque rodarían cabezas si encontrara a Phoenix con otro hombre.



El mafioso griego fijó la hora y el lugar para reunirnos.

Para mi sorpresa, no eligió su recinto. Lo tomé como una buena señal de que no me quería

muerto. Era más fácil eliminar a tu enemigo en tu propia casa, lejos de miradas indiscretas. En cambio, Lykos eligió un lugar muy público.

Un *kafenerio*, un café tradicional griego, en pleno centro de Atenas.

Cesar había volado el día anterior de vuelta a Trieste, llevándose consigo sus molestos comentarios. Todavía en mi habitación del Hotel Grande Bretagne, respondí a mi confirmación y me puse un traje, sin dejar de pensar en Phoenix.

Una hora más tarde, los dos nos sentamos en el restaurante con vistas a las tiendas de la ladera y a la arquitectura de los edificios de la vieja Atenas. Lykos ya estaba allí cuando llegué, sorbiendo su café.

—Llegas tarde —pronunció mientras me sentaba.

—Dijiste a las tres —repliqué secamente.

—Son las tres y cinco. Los italianos siempre llegan tarde.

Puse los ojos en blanco.

—Los griegos son demasiado serios con el café y la siesta.

La mesera apareció con un café para mí, sin molestarse siquiera en tomarme la orden. Lykos debía de ser un cliente habitual.

—Entonces, ¿a qué debo esta reunión? —No perdió el tiempo.

—Necesito que le digas a tus hombres que se alejen de una puta vez.

—¿Por qué?

—Porque no soy una amenaza y lo sabes. Deberías asignarles asuntos más importantes.

Su ceño se frunció con clara perplejidad.

—Gracias por tu preocupación, no obstante, mis hombres están bien como están.

Me encogí de hombros.

—Como quieras, entonces. Tú te lo pierdes.

Sus labios se curvaron en una sonrisa sarcástica.

—Mírate siendo tan considerado después de evitarme durante semanas.

—He estado ocupado. —Me ajusté las mancuernillas—. Como bien sabes, teniendo en cuenta que fuiste quien le dio la información a Marchetti.

—¿Lo hice?

Por un lado, no quería otra cosa que agarrar mi pistola y dispararle al hijo de puta por jugar a estúpidos juegos mentales. Por otro, solo quería llegar a Phoenix y largarme de aquí. Tres años era mucho tiempo para esperar a alguien, y mi paciencia se estaba agotando. Suponía que la falta de sexo también tendría algo que ver.

Lo fulminé con la mirada.

—Deja de hacerme perder el tiempo.

—Ah, tu generación. Siempre tan ansiosos. Demasiado rápidos para sacar conclusiones.

Dejé escapar un suspiro sardónico.

—Quizás el problema seas tú y tu generación.

Lykos me llevaba unas dos décadas, quizá tres. Trabajaba estrechamente con Marchetti, y probablemente fue la razón por la que le hizo saber que había visto a Phoenix.

—Dejémonos de tonterías —declaré—. Estoy aquí por Phoenix Romero. Expusiste que la viste, y quiero saber dónde. Conociendo cómo operas, probablemente tienes su ubicación exacta.

Me miró divertido.

—Parece que me tienes descifrado.

*«Dios, dame paciencia»,* dije en mi cabeza. Disparar al hombre estaría mal visto. Y, de todos modos, no necesitaba la molestia. Solo necesitaba que mi diente de león, *Dandelion,* volviera a

mi vida.

—¿Vas a ayudarme o no? —solté.

Se recostó en su asiento.

—Por supuesto que lo haré. Solo tenías que pedirlo.

Este hijo de puta.

—Bueno, estoy preguntando. Dame su dirección y me iré.

Conociendo el carácter de Lykos, mantendría a sus hombres sobre mí hasta que estuviera fuera de su territorio, a lo que accedería encantado en cuanto tuviera a Phoenix.

—¿Por qué tanto interés en Phoenix Romero? —expresó arrastrando las palabras, sorbiendo su maldito café. Aún no había tocado el mío. No confiaba en que el mafioso griego no lo hubiera envenenado—. Aunque debo admitir que la joven es impresionante. —Apreté los dientes, la palabra *mía* burbujeando en mi garganta, a punto de estallar—. Y muy hermosa —añadió, sin ánimo de ayudar.

—Es mi esposa.

Sus cejas casi se juntaron con la línea de su cabello.

—No está casada.

—Todavía. Es una cuestión de formalidades.

Me miró a la cara y soltó un bufido.

—¿Ella lo sabe?

—Lo sabrá, muy pronto. Así que deja de estar a su alrededor, o te voy a poner dos metros bajo tierra. ¿Me entiendes?

Lykos se rio, aunque yo hablaba muy en serio.

—Vaya, vaya, Dante Leone. ¿No sabes que esas obsesiones pueden ser enloquecedoras? Especialmente cuando no son correspondidas.

No me molesté en dignificar su burla con una respuesta.

—Solo dime dónde está.

—Eso es fácil. En mi casa. —Me abalancé sobre la mesa, haciendo volar el café a nuestro alrededor, y nos encontramos cara a cara, con su pistola apuntándome a la frente—. No seas idiota, Leone, o te volaré los sesos aquí y ahora.

—Mátame y tendrás a toda la *Omertà* tras de ti. Phoenix es una de los nuestros, y seguiremos viniendo. ¿No te gustaría eso?

No pareció provocar la reacción que esperaba. Ninguna preocupación, solo confianza.

—Que vengan —reflexionó.

—¿La tocaste? —Me enderecé y me abotoné la chaqueta, ignorando la pistola que aún me apuntaba.

—No, y te alegrará saber que no ha tenido contacto con ningún otro lugareño. Ella y su hija se han mantenido casi solas.

*¿Su hija?* Debía haber algún malentendido.

—¿Quieres oír mi plan o no, Leone? —Lykos exigió—. Puedes tener a Phoenix a la vista en las próximas dos horas, o puedes ser un imbécil imprudente y correr por ahí, expuesto. Tú eliges.

Lo estudié con cautela. La confianza entre criminales era algo delicado, pero mi necesidad por Nix lo superaba todo. Sin ella, bien podría encontrar una forma de acabar con esta miserable vida.

—Soy todo oídos.

Y maldición si no me lo puso difícil. Nix estaba en problemas. En más de un sentido.

# CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

# PHOENIX



Amaneceres y atardeceres bañando las colinas en tonos dorados, casas encaladas con sus contraventanas y tejados azules, calles empedradas, comida increíble y gente aún más amable. Grecia era el paraíso en la tierra.

Hacía demasiado frío para nadar en febrero, pero encontré un trabajo dando clases de piano a uno de los lugareños, un rico hombre de negocios, que permitió que Skye viniera conmigo. Además, su hija Aria tuvo tiempo de estrechar lazos con Skye.

La residencia Costello estaba a unos veinte minutos de Atenas y tenía las vistas más impresionantes del mar Egeo.

El señor Lykos Costello fue incluso lo bastante generoso como para permitirnos utilizar su piscina cubierta, pero solo lo acepté cuando no estaba en casa. Skye y Aria se hicieron muy unidas mientras jugaban y chapoteaban alegremente.

Habían pasado cuatro semanas desde que aterricé en este país. Había pasado el tiempo consumida en conocer a mi hija, con largos paseos por la playa y disfrutando de los sabores de la cocina griega.

El día era cálido y el sol que entraba por las ventanas hacía que pareciera verano en este espacio acristalado. Me tumbé junto a la piscina cubierta en un bañador de una pieza, con el cabello recogido y los pies en el agua, mientras veía la cara de felicidad de mi hija.

Aria había aprendido el lenguaje de señas sin esfuerzo en las semanas que llevábamos viniendo.

Fue pura suerte que viera un anuncio en el periódico, en inglés, buscando un tutor particular. El resto fue historia.

Sentí la presencia de alguien y giré la cabeza para ver al señor Lykos en la puerta, vestido con un traje de tres piezas, planchado a la perfección. Rolex pulido y mancuernillas. El resplandor de los rayos de sol le daba un tono más claro mientras su mirada seria me observaba.

Me moví, un poco cohibida por verme tan expuesta a pesar del permiso que me había dado. Él era la definición de un *sexy* hombre mayor, y tenía la sensación de que, si Athena lo veía, se derretiría en un charco de deseo. Le gustaban los hombres mayores.

Su mirada parpadeó con algo parecido a una seca diversión.

—¿Te diviertes? —Su inglés era impecable, al igual que sus modales. Sus ojos se posaron en mi rostro, casi como si me estudiara del mismo modo que lo estudiaba a él. Era guapo de una forma melancólica. Nunca había visto a un hombre con un cabello oscuro tan espeso y ondulado y unos ojos tan penetrantes. Su mandíbula cincelada lucía una sutil barba incipiente y sus anchos hombros eran prominentes. Podría haber sido fácilmente un modelo en su vida pasada, si no fuera por la fuerza bruta que desprendía su tenso cuerpo. No estaba precisamente delgado, pero

tampoco era corpulento. Tenía el físico justo para acelerarte el corazón.

Lamentablemente, mi corazón estaba roto y no respondía a este hombre. Solo uno parecía hacerlo revivir.

La sonrisa en su cara cuando me vio, decía que mi mirada no había pasado desapercibida, y me sonrojé hasta las raíces.

Me puse en pie de un salto, agarré mi salida de baño y mi teléfono, tecleando mi respuesta mientras se me acercaba.

***Espero que no le importe. Queríamos nadar un rato después de las clases de piano.***

Sus ojos se volvieron algo cálidos mientras miraba a las chicas que retozaban en la piscina.

—Por supuesto que no. Lo ofrecí por una razón. Me alegro de que Aria esté socializando. Ella y tu hija se llevan muy bien.

Asentí con la cabeza.

—*Gracias*. —Señé.

Solo había un puñado de gestos que él había aprendido, pero lo agradecí de todos modos. Era un enfado tener que teclear todas las respuestas.

—Deberías plantear quedarte aquí. —Ofreció por segunda vez—. Te ahorrarás dinero y Aria tendrá la compañía de una chica de su edad.

Me sonrojé, bajando la mirada a mi teléfono, y luego tecleé mi respuesta:

***Es una oferta muy generosa, pero estamos bien. Gracias por darme el trabajo.***

Puede que no creciera cerca de *Papà*, pero siempre percibí el aura despiadada que lo rodeaba. El señor Lykos tenía esa misma oscuridad. Estaba desesperada por un trabajo, así que aproveché la oportunidad, mas no tenía intención de acercármele demasiado.

Llamé la atención de Skye y le hice un gesto para que se acercara.

—*Es hora de volver a casa*. —Ambas chicas fruncieron el ceño—. *Nos veremos la semana que viene* —aseguré, intentando aliviar el golpe.

La mano del señor Lykos se acercó a mi hombro y me giré hacia él.

—¿Qué tal si hago que mi chofer las lleve de vuelta a la ciudad? —brindó.

Sonreí y acepté. El servicio de autobuses en Grecia no era muy bueno.

Si tan solo hubiera sabido lo que me esperaba al final de ese trayecto.



Lo vi en cuanto salí del coche negro, con la mano de Skye en la mía. Mantuve el gesto inexpresivo mientras lo miraba, maldiciendo en mi cabeza. ¿Me encontraría con alguien en cada maldita ciudad que visitara? No debía estar en Grecia. De todos los jodidos países del mundo, ¿por qué tenía que aparecer aquí?

*¡Porque te está acosando, idiota!*

Luché contra el impulso de correr tras el vehículo mientras se alejaba, dejándome de pie y enfrentándome a mi pasado una vez más.

Dante Leone.

Se sentó en un viejo banco en la esquina de la calle, junto a un lugareño que parecía hablarle al oído a pesar de que Dante lo ignoraba. El caballero se rio y siguió hablando, sin inmutarse, pero Dante no había dejado de mirarme.

Aparté rápidamente la vista, pero tardé solo un segundo en fijarme en su cabello desordenado y en el cigarrillo que colgaba de su preciosa boca, con aspecto de dios enfadado. Sus profundos ojos azules se posaron en mí, su rostro torcido con una expresión que no pude precisar.

Fuera lo que fuera, un vistazo hizo que el corazón se me cayera a los pies.

Su ojos me decían que no le sorprendía verme. De hecho, me había estado esperando y, por la razón que fuera, sabía que Lykos Costello me había devuelto a la guarida del lobo.

Alguien chocó contra mí, haciéndome perder el equilibrio, aunque me recuperé rápidamente. La expresión de Dante se ensombreció, mirando al inocente transeúnte que murmuraba palabras que no pude leer de su boca.

Entonces una idea me golpeó como un rayo. Era perversa. Era retorcida. Era perfecta. Le pagaría con la misma moneda y actuaría como si no me acordara de *él*. Dejarlo probar de su propia medicina.

Bajé la mirada hacia Skye y sonreí suavemente.

—*¿Quieres dar un paseo antes de que volvamos a la habitación del hotel*?

Asintió y empezamos a caminar hacia Dante. Sus labios se curvaron en una sonrisa, y con cada paso que daba, su sonrisa se hacía más amplia. Tres pasos. Dos. Uno.

Pasé junto a él, con su aroma masculino en mis fosas nasales, y no le dediqué ni una mirada. Como si no lo hubiera visto en mi vida.

Dante se levantó de su asiento y mi corazón dio un vuelco involuntario. Era el único que me producía ese efecto. Sentía sus ojos en mi espalda, que me producían escalofríos.

Pasó a mi lado, adelantándome un poco antes de girarse para mirarme.

—*Hola, Nix. Cuánto tiempo sin vernos.* —Señó con una sonrisa burlona.

Arrugué la frente y parpadeé, aplicando todas y cada una de las habilidades de actuación que había aprendido de mi abuela a lo largo de los años.

Mis labios se curvaron en una sonrisa tímida y vacilante.

—*Perdona. ¿Nos conocemos*?

*«Toma eso, hijo de puta»*, pensé para mis adentros.

La confusión cruzó su expresión antes de volverse inquisitiva, sin apartar los ojos de mi cara, como si intentara descifrar mis intenciones.

Los segundos se alargaron y sentí que la pequeña mano de Skye apretaba la mía con fuerza. Aflojé el agarre, odiando que su mera presencia me afectara de tal manera. Era inquietante lo intranquila que me hacía sentir. No esperaba volver a verlo y, sin embargo, ahí estaba, delante de mí.

Sonrió, y mi corazón traidor se aceleró.

Sus ojos bajaron hacia Skye.

—¿Y tú quién eres?

Skye entrecerró los ojos.

—*Soy la que te va a partir la cara*.

*«Esa es mi chica»*, no pude evitar pensar con suficiencia. Le daría una galleta extra después de cenar.

Pero tenía que interpretar el papel.

—*Modales, Skye.* —le recordé, sonriendo suavemente, y luego volví a mirar a Dante—. *Lo siento, ¿podemos ayudarte*?

—*¿Me estás haciendo una broma, Nix?*

Casi resoplo. Casi. No obstante, mantuve mi actuación mientras lo estudiaba como si lo viera por primera vez.

Estaba tan guapo como lo recordaba, aunque cansado. Llevaba unos *jeans* desteñidos y una camisa negra de cachemira, y olía como si se hubiera duchado hacía poco. *Fresco y amaderado*. Llevaba el cabello peinado y estilizado, como todo un profesional.

—*Señor, no estoy segura de lo que quiere decir.* —Gesticulé—. *Nunca jugaría con usted ni con ningún extraño. Es impropio*.

Su mirada era intensa, el peligro emanaba de él en oleadas y apuntaba dagas directas a mi pecho. Bajo esa fachada relajada y despreocupada se escondía un asesino.

—*¿Te acuerdas de mí?* —Señó la pregunta despreocupadamente mientras tomaba la mano de mi, digo *nuestra*, hija. Los tres, como debería haber sido desde el principio. *«Bailaremos juntos por la vida»*. Las palabras que me había dicho cinco años atrás danzaron en mi mente.

Su dedo rozó mi mejilla con tanta ternura que tuve que reprimir un escalofrío. Intenté convencerme de que se debía al miedo. Si él me encontraba, los Nikolaev también nos encontrarían. Tenía que ponerme en marcha, y esa constatación me tensó la espalda. No quería que me atraparan. Aún tenía muchas cosas que enseñarle a Skye, teníamos muchas cosas por las que vivir.

—*No.* —Mentí, fingiendo sorpresa por su uso del ASL. Dejémosle sufrir un poco—. *Tu ASL es excelente*.

Me observó con desconfianza, como si estuviera debatiéndose entre creerme o no.

—*¿Qué te ha pasado?* —preguntó.

Parpadeé inocentemente, ofreciéndole una actuación digna de un Oscar.

—*No estoy segura de lo que quiere decir, señor*.

Sonrió con satisfacción.

—*Puedes llamarme Dante. Después de todo, soy tu prometido.*

Este maldito hombre y su audacia. No podía decidir si me gustaba o no. Definitivamente no. Pero ¿qué debía hacer ahora? Si lo llamaba por su mentira, sabría que fingí mi amnesia. Si le seguía la corriente... Bueno, quizá no fuera una idea tan terrible.

Dante podría protegernos a Skye y a mí de la ira de los Nikolaev. Todo ese grupo estaba loco. Deja que los maníacos luchen con Dante. *Ingenioso*.

—*¿En serio*? —Incluso agité las pestañas. Maldita sea, era buena—. *¿Cómo puede ser? No te recuerdo.* —Luego bajé los ojos a mis dedos—. *Y sin anillo.* —Levanté mi mano entre nosotros—. *¿Ves?, no hay anillo*.

—*Tengo el anillo en mi caja fuerte.* —Seguro que tenía una respuesta para todo.

—*Pero eso significaría que no me has pedido que me case contigo.* —Señalé, asegurándome de no fulminarlo con la mirada cuando en realidad quería darle un puñetazo en su hermosa cara. El desgraciado arregló un matrimonio con mi hermana, y ahora pensaba que podía arreglarlo

conmigo.

Sonrió suavemente.

—*Lo hice, y dijiste que sí. Nos amamos mucho.* —Jesucristo, el hombre sabía mentir con cara seria. Me rozó suavemente el labio inferior con el pulgar, haciendo que el corazón me diera un vuelco—. Me gustas más de morena.

—*Me gustas más muerto*. —Mierda, eso salió sin mi permiso, y al instante me arrepentí. Por el momento, se había convertido en una segunda naturaleza pelear con él—. *Es grosero criticar a alguien que apenas conoces.* —Traté de salir de esta mierda—. *¿Y cómo sabes que en realidad soy morena*?

—*Eres mi prometida, ¿recuerdas?* —Le lancé una mirada fulminante. Como si pudiera olvidarlo—. *Tú y yo nos casaremos. Ha pasado mucho tiempo.*

Tal vez este juego de amnesia no era tan inteligente. Me estaba impidiendo dejar salir mi rabia.

Bajó los ojos hacia Skye, que lo miraba con recelo. Había sufrido demasiados cambios en el último mes. Necesitaba estabilidad, no al psicótico Dante en su vida. Aunque *era* su padre biológico.

Me encogí de hombros.

—*Esta es mi hija.* —Bajé los ojos hacia Skye y sonreí tranquilizadoramente—. *Hemos estado viajando por el mundo.* —*«Excepto que nos habíamos vuelto demasiado cómodas aquí»*. Aparté ese pensamiento de mi mente; tenía que concentrarme en mi tarea. Le lancé una mirada de desconcierto—. *Pero eso ya debes saberlo, siendo mi prometido y todo eso*.

La mirada de Dante no tenía precio. Conmoción. Incredulidad. De nuevo asombro.

—*Se parece a ti.* —Comentó. Asentí con la cabeza, con el pecho contraído y haciéndome difícil respirar y mantener el engaño. Creía que también tenía algunos de sus rasgos—. *No me gustan mucho los niños.*

Me encogí de hombros.

—*Sí, no me gustan mucho los hombres, pero aquí estamos.* —Maldita sea. Tenía que controlarme mejor—. *De todos modos, como mi prometido, sabrías que Skye y yo somos un paquete*.

Los ojos de Skye iban de él a mí y me preocupaba que le diera un latigazo cervical. Me tiró de la mano y bajé la mirada.

—*¿Es realmente tu prometido?*

Me mordí el interior de la mejilla, deseando tener un rato a solas para hablarlo con ella.

—*Eso dice, pero ya veremos*.

Sus delicadas cejas se fruncieron.

—*¿Eso lo convertiría en mi papá, o tengo otro papá?*

De acuerdo, parecía que me estaba metiendo en un buen lío. No quería mentirle, pero no podía decirle exactamente la verdad con los ojos de Dante sobre mí.

—*No nos preocupemos por los papás ahora.* —Señé. Fue lo mejor que se me ocurrió.

—*En realidad, preocupémonos por ellos.* —Intervino Dante. Entonces su rostro se convirtió en una máscara ilegible, sus fosas nasales la única traición de su furia—. *¿Sabe tu padre lo de Skye?* —Negué con la cabeza—. *¿Tu hermana?*

—*No*.

—*¿Cómo la mantuviste en secreto?* —Preguntó—. *Durante cinco años. ¿Seguro que no estás ocultando algo?*

Dios, estaba escondiendo tanta mierda que no sabía si a estas alturas había una salida a mis

secretos.

—*Teniendo en cuenta que tengo amnesia, probablemente oculto muchas cosas.* —Me felicité por tan buena respuesta.

—*Bien, te concederé eso.* —Apenas pude reprimir una mueca—. *El nombre.*

*¿Eh?* Me estaba mareando con su abrupto cambio de tema.

Parpadeé.

—*¿Perdón?*

—*Quiero el nombre del padre.* —Tragué saliva ante la sutil amenaza que brillaba en sus ojos, su intención clara.

¿Estaba jugando conmigo? No sabría decirlo. De repente, su expresión era tan cerrada que no supe qué pensar, pero desde mi punto de vista parecía muy serio.

Este hombre consumía, destruía, arrasaba. Se llevó todo y no dejó nada a su paso. Era un pecador impenitente. Era un destructor, un asesino, un torturador.

El hombre que tenía mi corazón en su mano cruel y brutal era el padre de mi hija.

# CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

# DANTE



Acababa de recibir una maldita descarga eléctrica en el corazón. ¿Amnesia y una hija? No podía ser. Tenía que estar jodiéndome. No había coincidencias tan grandes en la vida.

Pero ¿por qué iba a mentir? No había mucha gente que supiera de mi amnesia. O mi secuestro.

La niebla roja se espesó en mi visión. El pulso en mis oídos retumbaba cada vez más rápido. Por un momento, la ira fue tan cegadora que quise hacerle daño. Castigarla. La idea de que pudiera amar a otra persona me llenó de furia. Quería demostrarle que me pertenecía y solo a mí. Follarla tan fuerte que se olvidaría de todos y de todo lo demás.

Sin embargo, una imagen brilló a través de la niebla. La mujer sin rostro se convirtió en Nix. Bailaba conmigo en un campo de dientes de león. Sus labios en los míos. Sus manos rodeaban mi cintura mientras me observaba con una suave sonrisa y una mirada de adoración.

No podía ser. Ni siquiera me había ofrecido una sonrisa. Nunca había bailado conmigo. Nunca me miró *así,* como si fuera el único hombre en el mundo.

Sacudí la cabeza, expulsando de mi mente imágenes distorsionadas.

—Quiero su nombre, Phoenix —advertí. Todavía no podía creer que todo este tiempo ella tuviera una hija y nunca lo supiera. Joder, ¿acaso la conocía? Quizá me había equivocado desde el principio. ¿Y si ese desgraciado le había hecho daño y por eso se mostraba tan reservada conmigo?

Arrugó las cejas.

*—¿Qué va a lograr eso?*

Eso de la amnesia... no me convencía del todo, pero podía jugar a mi favor si quería seguir por ese camino. Mis ojos recorrieron su piel bronceada y su largo cabello, que ya no era moreno, sino rojo fuego. Odiaba lo que se había hecho, aunque me seguían encantando sus grandes ojos azules.

—Voy a hablar con él. —*Voy a matarlo.* La mentira brotó sin esfuerzo de mis labios—. Eres mi prometida, y depende de mí cuidar de ti y de tu hija.

Al menos eso era cierto. Bueno, más o menos. La amnesia jugaba a mi favor y pensaba aprovecharla. Pero no sabía si estaba fingiendo. De vez en cuando, me parecía ver un brillo en sus ojos o una sonrisa en sus labios, mas desaparecía con la misma rapidez.

*—¿Cómo perdiste tus recuerdos?* —Pregunté.

*—Me golpeé la cabeza.* —Respondió—. *Es una pérdida de memoria selectiva*.

*—Ya veo. Bueno, tú y yo habíamos quedado para casarnos el año pasado.* —Dije vagamente. Era una pequeña mentira piadosa. Me había comprometido con Reina solo para llegar a ella. Nix siempre había sido mi objetivo final—. Mantuviste a tu hija en secreto, pero eso

no me detendrá. Los tres bailaremos juntos por la vida.

Mirando fijamente a Phoenix mientras ella y su hija me miraban con esos ojos azules claros, no pude evitar sentirme presumido por pensar rápido. Era lo primero que había funcionado cuando se trataba de Nix, y tenía que admitir que era agradable no tenerla mirándome con desdén.

No había forma de saber cómo acabarían las cosas, así que tendría que darme prisa y casarme con ella antes de que recuperara la memoria para que fuera mía para siempre. Tal vez el destino estaba de mi lado por una vez, y la memoria de Nix no regresaría hasta después de que deslizara mi anillo en su dedo.

Sonrió suavemente y el corazón me palpitó de un modo extraño. Durante los últimos tres años, me había parecido una causa perdida, y era agradable ver esta faceta suya.

Me incliné hacia delante y rocé con los nudillos su suave mejilla.

—*Estoy tan feliz de haberte encontrado.* —Señé, y mi corazón podría haberse derretido un poco. Disfrutaba de nuestras discusiones, pero esto... pensé que podría gustarme aún más. Mi mirada se posó en la niña que estaba junto a las piernas de Phoenix—. *A ti también.* —Le aseguré a la niña, aunque tendríamos que resolver todo el asunto del padre. *Más tarde.* Lo último que quería era estropear el momento.

La chica me fulminó con la mirada y solté un fuerte suspiro. De tal palo, tal astilla.

—*Si haces llorar a mi madre, te parto la cara*.

Sonreí, su hija mantenía el contacto visual. Pequeña valiente.

Me encorvé hasta quedar a la altura de sus ojos.

—Me parece justo. Y te prometo que te lo permitiré si eso sucede.

Eso me valió una sonrisa mientras la niña me miraba desde debajo de sus oscuras pestañas. Demonios si mi negro corazón no se estremeció. Era una réplica de su madre. Entre eso y la actitud protectora de Phoenix, ya me había arrebatado un trozo de mi corazón.

Los niños no eran lo mío, pero allí mismo supe que daría mi vida por esa niña.

—Se *llama Skye.* —Explicó Phoenix, haciendo señas con la mano libre—. *También es sorda*.

Le tendí la mano y Skye la tomó de inmediato.

—*Encantado de conocerte, Skye. Soy Dante.* —Señé y pronuncié las palabras.

Me puse en pie y encontré a Nix observándonos con un brillo inquietante en los ojos. Desconfiada. Tendría que ganármelo, entonces. Si lo que Lykos había indicado sobre que Nix había secuestrado a la niña era cierto, tal vez sería su cómplice y me ganaría su confianza. La apoyaría en las buenas y en las malas, estuviera bien o mal.

Le demostraría que ambas me importaban. Seríamos una familia.

Un suave tirón de mis pantalones me hizo bajar la mirada.

—*¿Nos mantendrás a salvo a mi mami y a mí*?

Nix me lanzó una mirada, pero enseguida apartó los ojos.

—*Siempre.* —Juré.

Skye sonrió, moviendo sus manitas.

—*También me gustaba mi otra mamá, la echaré de menos*.

Phoenix hizo una mueca de dolor, aunque no dio más detalles, y mientras tanto, las palabras de Lykos resonaban en mis oídos. La hija de Sasha Nikolaev desapareció y Phoenix fue la última en ser vista con la niña. ¿Por qué se la llevaría y la haría pasar por suya? Estudié a la niña. Era la viva imagen de Phoenix. Me recordaba a las dos niñas que habían roto el valioso jarrón de mi padre hacía dos décadas.

Observé a Phoenix a los ojos, con un brillo que indicaba una obstinación inquebrantable.

Estaba claro que no compartiría nada conmigo. No hacía falta presionarla. Lo primero era lo primero, nos casaríamos.

—Nos vamos a casa. —Nix palideció al oír mis palabras, con las pestañas oscuras apoyadas en su piel. Le pasé un dedo por los pómulos, disfrutando de la suavidad de su piel. Me observó, con expresión vulnerable. Me acerqué más—. ¿Estás bien, Nix?

Si alguien, incluidos los Nikolaev, le habían hecho daño, los cazaría y haría que se arrepintiera de haberse cruzado con ella.

—*¿Por qué sigues llamándome Nix*?

Le toqué la nuca y tiré de ella hacia mí.

—*Porque eres mi luz y mi oscuridad. Mi tentadora.* —Sus ojos bajaron hasta mis labios—. *¿Debería besarte para que me recuerdes?*

Sus ojos se encontraron con los míos, iridiscentemente azules con un destello de lujuria, pero luego borró de su expresión todo sentimiento.

Nos quedamos quietos, a escasos centímetros el uno del otro, con sus mejillas enrojecidas por la emoción y sus labios tentándome, atrayéndome. Hacía años que no la probaba. Desde que su suave cuerpo se retorció contra el mío.

Nix rompió nuestra mirada primero y vio hacia donde Skye estaba saltando en un pie. Fue a levantarla, pero la detuve.

—*Déjame hacerlo.* —Se congeló en el aire. Joder, esperaba no haberme sobrepasado. No sabía mucho de niños, y mi propia infancia no era una gran referencia—. *Si te parece bien, ¿podría llevarla a caballito?* —Phoenix me miró fijamente antes de asentir con la cabeza—. *¿O puedo llevarla sobre mis hombros?* —Me ofrecí, haciendo señas.

Eso llamó la atención de Skye y se apartó de su madre para venir a mí. Me quedé quieto hasta que Nix me dio permiso.

—*Ten cuidado.* —Advirtió.

Suavicé mi expresión y asentí con la cabeza, luego me dirigí a Skye de la forma suave que recordaba que madre utilizaba con Amon y conmigo.

—*¿Qué te gustaría, Skye? ¿A caballito o sobre mis hombros?* —Señaló mis hombros con una sonrisa salvaje, así que la levanté y la subí a mis hombros. Un chillido de felicidad salió de su boca y no pude evitar sonreír también.

—*La dejas caer y es tu vida*. —Phoenix era una mamá oso.

—*La protegeré con mi vida.* —Dije, con más intención que nunca. Una expresión pasó por los ojos de Nix. Tal vez era desconfianza, no obstante, casi parecía... orgullo.

Los dedos de Skye me agarraban del pelo como si fuera su poni personal, haciendo que me doliera el cuero cabelludo, pero el dolor valía la pena. Tenía a Nix y a su hija conmigo.

Empezamos a andar cuando Nix me tiró suavemente de la manga y señó:

—*¿Adónde vamos?*

Sonreí.

—*A casarnos.*

Sí, no estaba perdiendo el tiempo. Sus pasos se detuvieron y también me detuve, girándome para mirarla.

—*¿Hoy?* —Asentí con la cabeza. Abrió la boca y sus mejillas se sonrojaron—. *Necesito otro vestido*.

¿Realmente lo estaba considerando? Apenas podía creerlo.

—Podrías vestir trapos y seguirías siendo la mujer más bella del planeta.

Nix negó con la cabeza.

—*Tenemos que darle un buen ejemplo a Skye*.

—*Vamos a comprar un vestido, entonces. Para ti y Skye.*

—*Gracias*.

Reanudamos la marcha mientras las ruedas de mi mente giraban cada vez más deprisa. Lo más sensato era llevarla a Trieste y mantenerla a salvo allí. Cesar ya tenía a un sacerdote a la espera, mas si el bajo mundo la buscaba, correría el riesgo de tener invitados no deseados. Volver a casa podría tener que esperar.

Pensé en ella con un vestido, de camino al altar, hacia mí, y todo lo que vendría después... Maldición, era todo lo que siempre quise. Nix, mi *dandelion*, como mi esposa.

Giré la cabeza para que Nix pudiera leerme los labios.

—¿Qué te parece ir a Escocia por un tiempo?

Phoenix me miró.

—*Hace frío en Escocia. Odio el frío.* —Yo también. Una expresión sombría pasó por sus facciones y sus siguientes palabras me sorprendieron—. *Y mi abuela está por esa zona*.

La estudié con curiosidad.

—¿No te llevas bien con tu abuela?

—*Preferiría no estar cerca de ella ahora mismo.* —Respondió crípticamente.

—¿Dónde te gustaría casarte, entonces?

Se encogió de hombros y sus ojos observaron a Skye con preocupación maternal.

—*Algún sitio cálido, supongo, pero ¿por qué tanta prisa*?

Me encontré con sus ojos, ahogándome en sus azules.

—Porque te amo.

Estaba seguro de que nunca había dicho palabras más ciertas.

—*¿Y yo te amo?* —Preguntó.

Dios, eso esperaba. Teníamos una química increíble, pero necesitábamos tiempo para conocernos. Solo nosotros dos... corrección, nosotros *tres*. *«Los tres bailaremos juntos por la vida»*. Las palabras familiares atravesaron mi mente, casi como si las hubiera pronunciado antes.

Ahuyentando los fantasmas, le acaricié las mejillas con ternura.

—No hay nadie más para ti, *Dandelion*, y no hay nadie más para mí.

Era lo más parecido a la verdad que me atrevía a decir.

La sorpresa brilló en sus ojos.

—*¿En serio?*

—Sí.

—*¿Cuánto tiempo llevamos comprometidos?*

Le pasé un rizo oscuro por detrás de la oreja antes de reanudar la marcha.

—Tres años.

—*¿Y te parece bien que tenga una hija?*

Diablos, esto era complicado. Me parecía bien siempre y cuando el padre no entrara en escena. Si no tendría que matarlo. Era mejor que fuera con una verdad a medias.

—Sí, los tres somos familia.

La sonrisa en la cara de Phoenix me hizo detenerme de nuevo. Enmarqué su rostro, acercándola a mí y apretando un beso en su boca. Su lengua salió, rozando la mía, y mis labios se movieron contra los suyos.

El corazón me dio un maldito vuelco ante su intensidad y todo se calmó en mi interior como cuando me la cogí en el club.

Sin demonios. Ni fantasmas.

Sonó una risita y me aparté de ella.

Sacudí la cabeza y sonreí, luego pasé un brazo por los hombros de Phoenix mientras caminábamos hacia el hotel, pareciendo la familia que nunca tuve.



Al crecer bajo el dominio de mi padre, me inculcaron la paranoia.

Luché como un demonio para no ser como él, pero en cuanto llegamos al hotel de Phoenix, surgieron viejos demonios. Me gustaría decir que no era un maniático del control, sin embargo, con ella, sería mentira. La quería cerca y a la vista en todo momento. No podía arriesgarme a que se me escapara otra vez.

El edificio de piedra blanca se alzaba en primer plano mientras discutíamos, las manos de Phoenix cerradas en puños y mi mandíbula girando dolorosamente.

—Te acompañaré a tu habitación. —Me di cuenta de que Skye no era tan buena como Phoenix leyendo los labios, así que me limité a pronunciar las palabras, decidido a no asustarla.

Skye y Nix estaban junto a la puerta del hotel, Nix intentando bloquearme el paso. Como si pudiera detenerme. Skye se movió sobre sus piernecitas y sus grandes ojos azules nos miraron indecisos.

—*No lo harás. Espera aquí.*

Apreté los dientes. No había ninguna posibilidad en el infierno de que me arriesgara a que se me escapara.

—No.

—*Sí.*

—*Dante y yo podemos esperar aquí.* —Sugirió Skye, haciendo señas en perfecto ASL. La chica tenía un sexto sentido asesino.

—*Sí.* —Acepté.

—*No*. —Nix estaba decidida a luchar contra mí a cada paso.

—*O entramos todos.* —Señé, con movimientos espasmódicos de la mano debido a mi tensión. Ni siquiera podía pronunciar las palabras por lo fuerte que me mordía la piel de la mejilla—. *O la dejas conmigo y esperamos a que empaques.*

Nos miramos fijamente, los dos demasiado testarudos para echarnos atrás, cuando una manita se deslizó entre las mías.

—*Vamos todos.* —Señó Skye, sonriendo ampliamente, y vi cómo la tensión abandonaba los hombros de Nix y su rostro se suavizaba. Dios, la chica era increíble. Tendría que asegurarme de tenerla siempre de mi lado cuando quisiera ganar una discusión. También supe en ese momento que Skye sería nuestra neutralizadora. Siempre haríamos lo que fuera mejor para ella, ante todo.

Sin embargo, era peculiar. Nix afirmaba haber perdido la memoria, pero seguía luchando contra mí en todo momento, como si lo llevara grabado en su ADN. No es que estuviera convencido al cien por ciento de que no mintiera. Recordé que me desperté en el hospital con amnesia y, por un breve instante, el odio y la rabia que sentía hacia mi padre se calmaron. Hasta que empecé a recordar y volvió con más fuerza que nunca.

—*De acuerdo.* —Aceptó.

Se me aceleró el corazón cuando atravesamos el pequeño vestíbulo del pintoresco hotel. El mostrador de recepción estaba abarrotado cuando los tres lo pasamos y subimos las escaleras de piedra que habían visto días mejores.

*«¿Por qué no se aloja en un sitio mejor?»*, me pregunté.

Retiró dos millones de dólares antes de irse. Solo habían pasado dos meses. No podía haber gastado ya todo ese dinero.

Llegamos a una de las puertas del piso superior y Nix rebuscó en su pequeña mochila, sacando una llave. La introdujo en el ojo de la cerradura, abrió la puerta y entramos los tres.

Mis ojos recorrieron la habitación. Dos camas individuales, una cómoda y un baño privado. Sin aire acondicionado. Una habitación limpia, pero básica. Ni siquiera había televisión.

Los ojos de Phoenix se llenaron de arrepentimiento, como si hubiera deseado ocultármelo. Apenas podía mirarme, y no pasé por alto el rubor que recorría las manzanas de sus mejillas.

Me arrodillé y le hice señas a Skye mientras le hablaba en voz baja.

*—¿Puedes tomar todas tus cosas y meterlas en la maleta? No te preocupes por ponerla bonita. Mételo todo y ya nos preocuparemos cuando lleguemos a mi casa.*

Skye asintió con entusiasmo y se puso manos a la obra.

Me puse en pie y levanté el dedo índice hasta la barbilla de Nix, inclinando su rostro hacia el mío. Su mirada renuente se cruzó con la mía, llena de desafío. Si las cosas no fueran tan serias, probablemente sonreiría ante su actitud.

—¿Qué pasó? —Hablé para que solo ella pudiera entenderme. Mantuve una expresión suave, no quería que se cerrara—. Tenías dos millones de dólares. Deberías poder permitirte más que esto.

Permaneció callada y le tendí la mano, entrelazándola con la mía. Para mi sorpresa, ella me dejó, y mi corazón se estremeció en mi pecho. Maldición. Se estremeció. Disfruté del momento, inhalando en mis pulmones su aroma a lluvia primaveral.

Demonios, había echado de menos su olor. Me importaba una mierda lo que Cesar tuviera que decir sobre mi acecho o la doctora Freud dijera sobre hábitos insanos. Me sentía normal... bien, cerca de ella. En cuerpo y alma.

—Déjame ayudarte, Nix.

Apartó la mirada y sacudió la cabeza, pero no se me escapó el sutil temblor de su labio. Luego se empujó contra mi pecho y retrocedió un paso.

*—No recuerdo nada de dos millones de dólares.* —Señó, y supe que mentía. No sabía cómo lo sabía, pero lo hacía—. *Tengo que quitarme el bañador. ¿Tengo tiempo para una ducha rápida*?

—Adelante. —Afirmé, dándole algo de espacio a regañadientes. Veía que aún no confiaba en mí, y no me serviría de nada aparecer y arrebatarle su independencia.

Empezó a corretear por el pequeño dormitorio, metiendo lo que tenía en la maleta y ayudando a su hija por el camino. Saqué el teléfono y aproveché para escribir un mensaje a Cesar.

**Yo: Necesito que abastezcas mi armario en el *castello* con ropa de mujer. Casual. Formal. Envía a alguien a su apartamento de París y agarra sus cosas. Consigue ropa adecuada para una niña de cinco años. Y prepara una habitación, la más cercana a la mía es perfecta para la habitación de una niña.**

Eché un vistazo a mis chicas y sonreí. Eran perfectas. No importaba quién fuera el padre: lo *eliminaría* y Skye sería mía. Ya poseía un pedazo de mi corazón.

—*Skye, ¿cuál es tu color favorito?* —Señé.

Sonrió.

—*Rosa*.

Me reí entre dientes. De algún modo, no me sorprendió. Debía de llevarlo en la sangre, como Reina. Rápidamente le escribí a Cesar otro mensaje:

**Yo: Consigue muchas cosas en rosa para una niña de cinco años. Y busca una niñera. Marchetti le habló de una niñera a Illias no hace mucho. A ver si la encuentras.**

Mi teléfono zumbó poco después y abrí el mensaje.

**Cesar: Ni siquiera quiero saberlo. Pero no me llores cuando te vuelvan a disparar**.

¿Por qué demonios aguantaba a Cesar? Era molesto y completamente insolidario. Si no fuera tan fiable y fiel, casi hasta la exageración, hace tiempo que lo habría despedido. Mi padre lo contrató pensando que le sería leal a él, sin embargo, Cesar siempre me fue leal. Era seis años mayor que yo y un sabelotodo, pero no había nadie en quien confiara más, aparte de mi hermano.

Un pensamiento me asaltó y Cesar cayó en el olvido de inmediato. Sabía exactamente dónde llevaría a Nix y a Skye.

**Yo: Envía un mensaje al administrador de la propiedad para que aprovisione la cabaña del lago Tahoe.**

Nos casaríamos en Trieste y pasaríamos la luna de miel en Tahoe.

Le demostraría que podía confiar en mí. En la salud y en la enfermedad. En lo bueno y en lo malo.

# CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

# PHOENIX



Dante era un maldito mentiroso, mas yo también lo era.

Así que aquí estábamos, ambos interpretando un papel. ¿Cómo demonios nos encontró? ¿Sabía Lykos quién era yo todo el tiempo? Fue una estupidez usar el nombre real de Skye y el apodo que Dante me había puesto con Lykos. Lo hice para preservar cierta normalidad para Skye, pero hizo que nos atraparan. *Maldita sea.* Solté un fuerte suspiro. Ahora ya no importaba. Dante nos había encontrado y ya nos las arreglaríamos.

De hecho, podría ser un golpe de suerte, porque nunca tendría una oportunidad contra Sasha Nikolaev sola. Con Dante, podría ser capaz de mantener a Skye.

*«Prometida»,* me burlé en silencio en mi cabeza. Realmente tenía agallas.

Después de hacer las maletas, nos subió al avión y nos llevó a Trieste. Era mejor que ir a Escocia. Ni siquiera caballos salvajes serían capaces de arrastrarme cerca de mi abuela. No me extrañaría que intentara alejar a Skye de mí, pero nunca permitiría que volviera a tomar decisiones por mí.

El pequeño castello junto al mar fue donde lo vi por primera vez a los ocho años. Tenía el mismo aspecto que recordaba. *Mágico.*

Menos un rey malvado.

Angelo Leone había sido reemplazado por su hijo. El hombre de la *Omertà*. El mafioso que una vez me amó. El hombre que me rompió el corazón. El hombre al que le disparé. Tanta historia nos arrastraba. ¿Podríamos... no, podría dejarlo ir?

Dirigí un vistazo a mi hija, cuyos ojos brillaban, y brincaban de izquierda a derecha, arriba y abajo, hipnotizada por todo lo que veía. El sol había empezado a descender y ella corría a todas las ventanas, señalando los árboles y los pájaros que se veían a lo lejos y las olas que se acercaban.

—*¿Podemos quedarnos aquí*? —Me hizo señas, bailando como si estuviera drogada con azúcar. Me llevé una mano a la boca, asombrada por esta niña y su capacidad para soportar tantos cambios en su vida—. *Estoy triste porque dejamos a Aria. Era mi amiga. ¿Podríamos invitarla de visita para que le enseñe este castillo*?

Antes de que pudiera responder, Dante habló:

—*Sí, espero que te quedes aquí con nosotros para siempre. Estoy seguro de que podemos organizar una visita con Aria.*

El corazón me dio un vuelco, pero enseguida me reprendí a mí misma. Toda mi concentración permanecería en Skye. Solo estaba usando a Dante por su... desquiciamiento. Implacabilidad. Sus conexiones.

No era tan ingenua como para pensar que la familia Nikolaev no vendría por mí. Después de

todo, Tatiana sabía *exactamente* quién era yo. El bajo mundo conocía mi nombre, y no había duda de que irían por mí.

—*Skye, ¿quieres ver tu habitación?* —Dante señó, una sonrisa iluminando su rostro.

Sus ojos se abrieron de par en par, al igual que los míos.

—*¿Tengo una habitación aquí?*

Asintió con la cabeza.

—*Ahora sí. Y podemos cambiarla como quieras.*

Skye me miró con asombro y asentí con la cabeza, sonriendo. No había ninguna posibilidad de arruinarle esto. No después de haberla sacado de la seguridad de la casa de los Nikolaev. Incluso podía admitir que había tenido una buena vida con ellos, y nadie se la merecía más que ella después de cuatro años saltando constantemente de una familia a otra. Las familias de acogida consideraban su falta de audición un defecto. Los Nikolaev se lo tomaron como un reto y la quisieron a pesar de ello.

Por eso, les estaría en deuda para siempre.

Tendría que enfrentarme a mi propio egoísmo. Tendría que arreglar las cosas algún día, pasara lo que pasara, aunque tuviera la sensación de haber recibido ya una buena dosis de karma. Me robaron el dinero, arrastrando a mi hija por todo el mundo y obligándola a vivir en la miseria, comparado con los arreglos que estaba segura que había tenido con los Nikolaev.

No lo cambiaría, no cuando volviera a tener a mi hija en brazos, no obstante, juré asegurarme de que cuidaran de ella de aquí en adelante.

—*Vamos. Vamos a enseñarle a Skye su nueva habitación.* —Anunció Dante, rodeándome con el brazo.

A continuación, dirigió a Skye desde el gran salón, escaleras arriba y por el pasillo. Fue como una búsqueda del tesoro, y a nuestra hija le encantó cada segundo.

Me encantaba y odiaba lo bien que se portaba con ella, porque era un doloroso recordatorio de cómo no lo hizo hace cinco años. Skye se habría ahorrado años de ir de familia en familia si él hubiera aparecido.

Desde que se la quité a los Nikolaev, no había dejado de preocuparme cada día y cada noche por si había dañado a mi hija. No mostraba signos evidentes de trauma, no es que supiera mucho sobre el tema, y se sentía lo bastante cómoda conmigo como para buscar consuelo cuando lo necesitaba.

Sin embargo, me preocupaba. Debía de ser el trabajo de toda madre: preocuparse sin cesar por sus hijos.

Skye abrió la puerta que Dante le indicó y sus labios se entreabrieron con sorpresa mientras sus ojos recorrían la habitación.

El último rayo de sol se ponía en el horizonte, y las tenues tonalidades entraban en el dormitorio rosa. Del techo parpadeaban lucecitas rosas. Cortinas rosas y blancas colgaban a ambos lados de las dos ventanas que iban del suelo al techo. Había una pizarra negra, princesas de Disney esparcidas por todas partes y mi favorito... Legos.

Mis pensamientos se agitaban mientras estábamos en el dormitorio que era el sueño de toda niña. Me tragué un nudo en la garganta. Debería haber podido ofrecerle todo esto a mi hija, pero lo único que le había dado eran habitaciones de hotel desnudas. Había un ruido estático en mi cerebro, culpándome de mis malas decisiones.

—*Podemos cambiar cualquier cosa que no te guste.* —Señó y habló Dante, malinterpretando mi ceño fruncido.

Recogí un Lego perdido del suelo y le di la vuelta en la palma de mi mano mientras las

lágrimas me escocían los ojos. La cama estaba hecha y la alfombra parecía recién aspirada, pero no faltaban los juguetes.

Parpadeé con fuerza, intentando serenarme. No quería arruinar el momento, sin embargo, no podía evitar que todas esas emociones se agolparan en mi pecho. Había sido un día largo y confuso, y estaba reaccionando de forma exagerada, ante todo. La habitación, la cama perfecta de princesita, los Legos... Todo servía para resaltar la seguridad y la confianza que Dante tenía en su piel, algo que me gustaba mucho más de lo que debería.

—*Me encanta todo.* —Señó Skye mientras rebotaba sobre sus piernas como un conejito Energizer. Si le encantaba la habitación, eso era lo único que me importaba—. *¿Puedo jugar un rato?*

Dante asintió antes de tomarme de la mano y sacarme de la habitación. La puerta se cerró tras nosotros y me giró para que me pusiera frente a él.

—*¿Qué pasa?* —Como me negué a mirarlo, me tomó la barbilla con fuerza entre los dedos y la inclinó hacia arriba—. *Dime qué pasa o nos quedaremos aquí toda la noche.*

Suspiré, liberándome de su agarre.

—*Nada.*

Me latía el corazón, aunque no de pánico. Era el creciente oleaje de emociones que me sofocaba.

—*De acuerdo, entonces. Pongámonos cómodos aquí, porque no nos moveremos hasta que me lo digas.*

—*Soy una madre terrible.* —Gesticulé mientras una lágrima rodaba por mi mejilla y mis labios temblaban.

Arrugó las cejas.

—¿Por qué dices eso?

Me limpié la nariz con el dorso de la mano.

—*Porque le diste todo esto*. —Señalé la puerta cerrada, detrás de la cual Skye probablemente jugaba feliz por primera vez desde que me la había llevado—. *Le di*... —Se me escapó un sollozo estrangulado—. *No le di nada*.

Con sus dedos aún en mi barbilla, subió uno para rozarme la mejilla.

—Mírame y presta atención —ordenó, y el viejo Dante que conocía volvió. Mandón y molesto—. Le diste la vida. Le diste amor. Todo eso... —Inclinó la cabeza hacia el dormitorio—. Eso es solo mierda material. Además, ni siquiera lo elegí yo. Tuve que pedirle a Cesar que lo armara. Podemos tomarnos el tiempo de redecorarlo juntos.

Mierda, cuando era así de generoso y amable, era difícil resistírsele. Prefería al imbécil para poder mantener mis barreras. La soledad que había sentido en los últimos meses, el dolor de los años anteriores, las preocupaciones... todo se desvaneció.

Mis ojos bajaron hasta sus labios sin mi permiso, y una parte de mí ansiaba sentirlos contra los míos. Sentirme cerca de él, como lo habíamos estado cinco años atrás.

—*¿Por qué me miras así?* —Como si me amara. Como si me necesitara.

Se tensó y el silencio se extendió entre nosotros. Su presencia me calentaba la piel mientras me observaba con algo que me tocaba una fibra sensible. Algo oscuro y genuino, vulnerable. Y *me* lo estaba dejando ver.

—Despierto o dormido, cuerdo o loco, todo lo que veo es *tu* rostro. Todo lo que siento es *tu* toque. Todo lo que quiero eres *tú*. —La presión de mi pecho creció tanto que me hizo llorar de nuevo.

—*¿Por qué?* —Su expresión y la forma en que se aquietó ante mi pregunta hicieron que mi

corazón latiera más rápido—. *¿Y si Skye y yo huimos?*

Algo contradictorio brilló en sus ojos, aterrador y emocionante al mismo tiempo.

—No hay ningún lugar al que puedas ir en el que no te encuentre —juró—. Intenta dejarme, Nix —advirtió, con los ojos entrecerrados—. Revolveré todas las piedras hasta encontrarte. Nunca me detendré. —Se inclinó más cerca, dejando escapar un soplo sardónico—. Así que, si huyes, *Dandelion*, será mejor que sigas moviéndote, porque estaré justo detrás de ti.

Y supe en ese mismo instante que no había forma de olvidarme de Dante Leone.

# CAPÍTULO CINCUENTA

# DANTE



Me miró fijamente con aquellos zafiros brillantes, haciéndome pequeños pero implacables agujeros en el corazón. El miedo apareció en sus ojos, aunque también había desafío. Hizo que se me tensaran las pelotas, que cada fibra de mí exigiera que la reclamara.

Mis manos se cerraron en puños, luchando contra el instinto.

—*¿Dónde está mi habitación?* —preguntó finalmente—. *Espero que esté cerca de la de mi hija.*

Levanté las cejas con diversión.

—*Nuestra habitación está cerca de la de Skye.*

Se sonrojó, pero me sostuvo la mirada. Era lo que siempre me había gustado de ella. Su fuego.

Le devolví la mirada, sin revelar lo mucho que me gustaban nuestras discusiones. La verdad era que también ansiaba la siguiente parte que nunca parecía llegar. El sexo de reconciliación, o como demonios se llamara. Diferentes escenarios pasaron ante mis ojos: Phoenix arqueando la espalda de placer mientras le comía el coño, follándome su preciosa boca, o incluso mejor, su cuerpo doblado sobre el lateral de mi cama mientras la cogía hasta dejarla inconsciente.

—*Bien.* —Cedió—. *Enséñame nuestra habitación.* —Puso los ojos en blanco para que no quedara duda de su disgusto.

Donatella, la niñera que Marchetti le recomendó a Illias para sus futuros gemelos, acaba de subir las escaleras, lanzándonos una mirada curiosa.

—¿Puedes vigilar a Skye? —le pregunté, y su mirada se desvió hacia Nix como pidiendo permiso, así que señé—: *¿Te parece bien que Donatella vigile a Skye?* —La vacilación se reflejó en su expresión—. *Comprobamos sus antecedentes y revisé sus referencias mientras volábamos de vuelta de Grecia.*

—*También se me da bien el lenguaje de señas americano.* —Añadió Donatella, haciendo señas con destreza. Las cejas de Nix se juntaron con la línea de su cabellera en señal de sorpresa —. *Mis abuelos eran sordos, y son americanos.*

Pasó un latido antes de que Nix respondiera:

—*Sí, gracias*.

Donatella desapareció en la habitación de Skye, dejando la puerta abierta. Debió de haberle señado a Skye, porque contestó:

—Claro, me encantaría construir legos contigo.

Una risita suave y feliz recorrió el aire y supe que Skye estaría en buenas manos.

Seguimos caminando a lo largo del pasillo hasta llegar a nuestro dormitorio. Era la habitación más grande del castillo, que en su día perteneció a la esposa del archiduque

Maximilian de Habsburgo, la princesa Charlotte. El gran salón estaba decorado en azul real, con una chimenea en el extremo derecho junto a unas grandes puertas francesas que daban al balcón con vistas al mar.

Con pasos silenciosos sobre las alfombras persas, se dirigió a la habitación contigua y se detuvo frente al gran espejo. Un gran arco conducía al dormitorio principal, donde había una cama con dosel entre mesitas de noche decoradas y talladas a mano y una cómoda de caoba.

—*Vaya, esto es precioso.* —Parecía sorprendida. Estudió el dormitorio con una expresión ilegible, y no pude resistirme a pasarle un dedo por la curva del cuello.

Sus ojos se encontraron con los míos en el espejo, y una flecha de calor se disparó directa a mi ingle. No lo pensé. Aunque lo hubiera hecho, no habría podido contenerme. Me le acerqué hasta que su espalda se encontró con la mía y mi miembro se apoyó en la curva de su trasero.

Su aroma a lluvia fresca de primavera me envolvió y me llenó de un feroz anhelo. Esta mujer me hacía arder más que un infierno. Observé nuestro reflejo en el espejo, sus pechos subiendo y bajando con cada movimiento.

Parecía salvaje e indomable, con sus rizos rojos enmarcándole la cara y sus labios entreabiertos tentadoramente. Joder, quería follarmela así, de pie, mirando cómo la penetraba por detrás.

Antes de que me diera cuenta, mis manos estaban sobre sus hombros, recorriendo la suave piel de su cuello. Estaba tensa, podía notarlo en sus músculos. Actué por instinto y empecé a masajearle los hombros, amasando los nudos duros como piedras.

Sus hermosos y exuberantes labios temblaron. Se giró vacilante hacia mí y esperaba que me empujara, que me regañara. No hizo ninguna de las dos cosas. En lugar de eso, se quedó allí, esperando.

Alargué una mano y le acaricié el labio inferior. Lo que hizo a continuación me sorprendió. Sacó la lengua sin dejar de mirarme y me lamió la yema del pulgar. Lamió y chupó con tanto entusiasmo que lo único que deseaba era ponerla de rodillas y ver cómo envolvía mi polla con sus labios, chupándomela.

*«Es demasiado pronto»*, me advirtió mi cerebro. *«Gánatela primero»*.

Tiré de mi dedo y junté su cara para que leyera mis labios.

—De rodillas.

Genial, ahora también era un hipócrita.

Parpadeó confundida, pero no me preguntó nada. Se arrodilló y me miró con los labios entreabiertos y las mejillas sonrojadas. El miembro se me endureció dolorosamente en el pantalón y sus ojos se clavaron en mi entrepierna.

Mi razón y mi verga luchaban contra la necesidad de cogerme su boca. La anhelaba, pero quería hacer lo correcto por ella. Había puesto su mundo patas arriba y, aunque había venido voluntariamente, cosa que aún me resultaba *sospechosa*, no podía evitar pensar que ocultaba algo.

Llevó su mano a mi cinturón para tomar la decisión por mí, sin embargo, la agarré de las manos. Me las arrancó de un tirón y me dijo:

—*Quiero chupártela*.

Jesucristo.

Se acabó el juego.

Pero también tenía mis propias exigencias.

—Primero quítate la camiseta y el sujetador. Quiero ver tus pechos mientras me la chupas.

Para mi sorpresa, obedeció. Vi cómo se quitaba el *top* y se desabrochaba el sujetador,

dejando sus senos al aire. Mi pecho subía y bajaba rápidamente mientras la adrenalina me subía a la cabeza. *A las dos*.

—Ahora, sácame la polla y chúpamela.

Sus manos se deslizaron por mis muslos, rozando mi longitud a través de la tela de mis pantalones. Un gruñido salió de mi garganta. Si no se daba prisa, esto acabaría antes de empezar, y eso sería inaceptable.

Abrió el cinturón y me desabrochó los pantalones. Sus dedos rozaron ligeramente la punta de mi miembro y me estremecí. Tan cerca. Pero no lo suficiente. Me sacó por completo, con los ojos clavados en mi polla. Se lamió los labios, aunque no hizo ademán de metérsela en la boca.

La agarré por la nuca y tiré de ella hacia delante mientras con la otra mano empuñaba la base de mi longitud.

—Chúpala y no me quites los ojos de encima.

Abrió la boca obedientemente y la penetré hasta el fondo de la garganta. Su pálida piel se puso roja, mas no se resistió. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero me miró con... confianza. Maldición, no podía ser.

Al parecer, solo necesité una mamada para delirar del todo.

Acariciándole la mejilla, dije:

—Si es demasiado, dame un golpecito en el muslo.

Parpadeó y abrió más la boca. Lo saqué y aspiró profundamente antes de que volviera a penetrarla. Me la lamió y ahuecó las mejillas cuando empecé a cogerle la garganta con más fuerza. Más profundamente.

No se rindió, por despiadados que fueran mis movimientos. Saliva y lágrimas cubrían su barbilla.

—Se siente tan bien, *Dandelion* —gruñí, acercándome al clímax—. Eres mía. Hecha solo para mí.

No sabía si podía leerme los labios, no obstante, me di cuenta de que le encantaba. Sus ojos se iluminaron y un gemido vibró en su garganta. Le cogí la boca con movimientos bruscos, con la mano en la nuca, guiándola.

Le entraron arcadas y me quedé quieto, pero no la saqué. Esperé a que se recuperara, volví a respirar y avancé un poco más.

Sus ojos se clavaron en mi rostro.

—Lo estás haciendo muy bien. Me voy a correr tan fuerte. Solo un poco más.

Parpadeó y, con un último movimiento de mis caderas, la metí hasta el fondo. Su garganta se estrechó y gemí, con mis dedos agarrando su piel. Otro lametón de su lengua contra mi polla me llevó al límite.

La vi esforzarse por tragar la mayor cantidad posible de mi semen mientras sus ojos seguían clavados en los míos. Casi como si me creyera su salvador. Casi como si quisiera... *esto*.

*Mía.*

La simple palabra resonó en mí con tal fuerza cegadora que supe que lucharía contra quien fuera y contra lo que fuera para tenerla conmigo para siempre. Era toda mía, demonios.

Saqué mi miembro y parte de mi semen le chorreó por los labios y la barbilla, y su lengua salió disparada, lamiéndolo sin dejar de observarme.

Lo había sabido todo el tiempo, esta mujer era mi pareja perfecta.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

# PHOENIX



Dante se corrió en mi garganta, y sentí que me daba poder. Después de unos segundos, se retiró de mi boca hasta que solo quedó la punta.

Lo miré fijamente, dejándolo ver cómo me había destrozado... en más de un sentido.

Me limpió la cara llena de lágrimas, observándome con un afecto que hizo que se me retorciera el corazón. Así de fácil fue para mí volver a enamorarme. Luché contra él, como un pájaro atrapado en su jaula dorada, pero era lo bastante inteligente para saber cuándo tirar la toalla.

Tenía la garganta en carne viva y adolorida, y me dolían los pechos desnudos. Salió de mi boca, me ayudó a ponerme en pie y se la metió en los pantalones mientras lo miraba con los ojos llenos de lujuria.

No tenía ni idea de por qué me había puesto de rodillas ante él.

O quizá sí, mas no quería admitirlo. Me costaba respirar y tenía que recordarme que tenía que inhalar y exhalar. Se me erizó la piel ante su proximidad y la posibilidad de tener su boca sobre mí.

Era todo lo que necesitaba para volver a estar bajo su hechizo... un día. Mi estúpido corazón quería salirse de mi pecho y enterrarse en sus grandes y fuertes manos.

Le había entregado mi corazón en bandeja de plata cinco años atrás, solo para que me traicionara cuando más lo necesitaba.

Sin embargo, aquí estaba, de rodillas, chupándosela. Alguien tenía que golpearme en la cabeza y hacerme entrar en razón.

Entonces, sin previo aviso, me besó. Con fuerza. Desesperado. Mis labios se separaron y su lengua penetró en mi interior, reclamándome salvajemente. La conmoción y el calor estallaron en mi pecho y gemí, rodeándole el cuello con los brazos. Sabía tan bien, tal y como lo recordaba. Nos besamos sin reservas, como si yo fuera *suya*.

Como lo hizo cinco años atrás.

*«No pienses en eso»*. Los susurros estaban ahí, advirtiéndome, pero mi deseo me hizo ignorarlos todos. Solo por esta vez. Por un pequeño momento. Lo usaría para extinguir esta soledad que me había estado carcomiendo durante los últimos meses. *Años*, en realidad.

Con él tan cerca de mí, mis sensibles pezones rozaron su camisa. Se tensaron bajo el calor de su pecho y se encendieron chispas bajo mi piel. Su corazón retumbaba al unísono con el mío, fuerte y rápido.

No me había sentido tan viva desde la última vez que me besó.

Su boca recorrió mi garganta, siguiendo la curva donde se unían mi cuello y mi hombro, luego chupó y mordisqueó, y lo sentí entre mis muslos. Me froté contra él, necesitándolo dentro

de mí.

Al diablo con el orgullo. Al diablo con todo.

Tomaría lo que quisiera en este momento robado. Al fin y al cabo, todos mis orgasmos empezaban y terminaban con Dante Leone.

Como si percibiera mi sumisión, me levantó y le rodeé la cintura con las piernas. Me llevó a la cama, me abrazó con fuerza, como si temiera que me desvaneciera. Me dejó caer sobre el edredón y mis senos rebotaron por el impacto. Su mano recorrió mi piel desnuda desde la mejilla hasta mis costillas y volvió a subir para acariciarme el pecho y apretarlo.

El placer me atravesó hasta mi centro.

Había pasado tanto tiempo, que sabía que no tardaría en sentir crecer mi placer.

Me pasó un pulgar por el pezón y mi espalda se arqueó con una exhalación pronunciada.

Sus dedos se engancharon en la pretina y me bajó los pantalones y la ropa interior por mis muslos, dejándome completamente desnuda.

La conciencia captó mi siguiente respiración, y él hundió la cabeza y besó la cara interna de mi muslo antes de succionar la piel sensible. Me lamió desde la entrada hasta el clítoris. Gemí, mis dedos se clavaron en su cuero cabelludo y agarraron su cabello. Sentí su gemido vibrar contra mí y en lo más profundo de mi ser.

Quería suplicarle que se quitara la camisa para sentir sus músculos bajo mis manos, pero en cuanto su lengua penetró en mi interior, me olvidé de todo. Gemí, rozando con las uñas su cuero cabelludo, sintiendo el ardor de su barba contra mi sexo, y supe que necesitaba más de él.

Pasó una mano áspera por mi pierna y la llevó sobre su hombro, abriéndome de par en par. Debería haberme avergonzado, sin embargo, no lo hice. Estaba demasiado excitada. Metió su lengua dentro de mí. *Dentro y fuera.* Una y otra vez.

Aferré un puñado de su cabello y moví las caderas mientras él trabajaba en mí, desesperada por encontrar mi liberación. Me mordió el clítoris con *fuerza* y luego gruñó con una oscura y sádica satisfacción que sentí en la presión de sus dedos sobre mis caderas. Me succionó el clítoris y su boca caliente y húmeda hizo arder cada una de mis células.

La sensación se retorcía y enroscaba mientras él sacaba mi liberación. Dejé escapar un resoplido de necesidad, apretando aún más fuerte contra su boca, tratando de decirle dónde necesitaba su atención. No obstante, me ignoró y se tomó su tiempo para lamer y chupar.

Las llamas de mi deseo ardían con más fuerza. Movía las caderas, persiguiendo el orgasmo hasta que sentí que mis músculos se tensaban. Llevó una mano a mi garganta y apretó ligeramente mientras seguía introduciendo su lengua en mi coño.

Era todo lo que necesitaba.

Apreté los párpados a la par que la presión detonaba. Mi cuerpo tembló contra él mientras me inundaba. Siguió y siguió, la lánguida sensación me tensó hasta que no fui más que masilla bajo sus caricias.

Mis ojos se abrieron de golpe para encontrar su mirada en mí con tal reverencia, que hizo temblar a mi frágil corazón.

Me besó la cara interna del muslo, subió por mi vientre y recorrió mis sensibles pechos. Mi piel volvió a crepitar, un dolor vacío se formó en lo más bajo de mi estómago.

Su boca se acercó a la mía y gimió. Metió la lengua y pude saborearme en sus labios.

Mientras me tiraba del labio inferior entre sus dientes, extendí mi mano hacía su camisa, intentando desabrochar los botones, pero me detuvo agarrándome de la muñeca.

Intenté liberarme, mas no cedió. No me dejaba tocarlo, y todo el tiempo estaba allí desnuda y expuesta.

Me aparté, frunciendo el ceño, y encontré sus ojos.

—Se queda puesta. —Su expresión era dura, fantasmas que no entendía revoloteaban en sus ojos, pero no me detuve a pensar en ello. Me levanté de un salto y agarré mi ropa, sintiéndome humillada y traicionada de nuevo.

Lo peor era que había dejado que ocurriera.

Una vez vestida, salí a trompicones de la habitación, con mi orgullo hecho pedazos. Dante me siguió de cerca, pero me negué a reconocerlo. Me dirigí hacia la habitación de Skye, regañándome por perderme en la lujuria mientras mi hija estaba una puerta más abajo.

Me agarró de la muñeca justo cuando tocaba el pomo de la puerta.

Me di la vuelta.

—*¿Qué?* —Señé, claramente agitada. Noté que se había puesto un esmoquin, lo que le daba un aspecto más oscuro y formal. Todo rastro del hombre apasionado había desaparecido.

Nos miramos fijamente en una silenciosa batalla de voluntades. Su mandíbula se flexionó y mi temperamento se encendió, amenazando con explotar.

—Lo siento. —Se me paró el corazón al sentir la confusión que me produjo su disculpa. Sin embargo, no fue eso lo que me conmovió. Era la mirada angustiada de sus ojos. Dio un paso vacilante, acortando la distancia que nos separaba. Olí su colonia, la familiaridad que hacía que mis pulmones se estremecieran con cada respiración—. Te he extrañado, *Dandelion.*

Sentí un nudo en la garganta cuando el calor me invadió el pecho, pero la duda y la desconfianza ya habían echado raíces. El estómago se me retorcía mientras los susurros me advertían: *«No confíes en él. Te romperá otra vez. Peor aún, le romperá el corazón a Skye»*.

Eligió a Reina en vez de a mí. Me encontró insuficiente. No me eligió. *De nuevo.* Me ardían los ojos, pero no lloraría delante de él. Ya era suficientemente humillante que me dejara ser vulnerable y me perdiera en la lujuria.

—*Skye tendrá hambre pronto.* —Informé.

"Prometido" o no, Dante Leone podría irse a la mierda.

El delicioso aroma a cebolla, ajo y especias flotaba en el aire mientras bajábamos las escaleras y entrábamos en el comedor. La larga mesa de caoba en la que se sentaban al menos veinte personas estaba repleta de comida. Platos rebosantes de pasta con marisco, pan, alcachofas, cordero, verduras, jamón y tiramisú.

Cesar ya estaba sentado y se puso en pie de un salto cuando entramos. Inclinó la cabeza en señal de saludo y bajó los ojos hacia Skye con una sorpresa exagerada.

—¿Y a quién tenemos aquí? —preguntó con una ceja levantada.

Skye lo miró fijamente, sin huir. Era más valiente que yo a su edad. Puede que Cesar no luciera su despiadada crueldad en la manga como Dante, pero era imposible confundirlo con un tipo común y corriente.

Dante enroscó el mechón de la coleta de nuestra hija alrededor de su dedo, sonriendo suavemente.

—Esta es Skye. Es nuestra hija.

Mi corazón se agitó en mi pecho al leer las palabras que acababan de salir de su boca. No tenía ni idea de lo ciertas que eran.

—Bueno, sorpresa, sorpresa —pronunció Cesar lentamente—. No me lo esperaba.

El comentario fue extraño, y a juzgar por las cejas arqueadas de Dante, también lo pensó.

—*¿Cesar sabe ASL*? —le pregunté a Dante.

—Apenas. —Dante lanzó una mirada a su mano derecha—. Cesar y ASL son como dos manos derechas y dos pies izquierdos.

Cesar puso los ojos en blanco.

—Voy a aprenderlo. Espera y verás.

No pude evitar reírme ante el entusiasmo de Cesar.

—*Lo harás.* —Señé y Dante tradujo—. *Por ahora, habla despacio para que podamos leerte los labios.*

—Tomaré nota. —Cesar ya me caía bien.

—Muy bien —anunció Dante, acercándonos una silla a Skye y a mí—. Mañana tenemos un gran día y quiero que todos estemos preparados. Vamos a comer. —Skye asintió con entusiasmo y mi propio estómago gruñó en respuesta—. Me muero de hambre —declaró, tomando asiento a mi izquierda y justo enfrente de Skye en la larga mesa de la cena.

Skye alcanzó el pan, ajena a la tensión entre Dante y yo.

—*Yo también*.

Empezamos a servirnos mientras el cocinero trinchaba el cordero.

Los ojos de Cesar iban y venían de Dante, a mí y a Skye, para repetir el movimiento.

—¿Cuántos años tiene Skye? —indagó por fin. Había leído sus labios y ella levantó cinco dedos. Algo pasó por su expresión, pero lo disimuló rápidamente—. ¿Y cuándo es tu cumpleaños?

Skye señó, y Dante tradujo.

—*Diciembre. Víspera de Año nuevo.*

El miedo y la sospecha se agolparon en mi estómago. ¿Lo sabía? No podía ser. Sabía que Cesar había estado por ahí cinco años atrás, no obstante, nunca nos habíamos cruzado. No que lo recuerde, y no era precisamente un hombre al que yo podría olvidar.

Me encontré con su mirada, y fue entonces cuando lo supe sin lugar a dudas. Cesar sabía que Skye era de Dante.

Dante se recostó en su silla con la chaqueta desabrochada, estudiándome. Ni siquiera se molestó en ser sutil. Cesar, en cambio, me estudiaba con otro tipo de interés. Era casi incómodo.

—¿Todo listo para mañana? —preguntó Dante.

—Recogeré el paquete esta noche —contestó Cesar, y mis cejas se fruncieron.

—*¿Qué paquete?*

Dante sonrió ampliamente.

—Sabía que podrían ser capaces de adaptarse.

Cesar puso los ojos en blanco.

—Más bien tienen miedo.

Los cubiertos brillaban bajo el candelabro y la luz de las velas. Skye y Dante comieron ambos los mismos platos, evitando estratégicamente las verduras.

—*Al menos toma unos guisantes.* —Insistí.

La mirada que ambos me dirigieron habría sido cómica si no fuera por las similitudes en sus expresiones. Agarré mi copa de vino y bebí un trago, con una gota de sudor rodando ominosamente por mi espalda.

Los observé comer, viéndolo de repente con demasiada claridad. La forma en que sostenían las cucharas. La forma en que inclinaban la cabeza de un lado a otro mientras masticaban. La forma en que sorbían el agua con los ojos cerrados.

Cuando me miraron con expresiones casi idénticas, me di cuenta de que mi hija no tenía mis ojos. Tenía los de Dante. Sus gestos. Sus expresiones. Incluso su boca.

Cuando terminaron de comer, Skye se estiró con cuidado por el tiramisú mientras Dante rodaba un cigarrillo entre los dedos.

—*No fumes cerca de ella.* —Señé mi advertencia.

Bajó la mirada hacia el cigarrillo, sus dedos no cesaban el movimiento. Lo golpeó contra la mesa y su atención se posó en mí.

—Lo dejaré —dijo, observándome con expresión sombría—. Tienes razón. No es bueno para *nuestra* familia. —Se me apretó el estómago, detectando un significado oculto, pero sin comprender del todo lo que quería decir—. Sigo queriendo el nombre, Nix.

Los latidos de mi corazón se agitaron, comprendiendo de repente el significado. Esperaba que lo hubiera olvidado, pero era una tontería pensar eso.

—¿Nombre de quién? —inquirió Cesar, y me encogí de hombros mientras Dante lo ignoraba —. ¿Cómo está tu hermana? —Cesar intentó cambiar de tema, observándome con expresión divertida.

La culpa se deslizó a través de mí. La verdad era que no tenía ni idea. Hacía meses que no hablaba con mi hermana. No le había preguntado a Dante sobre ella y Amon por miedo a que descubriera que estaba fingiendo todo esto de la amnesia. Empezaba a pensar que no era lo más sensato por mi parte.

Encontrar a Skye había aliviado parte de mi dolor, aunque no era suficiente para quitarme lo mucho que la echaba de menos. Estaba desesperada por compartir con ella la noticia de su sobrina y contarle todo lo que le había ocultado. Pero no podía. No sabiendo que podría ponerla en peligro con los Nikolaev.

—Phoenix tiene amnesia —respondió Dante en mi nombre, como si eso lo explicara todo.

Cesar me miró con absoluta incredulidad. Estaba en vilo, esperando a que me desmintiera y, tras casi un minuto entero de silencio, por fin lo rompió.

—Así que ahora tenemos dos con el mismo problema, *¿eh?* —Dirigió su atención a Skye—. Tú y yo, pequeña. Tendremos que arreglar esta mierda. Recuerda mis palabras —pronunció lentamente para que ella pudiera leer sus labios.

*«¿Dos personas con amnesia?»*. Fue un comentario de lo más extraño. Tenía en la punta de la lengua preguntarle a qué se refería, sin embargo, Dante le lanzó a Cesar una mirada sombría que prometía venganza, y supe que no conseguiría nada más de ninguno de los dos.

Así que hice lo único que sabía hacer. Permanecí en silencio.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

**Dante**

La cena de la noche anterior estuvo cerca.

Cesar casi le reveló mi amnesia a Phoenix. Me dieron ganas de dispararle en el acto. No estaba listo para divulgarlo. Habría preguntas que seguirían, y no estaba preparado para ir por ese camino.

Cesar estaba a mi lado en la pequeña capilla familiar de la propiedad donde se casaron las cinco últimas generaciones de la familia de mi madre.

Me quedé de pie delante del altar, esperando a que aparecieran Phoenix y Skye, mientras

Cesar seguía parloteando, aparentemente ajeno a mi creciente irritación con él.

—¿También debería mantener tu funeral en secreto? —preguntó Cesar despreocupadamente, ladeando la cabeza pensativo como si estuviera contemplando algo antes de continuar—. Quizá podría hacerme cirugía plástica para parecerme a ti... Lo único que tendría que hacer es comportarme como un imbécil y *¡voilà!* Soy Dante Leone. —Levantó las manos en el aire y movió todos los dedos de forma dramática.

Apreté los dientes, deseando que el cura no estuviera ya aquí para poder darle un puñetazo a Cesar. Aún podría cumplir con ser testigo con un ojo morado.

Maldición, quizás estaba nervioso. Mi conversación de la noche anterior con Nix no me gustó nada. Pero cuando sugirió que podía huir, la agitación se disparó en mí y solté lo primero que se me ocurrió.

Fue un error. Fui demasiado fuerte. Lo último que necesitaba era que la sofocara. Excepto, que la había probado. Estábamos tan cerca de hacerlo oficial y no podía arriesgarme a perderla.

Rodé los hombros. Teníamos que llegar al momento del "sí, acepto" *ahora mismo*.

Cesar suspiró y se pasó una mano por el cabello, continuando con su estúpida divagación.

—Sin embargo, las tareas del dormitorio podrían ser difíciles. Phoenix es guapa, pero no es mi tipo. —Me tensé, con la furia al rojo vivo recorriéndome mientras me giraba para mirarlo. Se dio cuenta de mi expresión y sonrió con complicidad—. ¿Qué? —desafió.

No tenía ni una puta idea de qué hablaba, pero sabía que yo no estaba de humor para ello.

—¡Vete a la mierda! —siseé—. Y ni una palabra más o te pegaré un tiro.

Se rio entre dientes.

—Espera a que cumpla mis deberes de padrino primero.

Me giré hacia delante, ignorándolo. Como si fuera una señal, empezó a sonar música. Tres años condujeron a esto. A *ella.* Sí, hubo baches en el camino en forma de una herida de bala, una persecución por todo el mundo y una hija sorpresa... Pero ¿quién era yo para dejar que los pequeños contratiempos me frenaran?

Las puertas se abrieron, todo se desvaneció y respiré con ansiedad.

Phoenix apareció al final del pasillo con Skye adelante y expulsé todo el aire de mis pulmones. Era perfecta. Se detuvo a medio paso, sus ojos encontraron los míos, y me obligué a no moverme cuando todo lo que quería era correr hacia ella.

El vestido de novia era precioso porque lo llevaba ella. Era difícil, mas no imposible, conseguir un vestido de diseñador en cuestión de dos días, pero podía ser bastante convincente cuando lo quería. Vera Wang lo aprendió de primera mano.

Tomé la palma de la mano de Phoenix entre las mías mientras Skye ocupaba el lugar a su lado, ambas sonriendo. Rodeé la mano de Nix con mis dedos y me aferré con fuerza, recorriendo con la mirada las delicadas líneas de su rostro.

—Estás impresionante. —Se concentró en mis labios y la tensión desapareció de sus hombros. Incluso me dedicó una sonrisa tímida aunque sincera.

Ambos miramos al sacerdote. El intérprete se puso a su lado para que Nix y Skye pudieran seguirlo. No pude evitar que me apareciera una sonrisa en la cara. Esto, ella, era todo lo que siempre quise.

El cura dio comienzo a la ceremonia.

—Estamos reunidos hoy aquí para presenciar la unión de Phoenix Romero y Dante Leone.

Apreté el agarre y dibujé círculos en el dorso de la mano de Phoenix con el pulgar, buscando consuelo y, con suerte, dándoselo a ella también.

Esto siempre tuvo que ser así.

El sacerdote habló de *compromiso* y *respeto* y quién sabe qué más hasta que pidió el intercambio de los anillos. *Por fin.* Llevaba tres años guardando los anillos esperando este momento. Cuando coloqué el anillo de titanio con diamantes incrustados en su dedo, el alivio me invadió con tal fuerza que me costó respirar por un momento.

Le quedaba perfecto. Delicado. Hermoso. Fuerte.

Me miró a los ojos con sorpresa.

—Es más ligero. —Articulé con la boca—. Así no te molesta cuando tocas música.

La comisura de sus labios se inclinó hacia arriba y tuve que contenerme para no acercar la cabeza y besarla.

Me puso el anillo en el dedo y, para mi alegría, no le temblaban las manos. Estaba aceptando esto. Lo de nosotros.

—Puede besar a la novia —anunció el sacerdote.

Me acerqué un paso más y le acaricié suavemente la mejilla antes de dejar caer mi frente sobre la suya.

—Ya está —susurré, asegurándome de que pudiera leer mis labios—. A partir de este momento, eres mi esposa. Mía para cuidarte, mía para amarte y mía para protegerte.

Me incliné hacia ella, mis labios rozaron los suyos y, en cuanto se tocaron, perdí el control. La atraje hacia mí, enredé mi mano en su espesa melena y la besé con todas mis fuerzas.

Gimió en mi boca y profundicé nuestro beso. Este beso era mi voto. Era mía y yo era suyo. Era mi fuego, mi agua, mi aire, mi vida. Desde este día, ella y su hija eran mi razón de ser.

Mi todo.

Al ver sus mejillas sonrojadas y sus ojos azules llenos de lujuria, no pude evitar sonreír.

Este era nuestro final feliz para siempre.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

# PHOENIX



El silencio después de la boda fue diferente al que estaba acostumbrada. Fue reflexivo. Inquebrantable. Lleno de confusión. Había demasiados secretos plagando esta frágil unión.

Era la hora de comer cuando llegamos al castillo.

Skye y Cesar se quedaron junto a la terraza abierta mientras ella intentaba enseñarle ASL. Donatella, la niñera, también pasó el rato con ellos, informándonos de que la cocinera tenía listos el almuerzo y la cena. Dante y yo nos unimos a ellos en la terraza y, durante las horas siguientes, fuimos una familia normal. *Casi.* Menos los guardias de afuera. Menos las armas.

De acuerdo, quizá no tan normal.

La mesa de la terraza estaba llena de comida y de un pastel nupcial con dos figuritas que se parecían a Dante y a mí, yo con el cabello oscuro, no de falso pelirrojo. Resultó ser una tarde agradable, aunque deseé que mi hermana y mis amigas estuvieran aquí con nosotros. Permanecimos sentados en la terraza durante horas, disfrutando de la agradable compañía y entretenidos con Skye y Donatella mandando a Cesar.

El sol brillaba en el anillo de bodas de Dante y mis ojos parpadeaban hacia el mío. Era precioso y tan ligero que apenas lo sentí. Había pensado mucho en esta boda, y ese hecho me llegó al corazón.

El sol bajaba rápidamente por el horizonte cuando Dante se dirigió al minibar. Me quité los tacones, los dejé a un lado y me dirigí hacia él.

Me esforcé por mantener intactos mis muros durante años a su alrededor, pero centímetro a centímetro, los iba astillando.

Apoyando una mano en el bar, se dio la vuelta y me observó, con una sonrisa levantándole los labios. Pero su mirada... ardía como una fósforo encendido. Un escalofrío me recorrió la espalda y esperé que, al final, sobreviviera a aquel hombre.

—*¿Puedo tomar algo?* —Pregunté.

Descorchó una botella de *whiskey*, sirvió otro vaso, me lo dio y dejó que sus dedos bailaran sobre los míos.

El contacto me erizó la piel. Eché la cabeza hacia atrás, me bebí la copa de un trago y la dejé a su lado.

Se pasó una mano por la mandíbula, sin apartar los ojos.

—No necesitarás beber para lidiar conmigo, ¿verdad?

Entrando en su espacio, agarré el extremo de su corbata.

—*¿Y si lo hago?* —Sentí su aroma en mis pulmones. Mi cautela parecía haberse ido con el viento. Era estúpida. *Imprudente*.

Su cuerpo se detuvo una fracción de segundo, aunque debió de leer algo en mis ojos. Una

mezcla de vulnerabilidad, preocupación y deseo. La verdad era que lo *deseaba*, pero no quería ser una sustituta. Necesitaba que me quisiera a mí y solo a mí. Quería una familia diferente de aquella en la que crecimos. Tal vez la que tenía antes de que *Mamma* y *Papà* se mudaran a Italia.

—*Supongo que voy a tener que ayudarte a superar esa adicción* —dijo lentamente, señando las palabras al mismo tiempo—. *Solo puedes tener una.* —Me agarró por la nuca y me atrajo hacia su pecho. Me levantó la cabeza y me besó hasta marearme, saboreando el *whiskey* en su lengua. El pulso me latía entre las piernas y la lujuria me quemaba la sangre—. Voy a ser tu adicción. Al igual que tú eres la mía.

El corazón se me aceleró en el pecho. Ya era mi adicción. No tenía sentido negarlo o luchar contra él. Una tensa sensación me envolvió, reconociendo las señales.

Era como una caída libre.

Me rozó con los labios el punto del pulso en mi cuello y el hielo que rodeaba mi corazón se derritió más rápido que el chocolate bajo el sol abrasador. Otra parte de mis muros se derrumbó.

Era demasiado rápido. Me destrozaría y me dejaría sangrando. Igual que antes.

El corazón me oprimió, tirando de mí de esa forma tan familiar, pero mi deseo ganó. Estaba decidida. Aprovecharía al máximo el tiempo que tuviéramos.

Cesar y Skye aparecieron, rompiendo el momento. La pesada mirada de Dante se apartó de mí y se encontró con la de nuestra hija.

—*¿Pueden Cesar y Donatella llevarme a la playa?* —La emoción acechaba en sus ojos—. *Dice que está justo enfrente del castillo.*

Mis ojos se encontraron con los de Cesar y descubrí en ellos una solemne promesa. Daría su vida por ella porque conocía mi secreto. Cómo, no tenía ni idea, mas desterró cualquier preocupación por su seguridad.

—*La llevaré a la cama después.* —Ofreció Donatella, haciendo señas—. *Así podrán tener algo de privacidad.*

—*Claro.* —Acepté, ignorando cómo se me encendían las mejillas ante la insinuación.

Skye miró a Dante y le dijo con toda la seriedad de una niña de cinco años:

—*Cesar dijo que es tu guardián. ¿Puede ser el mío ahora?*

Ahogué una carcajada, pero lo que más me sorprendió fue el asentimiento de Dante.

—Es tuyo, Princesa.

El apodo me hizo hacer una mueca de dolor. Sasha también la llamaba Princesa. Sin embargo, no podía ser más que una coincidencia. Skye *era* una princesa. Me recordaba a Reina en ese sentido.

—*Diviértete en la playa.* —Señé.

Dante me observó mientras las dos figuras desaparecían. La vehemencia de su mirada me recordó a la de hacía unos días, cuando me dijo: *No hay ningún sitio al que puedas ir sin que te encuentre*.

Tal vez debería luchar contra él, pero estaba cansada de hacerlo. En lugar de eso, me puse de puntillas y apreté los labios contra su mandíbula. Su barba incipiente era áspera cuando besé una línea a lo largo de su garganta, mareada por su sabor y su olor.

Apoyé mi mano sobre su erección, frotando toda su longitud. Me dio un beso húmedo y áspero, y mi lengua se deslizó contra la suya.

Su agarre en mi nuca se tensó y las palpitaciones se intensificaron en mi vientre bajo mientras apretaba mi cuerpo contra el suyo. No era más que calor, músculos esculpidos y lujuria.

Gimió contra mis labios antes de agarrarme por las caderas y levantarme. Mis piernas rodearon su cintura y mis manos se hundieron en su cabello. Caminando hacia las escaleras, me

besó como si se estuviera muriendo de sed y yo fuera su única fuente de agua.

Me recorrió el cuello con la boca y le desabroché el chaleco y luego los botones de la camisa. Sus manos me amasaron el trasero mientras le sacaba la camiseta blanca de los pantalones y le recorría la piel caliente del vientre. Siseó entre dientes y se me escapó una bocanada de aire cuando se dejó caer encima de mí en la cama.

Cuando levanté la vista y descubrí los fantasmas en su mirada, me quedé inmóvil.

*Dios, no esto otra vez.*

# CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

# DANTE

La lujuria en el rostro de Nix de hace unos segundos fue reemplazada por fastidio mientras me miraba, apoyándose en sus codos. Estaba metiendo la pata a lo grande.

Quería decirle que era mejor que nunca viera mi cuerpo, pero a la mierda si sabía cómo empezar a explicarle algo que no recordaba. Además, no quería ver el asco en su cara una vez que mis cicatrices fueran expuestas.

La bestia que llevaba dentro estaba atada, pero los miedos no.

—Mañana nos vamos de luna de miel —comenté, sabiendo que había muchas cosas más importantes de las que hablar.

Se sentó, tirando de sus rodillas hacia su pecho, su vestido de novia acumulándose a su alrededor.

—*No voy a dejar a Skye.*

Me lo esperaba.

—También viene.

Sus delicadas cejas se fruncieron mientras inclinaba la cabeza, estudiándome.

—*¿No es extraño?*

Me encogí de hombros.

—Hacemos nuestras propias reglas, *Dandelion*. Los tres bailaremos juntos por la vida y nadie nos detendrá.

Algo pasó por su expresión, pero lo disimuló rápidamente.

—*¿Adónde vamos?* —Señó.

—Lago Tahoe.

Hizo una mueca de dolor y su rostro palideció.

Apoyé la rodilla en el colchón, me le acerqué y le pasé los dedos por el cabello mientras mi otra mano serpenteaba alrededor de su cintura y la apretaba.

—¿Qué me estás ocultando?

No se me escapó la hipocresía. Exigí saber qué ocultaba, aunque no estaba dispuesto a revelar mis propios secretos.

Sus labios se afinaron y sus palmas presionaban mi pecho.

—*Nada*.

—Quiero todo de ti, Nix. Necesito que confíes en mí en todos los sentidos.

Me miró con tal vulnerabilidad en los ojos que creí escuchar los latidos de mi corazón. La tensión se me enroscó bajo la piel y quise ceder y fumarme un cigarrillo. Dejar que mis pulmones ardieran y que la nicotina se extendiera por mis venas para poder relajarme.

Pero los había tirado todos. Quería mantener mi palabra.

—*Ya soy tuya.* —Puso su mano entre nosotros, los diamantes de su dedo anular brillando bajo la escasa luz—. *Ves.* —No pude distinguir en su expresión si me estaba regañando por ello o simplemente constatando un hecho.

Mis dedos subieron desde su cintura, sobre sus costillas, hasta trazar la parte inferior de sus pechos.

—No. Todavía no. —Le acaricié la cara y le rocé los labios con el pulgar—. Sin embargo, lo serás. Aprenderás a confiar en mí.

—*No antes de que tú confíes en mí.*

Sinceramente, tenía razón. Era parte de cada uno de mis pensamientos, cada respiración, cada maldito latido. Estaba tan metido que no creía que pudiera encontrar la salida. Pero luego estaba este maldito miedo de que una vez que tocara mi piel llena de cicatrices, dejaría volar su imaginación y me abandonaría por incertidumbre.

A decir verdad, mi propia mente hacía lo mismo y a menudo se apagaba siguiendo esa línea de pensamiento. Era una situación en la que todos perdían.

—Te quiero morena —susurré, rozando con el pulgar su suave labio inferior, dejando por ahora la discusión sobre mis demonios.

Sus labios se entreabrieron y mi miembro se endureció dolorosamente cuando su lengua salió a lamerme el dedo. Estaba tan *sexy*, con la cabellera despeinada y cayéndole por la espalda, aún en su vestido de novia.

—*Te quiero desnudo.* —Señó con un puchero, su expresión obstinada. Me puse rígido, sin saber qué hacer. Si le enseñaba mis cicatrices, le darían asco. Si no se las enseñaba, corría el riesgo de perderla.

—Eres lo único en lo que he estado pensando y soñando —susurré.

Se inclinó vacilante y sus labios rozaron el borde de los míos. En cuanto nuestros labios se unieron, un gemido me recorrió el pecho. Su lengua se enredó con la mía y mi polla se tensó. Sus manos recorrieron mi pecho y mis bíceps con la misma necesidad y urgencia que yo sentía.

Gimió, sus manos bajaron por mi cuerpo y acariciaron mi erección. La empujé contra el hombro, haciéndola caer de espaldas sobre la cama. La silueta de sus pechos empujó contra la fina tela de su vestido.

Jadeaba, tenía los labios ligeramente hinchados y nunca había estado más hermosa. Me incliné sobre ella, con mi polla apretándole el coño mientras me apoyaba en los antebrazos.

Su gemido viajó entre nosotros y sus párpados estaban pesados, sus ojos llenos de lujuria.

Mis labios rozaron los suyos justo antes de besarla profundamente. Se sentía tan increíble contra mí, su pequeño cuerpo encajaba perfectamente con mi corpulencia. Empujé mis caderas hacia ella y suspiró en mi boca. Su espalda se arqueó sobre la cama y enganchó una pierna alrededor de mi cadera.

Gemí cuando su pequeña mano me apretó el pecho, apartándome ligeramente para mirarla.

Inclinó la barbilla hacia mi camisa, indicándome que me la quitara. Demonios, esperaba que se distrajera lo suficiente como para olvidarse de mi camisa. Quizá debería ponerla de rodillas y follármela hasta dejarla inconsciente.

Sabía que no funcionaría. Lo sabía por el levantamiento de su barbilla y el brillo de sus ojos. Además, me parecía mal ocultarle mi secreto más profundo.

Ahora era mi esposa y merecía saberlo. A decir verdad, debería haberlo sabido antes de que la atara a mí para el resto de nuestras vidas.

Me empujó y mi verga se hinchó en mis pantalones. Me pasé una mano temblorosa por el cabello. Maldición, quería gustarle. Que me amara. Y esto...

Tragué saliva y la miré con los ojos muy abiertos.

—Puede que no te guste lo que veas. —Sacudió la cabeza, con la confusión claramente reflejada en su rostro—. *Ah,* ¡a la mierda!

Sus ojos se agrandaron con cada centímetro de piel expuesta hasta que me deshice de la camisa. Su suave jadeo podría haber sido tan fuerte como las campanas de la iglesia.

—*¿Qué te pasó?* —Le temblaban tanto las manos que apenas podía hacer señas. Se puso de rodillas y gateó hasta el borde de la cama. Gemí para mis adentros y la polla se me endureció dolorosamente al imaginar sus labios suaves y gruesos aprisionándola entre ellos. Todavía de rodillas, levantó los dedos y los pasó por encima de las cicatrices que me marcaban el torso, como si no pudiera tocarlas.

—Son feas, lo sé —dije—. No tienes que tocarlas.

—No son feas —protestó, pronunciando las palabras mientras sus dedos conectaban con mi piel y empezaba a trazarlas una a una—. *¿Quién te hizo esto?*

Sacudí la cabeza.

—No me acuerdo. —Cuando me lanzó una mirada interrogante, continué—: Hace cinco años me secuestraron. Acabé perdiendo la memoria. Parte de ella volvió. Otra parte no. —Palideció y se tapó la boca. Dejé escapar una risa baja, esperando que no viera cuánto me afectaba su reacción—. Siento no poder ser perfecto para ti.

Su delicado cuello se balanceó al tragar y sus ojos brillaron, su labio inferior tembló. Algo cambió en aquel momento. No sabría decir qué, pero su expresión se suavizó y me rodeó con los brazos. Sus cálidos labios me tocaron el torso y, para mi sorpresa, me di cuenta de que me estaba besando las cicatrices.

Intenté con todas mis fuerzas calmar mi furiosa polla para poder pensar con claridad. ¿Era esto lástima?

Le tomé el rostro y tiré de ella hacia atrás para que me mirara.

—No me compadezcas.

Me agarró la mano y entrelazó nuestros dedos.

—*No lo hago. Solo quiero... amarte.*

Mi maldito corazón se detuvo antes de arrancar en modo turbo.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

# PHOENIX



Por fin lo entendí. La había jodido en grande, pero no quería arruinar esta noche con confesiones. Ya llegarían, y mi sexto sentido me decía que sería más pronto que tarde.

Dante no me ignoró durante todos esos años. Fue secuestrado, torturado y luego sufrió amnesia, y todo lo que había hecho desde que había vuelto a mi vida era luchar contra él a cada paso.

Mis dedos recorrieron ligeramente su torso, sintiendo cada cicatriz como si fuera mía. Pensé que me había traicionado, cuando en realidad estaba luchando contra sus propios demonios ocultos. Mi mano se posó sobre la cicatriz que le hice y se me heló el corazón. Un tatuaje cubría la piel y me quedé mirándolo con la boca abierta.

*«Mierda, le he hecho daño»*. El conocimiento se asentó sobre mí. Su oscuridad siempre había estado ahí, oculta tras su jovialidad.

Me encontré con su mirada, charcos de inseguridad arremolinándose en sus ojos mientras se preparaba para el rechazo, y sentí que mi pecho se desgarraba.

Me puse de rodillas y lo besé. Me froté contra su calor y mis manos recorrieron su piel con avidez.

Sonó un estruendo cuando nuestras lenguas se enredaron, y entonces me aparté, delirando por su sabor. Me retiró el cabello y llevó su rostro contra mi cuello, y sentí un escalofrío.

La presión de sus labios contra esa parte de mí robó todos mis pensamientos. Recorrió el escozor con una lamida, su toque posesivo, pero por primera vez no me aterrorizó.

Le toqué el cuello, arrastrando los dedos hasta la clavícula, y me acerqué a su boca, provocando la respiración entre nosotros. Lo acaricié con la nariz, la frente y las manos, y mi lengua se moría por llegar más allá de mis labios y saborearlo. Apreté mi pecho contra el suyo y me agarró la cintura con más fuerza.

Entonces, sin previo aviso, me empujó de nuevo contra el colchón, acomodándose entre mis piernas y enganchando mis muslos alrededor de sus hombros, con sus labios a segundos de mi sexo.

Arrastró su nariz por la cara interna de mi muslo, haciéndome estremecer. Sus dientes rozaron mis bragas. Otro escalofrío y luego las rasgó justo en la entrepierna.

Deslizó su lengua por mi coño, y sus ojos se alzaron y se clavaron en los míos.

—Dante...

Su nombre salió de mis labios con un sonido que no pude oír, pero a juzgar por la mirada que brillaba en sus ojos, lo disfrutó. Se apartó y su barbilla brilló con mi excitación.

—Otra vez. —Parpadeé confundida—. Di mi nombre otra vez.

Sacudí la cabeza y sentí un temblor cuando volvió a rodearme el clítoris con la lengua.

Arrastró la lengua hacia abajo y empujó dentro de mí, follándome mi centro con su lengua.

Se apartó un poco y me llenó de besos la cara interna del muslo antes de limpiarse la boca con el dorso de la mano y decir:

—Dame lo que quiero.

Lo miré a los ojos y vi al chico del que me había enamorado cinco años atrás. Su mano se introdujo entre mis piernas, su pulgar rozó mi coño, y me estremecí bajo su contacto, sensible por todas partes.

—Dante —supliqué, con la respiración agitada. Apreté las piernas en torno a sus hombros y arqueé mi sexo hacia su cara. Se inclinó hacia mí, dándome lo que necesitaba y deseaba desde el momento en que volvimos a cruzarnos.

Sus dedos bombeaban dentro de mí mientras su lengua empezaba a acariciarme el clítoris, con movimientos rítmicos y firmes.

Lo observé a través de una bruma de necesidad mientras se zambullía en mi coño como si su supervivencia dependiera de ello. Me chupó el clítoris, metiendo y sacando los dedos. Y sin más, me desmoroné, corriéndome sobre su lengua mientras un orgasmo me consumía.

Siguió lamiendo mi sensible coño hasta que se calmaron todos los escalofríos.

Mis ojos se abrieron para encontrarse con su sonrisa de satisfacción y bajó suavemente mis piernas.

—Eres hermosa cuando te corres para mí.

Mis mejillas se encendieron ante sus palabras.

—*¿Me follarías ahora? ¿Por favor?*

Con las manos en la cintura de los pantalones, los bajó a lo largo de sus musculosas piernas, dejando al descubierto su gruesa longitud. Con un rápido movimiento, me arrancó el vestido, dejándome indecentemente expuesta.

—Me gusta arrancarte la ropa —declaró, con su mirada caliente y perezosa sobre mí.

Me mordí el labio, los muslos me temblaban de una necesidad fresca que sabía que solo él podía templar. Le pasé las manos por el pecho, el cuello, su espeso cabello y los bíceps.

Cinco años y todo llevó a esto. Era el único hombre que había deseado. Vi cómo agarraba el condón y se lo ponía, la visión me excitó.

Me agarró de las caderas y tiró de mí para acercarme más, empujando su grueso miembro contra mi entrada. Lo miré a los ojos cuando me introdujo la punta y gemí, rodeándole el cuello con los brazos. Sus ojos eran firmes charcos de azul oscuro que me atraían hacia su profundidad. Inclinó la cabeza, apretó los labios contra los míos y me besó con ternura antes de retirarse con un lametazo largo y profundo.

Luego besó mi cuello y mi clavícula hasta llegar a mis senos. Cuando capturó un pezón en su boca, luces blancas estallaron detrás de mis ojos. Su otra mano apretaba un pecho mientras lamía y mordisqueaba el otro.

Estaba tan desesperada que habría hecho *cualquier cosa* por tenerlo dentro de mí en ese instante. Como si me hubiera leído el pensamiento, introdujo su verga hasta la mitad.

Jadeé y mis muslos temblaron mientras intentaba adaptarme a su tamaño. Había pasado demasiado tiempo para mí. Sus manos se acercaron a mis caderas.

Dirigí mis ojos a los suyos y sacudí ligeramente la cabeza mientras clavaba mis uñas en sus bíceps.

—Todo, *Dandelion* —ordenó con la mandíbula apretada.

Una de sus manos abandonó mi cadera y se interpuso entre nosotros, buscando mi clítoris. Lo frotó con un movimiento circular y luego su boca volvió a encontrar mis pechos. Me estremecí y

gemí mientras empezaba a sacudirme contra su cuerpo.

Su agarre de mi cadera se volvió contundente, la tensión irradiaba de él.

Busqué su boca, y en el momento en que nuestros labios se conectaron, empujó hasta el fondo.

Sus latidos se aceleraron contra los míos mientras nuestros cuerpos se unían en más de un sentido.

Apreté mi cara contra su cuello y empezó a moverse lentamente, empujando sus caderas dentro de mí. Temblaba, conteniendo el deseo.

Buscando sus ojos, articulé con la boca:

—*No te contengas.* —Lo quería todo. Lo *necesitaba*.

No necesitaba que se lo repitieran. Al instante, sus manos estaban en todas partes. Me agarraba del cabello para inclinarme a su antojo, me besaba con fuerza y me agarraba de las caderas para empujarme con más fuerza y profundidad. Me mordisqueó el cuello y la garganta, sin romper el ritmo mientras entraba y salía de mí, penetrándome. *Fuertemente.* Mis gemidos vibraban en mi garganta.

No me daba ni un respiro del asalto. Era demasiado. No era suficiente. Todo se sentía devastadoramente bien.

Su pelvis chocó contra mi clítoris y me corrí tan fuerte que vi manchas detrás de los ojos. El fuego de mi interior estalló, extendiendo un hormigueo por todo mi cuerpo y dejando tras de sí una lánguida sensación de calor. Se tragó mi gemido en su boca y, con una última embestida castigadora, se estremeció mientras me aferraba a él.

Se desplomó sobre mí, el calor de su cuerpo como una pesada manta, y mis párpados se volvieron pesados.

Por primera vez en años, me sentí satisfecha. Apreté mi cara contra su cuello y lo respiré. No había nada más que nosotros, Skye y nuestro futuro.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

# DANTE



Nix intentó permanecer despierta, pero fue inútil. Se quedó dormida conmigo aún enterrado muy dentro de ella, y por primera vez en mi vida, sentí que estaba exactamente donde debía estar.

Salí con cuidado de no despertarla. Fui al baño y volví con una toalla húmeda para limpiarla. Luego la levanté, quité las sábanas estropeadas y la envolví en el grueso edredón.

Después de asegurarme de que estaba cómoda, me metí en la cama junto a ella y la mantuve cerca. Sabía que no dormiría hasta que estuviera física y mentalmente agotado. El sueño profundo me había evadido durante... cinco años más o menos. Era la necesidad de estar siempre plenamente consciente de lo que me rodeaba, listo para entrar en acción.

Jamás permitiría que me capturaran y torturaran de nuevo. Mientras estaba tumbado junto a mi esposa, más abierto y vulnerable de lo que jamás había recordado, volvió a mí la sensación del hospital: la persistente idea de que había perdido algo irrevocablemente importante.

El aroma de la lluvia primaveral permanecía a mi alrededor y miraba al techo, dejando que mi mente vagara en el olvido.

Mi visión empezó a nublarse, el pasado y el presente chocaban a medida que se acercaban los recuerdos.

*Era feliz. Lo más feliz que había sido nunca.*

*Tenía que ser ilegal sentirse así. No habíamos hablado con ninguno de nuestros padres, pero sabía que estaba listo para tomarla y hacerla mía. Tenía lo suficiente de la herencia de mi madre biológica para permitirnos vivir cómodamente el resto de nuestras vidas.*

*Nuestros días estaban llenos de felicidad y esperanza por el futuro, pero no habíamos hablado de los detalles. Todavía no.*

*Amon seguía preguntando qué me retrasaba. Me inventé una historia sobre la búsqueda de nuevos viñedos. Se lo creyó porque sabía que las sequías del último año habían dificultado mucho la producción. Y envié a Cesar a casa, muy a su pesar. No quería que nadie supiera de Phoenix Romero todavía. No hasta que hiciéramos las cosas oficiales.*

*Miré el reloj mientras la esperaba sentado en la motocicleta. Nix debía de estar a punto de salir de su internado en las afueras del Lago Tahoe. Habíamos coordinado sus clases con mis reuniones de trabajo y teníamos una buena rutina. Siempre dejábamos las tardes y las noches libres para nosotros.*

*Pero esta vez, tendríamos todo el fin de semana. Hubo que planearlo bien, y valdría la pena.*

*Su colegio creía que estaba de visita en casa, y le dijo a su hermana que se iba a un taller con su programa de música. Ayudó que Reina tomara clases extra para poder graduarse antes. Y yo... Bueno, no tenía a nadie a quien rendirle cuentas.*

*Los dos en mi cabaña del lago Tahoe sonaba casi demasiado bueno para ser verdad.*

*La morena menuda y familiar, vestida con pantalones de yoga ajustados y un suéter amarillo de gran tamaño, apareció a la vista. Sonreí y salté de la moto.*

*Me saludó desde el otro lado del estacionamiento, e incluso desde aquí pude ver cómo sus ojos brillaban de afecto.*

*Nunca me cansaba de verla al final del día. Aunque a veces fueran cinco minutos, me tranquilizaba. Disfrutaba de ese tiempo de calidad. Corrió hacia mí y la atrapé mientras saltaba a mis brazos.*

*Sí, esto jamás me cansaría.*

*Me rodeó la cintura con las piernas y nos giré mientras mis labios encontraban los suyos. Gimió contra mi boca y su cuerpo se movió contra el mío mientras la besaba, tomándome mi tiempo y saboreando cada beso. Al final la dejé en el suelo, felizmente aturdida.*

*—Súbete —pedí mientras le entregaba el casco y me colocaba a horcajadas en el asiento de cuero. Se colocó detrás de mí y me rodeó la cintura con los brazos. Aceleré el motor y se pegó a mí, sus suaves curvas se amoldaron a mi fuerte espalda. Me encantaba llevarla de paseo, con nada más que el viento en el cabello y el sol en la cara, conectábamos a otro nivel.*

*Siempre tomaba el camino largo hasta mi cabaña cuando iba en moto, así que cuando por fin nos detuvimos, tuve que darle unos ligeros golpecitos en la mano para asegurarme de que no se había quedado dormida atada a mí como un koala.*

*Cuando me estacioné, bajó de un salto y estiró las piernas, contemplando la cabaña y sus alrededores con expresión de asombro.*

*La observé con mi propio asombro antes de no poder soportar más la falta de proximidad. Acorté la distancia que nos separaba y levanté su cuerpo ágil, echándomela por encima del hombro y apretando sus nalgas. Chilló y se rio mientras intentaba zafarse, y mis labios se curvaron en una amplia sonrisa.*

*—Te amo, mi Nix —murmuré contra sus labios. Habíamos deshecho las maletas y estábamos explorando nuestros cuerpos en el dormitorio principal, con el fuego rugiendo y el edredón de terciopelo bajo nuestros pies. Me aparté un poco, estudiando sus rasgos suaves, y señé:*

*—Te amo. —Nunca me cansaría de decir esas dos palabritas.*

*Acababa de empezar a aprender ASL y solo sabía decir un puñado de palabras, pero tenía intención de remediarlo. Lo aprendería de atrás hacia delante.*

*—También te amo. —Señó Phoenix, y luego capturó mi labio inferior entre sus dientes.*

*Me enredó las manos en el cabello y me agarró con fuerza, su tacto posesivo mientras profundizaba nuestro beso. Sus manos pronto se deslizaron bajo mi camiseta. No sabía si íbamos en cámara rápida o lenta, lo único que sabía era que la necesitaba.*

*Pasaríamos el resto de nuestras vidas juntos, así que podría esperar el tiempo que ella necesitara. Construiríamos unos cimientos sólidos y los dos no nos pareceríamos en nada a nuestros jodidos padres.*

*Aparté los labios de mala gana y dejé caer la frente sobre la suya, con la respiración agitada.*

*—Ponte cómoda —declaré—. Voy a darme una ducha rápida.*

*Una fría, porque mi miembro estaba duro como el acero.*

*Asintió, sonriendo suavemente, y le di un beso más en los labios antes de desaparecer en el*

*cuarto de baño.*

*Mi polla palpitaba dolorosamente, exigiendo que la tomara. Nunca había deseado a una mujer como la deseaba a ella. Sí, podía apreciar el cuerpo de una mujer, pero la idea de llegar hasta el final sin una conexión emocional más profunda siempre me dejaba un mal sabor de boca, así que nunca lo había hecho. Y sabía que Phoenix nunca se había entregado plenamente a un hombre, lo que significaba que era más importante que cualquier otra cosa que lo hiciera bien.*

*Con ella, no podía pensar en otra cosa. Así que me aseguré de que nos tomáramos nuestro tiempo, despacio y experimentando cada parte de nuestra relación. No fue fácil esperar, no obstante, al final valdría la pena. Phoenix se merecía romance, llevarla a citas. Se merecía el mundo.*

*Cerré los ojos y nos recordé a los dos en el campo de dientes de león, imágenes de su hermosa sonrisa y sus grandes ojos azules. Sus labios sobre los míos mientras su suave cuerpo se empujaba contra el mío. La forma en que se movía contra mí. Se sentía tan bien.*

*Y los ruiditos que hacía. ¡Maldición!*

*Empuñé mi longitud y empecé a subir y bajar cuando se abrió la puerta del baño y me quedé inmóvil, con la mano alrededor de mi verga.*

*Phoenix se puso a mi lado, sus ojos recorrieron mi cuerpo desnudo y sus labios se curvaron en una sonrisa juguetona.*

*—¿Puedo ayudarte con eso? —Curioseó, lamiéndose el labio inferior mientras miraba mi mano empuñándome el miembro.*

*Antes de que pudiera encontrar las palabras, se había quitado la ropa y se metía en la ducha. Por su expresión, me di cuenta de que estaba nerviosa, pero su toque fue seguro cuando apoyó las manos en mi pecho.*

*Me sonrió y se me aceleró el corazón. Inhaló profundamente y luego eliminó todo el espacio que había entre nosotros hasta que ni siquiera el agua de la ducha pudo colarse. La rodeé con los brazos, la atraje hacia mí y apreté mi polla contra su vientre. Dios, hasta eso se sentía increíble.*

*La chica de mis sueños estaba delante de mí, mojada y desnuda, con los pechos brillantes y los ojos ansiosos. Era tan hermosa; no tenía ni idea del poder que ejercía sobre mí.*

*Nos di la vuelta y apreté su espalda contra el azulejo. Vi cómo se le ponía la piel de gallina mientras el vapor de la ducha creaba un halo alrededor de su cabeza.*

*La agarré por las muñecas y se las sujeté por encima de la cabeza, besándola desde la oreja hasta el cuello mientras se empujaba contra mí. Ignorando mi longitud palpitante, tomé jabón y me lo froté en las manos. Luego le pasé los dedos por el cuello, por la clavícula y por encima de los pechos. Se arqueó instintivamente hacia mí y sonreí mientras bajaba las manos y le acariciaba los senos.*

*—¡Eres impresionante! —Elogió, bajando las manos y recorriéndome el torso, el pecho y los bíceps. Le gustaba explorar mi cuerpo y sus caricias me hacían revivir.*

La escena en mi cabeza se cerró de golpe y volví al presente, de nuevo en el castillo. Me palpitaban las sienes y abría y cerraba la boca sin hacer ruido mientras rogaba a mi mente que me llevara de vuelta a aquel lugar de consuelo. En lugar de eso, justo cuando estaba a punto de extender una mano para buscar el cuerpo cálido que sabía que yacía a mi lado, mi visión se nubló y me vi arrastrado de nuevo a otro recuerdo.

*Las baldosas limpias fueron sustituidas por paredes empapadas de sangre. Mis pulmones volcaron.*

*Siempre había pensado que la tortura de mi padre era lo peor que me podía ofrecer la vida. Ya no era así. Estaba en el infierno, y esta vez estaba solo. Podría gritar hasta que mis pulmones se pusieran en carne viva, mas sabía que Amon no vendría en mi ayuda.*

*La sangre cubría cada centímetro de mi prisión, como una escena grotesca sacada de una película de terror.*

*No obstante, esa no era la parte que me daba arcadas. Era el olor a carne quemada. Bajé la vista para evaluar los daños y empecé a catalogar los cortes y las rajadas que me habían hecho en el torso, aún sensibles horas después. Era parte de mi rutina, lo único que me ataba a la realidad. La piel de la espalda protestaba por los azotes que me habían dado el día anterior, pero no podía darme la vuelta, tenía las muñecas y los tobillos atados.*

*Las horas se convirtieron en días. Los días se convirtieron en semanas.*

*Una chica joven, quizás en los últimos años de su adolescencia, estaba de pie junto a mi cama, temblando como una hoja. Tenía el tono equivocado de cabello castaño y ojos azules. No había deseado esto más que yo, pero había visto de primera mano lo que les ocurría a las mujeres que no lo obedecían. Y aunque luchaba contra ello, odiando que me tocaran, no podía ver cómo otra mujer era mutilada hasta la muerte por perros en lo que era una de las sádicas técnicas de tortura de Perez.*

*Perez Cortes pagaría por esto. Algún día. De alguna manera.*

*Escudriñé los alrededores y encontré a mi captor, sus ojos negros sin fondo eran la esencia misma de mis pesadillas. No había ni una pizca de alma tras esa mirada.*

*—Hora de tu próxima lección, Leone. —Ronroneó como un gato y sonrió como una serpiente —. Debo admitir. No me di cuenta de que sería tan difícil doblegarte, pero tenemos tiempo. Tu padre ni siquiera intenta salvarte, sentado en ese castillo como un rey sin corona. ¿Sabes por qué? —Apreté los dientes, negándome a entablar conversación con el desgraciado. No es que funcionara—. Te diré por qué. Cree que no vales nada.*

*—Dime algo que no sepa. —Tosí—. Sigue con tu mierda enferma o cállate la boca.*

*El dolor de mi cuerpo era agonizante. Ansiaba el olvido. Al menos así mi mente se apagaría y el dolor sería algo soportable.*

*No me di cuenta de que el guardia estaba detrás de mí hasta que fue demasiado tarde. No es que hubiera podido hacer nada para bloquear su golpe de todos modos.*

*Vi cómo el bate metálico brillaba bajo la luz fluorescente mientras se estrellaba contra mi cráneo y el dolor se disparaba a través de mí, más allá del punto de retorno.*

*Entonces... el mundo se volvió negro, arrastrándome hacia la oscuridad, llevándose mis recuerdos con él.*

Me desperté sobresaltado, con la transpiración pegada a la piel, y sentí que mis extremidades rígidas se tensaban y contraían. Casi como si estuviera de nuevo en aquella celda. No en la de mi padre, sino en la que recordaba como mi infierno personal.

Mientras obligaba a mi cuerpo y a mi mente a calmarse, inhalando y exhalando profundamente por la nariz como me había enseñado la doctora Freud, pude ver la luz de la luna llena reflejándose en la piel pálida. *Phoenix.*

Todos los recuerdos que había guardado bajo llave volvieron de repente y sentí que la cabeza me iba a estallar. *Sentí* que los recuerdos volvían, los sentí mientras me ardían las cicatrices. Cuando mi corazón latía con fuerza y mis músculos se convulsionaban. Los sentí cuando el olor a carne quemada volvió a llenar mis sentidos. Dolor. Terror. No podía distinguir entre lo que era real y lo que era un fragmento de mi mente inconsciente, pero para mi horror en el fondo sabía que eran la misma cosa. *Todo era real*.

Estaba congelado en la cama, el única ancla era la respiración constante de Phoenix mientras dormía, inconsciente de lo que me estaba pasando, de lo roto y jodido que estaba realmente.

Los días y semanas en cautiverio. Tortura. El dolor. Tanto físico como mental. No obstante, también estaban los otros, más ligeros. Recuerdos de Phoenix y yo bailando en campos abiertos, los dos en la cabaña. De ella hablándome del bebé.

Prometí que cuidaría de ellos. Y entonces... *¡Mierda!*

Cuando me desperté en el hospital, recordé que sentía como si me hubieran robado algo. Durante días y semanas después, no pude tener respiro mientras buscaba recuerdos que aparecían en blanco. Hasta ese momento.

Y por fin comprendí lo que había perdido en aquella jaula de la selva. La persona más importante de mi vida.

Phoenix y Skye eran mías. Siempre habían sido mías.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

## PHOENIX



No podía quitarme de encima el sentimiento de culpa por haberle mentido diciendo que tenía amnesia. No se me escapaba la ironía de todo aquello. En realidad, tenía amnesia y, sin saberlo, la utilicé para vengarme de él. Debería confesarlo, pero no quería arruinar el momento.

Gemí para mis adentros: *«De todos los malditos escenarios y mentiras, ¿por qué se me había ocurrido la amnesia?»*.

Dante levantó la cabeza, sintiendo mi vista sobre él, y sus ojos ardían de calor. Y de nuevo esa mirada. Me la había estado lanzando desde que nos despertamos. Había estado raro durante todo el vuelo, estudiándome con un perezoso movimiento de labios. Casi como si supiera algo.

Y luego estaban las miradas reverentes que le lanzaba a Skye, llenas de emociones que me hacían doler el pecho. Los dos se pasaron todo el vuelo en la cabina, dándoles lata a los pilotos de Dante, poniéndose *geek* y haciendo un millón de preguntas, Skye señalando cada botón de control del piloto y señando: *¿Y ese?* y *¿puedo pulsar este?*, a lo que Dante traducía pacientemente.

De algún modo, en cuestión de días, Skye se convirtió en la compañera de Dante. Si él afirmaba que el cielo era púrpura, ella lo apoyaba plenamente, sin discusiones. *«Porque eso es lo que hace la familia»*, me había dicho.

Dante no me había vuelto a preguntar por el nombre del padre biológico de Skye. No había hecho más preguntas. Yo, en cambio, tenía muchas. Aunque fingí esa estúpida amnesia y lo empeoré todo, así que en realidad no podía preguntar nada.

—Mi hogar lejos de casa —declaró Dante cuando Cesar se detuvo frente a la cabaña, y los recuerdos me abrieron el corazón de inmediato. Este lugar fue la última vez que fui feliz, que estuve en paz. La última vez que ambos fuimos inocentes.

Sentía la parte trasera de la garganta como papel de lija. La cabaña era exactamente como la recordaba. Exactamente como en mis sueños. Se sentía surrealista estar aquí.

El coche se detuvo y Skye salió disparada antes de que ninguno de los dos pudiéramos decir algo.

—Le mostraré el lugar. —Ofreció Cesar.

Me invadió una extraña sensación de nostalgia. Este lugar se sintió como un refugio seguro hace cinco años. ¿Podría volver a sentirse así?

Dante me ayudó a salir del vehículo, con su mano en la mía, y juntos caminamos hacia la cabaña, con el corazón en la garganta. Entramos y me quedé sin aliento ante la avalancha de recuerdos. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero enseguida las disimulé.

No podía derrumbarme delante de Dante.

Sus manos llegaron a mis hombros y me dio la vuelta, obligándome a mirarlo.

—Estás alterada —afirmó. Siempre había sido tan perspicaz, incluso desde el principio—. ¿Quieres decirme por qué?

Tragué saliva, negando con la cabeza. Me convertía en una cobarde, pero ¿cómo iba a decirle que hace cinco años era mío? Hace cinco años, íbamos a formar una familia juntos, y entonces *él* desapareció. Creí que nos había abandonado, mas en ese momento sabía que lo habían secuestrado y torturado.

Debería haber tenido más fe en él.

Dante me tomó la cara y me clavó la mirada.

—Te recuerdo. A ti. A mí. Esta cabaña. *Lo recuerdo*, Nix —dijo mientras lo observaba con los ojos muy abiertos, segura de que mi mente me engañaba o de que lo estaba malinterpretando —. Aquel último día en que me contaste lo del embarazo. Se suponía que a partir de ese momento íbamos a bailar los tres juntos por la vida.

Me agarró con más fuerza y mi cuerpo casi se derrumbó mientras luchaba contra las lágrimas, pero perdí. Fue una lágrima, luego dos, antes de que perdiera la cuenta y me convirtiera en un desastre de sollozos.

—*No lo olvidé.* —Admití. Sus manos se apartaron de mi rostro y el miedo se apoderó de mi garganta—. *Siento haber fingido amnesia. Me enfadé mucho cuando no volviste. Luego, cuando volví a encontrarme contigo, estaba tan amargada y enojada. Pensé que fingías no recordar nuestro tiempo juntos. Lo siento mucho, Dante. Siento no haber dicho nada. Mi orgullo me hizo estúpida y ciega. Lo siento mucho por todo.* —La fuerza de mis sollozos sacudió mi cuerpo, aterrorizada de que me odiara. Aterrorizada de que me dejara—. *Por favor, no...*

Mis rodillas cedieron, pero me atrapó, sujetándome mientras cinco años de angustia y dolor rompían el dique.

—*Dandelion*, termina esa frase —pronunció lentamente.

—*No me odies. No odies a Skye. ¡Por favor!* —Supliqué. Intenté con todas mis fuerzas mantener la compostura, no obstante, el miedo a perderlo de nuevo y lo que eso significaría cuando se tratara de nuestra hija me destrozó el corazón.

—Escúchame, Nix. El *odio* y *tú* nunca estarán en la misma frase cuando se trate de mi vocabulario. —Me frotó suavemente la espalda mientras temblaba—. Siento no haber estado ahí para ti. Para Skye.

—*¿Lo sabes*?

—Es nuestra —afirmó convencido—. Lo recuerdo. Te fallé, pero no volveré a hacerlo. Todavía tenemos muchos años por delante, y haremos lo correcto por ella. —Me secó las lágrimas y apoyó su frente en la mía—. Tengo tantos errores que corregir.

—*¿Me perdonas por ser tan mala contigo? Perdiste la memoria y te disparé. Te rocié con gas pimienta. Jesucristo, en todo momento, fui más y más mala contigo.*

—No hay mal que puedas hacer que no perdonaría. Necesito ganarme tu perdón.

No lo merecía, sin embargo, pasaría el resto de mi vida compensándolo.

—¿Me perdonas, *Dandelion*?

—*No hay nada que perdonar.* —Entonces negué con la cabeza, rodeé su cuello con los brazos y apreté mis labios contra los suyos. Al separarme, me encontré con su mirada—. *La secuestré, Dante.* —Señé mi admisión—. *La adoptaron Sasha y Branka Nikolaev. Vendrán por ella y nos matarán*.

Se lo conté todo. Desde el momento en que la abuela me la arrebató hasta lo que hice en New Orleans. No había conmoción en sus ojos. Ni juicio.

Solo el viejo Dante que recordaba. El de antes.

## DANTE

Nunca había querido nada más que a ella y a nuestra bebé.

Hacía cinco años me lo arrebataron. En ese momento, maldición, no dejaría que eso ocurriera. Aunque todavía un poco confusas, las piezas del rompecabezas estaban por fin en su sitio, en mi mente y en mi vida. No volvería a dejar que nada se interpusiera en mi camino.

No los Nikolaev. Ni el mismísimo diablo.

En el vestíbulo de la cabaña, escuché a Phoenix contarlo todo. Su angustia. Su terror. No la interrumpí hasta que terminó, con el cuerpo agitado por la fuerza de sus sollozos.

—*Lo siento mucho. Mi abuela plantó la semilla, y creí que nos habías dejado y que no querías la responsabilidad. Y cuando te volví a ver, te alejé. Una y otra vez. Dios mío. Dante... te disparé.* —Se llevó la mano a la boca, sofocando sus sollozos.

—No pasa nada.

Sacudió la cabeza y tuve que luchar para contener mis propias emociones. Verla llorar así me destrozaba. Me miró y luego señó frenéticamente:

—*¿Cómo puedes decir que está bien? No lo está*.

—Lo único que importa es que estás conmigo. Tú y Skye. Lo arreglaré todo.

Sus hombros se desplomaron por un momento antes de que una nueva inyección de determinación la llenara. Tenía que ser la mujer más fuerte que conocía.

—*Debería ayudarte*.

—Déjame elaborar un plan y podemos partir de ahí.

Asintió, le tomé la cara y le sequé las lágrimas antes de apretar mis labios contra los suyos. Esta vez fue diferente. Estaba lleno de promesas y disculpas. Estaba lleno de amor.

—*Te amo tanto.* —Dijo articulando con la boca.

Era lo único que quería escuchar. Un gemido desesperado vibró en mi pecho y enredé la mano entre sus rizos, apretándolos para acercarla más a mí. Profundicé el beso, necesitándola con una urgencia nunca vista. Cinco años de soledad me habían alcanzado.

El sonido de la puerta al abrirse me separó de ella, y ambos nos giramos para encontrar a Cesar y Skye allí de pie.

—¿Por fin lo resolvieron? —preguntó Cesar, y entrecerré los ojos hacia mi mano derecha—. Lo descubrí cuando las trajiste al castillo.

—¿Sabías que tuve algo con ella hace cinco años? —gruñí.

Cesar negó con la cabeza.

—Sabía que tuviste algo con *alguien*. No sabía con quién. No fue hasta que vi a Skye que me di cuenta.

Los ojos de Skye pasaron de su madre a mí, luego a Cesar y luego volvieron a mí. Me agaché y la llamé. El hecho de que corriera hacia mí sin dudarlo me hizo llorar como un bebé.

Dios mío, ¿qué me estaba pasando?

—*Eres mi Papà, ¿verdad*? —Señó, con los ojos llenos de esperanza.

Asentí y se me hizo un nudo en la garganta.

—Soy tu *Papà*. —Me temblaba la voz y también las manos.

Phoenix se tomó el labio inferior entre los dientes, intentando mantenerse fuerte. Perdí aquella batalla. Tiré de Skye hacia mis brazos y la abracé con fuerza mientras el pecho se me retorcía de recuerdos. Me temblaban las manos al apartar el cabello de la frente de mi hija, con la

atención dividida entre mi mujer y ella.

Las había vuelto a encontrar, en más de un sentido. Cinco años perdidos.

Nuestro comienzo fue una serie de *incertidumbres*, pero nuestro final no lo sería. No lo permitiría.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

# PHOENIX



Skye estaba metida en la cama mientras Dante, Cesar y yo estábamos sentados frente a la chimenea. Se sentaron a ambos lados de mí, con la mano de Dante en mi muslo. Desde que había recuperado la memoria, necesitaba tocarme constantemente. Casi como si necesitara asegurarse de que todo esto era real.

Había pasado una semana desde que llegamos a la cabaña. Amon había sido nombrado como cabeza de la familia Romero y, para mi sorpresa, también era mi hermanastro. Eso no me había conmocionado tanto como saber que Reina había sido capturada y torturada por el mismo hombre que Dante. Y no estuve allí para ella.

Tenía que ser la peor hermana que haya pisado esta tierra.

—Está mejor —aseguró Dante—. Si no lo estuviera, no me habría enviado todos esos mensajes cuando le dije que nos habíamos fugado para casarnos. Créeme, encontró su espíritu de guerrera.

Tenía razón. Bajo su personalidad alegre y sus amplias sonrisas, siempre había sido una luchadora.

—*Debería haber estado ahí para ella.*

Cesar sonrió y habló despacio para que pudiera leerle los labios.

—Necesitas un respiro. Concéntrate en tu hija y en este imbécil.

Me reí mientras Dante le entrecerraba los ojos. Era agradable reírse. Llevarnos unos a otros a través de nuestras dolorosas experiencias desde que Dante recuperó sus recuerdos había sido agotador, tanto mental como emocionalmente. Si no fuera porque Skye nos entretenía y Cesar no la perdía de vista, y de vez en cuando se burlaba de nosotros, la tensión habría sido demasiado pesada. No estaba segura de cuánto tiempo podríamos ignorar la amenaza de los Nikolaev, pero esta semana había sido magnífica.

Me alegré de que Dante hubiera insistido en que nos quedáramos aquí a pesar de la amenaza. Los días eran casi normales. Nos levantábamos, desayunábamos juntos, dábamos largos y perezosos paseos en coche hasta los viñedos de Dante. Skye y él caminaban de la mano por las hileras de uvas y le hablaba del proceso de elaboración del vino. Era cómico y muy dulce. Las tardes las pasábamos explorando los bosques que rodeaban la cabaña y luego nos metíamos todos en la cocina, incluido Cesar, que decía que no se le daban bien los cuchillos, y preparábamos la cena.

Era mágico. Hasta que inevitablemente alguien mencionaba a los Nikolaev.

—Tienes que llamar a las fuerzas —sugirió Cesar, intentando razonar de nuevo con Dante.

Mi felicidad se desvaneció un poco ante el intercambio y traté de concentrarme en el fuego crepitante y en lo adormilada que me estaba dejando el calor radiante.

—*¿No deberíamos llevarlos a los tribunales?* —Volví a sugerir, y ambos me lanzaron una mirada irónica—. *Bueno, tenemos argumentos. Nunca firmé los papeles y tenía más de dieciocho años*.

—¿Te parecería bien mandar a tu abuela a la cárcel? —preguntó Cesar con curiosidad.

—*Para conservar a Skye, absolutamente*. —Mis palabras eran malas, pero ya estaban al descubierto y no había forma de retractarse. Cesar y Dante se tensaron, sus rostros se endurecieron—. *¿Creen que debería perdonarla?* —Cesar abrió la boca para decir algo, mas Dante lo fulminó con la mirada—. *¿Qué?*

Cesar evitó verme, así que fulminé a Dante con la mirada.

—No es nada importante. —La forma en que el cuerpo de Cesar se estremeció me dijo que lo era.

—*Si no es importante, dímelo.* —Señé, agitada.

—No vinimos aquí a arruinar nuestro tiempo. —Los músculos de Dante se tensaron hasta el punto de estallar.

—*Tienes razón.* —Afirmé—. *Pero tampoco hemos venido aquí a esconder la cabeza en la arena*.

Cesar asintió.

—Será mejor que se lo digas.

—*Sí, ¡dímelo!* —Exigí.

Dante se frotó la nuca y murmuró algo en voz baja. Imaginé que eran palabras muy coloridas.

—Encontramos una nota en la caja fuerte de tu abuela —confesó por fin. Fruncí el ceño, observándolo y esperando una explicación—. Era de ella para mi padre. Estaba fechada justo antes del secuestro.

Tragué saliva.

—*¿Crees que podría haber tenido algo que ver con tu secuestro?*

Quería creer que mi abuela no era capaz de algo tan siniestro, pero después de presenciar su escrutinio de mi mamá y la forma en que manipuló el sistema para deshacerse de mi bebé, ya no estaba segura de qué creer.

—Así lo parece —confirmó Cesar con expresión sombría.

La decepción y la rabia me oprimían el corazón. Con la garganta espesa, forcé todas mis emociones hacia abajo y me encontré con los ojos de mi esposo.

—*Vamos a preguntarle, entonces.*



Dante tardó unos veinte minutos en redirigir nuestra dirección IP para que nadie pudiera rastrearla. *No imposible,* aseguró. Solo muy difícil.

Marqué el número de mi abuela y esperé a que se conectara la señal. Sonó y sonó, y cuando estaba a punto de colgar, apareció su cara. Sus ojos se abrieron de par en par al verme. Seguramente esperaba no volver a saber de mí.

—¿Está todo bien? —Parecía angustiada. Preocupada incluso.

Pasé directamente al modo de ataque.

—*¿Organizaste el secuestro de Dante Leone?* —Su expresión se congeló y supe que tenía la respuesta. Estaba escrito en sus ojos y en cada línea de su cara. Nos traicionó. Nos costó cinco años—. *¿Cómo pudiste?*

—Fue por tu propio bien. —Sus ojos brillaron, pero no confié en sus lágrimas. Era una actriz hasta lo más profundo de su ser.

—*¿Cómo sabías que era él? ¿Que era el padre de mi bebé?* —Pregunté—. *Nunca te di su nombre.* —No contestó, y la furia dentro de mi pecho se multiplicó por diez—. *Dímelo. O te juro por Dios que no te quedará familia cuando acabe contigo*.

—Hice que te siguieran.

Sentí que los cuerpos de Cesar y Dante se tensaban a mi lado, aunque toda mi atención estaba puesta en el rostro de mi abuela. No quería que se me escapara ni un solo destello de emoción.

—*Iba a cuidar de mí. ¿Cómo pudiste traicionarme así? ¿A él? ¿Nuestra hija no nacida?*

El dolor de mi pecho se hizo insoportable.

—Le prometí a tu madre que te cuidaría. Probablemente esté revolcándose en su tumba ahora mismo viendo a sus dos hijas casadas con mafiosos.

—*¿Así que mandaste a que lo torturaran?* —Estaba furiosa, y el zumbido en mi cerebro se hacía más fuerte cada segundo.

—Su padre *violó a* tu madre. ¿Acaso eso no cuenta?

Quería gritar. Necesitaba sacar esta rabia mientras nos mirábamos fijamente.

—*Los pecados de su padre no son suyos.* —Sacudí la cabeza con decepción—. *No te acerques a mi familia o...*

Mis palabras se cortaron cuando un estruendo sacudió el suelo. Un cuerpo se abalanzó sobre mí, aplastándome contra el suelo. El teléfono quedó olvidado mientras estallaba el caos. Me encontré con los ojos de mi marido e intercambiamos miradas llenas de promesas antes de que echara mano a su pistola y empezara a disparar.

—*Skye.* —No estaba segura de si el nombre de mi hija era un grito o un pensamiento. Todo lo que sabía era que tenía que llegar a ella. No podía perderla. No otra vez.

Cesar se había arrastrado hasta la ventana y disparaba desde fuera a un enemigo invisible. Disparó sin parar hasta que no le quedaron balas.

Los tres nos miramos y soltamos largos suspiros. Era el momento. Nuestro final feliz se truncaba de nuevo.

La historia se repetía.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

# DANTE



Cesar y yo disparamos nuestras armas y, por lo que parecía, estábamos abatiendo hombres, pero también nos superaban en número y no estábamos preparados. La diversión empezó de verdad cuando nos quedamos sin munición. Vasili, Alexei y Sasha Nikolaev estaban en la puerta.

—Agarra a Skye y corre —le ordené a Nix.

—*No voy a dejarte.* —Mujer testaruda. Sabía que no tenía sentido discutir con ella. La empujé detrás de mí y saqué mi cuchillo justo cuando vi que Cesar hacía lo mismo. Corrimos hacia los tres hombres. Sasha fue tras de mí, Alexei tras Cesar. Vasili se limitó a apoyarse en la puerta y observar. Suponía que el desgraciado no quería ensuciarse las manos.

—Voy a acabar contigo y con tu mujer.

Sonreí salvajemente.

—Puedes intentarlo, Nikolaev. Pero no creas que no te haré caer conmigo.

Sasha intentó clavar su cuchillo y lo bloqueé con el mío. Uno de los hombres de Nikolaev apareció de la nada y se abalanzó sobre mi estómago, pero lo esquivé. A cambio, le clavé el cuchillo en el muslo.

Cayó con un grito e intentó levantarse, pero Nix estaba justo detrás de él, golpeándolo con un jarrón contra el cráneo.

—¡Esa es mi mujer! —exclamé con orgullo.

—Es una secuestradora —siseó Sasha.

Cesar parecía esforzarse por mantener a raya a Alexei, aunque no podía culparlo. En la calle se decía que Alexei Nikolaev había crecido luchando para sobrevivir, así que luchaba sucio.

Mi mano derecha cayó con un grito de guerra, luchando con todo lo que tenía, mas finalmente Alexei lo atrapó por detrás, con un brazo alrededor de su garganta.

Sasha saltó hacia delante, pero volví a esquivarlo, dándole un corte en la muñeca para que soltara el cuchillo. El maldito idiota se negaba. Sospechaba que se aferraría al cuchillo, aunque tuviera los dedos rotos y los brazos llenos de agujeros de bala.

En un movimiento rápido, me di la vuelta y lo estrangulé. Ahora estábamos frente a frente a Alexei y Cesar, los cuatro respirando agitadamente y murmurando maldiciones. Sasha gruñó, pero se negó a soltar el cuchillo. Forcejeó como un loco hasta que perdimos el equilibrio. Aterrizamos en el suelo, yo encima de él. Escombros y cristales rotos por todas partes.

Nix jadeó, aunque seguí concentrado en Sasha, manteniendo a Alexei en mi visión periférica.

—*Papà*. —Apenas fue un susurro, pero todos nos quedamos paralizados. Mis ojos encontraron a mi hija, Nix ya corría hacia ella. La levantó y la apartó de los hombres Nikolaev, usando su propio cuerpo como escudo.

—¿Por qué mi hija te llama *Papà*? —Sasha gruñó como un loco.

—Porque es *mi* hija.

Empezó a pelear conmigo otra vez.

—No, no lo es. Es mía.

—¡Paaaaaren! —El llanto de Nix nos sobresaltó a todos.

—Chicos, tal vez quieran escucharla por ahora. La niña no necesita ver esta mierda. —Al menos Vasili Nikolaev tenía algo de sentido común.

—*¿Qué pasa, mamá*? —Skye señó, con las manos temblorosas, y se me retorció el corazón. Se suponía que no debía presenciar esto, y mucho menos quedar atrapada en el fuego cruzado—. *¿Por qué Sasha está golpeando a Papà?*

Sasha y yo dimos un respingo y nos separamos de mala gana, aún dispuestos a atacar.

Nix sonrió temblorosamente.

—*Están jugando pesado. Los chicos hacen eso a veces cuando se sienten tontos*.

A juzgar por la mirada de sus ojos zafiro, Skye no le creía. Entonces las luces se apagaron y la oscuridad cayó sobre nosotros. Mi teléfono empezó a pitar, indicando que el sistema de control central había sido penetrado.

Mis ojos tardaron unos segundos en adaptarse. La luz de la luna entraba por las ventanas y pronto aparecieron más siluetas a la distancia.

—¿Esperas más hombres? —pregunté, mirando fijamente la sombra oscura a mi izquierda.

—No son nuestros —siseó Vasili.

—Vamos —declaré—. Lucharé contigo más tarde, pero dejemos una cosa clara, no me quitarás a mi hija.

—Es *mi* hija.

—Cállense de una maldita vez, los dos. —No estaba seguro de si había sido Alexei o Vasili quien había gruñido esas palabras, mas hicimos lo que se nos ordenó. Susurré instrucciones a los hombres, diciéndoles que me siguieran mientras trazaba el plano de la cabaña.

Cuando por fin salimos, nos agazapamos detrás de unos arbustos bajos. Vasili señaló la esquina izquierda del bosque, donde había cinco hombres armados. Se escondían detrás de una enorme roca que llevaba años queriendo quitar por esta misma razón. A Skye le encantaba jugar en ella desde que llegamos, así que había caído al final de mi lista de prioridades.

Levantamos nuestras armas y disparamos.

—Dante, es mejor que estés vivo, hijo de puta, o Reina tendrá mis pelotas.

Me quedé helado.

—¿Amon?

—¿Quién demonios más vendría a salvarte el trasero?

Cesar y yo fuimos rápidos de reflejos. Ambos nos giramos y apuntamos con nuestras armas a los hermanos Nikolaev.

—Bueno, esta ha sido la puñalada por la espalda más rápida que he recibido en mi vida —soltó Alexei, con un tono gélido y molesto.

—Lo mismo digo.

—¿Qué otra cosa se puede esperar de los italianos? —intervino Sasha, apuntándome con su pistola.

Mi hermano tenía rodeados a los hombres Nikolaev. Les mostró a todos una sonrisa.

—Caballeros.

—¡Vete a la mierda! —Sasha reviró sin expresión.

—Curioso, estaba pensando lo mismo. Considerando que estás en la propiedad de mi

hermano. —Amon dio unos pasos más y, para mi sorpresa, Luca DiMauro y Aiden estaban a su lado.

—¡Se llevó a mi hija! —gritó Sasha, claramente harto—. ¿Y se ponen del lado de este desgraciado?

—Tenía una deuda que saldar —explicó Luca, con las manos despreocupadamente en los bolsillos—. Aiden también. Es una especie de mierda de dos por uno.

Amon ayudó a la esposa de Luca hace varios años, y parece que desperdició su favor conmigo. Jesucristo, le debía mucho a mi hermano por el resto de mis días.

—Así es. Es una mierda. —Sasha lo fulminó con la mirada—. No me pidas que te salve el trasero nunca más.

Luca se encogió de hombros.

—Una deuda es una deuda.

Una pequeña sombra apareció detrás de mí y, a juzgar por las expresiones de los hombres, supe de quién se trataba.

Nix vino a ponerse a mi lado, con los brazos de Skye rodeándole el cuello y la cara hundida en el cabello de su madre.

—Baja el arma, Dante. —La voz que casi nunca dejaba oír atravesó mi corazón y me dijo exactamente lo asustada que estaba. Prefería que la oyeran extraños antes que bajar a Skye y señar. No me moví. No podía dejar que les pasara algo. Acortó la distancia entre nosotros y me entregó a mi hija—. Sostenla.

Una vez que mis brazos estuvieron llenos, los ojos de Nix encontraron a Amon y luego se lanzaron detrás de él.

—*¿Está mi hermana aquí?*

Sacudió la cabeza.

—No, pensé que probablemente era mejor que no presenciara esto.

Tragó saliva.

—*No voy a entregar a Skye para mantener ningún tipo de paz. Es mi hija*.

—Ya la diste una vez —espetó Sasha.

—Sasha, ve con cuidado —advirtió Vasili—. Acordamos que escucharíamos sus razones.

—Estuviste de acuerdo —gruñó entre dientes—. Quiero matarlos y llevarme a mi hija a casa.

—No la dio en adopción —interrumpí sus discusiones. Alexei no pareció decir gran cosa—. Y yo tampoco. —Se hizo el silencio, junto con su confusión—. Phoenix nunca firmó los papeles de adopción. Su abuela tomó el control de la situación y manipuló a Phoenix cuando apenas tenía dieciocho años.

—¿Por qué no reclamaste a tu hija antes? —cuestionó Vasili, volviéndose hacia mí.

—Hace cinco años, me secuestraron. Salí de eso con amnesia. Durante un tiempo, no recordaba nada. Los recuerdos fueron llegando poco a poco, aunque nunca estos. No hasta hace una semana.

—Jesucristo.

*Jesucristo* era una expresión correcta para esto. No había forma de que todos saliéramos de este lío con un final feliz.

—A Branka se le partirá el corazón —comentó Vasili.

—*¿Tú crees?* —Sasha gruñó, mirándonos a todos—. Me importa una mierda su historia. Branka y yo adoptamos a Skye. Legalmente, es nuestra.

Levanté la pistola y volví a apuntarle justo cuando me apuntaba con la suya, no obstante, Nix se colocó entre nosotros. Su cabeza se interpuso entre Sasha y yo, su cadera a escasos

centímetros de la mía. Tan cerca que casi podía alcanzarla y protegerla del peligro que suponía un Sasha acorralado.

Lo vio de frente y enderezó los hombros.

—*No hagas esto. Por favor*.

—Dame a Skye y los dejaré vivir —prometió Sasha. Estaba loco si pensaba que nos quitaría a mi hija. Acababa de volver a reunir a nuestra familia, y preferiría morir antes que dejar que alguien me la arrebatara.

Los ojos de Nix se encontraron con los míos.

—*¿Puedes traducirme?* —Me dijo por señas. El ASL de Sasha no debía de ser muy bueno. Asentí, y volvió su atención a Sasha—. *Siento mucho cómo salieron las cosas. De verdad. Debería haberme enfrentado a mi abuela hace cinco años. No lo hice. Debería haberme enfrentado a ella antes de salir del hospital. No lo hice. Pero estoy luchando ahora. Solo hay una cosa que puedo ofrecerte que, con suerte, aliviará parte del dolor.*

Sasha soltó una risita.

—¿Qué? ¿Tienes otro niño por ahí que nos puedas dar? No queremos otro niño. Queremos a Skye.

Skye extendió su manita y tocó la mejilla de Nix.

—*Si quieres que vaya, puedo ir con ellos. No quiero que te hagan daño, Mamma*.

Nix negó con la cabeza, con los labios temblorosos y las emociones claramente grabadas en el rostro.

—Joder, esto está mal —siseó Vasili, aunque no podía saber lo que Skye acababa de comunicarle a su madre—. Sasha, tienes que ser razonable.

—Apóyame, ¡maldita sea! —gruñó Sasha—. Que se jodan. Skye nos conoce a Branka y a mí desde hace mucho más tiempo.

—Está apegada a Nix —argumenté—. A mí. Estaremos siempre agradecidos de que hayas tomado la responsabilidad y la hayas acogido, pero nos pertenece. Si quieres guerra, la tendrás. Si quieres muerte, la tendrás. Sin embargo, mi hija no irá a ninguna parte contigo.

—Esto destruirá a Branka. —Algo doloroso brilló en los ojos de Sasha, y casi pude ver lo último de su determinación abandonar su cuerpo.

—*Puedo tener a tu bebé por ti y por Branka.* —Las palabras señadas por Nix surcaron el aire. Por un momento, o tal vez un tramo de un momento, mi mente se quedó en blanco, negándose a comprender su significado.

Entonces se precipitó hacia delante.

—Ahora sí que voy a matarlo —siseé, con el dedo picándome para apretar el gatillo y volarle el cerebro a ese desgraciado mientras los dos nos mirábamos con odio.

—Inténtalo, italiano —desafió Sasha, apuntándome ya con su pistola—. Nada me daría más placer que volarte los sesos por todo el suelo de este bosque.

—*¡Basta ya!* —Nix agitó la mano, reclamando mi atención mientras el resto de los Nikolaev murmuraban maldiciones también en ruso.

Me encontré con la mirada de mi mujer.

—¡Demonios, no! Si crees que voy a dejar que este ruso hijo de puta...

Nix negó con la cabeza.

—*Así no, Dante. Dios mío. Como vientre de alquiler.* —Se volvió hacia Sasha—. *Cálmense los dos y piénsenlo. Sé que amas a Skye, pero este niño sería tuyo en todos los sentidos. Tuyo y de Branka*.

El susurro de las hojas en el suelo del bosque llenó el silencio. La brisa se levantó e igualó la

tensión mientras todos nos mirábamos fijamente. El plan de Nix era bueno, siempre y cuando ese rubio hijo de puta no la tocara.

—Eso podría... funcionar. —El tono de Sasha estaba lleno de esperanza y reticencia—. No obstante, también tengo una condición. —Me puse rígido, esperando a que continuara—. Queremos mantener a Skye en nuestras vidas. De la manera que sea.

Nix soltó un largo suspiro de alivio y le dedicó una sonrisa que debió de derretirle el hielo del corazón.

—*De acuerdo.* —Extendió la mano.



Con la cabeza de nuestra hija en el regazo de Phoenix, observé cómo los dedos de mi mujer acariciaban el cabello de Skye y sus ojos azules se cerraban con el movimiento. No tardó en dormirse, y los ojos de mi esposa me encontraron.

La preocupación aún persistía en ellos. Los hombres Nikolaev se marcharon tan rápido como habían llegado, dejándonos a Cesar, Amon y a mí, junto con los guardias que recorrían las hectáreas del exterior.

—Gracias por venir —le agradecí mi hermano—. Me has salvado el trasero. Otra vez.

—Siempre —prometió.

—¿Cómo sabías que aparecerían aquí? ¿Que los Nikolaev atacarían?

Me lanzó una sonrisa.

—Hackeé la comunicación de Konstantin. Al parecer, Tatiana tenía muchas cosas que decir sobre el secuestro de Skye.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, esa mujer tiene demasiadas opiniones.

—*¿Está enfadada Tatiana?* —Nix intervino, mordiéndose el labio inferior con preocupación.

—Se le pasará —aseguré, y Amon asintió con la cabeza.

—Lo hará. Y tu solución, aunque poco convencional, salvará nuestras relaciones.

Asintió y bajó los ojos hacia nuestra hija. Jesucristo, nuestra hija.

—Es mía —le admití a Amon—. Las dos.

Me dedicó una sonrisa irónica.

—No me digas, *¿eh?*

Cesar se frotó el cuello.

—Sí, no me digas. No te veía peleando con esos locos hijos de puta solo porque sí.

—Sé cómo puedes pagármelo —dijo Amon de repente y me encontré con su mirada. —Haz que tu esposa se lo explique todo a Reina. Su historia, lo que acaba de pasar ahora, sus planes para el futuro. Supongo que quiere quedarse contigo.

Como si sintiera que hablábamos de ella, Nix levantó los ojos.

—¿Qué dices, Nix? —Articulé con la boca—. ¿Quieres quedarte conmigo?

Asintió.

—*Para siempre*.

Y entonces supe que los tres bailaríamos juntos por la vida.

# CAPÍTULO SESENTA

## DANTE



*Un mes después*

*Tap... tap... tap... tap... tap.*

La doctora Freud me observó con curiosidad mientras golpeaba el reposabrazos con los dedos. El único sonido en aquel espacio silencioso era el *tictac* del reloj.

—Entonces, ¿volvemos a las sesiones de terapia a pedido? —dijo, rompiendo por fin el silencio.

Sonreí.

—Esta será la última.

Ladeó la cabeza y arrugó las cejas.

—¿Por qué?

—Porque encontré lo que me faltaba. Mi esposa y mi hija. —Mi voz se volvió pensativa—. Tenías razón. En cierto modo, estaba bloqueando mis propios recuerdos, protegiéndome del dolor. —La mirada de la doctora Freud se posó en el anillo de mi dedo—. No creí que me quisiera de vuelta después de... —Se me cortó la voz y me aclaré la garganta. Había una delgada línea entre las cosas que debía compartir y las que no—. Una vez que me aceptó, las piezas del rompecabezas encajaron.

Las lagunas mentales y los ataques de ira ya no eran una amenaza. La vida era buena, mejor que nunca. Hacía un mes que habíamos vuelto al *castello,* y cada día las sonrisas de mi familia eran más amplias y brillantes. Eso me decía que estaba haciendo algo bien.

—La misteriosa mujer que ata a tus demonios, *¿eh?*

—La única.

Una sonrisa curvó mis labios al pensar en Nix y en cómo la dejé esta mañana. Desnuda en mi cama. Era el día de celebración de nuestro matrimonio. Reina pidió que Romero tuviera la oportunidad de llevar al menos a una hija al altar. No me entusiasmó, pero Nix estuvo de acuerdo y pude admitir que era lo correcto.

Así que hoy era el día.

—¿Y cuando no está? —preguntó la doctora Freud con curiosidad.

—¿Como ahora? —asintió—. Bueno, nos puse a todos rastreadores, y hasta ahora eso ha ayudado. —Probablemente no era algo que la doctora consideraría saludable, o incluso lógico, pero funcionaba para nosotros. En realidad, había sido idea de Phoenix, que me lo recordó cuando habló del localizador negro que se suponía que era nuestro método de contacto de emergencia. Le fallé entonces, pero nunca más. Nunca hicimos las cosas de la manera normal de

todos modos—. Así que te alegrará saber que tenías razón.

Se rio entre dientes.

—No escucho eso muy a menudo de los hombres. —Movió las piernas y las cruzó—. ¿Cómo te estás adaptando a ser padre?

—Me encanta más cada segundo. —Mi hija me mantenía alerta. No había un solo día igual al anterior. Me alegraban el mundo. Hacía dos días, encontré a mi esposa enseñándole a Skye a tocar el piano. Ayer llegué a casa y me encontré a Phoenix y Skye bailando con la música al máximo volumen, aunque no pudieran oírla. Chillaban y reían, despreocupadas, haciendo vibrar todo el *castello*. Por fin se sentía como en casa.

Dirigí mi mirada hacia ella, un matiz de diversión pasó por sus ojos.

—Tener una familia te sienta bien.

Solté una carcajada.

—Así es —asentí. Y no dejaría que nadie me la quitara.

Me puse en pie y me ajusté las mancuernillas.

—Ahora discúlpeme, doctora, tengo que ir a casarme.

## PHOENIX

—Estoy tan contenta de que vayamos a vivir tan cerca. —Reina sonrió. Parecía lo más feliz que la había visto nunca. También me sentía así. Vino detrás de mí y trabajó los cordones de mi nuevo vestido de novia, diseñado por ella. Cuando terminó, volvió a girarse y me miró—. ¿Eres feliz?

—*Mucho.* —Aseguré. Mis ojos se desviaron hacia la niña de las flores. Mi hija. Ella y Dante se habían convertido en toda mi vida—. *Es todo lo que siempre he querido.*

Suspiró aliviada.

—*Mamá se alegraría mucho por nosotras.* —Sospeché que señaba porque se le atragantarían las palabras en la garganta. No es que las fuera a oír—. *Y tengo una sobrina. No podría ser más feliz. Tenía que ser parte mía, especialmente con su fuerte amor por todo lo rosa.*

Sonreí.

—*Gracias por aceptarla*.

—Siempre —juró—. Siempre te cuidaré la espalda, hermanita.

Se me hizo un nudo en la garganta, pero esta vez de felicidad. Se acabaron la tristeza y las penas.

Skye dio una palmada, tirando de nosotras.

—*Es hora*.

Los rayos de sol se colaban por los vitrales de la iglesia mientras avanzaba por el conocido altar. Sentía las vibraciones de los órganos en cada uno de mis pasos mientras crecían en sincronía con los de mi *Papà*. Agarré el ramo que tenía delante. Los ojos de mis amigas y familiares me observaban, pero solo era consciente de dos pares.

Los de mi hija, que no dejaba de mirar por encima del hombro mientras esparcía dientes de león sobre el suelo de baldosas, y los de mi esposo, que me esperaba en el altar. Lo eran todo para mí.

Mientras Dante me miraba acercarme lentamente, sentí la misma intensidad que la primera vez, con la única diferencia de que ahora estábamos rodeados de nuestros seres queridos. Su mirada transmitía mucho: amor, deseo, *promesas*. Los latidos de mi corazón tropezaban consigo mismos a medida que nos acercábamos. Tres pasos... dos... uno.

*Papà* me observó y levantó el velo, dándome un beso en ambas mejillas. Con una pequeña inclinación de cabeza, colocó mi mano en la de Dante. La felicidad me recorrió las venas en cuanto nuestras pieles se tocaron.

El mismo cura recitó las palabras y las repetí emocionada, sabiendo que no había nada más que quisiera en esta vida que estar con él y con Skye. Cuando llegó el momento del beso, me puse de puntillas y apreté mis labios contra los suyos, besándolo como si fuera nuestra primera vez. Como si fuera la última.

Los invitados aplaudieron y vitorearon con entusiasmo, pero se desvanecieron en el fondo.

—*Te amo.* —Articulé con la boca contra sus labios, y aprovechó para meter la lengua, haciéndome chillar y golpearle el pecho.

Sonrió y retrocedió, entrelazando nuestros dedos mientras caminábamos por el pasillo y cruzábamos el pequeño patio que nos conducía al salón de baile del *castello*.

En cuanto llegamos al vestíbulo, me giré hacia él.

—*Lo hicimos, ahora podemos tener una noche de bodas de nuevo.*

Se rio y se volvió hacia mí, rozándome la mejilla con sus nudillos.

—Todavía no. Tengo una sorpresa para ti.

Skye apareció en ese momento y saltó emocionada, con su vestido rosa claro hinchándose como un globo.

Una sonrisa coqueta se dibujó en mis labios.

—*Dime qué es.* —Mis ojos se desviaron hacia mi hija—. *Por favor*.

Sacudió la cabeza.

—*Sin spoilers*.

La multitud de la iglesia se dirigió al salón de baile y los ojos de todos no tardaron en posarse en nosotros.

Sonrió.

—Ya es hora.

Parpadeé confundida, pero seguí su mirada y la de Skye hacia la banda. Fruncí el ceño, aún sin entender.

Dante hizo un movimiento con los dedos, como si fuera un director de orquesta dando instrucciones a la banda. El guitarrista se inclinó y subió el volumen cada vez más. El suelo vibró. El candelabro tembló y las ventanas también. Las notas retumbaron en mis pies, y sonreí cuando Dante me agarró de la mano, llevándonos a Skye y a mí a la pista de baile.

Y entonces lo vi. El intérprete de lenguaje de señas, señando la letra de la canción. Fruncí el ceño y le lancé una mirada curiosa a Dante, que sonrió.

—Es nuestra canción. *Dandelions* de Ruth B.

Sus ojos se clavaron en los míos con intensidad y empezó a pronunciar las palabras. Miré hacia el intérprete.

*Cuando me estás mirando,*

*Nunca me he sentido tan vivo y libre.*

La letra hizo que mi corazón temblara de alegría sin filtro. Volví a observar a mi esposo y se me paró el corazón, recordando cómo bailamos hace cinco años en el campo de dientes de león. El pulso me retumbaba en los oídos, mirando fijamente al hombre que me había robado el aliento.

Levantó a Skye, con los pies colgando en el aire mientras bailábamos.

En medio de la angustia y el dolor, nos habíamos vuelto a encontrar. Me ardían los ojos y una lágrima rodó por mi mejilla.

Me limpió la lágrima, sonriendo con cariño.

—Te amo, Nix.

—*También te amo*.

Skye nos rodeó el cuello con sus manitas y nos besó las mejillas.

—*El mejor día de mi vida*.

Dante agachó la cabeza, apoyando su frente contra la mía.

—No podría estar más de acuerdo, Princesa.

Tenía lo que siempre quise: una familia propia aquí, en mis brazos.

Cuando terminó la canción, bailé con mi padre, luego con mi cuñado, y no tardaron en matarme los pies. Antes de que alguien pudiera atraparme, me dirigí al *buffet*, hambrienta de algo de comida sólida, cuando sentí la presencia de alguien detrás de mí y levanté la cabeza con una sonrisa en mi cara, esperando a Dante y su compinche.

Mi sonrisa se congeló cuando vi a mi abuela detrás de mí, con una Reina exasperada a cuestas. Skye no tardó en aparecer, rodeando con sus brazos las piernas de Reina. Mi hija

adoraba a su tía.

—*Abuela.* —Saludé con firmeza—. *No sabía que te gustaba colarte en las bodas*—. No me arruinaría el día, siempre y cuando mantuviera la distancia conmigo y con mi hija.

La abuela me lanzó una sonrisa tentativa.

—*Estás hermosa.*

—*Reina diseñó el vestido, así que eso espero.* —Afirmé, ignorando sus sonrisas.

—La abuela quiere hablar contigo —explicó Reina con una sonrisa forzada. Esa fue exactamente la razón por la que insistí en que no invitaran a la abuela. Sabía que saldría el tiro por la culata y, efectivamente, tenía razón.

Como si intuyera mis pensamientos, la abuela se apresuró a intervenir.

—Por favor, Phoenix. Deja que te explique.

—*¡No hay nada que explicar!* —Espeté—. *Nada de lo que digas puede arreglarlo. Por favor, no arruines el día de hoy*.

—Al menos déjame hablar con Dante y...

—*No*. —Me encontré con su mirada, dejándole ver la profundidad de mi furia—. *Permitiste que Perez Cortes le pusiera las manos encima y lo torturara*. *¿Sabes por lo que ha pasado? Nadie se merece eso, ni una sola persona*.

Reina palideció y al instante me arrepentí de haberle traído ese recuerdo a la memoria.

—Confía en mí, Phoenix. Lo pagué cuando secuestró a Reina.

Eso fue todo. Me acerqué a mi abuela y le señalé el dedo en la cara.

—*No lo pagaste, abuela. Reina lo pagó. Todos lo estamos pagando mientras tú continúas con otro matrimonio*.

La culpa me asaltó entonces, deslizándose por mis venas y llenándome el pecho. También tuve la culpa, porque me fui.

—Por favor, las dos, basta. —Las manos de Reina temblaban—. Abuela, deberías respetar los deseos de Phoenix e irte. Esta es *su* boda.

Sorpresa, sorpresa. La abuela la ignoró.

—Me entró el pánico, Phoenix. —Se apresuró a explicar—. Era como presenciar la repetición del ciclo. Una y otra vez. Lo empecé hace décadas al cometer mi error, y estaba desesperada por ponerle fin. Mas lo único que veía era que se cometían más errores. Primero tu madre, luego tú, e incluso Reina.

Se me estrujó el corazón. No era excusa suficiente para hacer pasar a Dante por un infierno. Por robarnos los primeros cinco años de vida de nuestra hija.

Como si percibiera mi angustia, Dante apareció detrás de la abuela, erguido como una nube oscura y protectora a punto de eliminar cualquier amenaza.

—Señoritas —las saludó, su expresión se suavizó cuando sus ojos se dirigieron a Reina—. Hola, hermanita.

—Dante, esta boda es hermosa. Me alegra ver que tratas bien a mi hermana. —Reina estaba desesperada por cambiar de tema, por dirigir la conversación en otra dirección.

Los ojos de mi marido se cruzaron con los míos, lanzándome una larga mirada que me hizo sentir mariposas en el estómago.

—Mi hija me ha dejado claro que me dará una paliza si no lo hago —bromeó, hablando despacio para que Skye se diera cuenta.

Soltó una risita y sus deditos cubiertos de chocolate se aferraron al vestido de Reina.

—Mira lo que está haciendo. —La abuela se inclinó e intentó despegar los dedos de Skye del vestido de Reina, pero Dante le lanzó una mirada sombría.

—Tócala y acabaré contigo, *aquí y ahora*. —La expresión de su rostro le dijo que lo decía en serio—. Puede que te hayas salido con la tuya tendiéndome una trampa, pero si tan solo se te ocurre mirar mal a mi familia, acabaré contigo antes de que puedas pestañear.

Se detuvo, sus ojos se desviaron hacia Reina y luego hacia mí, como pidiendo ayuda. Ninguna reaccionó.

Recuperando la compostura, la abuela le lanzó una mirada seca.

—Hice lo que tenía que hacer para proteger a mi familia.

—*¿Cómo lo arreglaste?* —Pregunté, con la curiosidad a flor de piel. Me había estado preocupando desde que Dante me contó lo del correo electrónico que encontró en la caja fuerte de mi abuela. Cuando me lanzó una mirada confusa, aclaré—: *¿Cómo organizaste su secuestro con Perez Cortes? No es como si cualquiera pudiera ponerse en contacto con ese tipo de criminales*.

Me miraba fijamente, con el rostro pálido como la nieve. La abuela era hermosa incluso en sus años dorados, no obstante, en algún momento de su vida se había endurecido.

Mientras una sensación de inquietud me invadía, empecé a preguntarme si realmente quería saber la respuesta. Y cuando abrió la boca, supe que era demasiado tarde.

—Tu abuelo. —Reina y yo compartimos una mirada confusa. El abuelo Glasgow no apareció hasta esa época—. Tu abuelo de sangre. Es parte del bajo mundo.

—No lo entiendo —suspiró Reina.

—Es... peligroso. Me dejó seguir adelante, pero con una condición. Tenía que estar... disponible para él durante años.

—*¿Quién es*? —inquirí. Todas sus relaciones rotas pasaron por mi mente como fotografías, cada imagen terminaba con la abuela desapareciendo y volviendo con una corona de diamantes en la cabeza. Nuestro abuelo había estado detrás de todo aquello todos estos años. Debería haberme escandalizado, horrorizado, pero nunca habíamos sido una familia convencional. Y eso terminaba en ese instante.

Se limitó a negar con la cabeza, con los labios fruncidos, y se me retorció el pecho al darme cuenta. Todavía lo amaba. Antes moriría que revelar su identidad.

Ella decidió por mí.

—*Lo siento, abuela. No puedo perdonarte. Aléjate de mi familia*.

Y no podía confiar en ella para proteger lo que más me importaba.

Dante podía ser poco convencional. Incluso loco. Sin embargo, él era mío y yo suya. Nuestro amor nació del silencio y las sombras. Juntos hicimos ruido y encontramos la luz. No dejaría que nadie nos quitara eso.

Tenía todo lo que necesitaba con mi esposo, mi hija y mi hermana.

# EPÍLOGO

# PHOENIX



*Diez meses después*

Por fin la vida se había asentado en una cierta apariencia de paz y normalidad.

Parecía que había pasado una eternidad desde los sucesos del lago Tahoe. La familia Nikolaev seguía formando parte de la vida de Skye, como habíamos acordado. Una vez al mes, Skye pasaba un fin de semana con ellos en New Orleans. Como era su vientre de alquiler, nos visitaban con frecuencia y prácticamente se habían unido a nuestra familia. Incluso con la próxima llegada de su bebé, afirmaron que querían continuar con el mismo acuerdo.

A mí no me importaba, pero Dante a veces se ponía un poco celoso. Sabía exactamente cómo distraerlo, y consistía en aprovechar al máximo un fin de semana sin niños.

*Papà* murió una semana después de nuestra boda. Conoció a su nieta y se disculpó por no haber estado a mi lado. Lo perdoné, mas no lo había olvidado. A mi abuela, en cambio, nunca la perdonaría. Reina intentó mediar, no obstante, era inútil.

Casi le había costado la vida a Dante y había sido responsable del duro comienzo de mi propia hija en este mundo. Odiaba a esa mujer con cada fibra de mi ser. Casi arruina nuestras vidas. Su deber era protegernos, no condenarnos.

Después de todo el calvario con los Nikolaev, volvimos a Trieste. A Skye le encantaba vivir en Italia. Adoraba a su tía y su tío Amon. Los veíamos casi todas las semanas, y ni que decir que mis amigas también se habían enamorado instantáneamente de Skye.

Pero nadie, ni una sola persona en este planeta, le importaba tanto como Dante. Y, por supuesto, a mí. Se había ganado un apodo: la secuaz de Dante. A ninguno de los dos le importaba.

Miré fijamente a través de la habitación a las dos personas que me importaban más que cualquier otra cosa. Los ojos de mi marido se encontraron con los míos y articuló con la boca "Te amo", derritiendo aún más mi corazón, con sus ojos llenos de pasión y devoción. E incluso en mi estado de embarazo extremo, no podía resistírmele. Todo mi cuerpo cobraba vida cuando ponía sus ojos en mí.

Skye y él habían comprado un telescopio y ahora estudiaban las estrellas.

Me encantaba verlos juntos. Así que mientras me sentaba al piano y mis dedos bailaban sobre las teclas, las vibraciones de la música me llenaban y los observaba con una felicidad que aún no podía creer.

Sasha y Branka llegarían en cualquier momento. Habíamos hecho las paces. Una alianza tentativa se convirtió en una verdadera amistad.

Bajé los ojos hacia mi enorme barriga y mis labios se curvaron en una sonrisa. Pronto, el pequeño bultito de alegría conocería a sus padres. Mi hermana me había advertido que era demasiado joven para hacerlo y que sería duro renunciar al niño.

No estaba en desacuerdo, pero también sabía que este bebé le pertenecía a Branka y Sasha. Habían acudido a todas las citas y a todas las sonografías, y habían estado a mi lado en cada fase del embarazo. Dante y Skye también, animándonos a todos.

El médico dijo que el niño Nikolaev estaba sano y listo para salir en cualquier día, aunque pronosticaba un parto tardío. Yo, en cambio, estaba convencida de que estaba ansioso por conocer a sus padres. Posiblemente incluso ansiaba un frío invierno ruso.

Nos estábamos convirtiendo en una gran familia con alianzas inesperadas. La vida había resultado mejor de lo que hubiera podido desear.

Un dolor agudo me atravesó las costillas y mis dedos dejaron de moverse, llamando la atención de Dante y Skye.

Me quedé helada al sentir que la humedad se apoderaba de mis muslos.

—*¡Ah, cazzo!* —Dejé que la palabra vibrara en mi garganta. Era un nuevo hábito que había creado. Maldecir en italiano. Pero cuando estaba sola en casa con mi familia.

Compartí una mirada con mi esposo.

—*¿Ya es hora?* —Señó.

Asentí con la cabeza.

—*¿Dónde están los Nikolaev?*

Tomó el teléfono justo cuando Cesar entraba en el salón, seguido de Branka y Sasha. Me levanté de un salto y sentí un dolor agudo en el bajo vientre.

—*Es hora.*

Compartieron una mirada, sonrieron cuando sus ojos encontraron los míos y se dieron cuenta. Por fin era su turno. Iban a ser padres. Y no podía sentirme más feliz por ellos.

# AVANCE DE LA TRILOGÍA IMPERIO ROBADO

## PRÍNCIPE AMARGADO

Érase una vez, un león que salvó a una chica. Era su pequeña chica canela.

El león creció y se convirtió en un príncipe. Oscuro. Amargado, y tan bello que incluso dolía mirarlo.

Sin embargo, bajo ese título, la chica veía al hombre. Notaba su sed de amor y afecto, y ella tenía todo eso para dar.

Yo era esa chica. Me enamoré, aun cuando me dijo que no lo hiciera. Le entregué todo de mí, porque así era mi esencia.

Estaba decidida a demostrarle que no todo era oscuridad en este mundo. Sus sonrisas me daban vida. Él era mi arte, mi melodía, mi inspiración. Juntos éramos perfectos.

Por eso, no dudé en dar y dar mucho más, se lo di todo a mi príncipe amargado. Hasta que ya no tuve nada más que ofrecerle. Hasta que me dejó vacía.

Nadie me advirtió que el amor me arrastraría a una oscuridad tan gélida que me destruiría.

Para sobrevivir, debía matar a la chica canela y dejar de ser quien era.

Debía convertirme en alguien que no reconocía.

Nota de la autora: Este es el libro 1 de la trilogía Imperio Robado. No debe ser leído independiente.

# ¿QUÉ SIGUE?

*Muchas gracias por leer **Espinas de Silencio**. Si te gustó, por favor deja una reseña. Tu apoyo significa mucho para mí.*
***Espinas de Deseo** es el siguiente libro de esta serie https://bit.ly/3LCiJ1T, pero antes habrá una conclusión para los hermanos Ashford https://bit.ly/4dxIWuD.*

*Si tienes sed de más debates con otros lectores de la serie, puedes unirte al grupo de Facebook, Eva's Soulmates (https://bit.ly/3gHEe0e).*

# SOBRE LA AUTORA

¿Tienes curiosidad por conocer los otros libros de Eva? Puedes consultarlos aquí. Libros de Eva Winners https://bit.ly/3SMMsrN

Eva Winners escribe novelas románticas de todo tipo, desde enemigos a amantes hasta libros que despiertan sentimientos. Sus héroes a veces son villanos, porque también ellos necesitan amor, ¿verdad? Sus libros están salpicados de un toque de suspenso y misterio, una buena dosis de angustia, una pizca de violencia y oscuridad, y mucha pasión abrasadora.

Cuando no está trabajando y escribiendo, pasa los días en Croacia o Maryland, soñando despierta con su próxima historia.

**Encuentra a Eva:**

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.

Grupo FB: https://bit.ly/3gHEe0e
Página FB: https://bit.ly/30DzP8Q
Insta: http://Instagram.com/evawinners
BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners
Amazon: http://amazon.com/author/evawinners
Goodreads: http://goodreads.com/evawinners
TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/